EL ÚLTIMO EDÉN

© José Gómez Muñoz

ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

Río Borosa

Seis Grandes rutas
por la sierra profunda

INDICE

6- GRANDES RUTAS

POR LA SIERRA PROFUNDA. Río Borosa

Puente de los Caracolillos, río Borosa, casa forestal de la Fresnedilla, Barranco de Roblehondo. 30-12-59.
Carril. Andando o en bicicleta. Zona restringida.
La distancia
El tiempo
El Camino
El Paisaje
Lo que hay ahora.
La fragancia eterna

7- GRANDES RUTAS

POR LA SIERRA PROFUNDA. Río Borosa

Tranco del Perro Cerrada de Elías, Los Villares, Roblehondo, Collado de Roblehondo,
Tranco del Perro 20-4-96.
Carril y vieja senda. Solo andando. Zona restringida.
La distancia
El tiempo
El Camino
El Paisaje
Lo que hay ahora
La historia
La fragancia eterna

2- GRANDES RUTAS
POR LA SIERRA PROFUNDA. Río Borosa

Fuente de los Astilleros, Cuesta del Topadero.
Calarejo y aldea de los Villares   11-2-96.
Vieja vereda. Solo andando. Zona restringida

La distancia

Arrancando desde la propia Fuente de los Astilleros, por la vieja senda de la Cuesta del Topadero hasta las ruinas de la aldea de los Villares, la distancia aproximada, es de seis kilómetros y medio.

El tiempo

Claro que el tiempo en recorrer esta ruta, va en función de lo aprisa que vayamos y las paradas que hagamos para ir gozando de los paisajes pero a un paso calmado y haciendo los suficientes descansos sobre los collados y para respirar, se tarda unas dos horas a dos horas veinte minutos.

El Camino

Ni siquiera se distingue bien en su tramo primero pero en cuanto se está sobre él, remonta con toda comodidad y elegancia, siempre cortando la dura ladera y escalando cuesta para descansar sobre los collados que van

apareciendo. No tiene más dificultad que la dura cuesta y el monte que por muchos tramos, ya lo va cubriendo. Es una grandiosa ruta con el aliciente de las mejores vistas hacia las cumbres más grandes de este Parque y los barrancos más profundos.

La ruta

A lo largo de catorce años he buscado la manera de entrarle al río y confieso que en un principio sólo era por el deseo de conocerlo porque había oído hablar mucho de él y como les pasa a tantos de los que por aquí ahora vienen, me picó la curiosidad y hasta la envidia y decidí aventurarme.

Al poco de andar por él, comencé a sentir la necesidad de contarlo. Es decir: el río Borosa me enganchó y aquí empezó a surgir el problema. ¿Cómo contar? Por un lado huía de aquello que pudiera parecerse a los turistas que a diario ahora recorren este río. Y por otro lado, sentía la necesidad de ser sincero y decir cuanto por aquí estaba viendo.

Como todo esto ocurrió en aquellos primero pasos en que se me empezaban a despertar los lejanos recuerdos, me dije que lo primero tenía que ser conocerlo a fondo. No bastaba un par de paseos clásicos por la pista que sube: pero claro, un conocimiento real, también tenía que incluir la pista con los turistas y sus cosas.

Sin embargo, como lo primero que busco con este escrito es la sinceridad, tengo que decir que al principio sólo me empujó la curiosidad por lo bien que todo el mundo hablaba del este río y por lo que entre estos montes tenía sepultado. Así, la primera vez de todas, fue carril arriba, cuando todavía no existía el Parque. Subimos por la pista montados en un coche y no fuimos tres metros más allá del asombro. Ni siquiera vimos la Cerrada del Agua, ni la Central Eléctrica, ni el Salto de los Órganos.

La segunda vez fue andando desde el Collado Bermejo para acampar en el refugio que entonces existía junto a la Laguna de Valdeazores. En la tercera ocasión le entramos desde la cumbre del Calarilla. Bajamos por el arroyo de los Tejos hasta el Salto de los Órganos. Otro día le entramos también río arriba pero en esta ocasión

andando como los turistas para así verlo desde donde lo ven ellos. En una nueva ocasión nos venimos desde el arroyo de Linarejos siguiendo la pista que atraviesa Roblehondo hasta el puente de los Caracolillos, en el mismo río. En una ocasión más acampamos en Huelga del Nidillo, nos bañamos en el Charco de los Órganos. Otro día pescamos truchas por el Charco de la Cuna.

Subimos también por el Barranco de las Iglesias por la Cuerda de la Carrasca, por el lado del Cantalar, al arroyo del Infierno desde el Nacimiento de Aguas Negras, al Picón del Haza por el Tranco del Perro, a Roblehondo de Los Villares desde el Cenajo de los Toros y por último, hace tan sólo unos días, recorrimos el viejo camino que desde la Fuente de Los Astilleros sube a Los Villares y luego hasta la cumbre de las Banderillas y desde allí, a la casa de Pinar Negro y a los Campos de Hernán Pelea.

Así que pasado el tiempo, hoy mismo, puedo decir que conozco medianamente el río Borosa. Lo fui recorriendo desde todos los ángulos y todos los rincones y ahora es cuando realmente me encuentro en apuros. Creí yo al principio que en cuanto lo tuviera bien recorrido me iba a

ser fácil contarlo y resulta que sucede todo lo contrario: cuando lo tengo todo pisado es cuando de verdad me encuentro en apuros. No sé por dónde empezar para contar lo que tanto ya me rebosa dentro y menos aún tengo claro qué asunto pongo en primer lugar. Más de un año llevo dándole vueltas en mi cabeza y no me aclaro.

La información y noticias que de la senda tienes, comienzan y se acaban justo en lo que ellos te dijeron. Y ellos te dijeron que lo de aquella tarde sucedió de la siguiente manera:

Por la mañana bajaron al valle desde las cumbres porque tenían que hacer algunas cosas por aquí. Una vez en el valle se dedicaron a los asuntos que traen entre manos y quedaron para luego, al caer la tarde, juntarse.
- Quedamos aquí mismo. En el charco de la Cuna que es donde la senda cruza el río.
- ¡Pues vale!
Se dijeron y partir de este momento cada uno se dedicó a los asuntos que necesitaban.

Aquel día era final de otoño un poco ya rozando el umbral del invierno. Por la mañana el cielo había amanecido lleno de nubes y como los días anteriores había llovido, al amanecer, los barrancos aparecieron repletos de nieblas. Por encima de la aldea de Los Villares, las cumbres de los dos Calarejos, el de Los Villares y el de Los Nevazos, aparecieron blancos. Las primeras nieves del año y según los entendidos de la aldea, no iban a ser escasas este año. También ya estaban blancas las otras cumbres de más arriba. Las de las Banderillas, por encima de los Pardales, por el Tranco del Perro y desde ahí toda la cumbre cercana al cortijo del Haza, con el mismo Picón del Haza, justo por encima del Salto de los Órganos.

Así amaneció el día pero a media mañana, las nubes se abrieron un poco y ello les llevó a pensar que el temporal iba a remitir. Que cuando por la tarde se juntaran para de nuevo ponerse en marcha y remontar la senda, rumbo a la aldea, la subida sería fácil.
- Si ya no llueve más y las nubes también se retiran, en "un periquete", recorreremos la senda y nos encajamos en nuestras casas.

Se dijeron ellos pensando en el momento del regreso luego a caer la tarde.

Pero las cosas no evolucionaron exactamente así. No llovió nada ni tampoco nevó a lo largo de todo el día aunque las nubes tampoco se fueron. Del valle se alzaron las nieblas y por donde se elevan los calares y más arriba, las Banderillas, las nubes se amontonaron. A lo largo de todo el día se fueron concentrando y cuando la tarde comenzaba a tomar el relevo, la oscuridad era total en estas cumbres.

- Ya veremos cómo se las gasta.

Comentaban ellos cuando ya pegados al río, se fueron juntando según lo que habían acordado por la mañana.

- A mí no me gusta nada eso que tenemos encima.

Decía otro ya a punto de ponerse en camino río Borosa arriba en busca de la senda.

- Otras veces también hemos visto el Calarejo cargado y luego no pasó nada. Así que ánimo: pongámonos en camino que en la aldea nos esperan.

A ti te dijeron que el camino arrancaba más o menos por donde hoy el río Borosa entrega sus aguas al río

Grande. Que durante un par de kilómetros subía por el cauce, justo por donde hoy va la pista-paseo. Cuando llegaba al primer arroyo que al Borosa le entra por la izquierda, se alejaba del río y comenzaba a subir por la ladera. Te dijeron que por aquí, por esa empinada y agreste solana, subía un camino trazando curvas y coronando collados hasta enfrentarse al Calarejos. Desde el rincón, cuando ya lo tenía todo remontado y parecía que en cualquier momento iba a irse para el arroyo de la Campana, dándole un corte al Calarejos, cogía y se tiraba por el lado del río Borosa. Atravesaba las cañadas que caen desde el Calarejos y al remontar una loma se encontraba frente a la aldea. Los Villares de Roblehondo, se llamó la aldea desde siempre y era a este lugar a donde principalmente venía el camino. Esto es lo que a ti te dijeron.

Preguntaste si en Los Villares moría para siempre este camino y te dijeron que no.

- Por allí se diluye entre las eras, las huertas y las casas pero luego se organiza otra vez y sigue.
- ¿Hasta dónde?

- Podría decirse que no tiene fin. Pero sí va alcanzado objetivos. Desde la aldea de Los Villares, remonta a Roblehondo y desde el collado del Roblehondo, corona al del Perro.
- ¿Qué es el Collado del Perro?
- Un día te organizas, te vienes conmigo y recorremos el camino. Es la mejor manera de explicarlo y de conocerlo. Nos ponemos y recorremos el camino hasta el Tranco del Perro. Cuando estemos allí lo verás con tus propios ojos y lo comprenderás enseguida.
Le dijiste que sí y luego le preguntaste por aquella tarde.
- ¿En qué acabó?

- Con sus cosas a cuestas, remontaron el trozo por donde el camino se ciñe al río. Por los manantiales torcieron luego a la izquierda y pin, pan, pin, pan; ladera arriba caminaron buscando la aldea. Como el camino remonta tanto y las nubes aquella tarde se concentraban sobre el Calarejos, su ruta parecía ir más hacia el centro de la gran tormenta que hacia la aldea de Los Villares.

Y he dicho tormenta porque eso fue lo que allí aquella tarde se desencadenó. Una gran tormenta que empezó a envolverlos cada vez más según subían por la ladera.
- ¿No te lo decía yo? El temporal se cierra y en cualquier momento puede comenzar la lluvia o la nieve.
- De todos modos no hay que asustarse. Mejor que nadie sabes que en este tiempo y sierra, los nevazos pueden caer y contra ellos siempre supimos luchar.

Y la nieve comenzó a caer. Según subían, primero fueron envueltos por las nieblas, los azotó con fuerza el viento helado y enseguida los copos cerraron el poco horizonte que aún quedaba. El Calarejos se perdió, los farallones que desde él caen, también. Se tapó la senda y ni siquiera a cinco metros la niebla dejaba ver.
- Hay que seguir. La aldea no queda lejos y aunque cuanto más subamos más nos metemos en la tormenta, ahora ya no podemos regresar.
- ¿Pero y si el nevazo es grande y la tormenta nos acocota?
- Saldremos de ella, ya veréis.

Se cerró por completo. La nieve siguió cayendo por momento cada vez en mayor cantidad. El frío aumentó y como el viento siguió soplando fuerte, en cuanto la noche llegó, se quedaron atascados. Se les borró la senda y al intentar seguir ya se encontraban perdidos.

Dicen que primero, uno se despeñó por el barranco y por entre el monte y la niebla, desapareció. Otro al pisar el manto helado de una gran grieta, se hundió y aunque pidió ayuda, el compañero no pudo salvarlo. Se hundió y bajo la nieve se quedó perdido para siempre. Y un tercero, como no quería dejar de andar para no quedarse congelado, siguió y al parecer desapareció hacia el centro de la tormenta, la gran niebla y la densa oscuridad de la noche.

Esto es lo que a ti te dijeron y aunque luego preguntaste más, el recuerdo moría en este punto.

- ¿Pero cuando vino el buen tiempo no salió nadie a buscarlos?
- Salieron a buscarlos cuando ya el sol derritió la nieve pero no encontraron nada. Dieron vueltas por todo el

monte y siguiendo la senda pero nada encontraron. Como si se los hubiera tragado la tierra.
- ¿Y qué pasó después?
- Todos aceptaron la realidad. Porque ya sabían que por este rincón de la sierra, los temporales y los nevazos del invierno, se las gastan así.
- Pero sería duro para las familias y los otros vecinos.
- Duro y cruel. Pero aquello fue así y para cambiar las circunstancia, nada pudieron hacer.
- Parece como si fuera una historia ficción. Un cuento fantástico que nunca puede hacerse real.

A lo largo de toda la noche y el día anterior había estado lloviendo. Una lluvia que no paraba desde hacía más de un mes. ¡Qué bendición para los campos después de cuatro años de sequía y qué suerte para ti! Hace ya varios meses que tienes planeado tu ruta por la senda del río Borosa. Y mira qué suerte: hoy que es año nuevo, el primer día del nuevo año. Hoy es el mejor día de todos para venir a trazar un recorrido por este río. Después de la noche vieja, al día siguiente, nadie madruga. Nadie viene a estas sierras. Y aunque por el paseo del río Borosa, sí viene mucha gente, ese día es raro.

Pues ese día, a la siete de la mañana, cuando comienza a despuntar el alba, llegas tú a la explanada de la Torre del Vinagre. Tal como habías pensado: todo cerrado, ni un sólo coche aparcado por esta llanura y todo silencioso. De ensueño por lo raro. Y más de ensueño por el día como se presenta hoy. Encapotado el cielo, las cumbres rodeadas de nieblas, los cauces repletos y el monte chorreando como no se veía desde hace muchos años.

Sin prestar mucha atención, echas una ojeada al edificio de piedra, recorres la explanada, repasas el horario y giras a la derecha. “Al volver me llegaré. Quiero ver si tienen a la venta algún libro nuevo de estas sierras”. Es lo que te dices, mientras ya bajas por ese trozo de carretera que trazando curvas, busca al río Grande. Ni un alma en este rincón y no te lo crees. Junto al cauce del río, el quiosco y las mesas de piedra, en verano, se amontonan los turistas como las ovejas bajo los pinos cuando calienta el sol. Por esas fechas cierran los ojos del puente y el agua del cauce se remansa en un precioso charco que algunos llaman playa. Los turistas acuden como moscas y por eso el rincón se pone a rebosar. Esta mañana, ni uno. ¡Qué silencio y qué extraño el rincón!

Cruzas el puente. ¡Qué río de agua! Nunca, en todos los años que lleva recorriendo estas sierras, has visto tú el río Grande con una “riá” como la que trae esta mañana. Y qué bonito cuando este cauce rebosa tan repleto como ahora mismo baja. Giras a la izquierda siguiendo el trocillo de carretera que atraviesa la pequeña llanura.

Tiene para ti un buen recuerdo esta llanura. Cuando aquellos primeros años tú recorrías las sierras de este Parque, en varias ocasiones acampaste entre los árboles de la ribera del río. Entonces se podía poner las tiendas por aquí y otros sitios y daba gusto, porque no existía la masa de humanos que se ve hoy. Pues una de aquellas veces, recorriste despacio esta llanura y era una gloria. Sin alambrada, sin caballos dentro del cercado para que los turistas los alquilen, sin barro ni cajoneras y sin tantos coches yendo y viniendo por la carretera que surca la llanura. ¡Qué gloria lo de antes y qué desolación lo de ahora! Y todo ello, por la cosa del turismo.

Y en otros tiempos, antes todavía de aquellos días de la acampada, tanto la llanura como las tierras cercanas,

eran más gloria aún. Las ovejas pastaban llenando de validos y de sones de cencerros las riberas del río. Los caminos surcaban, se adentraban o salían de la sierra y las tierras se cuajaban de verdes hierbas. ¡Qué primaveras aquellas siempre arrulladas por el rumor de las aguas limpias del río y cuajadas de silencios!

Hoy, cuando tú cruzas la pequeña llanura, hasta sientes pena de su destrozo y su pisoteo. Menos mal que durante unos días ha llovido mucho. De los cerrillos que le rodean por la derecha, han bajado las trombas de agua saliéndose de los pequeños arroyuelos. La tierra que esta mañana es barro, enfanga toda la carretera. Barro color chocolate donde las ruedas de los coches se hunden y el asfalto se pierde. Esto es otra cosa que por supuesto molesta a los turistas y enfada a los de los caballos. Sin embargo, sabe a pura sierra y hasta despierta un gozo bueno en el espíritu.

Recuerdas tú, mientras vas cruzando el barro, lo de aquella ocasión. Dicen que también llovió mucho. Bajaron muy repletos tanto los arroyos como el Borosa y el río Grande y esta llanura se llenó también de mucho barro.

Tuvieron que venir ellos por aquí y como entonces sólo había sendas y vados para cruzar los ríos, al cruzar por la llanura y luego el río, tuvieron problemas. Uno de ellos no entró bien por el borde del río y en el barro que había bajado del cerro y la llanura, se quedó atascado.

- Te sacaremos sin problemas.

Le dijeron los compañeros. Y enseguida formaron una cadena. Se cogieron de la mano unos a otros y luego cogieron de la mano al que estaba atollado en el barro.

- Tira fuerte y ya verás como sales.

Unidos y a una, tiraron con fuerza y lo sacaron. Empapado por el agua y embadurnado de barro rojo hasta las orejas pero lo sacaron.

- Son los problemas de esta tierra y nosotros trajinando por ellas. No ha pasado nada y eso es lo que importa.

Dijeron al final y siguieron su camino.

Ya esta mañana tú has terminado de cruzar la llanura. Gira "pa cá y pa ya" y remontando una cuestecilla, cruzando un puente y atravesando unos pinos, desemboca en la rectilla que te acerca al Borosa.

La piscifactoría te queda a la izquierda, a la derecha el carril nuevo que acaban de construir. Como los coches

de los que a diario vienen a este río, no caben en la explanada de la entrada, han decidido construir un aparcamiento. A la derecha del río le han pegado un bocado a la ladera del monte y diciendo que respetan el entorno, han abierto espacio para los coches. Hace unos años sobraba explanada porque los visitantes eran menos. Hoy falta y casi con toda seguridad, mañana hará falta más que hoy y la solución es romper laderas y abrir caminos.

La fuentecilla chorrea sumida en la quietud del nuevo día. Nadie bebe esta mañana en ella. Nadie ha venido por aquí todavía. La piscifactoría duerme en su silencio. La explanada del pórtico despejada de coches y chorreando agua. El puente en silencio y sin que nadie se apoye en su baranda para contemplar el río. La cadena cerrada y el cauce repleto. No es fácil ver este rincón tan solitario. Bueno, ningún día del año se vacía excepto hoy. Y te dices que es estupendo. Es lo que esperabas y querías.

No te paras en el rellano. Cruzas el puente, giras a la izquierda y sigues por el carril. Lleva este camino a unos bares que hay aquí cerca y a la Loma de María Angeles,

la aldea pequeña recostada en la ladera entre olivos. No vas tú a este lugar y quisieras porque todavía no lo conoces.

A cien metros por el carril, el primer bar a la derecha, te paras. Quieres preguntar por la senda que te has propuesto recorrer. Y te dijeron que los dueños del bar, son serranos o proceden de familias serranas. Al parecer de Los Villares, la aldea rota por la que pasarás cuando vayas por la senda. En la misma puerta te paras. Te bajas, miras y no ves a nadie. Es muy temprano y en un día como el de hoy ¿quién va a madrugar tanto? Si embargo, el bar está abierto. Subes las escaleras y ves a una muchacha que friega el suelo. La saludas.
- Te voy a pisar y es una pena.
Le dices disculpándote.
- No pasa nada. Entre usted y dígame qué desea.
- Vengo perdido. No voy a tomar nada. Lo que busco es información.

- ¿No va a tomar nada?
- Lo que busco es a alguien que pueda indicarme por dónde tengo que coger la senda que sube a Los Villares.

Un poco más extrañada te sigue mirando.
- Lo siento pero yo no fui nunca por esos lugares.
- Claro, tiene que ser alguna persona mayor y que incluso haya vivido en aquella aldea. ¿A quién conoces?
- Pues a mi abuelo. Nació y vivió en Los Villares.
- ¡Qué suerte tengo! ¿Podría hablar con él?
- Pues es que no sé dónde está. Salió temprano a da una vuelta y no ha regresado.
- Lo comprendo. Si tu abuelo se ha criado en Los Villares, dentro lleva bien metido la sierra. Un día como el de hoy, para él tiene que ser un gozo.
- Si porque ¿ha visto usted que día?
- ¡Tremendo!
- ¿Y ha visto cómo baja el Borosa?
- Baja como nunca yo antes lo había visto. Y si es el río Grande, otro tanto de lo mismo.
- Así que me abuelo estará por ahí prisionero de las cascadas y los charcos de agua que bajan de las laderas.
- ¡Qué pena no haber ido con él!
- Pero si usted sigue, un poco más adelante, hay unas viviendas. Pregunte ahí que seguro le van a decir por dónde va la senda que busca.

Despides a la muchacha y unos doscientos metros, siguiendo el carril, vuelves a pararte. A la derecha quedan unas casas y aunque la puerta está cerrada, dentro se oye gente. Llamas y sale un joven. Después de saludarlo le dices lo que buscas y enseguida se pone a darte explicaciones.

- A Los Villares se puede ir por dos caminos distintos que incluso son tres. Los dos más importantes es el que va derecho al Calarejo, pasa por Roblehondo y transpone por el Tranco del Perro. ¿Cuál de ellos quiere coger usted?

- Me gustaría el que sale de la Loma de María Angeles y también el otro, el que me has dicho arranca del río Borosa.

- El primero no se lo aconsejo, porque además de ser más largo no va a encontrarlo.

- ¿Y el segundo?

- También está muy roto pero en cuanto dé con él, tranquilamente le lleva hasta la misma aldea. No tiene perdeera...

Durante largo rato te explica de dónde sale, por dónde va y hasta dónde llega. Muy amable este joven y algo experto en sierra aunque te confiesa que hace mucho que él no anda esos caminos. Así que le agradeces la información y das la vuelta. En el rellano de la cadena, al cruzar el puente, dejas el coche. El único coche que ahora mismo hay aquí y te resulta chocante por lo inusual: dicho rellano cada día se llena por completo de coches y el camino que sube por el río Borosa, de personas que van y vienen.

En unos segundos te preparas. La grabadora, la máquina de fotos, el mapa y el zurrón con algo de comida. Cierras el coche y ya estás dispuesto. Alzas tus ojos y al mirar lo ves. Como una gran foto, desenfocada a los lados y en el centro, clara.

- ¿Usted nunca ha visto esa entrada?

Te ha preguntado el joven cuando hace un rato charlabas con él.

- Nunca. Siempre que vine por aquí, sólo vi la actual explanada de tierra. Muchos coches parados; mucha gente vestida con raros atuendos, haciendo fotos unos, metiendo los pies en el agua, otros, subiendo en grupo

por la pista del río, algunos y bajando, también otros. Corriendo, gritando... En fin, tú ya sabes. Luego está la cadena cortando la pista. Estas cosas en más cantidad o en menos cantidad, de pende del día y de la época, es lo que siempre he visto en este pórtico que da entrada al río Borosa.

- Pero usted tiene que tener en cuenta que las señales que me está indicando es lo normal en los tiempos de ahora. Lo que ve cualquier persona de los muchos que por aquí vienen. Debe saber que ese río existe antes que todos nosotros y que nuestros abuelos. El pórtico del verde y la luz, corresponde a los años aquellos.

- ¿Y cómo era ese pórtico?

- Lo mejor es verlo. Cuando usted llegue a la explanada de “Los Coches”, si se detiene un poco y mira con calma y en profundidad, puede tener la suerte de ver lo que ya nadie vez y por completo, todo el mundo desconoce.

- Y por si no tengo tanta suerte, a tu manera ¿cómo me lo describirías?

- Te sitúas en el comienzo de la explanada, miras barranco arriba, en la dirección en que baja el río y no se

ve ni la pista, ni la cadena, ni los coches, ni la gente. Sólo una humilde senda que aparece por entre el monte y te asombra. Da la impresión que surgiera del fondo denso de un mundo misterioso por donde lo que más te asombra es la oscuridad. Una espesa oscuridad verde, arropada por la sombra de los barrancos y resaltada de fondo por el bramar de las cascadas. ¿De dónde viene esta senda? Es lo primero que te preguntas por el asombro que te produce.

- ¿Y de dónde viene?

- Nadie lo sabe. Bueno, sí lo sabe alguien: los serranos que desde tiempos remotísimos vivieron por entre las frías sombras de los bosques de esas profundidades. Sólo ellos lo saben y sólo ellos podrán contar los secretos de ese profundo y misterioso mundo de donde viene la senda que asoma por este primer tramo del río Borosa.

- ¿Y tú me dices que aún hoy en día se puede ver ese magnífico espectáculo?

- Se puede ver pero ya se lo he dicho antes: hay que desnudarse de mucho y mirar con ojos nuevos. Hay que saber escaparse de la fachada presente que allí ahora existe y penetras por las umbrías del tiempo. Y sobre todo, hay que no ser parte del mogollón de la gente que

por aquí viene. Hay que escaparse de ellos y quedarse en la soledad, frente al misterio del espíritu y el silencio que abraza los bosques de estos barrancos.

Y claro, en tus primeros pasos esta mañana al comienzo de la pista que sube por el Borosa, tú te has encontrado solo. Nada más que las cascadas que caen empujadas por el agua de la lluvia de estos días, el bramar del río que baja repleto, la lluvia que ahora mismo empieza a caer y el silencio del bosque que chorrea y chorrea como si rezumara misterio. Te has encontrado solo y en el momento en que te dispones a recorrer el río, se te abre el gran pórtico. Un fondo frío y oscuro que parece no tener fin, por donde los bosques son densos y las cascadas resuenan. A los lados todo queda desenfocado como si no existiera más mundo que este frontal mágico por donde penetra la senda. Como si fuera un sueño hacia el cual te sientes atraído fascinado por la magia de su belleza y dulzura.

Así que te pones en marcha sin arredrarte por la lluvia. La pista que ha roto la hermosa ribera del río y por donde hoy en día van y vienen los turistas, te queda de fondo y tú ni la rozas. No te interesa porque no es bella ni te gusta

y demás porque se alza soberbia y está manchada. Es el fruto del progreso que los humanos han traído por aquí, en estos tiempos modernos, y por eso es violenta, destructora y hasta un poco cruel.

Tu camino, el que fue siempre de ellos y gozosamente se te abre para que lo recorras, también se va río arriba. Sostenido a la izquierda por el verde del monte que chorrea de las laderas y a la derecha y el centro, por las espumas de las aguas que el fluir de las cascadas que saltan por los barrancos, elevan. El río baja hoy tremendo. Como nunca tú lo has visto. Como siempre fue y bajó cuando era amigo de los serranos.

Sobre tus espaldas el pequeño zurrón verde que siempre te acompaña por estas sierras, abres tu paraguas, también verde para no mojarte tanto y te pones en ruta. La cadena hoy, como tantos días desde hace ya tiempo, tiene su candado. ¿De qué otro modo podrían sujetar a los coches? Recuerdas tú que cuando viniste por aquí la primera, segunda y tercera vez, todo estaba abierto. Como la libertad que la misma sierra grita desde lo más profundo de su secreto. Entonces, nadie pasaba

por aquí. La primera vez sólo un coche viste en todo el día y ese fue el tuyo. Y llegaste hasta la central del Salto de los Órganos. Pero claro, aquello fue antes de la declaración del Parque.

Miras a la derecha, por donde te queda el gran surco que el río ha tallado en las rocas. Nada más rebasar la cadena, al encuentro te sale el Charco de la Cuna. ¡Qué bello esta mañana! Nadie se baña en él porque nadie hay por aquí y, sin embargo, nunca estuvo tan impresionante este charco y su cascada, como ahora lo ves. La riada que desciende por el cauce, es tremenda. Hasta baja turbia el agua y eso no pasa casi nunca en este río. Precisamente una de sus fascinantes bellezas es la transparencia.

Desciende este río desde las cumbres más elevadas y se forma de la reunión de cientos de arroyos. Pero precisamente porque son cumbres elevadas y laderas ampulosas, todo por ahí es pura roca. Calizas impresionantes que desnudas, rajadas, abiertas en canal y pulidas en forma de losas que brillan bajo los rayos del sol en verano. En invierno las cubre las nieves y cuando

las lluvias caen, en forma de arroyuelos, como arco iris se deslizan por las pendientes. Como todas las laderas son puras calizas, el agua ni se mancha de tierra. Tal como cae de las nubes, se despeña por las pendientes y así de limpias las recoge el río. Por esa realidad, este cauce nunca baja turbio. Nunca excepto hoy que trae una riada tremenda. Algo por completo nuevo para ti porque es la primera vez en tu vida que ves al Borosa tan lindo. De aquí que el Charco de la Cuna sea ahora mismo un espectáculo. Un maravilloso remolino de aguas azules y espumas blancas que remite a las regiones del asombro.

La pista traza su primera curva. Se mete luego hacia la primera cascada del río. ¡Qué ancha, qué sonora, qué blanca y qué fabulosamente bonita! Te encuentras solo frente a ella e igual que frente a la mañana con su lluvia que no para y ello te trae un gran consuelo: ningún ser humano te distrae de tu sueño y la realidad de este fantástico mundo. Todo es música de agua, transparencia de paisajes y ecos de aquella presencia suya. Por eso los ves, tan asombrosamente reales y tan sencillamente ellos.

El camino iba por aquí y se lo estaban rompiendo para la construcción de la pista. Ya ellos andaban saliendo de sus sierras y se enrolaban en el otro batallón del mundo civilizado. Al amanecer, cada mañana, se arrancaban de sus cortijos, recorrían este río y por la Torre del Vinagre, se unían a las cuadrillas para irse al trabajo. Al caer la tarde de nuevo se despegaban de las cuadrillas y por el camino se ponían en marcha río arriba para regresar a los cortijos a pasar la noche con sus familias.

- A cualquiera que se le cuente no se lo cree.

Comentaba uno de ellos caminando tras la burra.

- Es que entre bajar y subir se nos va cada día tres horas.

- Porque esto es nuevo para nosotros pero si el trabajo no se acaba, con el tiempo acabaremos agotados.

- Es lo que yo comentaba el otro día con el jefe.

- ¿Y qué te dijo?

- Que sólo tenía tres salidas.

- ¿Qué tres salidas?

- Me dijo que una de ella era seguir como estamos. Es decir: levantarnos cada día a las cinco y bajar andando desde nuestro cortijo al trabajo y regresar luego por la tarde para llegar de noche a nuestros cortijos. Tres horas

de camino cada día y recorrer veinte kilómetros por las sendas y montes de estos barrancos. La segunda de las salidas era que nos pusiéramos de acuerdo nosotros.
- ¿De acuerdo para qué?

- Para en lugar de andar este camino cada día, venir en coche.
- ¿Cómo íbamos a venir en coche?
- Me dijo que ellos tienen un plan y es el siguiente: quiere trazar una pista por la orilla del río. De este modo los coches subirán por ella hasta el mismo Salto de los Órganos. Si nosotros nos ponemos de acuerdo, podemos sacar cierta cantidad de dinero entre todos, se lo damos a él y entonces puede poner un coche que nos traiga y nos lleve cada día. Es decir: pagamos un coche y así nos ahorramos camino. Y por último, la segunda salida, dice que es la mejor de todas.
- ¿Y en qué consiste?
- En que dejos nuestros cortijos.
- ¿Dejarlos, por qué?
- Porque así nos vendremos a vivir con la gente del valle y todo será beneficios para nosotros. Ya no tendremos que

andar tanto cada día para ir y venir al trabajo y, además, gozaremos de muchas cosas buenas.
- ¿Cómo qué cosas?

- Cambiaremos nuestro candil de aceite por la bombilla eléctrica, nuestra senda de alta montaña por una carretera asfaltada y tendremos una casa digna con agua caliente y servicios en lugar de un cortijo medio arrumbado allá donde las águilas tienen sus nidos.
- ¿Pero nuestras ovejas y nuestras tierras?
- Tarde o temprano dice que nos las quitarán. Lo del Coto Nacional va en serio y nosotros caemos dentro de las tierras que ellos necesitan. Así que tú ¿qué dices?
- Yo ahora mismo no digo nada. Lo que me importa en estos momentos es llegar a mi casa y sentarme un rato frente a la lumbre con los niños.

- Pero tendremos que pensarlo. Fíjate que nos pasamos la vida andando y desandando este camino. No nos queda tiempo ni para comer tranquilos en el calor del cortijo junto a la familia ni para hacer las cosas que uno necesita y quiere hacer.

- Esa realidad es tajante pero ¿tú sabes lo que es humillarse? ¿Arrancarse de raíz, que es lo que ellos quieren, y plantarse en tierras desconocidas y con gente nueva?
- ¡Hombre! Todo tiene sus ventajas, como dice él. No tendremos animales ni tierras para sembrar pero sí tendremos calles sin barro y muchos vecinos para charlar. Tendremos bares para echar un rato y de ahí para delante, to el progreso que queramos.
- Tú espérate un poco que “no to el monte es orégano”.

Por donde la pista ahora traza la segunda curva, iba el camino y cuando aquella tarde regresaban a sus cortijos, aprisa subían ellos. Dos delante del burro y otros dos detrás. Aquella tarde no llovía aunque era otoño y el río también traía mucha agua. De los madroños colgaban los frutos rojos y de las zarzas, las moras negras.

Según iban subiendo, de los arbustos arrancaban con sus manos las bayas y se las comían.
- Estos madroños cada año están más sabrosos.
- ¿Y qué me dices de las moras? Fíjate qué negras y gordas.

- Si uno está comido con sólo unos cuantos puñados de madroños y unas moras de postre.
- Aunque dicen que los animales acaban con el monte, como en tantas otras cosas, ellos se equivocan. Tú fíjate qué salud tiene la vegetación y como está repleta de frutos por todos sitios. Hay tanta fruta que se cae y se pudre y ni los animales la agotan ni nosotros tampoco.
- ¡Mira la rama de aquella zarza cómo está!
- ¿Pero tú has visto la madroñera esa que cuelga de la roca?

Cogiendo de la fruta silvestre, iban ellos mientras subían y al tiempo que se la comían, charlaban de las cosas que les ardían en el corazón.
- A propósito de lo que me decías antes: ¿Tú estás sintiendo lo que yo siento?
- ¿Te refieres a lo que nos arde en el corazón?
- Me refiero a eso. ¿Por qué nos ocurre siempre que pasamos por esta senda?
- Es lo que ya hemos dicho: nuestro tesoro lo tenemos en las casas de las tierras altas. Nuestro corazón lo sabe y de ahí que cuando cada día regresamos por este camino en busca del calor de nuestro hogar, el gozo nos arde

dentro. “Donde está tu tesoro, ahí está tu corazón”, es lo que siempre se dijo y en nuestro caso, eso es lo que nos ocurre. ¿Tú no siente como el corazón nos arde mientras vamos por el camino?
- No sólo eso, sino que siento que donde nuestro tesoro está es el mejor sitio. En ningún otro lugar podría encontrarse ni más seguro ni más libre de ladrones que lo roben ni de polilla que lo roe.

Algo parecido a lo que a ellos aquella tarde sentían y gozaban, vas tú sintiendo mientras ahora esta mañana subes. Sigue cayendo la lluvia y ello parece como el fuego que a ellos le ardía en el corazón. Por momentos crece y la emoción ya no cabe en el alma. Miras al cauce y no se ven ni los mimbres ni las zarzas de tanta que trae. ¡Todo lleno! Rebosando por completo y hasta inunda la pista. De las laderas de los madroños, bajan los chorrillos que son fuentes reventadas y en muchos lugares, cascadas desbordadas. ¡Cómo baja el río Borosa esta mañana!

Ya lo sabes bien y ahora lo estás comprobando mejor: esta noche pasada ha llovido mucho. Toda la noche lloviendo sin parar y de ahí que esta mañana de año

nuevo, tanta agua no quepa en la sierra. Ellos tendrían que estar aquí para que vieran el traje tan precioso que hoy, día de año nuevo, se han vestido estos montes. Hoy, sería uno de estos días hermosos, semejante a los días bellos de aquellos tiempos. Si uno se pone en marcha todo el río Borosa arriba siguiendo esta pista, solitario se ve el gran paseo como lo estaba en aquellos tiempos y repleto de corrientes, de montes que rezuman gotas y de chorros que caen de las laderas.

Y por esta realidad ahora notas tú que desde hace mucho tiempo, este río se ha convertido en una feria. A todas horas suben y bajan grupos de turistas. Vestidos con las indumentarias más pintorescas, algunos y lanzando sus voces, otros. Por eso esta mañana es única. Ni una solo persona por aquello de que anoche todo el mundo se metió en juerga para despedir el año. Y también por esto de que la lluvia cae sin parar. Hoy, siendo uno de los días hermosos para disfrutar este río, ningún turista se anima a venir. Un día sin ellos, es estupendo, con el traje de gala que los montes lucen y con el silencio desparramado por el barranco.

Todo es hermoso en este río, esa es la verdad pero las cosas son más hermosas cuando los caminos, el cauce y los montes, respiran en su quietud y se mueven en su silencio sin estorbos humanos. La lluvia es lluvia, cuando como esta mañana, se quiebra sin parar entre los pinos y sobre las hojas verdes de los madroños. El río es río, cuando como hoy salta repleto, sin que nadie ensucie su orilla. Y ¿Qué tendrá la lluvia para que envelese tanto el alma?

Con sólo verla caer, el espíritu se abre y el gozo se esparce por todos los poros del ser. ¿Qué tendrá la lluvia para que regocije tanto y llena tan sutilmente? ¿Qué tendrán las gotas cuando al quebrarse en los charcos regalan tanto el oído? Y hoy precisamente es el día de la danza de la lluvia por este barranco del Borosa. El día del juego del río con sus orillas y los arbustos que lo pueblan. El día grande que a ellos tanto les gustaba y por eso decían que su corazón ardía siempre que subían por esta senda.

A ti te lo habían dicho pero tú les dijiste que no.

- Eso que tú cuentas no lo he visto yo nunca en el río Borosa.

- Tú no lo habrás visto pero lo que yo te cuento, es la verdad. Son dos cosas: primero se abre como si fuera a escaparse hacia mundos diferentes, lejanos y grandes y luego, la senda se asoma al barranco y ahí queda.

- Bueno, me lo estoy imaginando y en todo caso serían más de dos cosas.

- También es verdad. Son más de dos cosas. La portada de entrada al río, el abanico por donde se abre los mundos y el corte donde se cierra que este se encuentra en la Cerrada del Agua, otra cerrada más arriba y la hondonada final, donde el río se clava hacia las entrañas de la cordillera, que sería el Salto de los Órganos. Pero de lo que yo te hablaba es de la otra realidad.

- ¿Una realidad nueva?

- Sí y no.

- Pues explícate porque de lo contrario me haré más lío aún.

- Por atención porque voy a ver si te lo aclaro:

Tú entras por el pórtico. Ya has entrado. Avanzas pista arriba y llegas al primer arroyo por la izquierda y justo ahí comienza el despliegue hacia los extremos. Pero sigues un poco y enseguida tienes otro arroyo por la derecha. Este es el gran arroyo de Las Truchas y es el segundo punto donde se abre el horizonte. Unos metros más arriba tienes el primer puente y a la derecha comienza otro de los cauces que se aleja hacia ese mundo que se abre. ¿Me vas siguiendo?

- Te sigo porque los rincones que vas recorriendo los conozco bien pero según tú ¿dónde queda la gran senda?

- La senda del misterio, desconocida por todo el mundo y que remonta y después se quiebra y se hunde en el barranco, queda arriba. Sube remontando la gran ladera y cuando ya corona el pico, respira y parece que descansa un poco en el rellano. Avanza unos metros y ya está al borde del precipicio. El gran barranco, cortado en las misma rocas, con paredes rectas a un lado y otro y profundo casi como el infinito. Primero la senda se asoma un poco y ciñéndose a la pared de la derecha, sube por completo llena en busca de la corriente por el lado derecho al tiempo que se hunde hacia lo más profundo.

De espanto es el rincón. Si miras para abajo, verás la gran caída de más de trescientos metros y allá, en todo lo profundo, apenas se descubre la corriente. Tan espantosamente te envuelve que tiemblas de tanto miedo como se siente.

La senda sigue hundiéndose al tiempo que va llana tallada en la pared y por momentos se acerca al profundo surco por donde desciende el cauce. De vuelta, se le ve por la otra vertiente, la que da al norte. Y en esta pared es donde realmente está lo hermoso, lo tremendo, lo fantástico y al mismo tiempo lo misterioso y profundo. Las madroñeras cuelgan cargadas en las rocas, los surcos de los arroyos se hunden en las peñas y por entre la sombra del bosque, las agujas rocosas, sobre salen dando la impresión que en cualquier momento van a caer al vacío.

Las cascadas se despeñan de unos salientes a otros y luego por los aires hasta el barranco. Horroroso el espectáculo si no eres de los que te gusta la sierra y cuando lo ves por primera vez. Tremendo hasta el asombro y el miedo si eres amante de la sierra pero no la recorres con frecuencia. Fantástico como un sueño

mágico si eres de los que tienen por corazón paisajes y bosques y por espíritu, arroyos y praderas. Pero en cualquier caso, frío, agreste, infranqueable y abismal.

Cuando ya terminas de cruzar el surco principal del gran cauce que raja la montaña en dos, penetras primero por las cascadas y pasas por detrás de ellas. Como si de repente la senda se perdiera hacia el centro de la tierra misma y las cascadas le sirvieran de cortina para que nadie vea lo que allí ocurre. Cruzas por detrás de ellas y cuando al rato sales al barranco del segundo arroyo, te quedas sin aliento. Al frente, en la tierra húmeda del arroyo y por entre las madroñeras, se te presentan los machos monteses. Una manada que en ocasiones puede ser de más de cincuenta.

Al verte, se te quedan mirando y como ellos saben que se encuentran en tierras seguras, aguantan hasta que te has encajado a diez metros de ellos. Y ahora comienza con su gran juego, su danza riscalera y asombrosa.

Primero uno salta desde la repisa de la senda y se deja caer hacia el cauce del arroyo. Al ver el salto y comprobar la profundidad que se abre hacia el barranco, lo primero que te dices, para ti solo, es que se estrella. Que se desploma hacia el vacío y sin remedio cae por las rocas hasta lo hondo. Pero ¡asombro! No se despeña. Cae sobre la tierra húmeda del arroyo y dejando sus pezuñas clavadas en la risca y la tierra blanca y quedando todo él parado y hermosamente plantando en el arroyo desde donde te mira tranquilo.

Lo miras tú y al mismo tiempo ya ves como los otros también han comenzado su danza. De acá para allá se dejan caer por la pronunciada pendiente mientras saltan de una roca a otra. Una danza que parece mágica por la variedad, alegre y al mismo tiempo sencilla. Uno salta a una repisa, otro a otra y mientras aquel lo hace por el arroyo, yéndose hacia la izquierda, el otro lo hace por el flanco derecho del arroyo, viniéndose hacia ti. El siguiente va por las rocas de la izquierda bajando en picado y los otros se paran y miran. Todo un curioso juego que llena de alegría el barranco al mismo tiempo que de asombro y vida.

Hay que estar aquí para ver esta deliciosa danza, para medio llegar a comprenderla porque no tiene semejanza con ninguna otra realidad serrana. Si tú sigues avanzando por el trazado de la senda no tardarás en pararte a la altura de ellos. Y este es precisamente el punto más estratégico del camino. Desde aquí, cuando ya la senda cruza la hondonada del arroyo por el que ellos bajan, es desde donde todo se ve. Se les ve a ellos saltando por la parte de abajo y se le ve al gran arroyo por el mismo punto en que la senda lo cruza, se le ve por lo hondo total, donde ya el río cae y lleno baja recogiendo los chorrillos de los lados y se le ve a la senda sujeta en la ladera de enfrente y tallada en la vertiente que ahora recorres.

Un poco más adelante, entre las grietas de las rocas pobladas de majoletos y sabinas, se pudrió uno de los machos monteses más grande de la sierra. El rey de los machos, desconocido para todos los guardas de estas cumbres y todos los que acompañados de los guardas, vienen de montería a matarlos. Yo te aseguro que era el

más viejo de todos los machos monteses que nunca poblaron estos montes y una tarde tubo lugar la tragedia.

Pastaban en manada en el puñado de tierra fértil retenido en la cornisa de las rocas y los lobos le atacaron. Le entraron por abajo, desde arriba y por los lados. La manada no los descubrió hasta que las fieras lanzaron el ataque. Se dio la estampida y como estos animales son tan ágiles por las rocas, salieron huyendo cornisa adelante y en cuanto remontaron el escarpado espigón, ya estuvieron a salvo. Ningún lobo podrá trepar jamás por esas cárcavas de las cumbres.

Pero el viejo macho no tuvo suerte. Fue acorralado por tres de los lobos y en uno de los embistes, al hacer el quiebro para escapar de la fiera que se le presentó por delante, cayó en las grietas de la roca. Con el mismo filo de las aristas rocosas se abrió la barriga y los costados y con los otros salientes, se rompió el resto del cuerpo. La sangre roja y caliente chorreó por la superficie de las blancas rocas calizas hacia la profundidad de la sima y macho, corriente y sangre, para la eternidad allí

quedaron. Es tan profunda y al mismo tiempo estrecha, la raja de la roca, que nadie puede penetrar en ella.

El sol, la lluvia y la nieve fueron consumiendo al viejo macho montés que tardó mucho tiempo en pudrirse debido al frío de la cumbre. Algunas personas dicen que vieron un día parte de los huesos del animal. Otros se encontraron la cornamenta y aquello fue todo un tesoro. La cornamenta más grande que nunca se ha visto en estas sierras. Uno de los negros cuernos estaba en la covacha por donde siempre gotea al agua y el otro, las piedras y la tierra de la ladera lo tenía ya medio cubierto. Cuando lo vio el que dice se lo encontró, no se lo creía. Solamente se veía del cuerno un trozo de la parte más gruesa. Pudieron rescatarlo y dicen que cuando limpiaron y prepararon aquella cornamenta, todo el que la veía se quedaba asombrado.

La senda se pierde un poco, según se aproxima al río ya por la parte alta, justo ahí se vuelve un ramal para atrás. ¿Qué a dónde va ese ramal? Pues traza varias curvas por la ladera y al final remonta al collado. Hay mismo construyeron el cortijo más bello de todos los

cortijos que nunca se levantó en la sierra. Durante muchos años ese cortijo, las tierras que le rodea y la gente que en él vivieron, fue todo un mundo pequeño lleno de la mejor belleza. Sobre todo cuando la noche caía sobre las cumbres y montes de estas sierras. Alrededor de la lumbre, frente a las llamas de la chimenea, ellos se juntaban y aquello era todo un puro gozo.

La gente sencilla de aquel cortijo y de aquellas tan elevadas tierras, charlaban de sus cosas al tiempo que se daban cariño entre sí. Fuera del cortijo, en el silencio de la noche, la lluvia caía, los perros ladraban, los animales balaban o mugían y en lo más denso de la noche, el viento silbaba. De vez en cuando se oía el rodar de las rocas que desde las cumbres caían, de fondo siempre el bramar del río, las cascadas rompiéndose y el canto del cárabo. Así de sencilla era la vida en el collado y en el cortijo hasta que los nuevos tiempos comenzaron a cambiar las cosas.

En tu ruta pista arriba, bajo la lluvia de la mañana, ya te encuentras en el primer puente. No para cruzar el río

sino para atravesar el primer arroyo de entidad que por la izquierda le entra a este río. Se llama este arroyo de Ruejo y aunque parece pequeño no es tanto ni en cantidad ni en longitud ni en rincones grandes. Viene de unos barrancos oscuros y anchos que se recogen un poco al lado norte del Calarejos de Los Villares y también cerca del Alto de la Campana.

Una de las sendas nobles que tú vienes buscando arranca de por aquí. A la derecha de este arroyo y sube monte adelante sin dejar nunca de ver el eje central que da forma a estos barrancos: el Borosa. En su momento la recorrerás así como también todas las otras. Todas sin dejar fuera la pista del río.

Otra de las sendas perdidas y por completo ignorada de todos, en sus tiempos, iba por este arroyo. Tú tampoco la has recorrido nunca ni la has visto en los mapas. Ni siquiera tus ojos la han visto y te fías sólo de las noticias que te dieron. Y las noticias decían que: uno de aquellos días el joven se dispuso a subir por el arroyo.

- Las ganas que tienes de complicarte la vida.

Le decía el pastor amigo suyo por las partes bajas del río.

- Porque a ver, dime ¿por qué tanto interés en subir por esos barrancos?
- Ya un día llegué hasta la mitad y me gustó tanto aquello que desde entonces no vivo pensando en el final de aquel barranco. ¿Qué hay allí al final?
- Pues como en todos sitios: cumbres y arroyos.
- Pero no sé porque yo tengo creído que aquellas cumbres tienen algo nuevo que no hay en otras cumbres.
- Algo nuevo sí tendrán pero tampoco es una cosa del otro mundo.
- De todos modos, mientras no lo vea no me quedaré agusto. Esta mañana voy a recorrer ese barranco del arroyo y después de atravesar las laderas finales, me remontaré hasta las cumbres. Creo que el mundo se encuentra al otro lado. ¿Y si encuentro allí la felicidad? ¿Por qué no me dices por donde va la senda?

- La senda no va por ningún sitio. Lo que sube por ese arroyo son caminejos de animales que alguna vez los hemos andado las personas. Y esos caminejos no tienen pérdida y sí tienen mucha pérdida. Lo mejor es pegarse al arroyo y seguirlo por donde puedas. Cuando llegues a la

cascada que tampoco lo es, te cruzas al otro lado por la parte de arriba y a partir de ahí ya empiezan las laderas.
- Por cierto, aquello de la cascada y el pastor ¿qué fue?
- Pues que al hombre le gustó aquella cascada. Todos los días iba por allí y se le metió en la cabeza que tenía que construir un salto de agua. Bueno, no era un salto, sino que él quería que al agua del arroyo se fuera por el canalillo hasta unas rocas para que luego desde allí cayera en un gran chorro hacia el barranco.

- ¿Y qué pasó?
- Que el hombre lo consiguió. Una tontería suya pero el hombre tenía capricho y como el empeño era tan grande, lo consiguió. Se trajo una azada y cavó mucho hasta que un día por fin le metió el agua por la reguera logrando así parte de su sueño. Vio como el agua se fue por el nuevo cauce que le había preparado y después se despeñó por la roca tal como él quería.
- ¡Qué cosa! ¿Verdad?
- Ea, manías que a veces tiene uno y hasta que no se hacen reales parece que falta la felicidad en la vida.

- ¿Y todavía está allí aquel chorrillo?

- Por lo visto, todavía cae por allí.
- ¿Tú ves? Otro motivo más para que recorra este arroyo. Aunque no me has dicho por dónde va la senda, yo pienso que una vez que llegue a donde el hombre construyó su chorrillo, no me será difícil llegar a lo alto. Y hasta creo que con un poco de suerte me voy a encontrar por allí a otro pastor. ¿Tú qué crees?
- Me parece que sí hay alguno todavía por el lugar pero quiero advertirte de una cosa.
- ¿De qué?
- Pues que tengas cuidado con los que sabes.
- ¿Qué me harán?
- Como te encuentres con uno que yo sé, si puede, te come aunque luego no te comerá. Pero a parir, te pone.
- ¿Es que son los dueños del monte?
- Eso se lo preguntas cuando lo veas pero yo te lo he advertido. Que tengas suerte.

Y el pastor despidió al joven. Subió por los caminejos del arroyo y como era tanta la ilusión que tenía en asomarse a las cumbres, se recorrió el monte sin darse cuenta. En un santi amén estuvo en la cascada del chorrillo y una vez en el lugar, lo primero que hizo fue

ponerse a buscar la obra del pastor. Se metió por las madroñeras saltando por el lado de arriba y estaba acercándose al agua cuando de pronto le sorprendió una voz.

- ¿Buscas algo muchacho?

Miró para atrás y sobre unas rocas vio la figura de un hombre.

- Estoy buscando a un pastor.

- ¿Para qué lo quieres?

- Sólo él podría contarme la historia que yo deseo conocer.

- ¿Y qué historia es esa?

- La de este barranco, sus laderas y sus ovejas.

- A ver, aclara más.

- Pues por ejemplo: dónde se encuentra el chorrillo obra de aquel viejo pastor. Cómo lo construyó. Cómo se llama esta cañada y por dónde va el camino para ir a las cumbres. ¿Usted es el pastor de ahora?

- Yo soy el pastor ¿no has visto a mis ovejas pastando por los ranchales?

- Ahora que lo pregunta, sí es verdad que he sentido una cencerrilla.

- Pues ya esta; esas son mis ovejas que comen hierba ahí, algo más arriba. Y en cuanto a lo que tú preguntas algo te puedo ayudar. Vente para acá.

El joven obedeció al pastor y se fue con él. Salió de entre aquellas madroñeras y juntos anduvieron un rato atravesando las tierras del calvero que estaban tupidas de hierba. Llegaron al arroyo, lo cruzaron por debajo de la sombra de unos robles y subieron por el repecho de enfrente. En el rodal de tierra fértil, por encima de los enebros, frente al arroyo con la cascada por debajo de ellos, se sentaron.

- ¿Tú traes lápiz para apuntar?
- ¿Qué es lo que tengo que apuntar?
- Los nombres de las cosas. ¿No me decías que quieres conocer la historia de este barranco?
- Claro que quiero pero yo vengo sin ningún instrumento. Usted me los dice y ya verá como me quedo con ellos.
- Es que son muchos nombres y muchas cosas.
- Claro, lo más importante. Por ejemplo: el cortijo ¿cómo se llama?

- Eso es lo más fácil. De siempre se llamó el cortijo de Ruejo. La senda que sube es la que va al Calarejos de Los Villares, el arroyo que baja, también es de Ruejo y cuando ya vuelcas al otro lado y te asomas a los barrancos, casi te toparás con el Alto de la Campana y otro arroyo que tiene el mismo nombre.
- ¿ Y la cascada?
- En nombre de la cascada nadie lo conoce aunque yo siempre lo distinguía por el Charco del Chorro. ¡Fíjate qué cosa más rara!
- Sí que es raro pero en fin, a lo mejor es sólo un nombre para entendernos nosotros. Me interesa mucho otra cosa.
- ¿Qué es?
- Ya te lo dije: ¿cómo hizo aquel hombre esa casada?
- Con puñados de piedras y gusto que tenía él por un capricho. Por lo visto una mañana se trajo el hacha y lo primero que hizo fue cortar los troncos de unos arbustos que les estorbaban. La leña se la llevó a su cortijo y luego otra mañana se trajo la azada.

Todo el día estuvo él rompiendo rocas, cortando monte y cavando tierra. Al caer la tarde ya la tenía terminada. Una pequeña reguera que arrancaba desde la

corriente por el lado de arriba de la cascada y se iba buscando la mayor de las rocas. Cuando el hombre le quitó la tierra que taponaba el canalillo y el agua entró por allí, aquello creo que fue un gozo tremendo para él. Todo le salió tal como lo había soñado. El agua se fue por la canal como si para ella aquello fuera el mismo cauce del arroyo y luego comenzó a caer desde lo alto de la roca en forma de chorrillo primero y en cascada abierta después. ¡Precioso aquel chorrillo!

- Ya verás en cuanto bajen las riadas como te lo van a romper.
Le decían sus vecinos.
- No lo romperán porque si observáis bien lo he construido sobre roca.
- ¿Y para qué quieres tú ese chorrillo?
- Por puro gusto.
- Como si no tuvieras ya cascadas y chorrillos en los arroyos y ríos de estas sierras.
- Tienes razón pero ¿acaso uno no puede tener un capricho en la vida?
- ¡Hombre, claro!

- Además, ni me cuesta dinero ni nadie tiene que prestarme nada ni tampoco a nadie fastidio.
- Eso está claro, poro ¿es que piensas traer turistas por aquí para que vean esta obra tuya?
- Ni pienso traer turista ni se lo voy a decir a nadie. El chorrillo es “gusto mío por la naturaleza”. Sólo lo voy a usar para beber en él cuando por aquí pase y luego para contemplarlo sentado en la sombra del roble de la ladera de enfrente.

Y esa sombra y roble de la ladera de enfrente es justo donde nosotros estamos ahora sentados. Si te has dado cuenta, habrás observado que desde aquí es desde donde mejor se ve tanto el chorrillo como la cascada propia del arroyo y el arroyo mismo.
Le decía el pastor.
- De eso me di cuenta en el momento en que nos sentamos aquí pero yo quisiera más.
- ¿Qué más?
- Me gustaría acercarme y además de tocarlo, beber en ese chorrillo. No tengo mucha sed pero por puro gusto igual que lo hacía él.

- Bueno, ahora cuando pase un rato nos vamos a levantar y por la pequeña senda que le entra desde arriba, te voy a llevar al punto exacto donde él también bebía en su chorrillo. Pero ahora, ¿no me preguntabas otra cosa?
- Sí, quería preguntarte por la senda que me llevará a las partes altas y por el que da miedo.
- ¿Qué es lo que deseas saber?
- ¿Es tan ogro como me han dicho?

- Tú no le hagas caso, si te lo encuentras ni tampoco te creas mucho de lo de lo que la gente dice. Pero si te lo encuentras, prepárate.
- ¿Qué pasará?
- Primero te preguntará que qué haces por aquí.
- Pues le diré que voy a subir a las partes altas de la sierra.
- Entonces te dirá que si tienes permiso para andar por estos caminos.
- Le diré que desde que nací estoy recorriendo estos caminos. Que soy serrano y que me conozco todos los rincones de estos montes.
- Te dirá que eso a él no le importa. Ahora las cosas son distintas y para andar los caminos de la sierra profunda

hay que tener un permiso y una razón poderosa. Aquí no se viene a perder el tiempo ni a recorrer los caminos por recorrerlos.

- Pues si esto me dice, le diré que voy a escribir un libro con todo lo que sé de estas sierras. Que necesito recorrerlas primero para aprenderlas bien.

- Te dirá que hasta para eso hay que tener permiso. Que no se puede tomar notas de las cosas así porque sí.

- Es para un libro muy importante y yo que soy serrano de siempre, tengo derecho a contar de la sierra lo que de la sierra sé.

- Que no hombre, que no. Ya no se puede ir por los caminos como se iba antes ni tampoco se puede sentir la sierra como en aquellos tiempos. Nada de lo que hay aquí ya te pertenece sino que tiene otros dueños y por lo tanto, se acabó sentir la sierra como tuya propia.

- Pues si esto me dice ese espabilado, yo le diré a él que es un mamarracho. Que deje de complicarme la vida y que se vaya a freír espárragos.

- "¿Por qué soy un mamarracho?"

Te preguntará.

- Porque a los serranos no se les puede reprimir con argumentos tan raquíticos y menos aún, limitarle la

libertad de ir por estos montes para asomarse a las cumbres de las partes altas.

- Yo te lo acabo de advertir. Si te encuentras con él, haz lo que quieras pero vete preparando.
- En fin, vamos a dejar lo de ese ogro porque si me lo encuentro y de verdad es tan cruel como tú me lo has pintado, hasta puede que me lo coma. Vamos a otro asunto.
- ¿Qué asunto quieres ahora?
- El del chorrillo.

Y en compañía del pastor el joven se fue por el arroyo en busca de la vieja cascada. Por allí se quedó mucho rato y fue tanto lo que le gustó aquel chorrillo, que ya no quiso subir por la ladera para asomarse a las cumbres y ver las sierras.

Aquí mismo, donde el arroyo de Ruejo, llega a la pista que sube por el Borosa, se ven los muros de contención. Cuando arreglaron esta pista, al arroyo le hicieron unos muros de piedras. Dos se ven desde la misma pista y son para sujetar las aguas y la tierra que los torrentes traen

cuando descienden de las cumbres. Y como hoy llueva tanto y también llovió tanto ayer, por los agujeros que le hicieron a estos muros, sale al agua a borbotones. Cuatro caños son y todos salen repletos.

Es este el mismo camino que el joven recorrió aquel día y donde también, allá arriba, estuvo con el pastor junto a los chorrillos de la cascada. Rebosa el agua por el segundo muro que desde el camino se ve. Una gran cascada de agua que salta por lo alto de la pared. Del arroyo para arriba, siguiendo el camino del borde del río, el agua baja a mantos. Por la cuneta de la izquierda viene tanta que no se puede ni andar. Pero esta es agua cristalina total. También por las rocas de la ladera de la izquierda caen los chorros. Algunos vienen de los rincones de la reunión de las lluvias por la ladera. Otros afloran por los agujeros y las grietas. Es decir, no son arroyuelos sino manantiales. Las entrañas de la tierra ya están tan saturadas que escupe el agua por cualquier grieta o agujero rocoso en estas zonas bajas del río.

Desde el puente en el arroyo hasta la primera fuente junto a la orilla de este río, la distancia será de unos

ciento cincuenta metros. Pues repleto de charcos, manantiales y arroyuelos se encuentran todos estos metros por el lado izquierdo de la pista.

No detienes tu ritmo ruta arriba. Sigues bajo tu paraguas y como es tanta el agua que te rodea y te cae encima, tu espíritu también ya está empapado. Agua por arriba y es la lluvia que sigue cayendo. Agua por abajo y es el gran manto que corre buscando el río. Y agua por la izquierda y son los manantiales y chorros que brotan y bajan por la ladera. Agua por la derecha y es el gran río que baja inmenso. Desbordado como no lo has visto en tu vida. Rizado de olas que se despeñan por las cascadas y la gran corriente que crece en el cauce y en ambas orillas.

Pero la fuente también ha reventado. La construyeron justo en la misma cuneta de la pista, al lado izquierdo. Por esta fuente que se llama de Los Astilleros, siempre brota mucha agua. Incluso en verano, en plena sequía de estos años pasados, su caño salía lleno. Pero hoy es el disloque. Es esta una fuente que se rompe, está rota. El tubo de hierro que le pusieron, clavado casi en el mismo boquete de las piedras, se ha caído. Hace mucho tiempo

que se rompió y no lo arreglaron. Pero da igual. El agua sigue cayendo por el tubo y la que no cabe, sale por entre las piedras. Esto es así en cualquier época del año y hoy, es tres veces más.

El tubo sale lleno y también las rajas de las piedras y como todavía hay más agua, cae por la parte de arriba y sale por abajo. Es decir: la fuente está inundada. Tanta es el agua que esta mañana echa fuera el manantial que surte a esta fuente, que por ningún sitio ya cabe. Hasta la llanura de la misma pista se ha convertido en puro río evacuando agua al gran río. Es una barbaridad la cantidad de agua que chorrea por las laderas de estos barrancos.

Ni siquiera te paras en la fuente. Bueno, sí te paras pero no a beber como lo hacen casi todos los turistas que por aquí transitan. Aunque es limpia como el viento el agua que esta mañana por aquí sale, no bebes. No tienes sed y tampoco tendrás problemas cuando la tengas. Aun así parece raro pasar junto a tan caudalosa fuente y no parase si no a beber, sí a lavarte las manos o a jugar un ratito con esta agua. Es lo normal en cada una de las

personas que a cualquier hora de cualquier día suben y bajan por este camino. En cuanto ven la fuente, a ella se van y aunque no tengan sed, beben y luego juegan aunque tampoco tengan ganas.

Por aquí mismo, desde dos puntos distintos, arranca la gran senda. La que sube a las grandes cumbres pasando por la gran aldea y transponiendo, luego, por las altas cimas, a los inmensos Campos de Hernán Pelea. Tú ruta de hoy sigue por aquí y sigue por ahí y por allí. Pero sigue por la pista al menos durante unos metros más. Y al pasar por este lugar, ahora lo vuelves a ver.

Es por esta senda por donde también el joven subió aquella tarde. Remontó hasta las partes altas y se asomó luego al morro del puntal. Al otro lado, enfrente, lo vio. Era su amigo el cabrero que se había sentado entre la hierba del raso de la ladera. Con él estaba el turista que desde hacía mucho tiempo andaba por aquí porque decía que era sana la vida en estas sierras. Desde lo alto del puntal el joven echó unas voces y saludó a su amigo.

- Espera un poco que enseguida bajo.

- Aquí te espero.

Le contestó el amigo.

Giró el joven por el lado de arriba y siguiendo una sendilla por la ladera del puntal de enfrente y en quince minutos estuvo junto a él.

- Hay que ver como se presenta este año el campo de hierba.

Le comentaba en cuanto estuvo a su lado.

- Tanto es así que ahora mismo acabo de coger unas “cagarrias” donde nunca en mi vida las he visto antes.

Le decía al joven su amigo el cabrero.

- ¿Y este señor?

Preguntó el joven.

- Es un profesor que desde hace algún tiempo se viene aquí conmigo. Dice que ya está más que cansado de la dichosa vida en la ciudad. En cuanto puede se viene a estos montes y se pasa el día detrás de mis cabras y hablando de las cosas de estas sierras. Le gusta a él mucho las setas y precisamente hoy hemos tenido suerte. ¡Fíjate cuántas hemos cogido ya!

El cabrero le enseña al joven el montón de setas que entre la hierba ha puesto.

- ¿Dónde las has cogido?

- Por los pinares y rasos de estas laderas. Hay tantas esta primavera que por cualquier sitio te las encuentras. Y tú ¿a dónde vas?
- Quería echar un rato por aquí. Como me dijiste que me querías enseñar tu vivienda, esta mañana pensé que hoy pudría ser un buen día para venirme contigo y de paso conocer esa vivienda de la que tanto me has hablado. ¿Por dónde vives?
- Donde los pájaros del cielo tienen su nido.
- Eso ya lo sé pero concreta más.
- Tendrás que subir a las rocas de las cumbres. Ahora mismo no voy a ir por allí, porque ya ves que mis cabras pastan en el monte del barranco y estoy en compañía de mi amigo el profesor. Quiere él seguir buscando setas para aprovechar el momento y el día tan bueno que hace pero si quieres tú puedes hacer una cosa.
- ¿Qué puedo hacer?

- Bueno, tienes dos posibilidades: o te quedas con nosotros y nos das compañía buscando setas entre estas hierbas o puedes irte.
- ¿ Adónde me voy a ir?
- Al lugar donde vivo y nos esperas allí. ¿Qué te parece?

- Me iré al lugar donde vives pero antes me tienes que indicar por dónde se le entra a esas rocas y entre qué peñas se encuentra tu casa.
- Te lo indico. Ven y verás.

El también joven cabrero, se situó en lo alto de un gran peñón y desde allí estuvo señalando a su amigo por dónde tenía que tomar el camino. Enseguida el joven se despidió y empezó a subir por la ladera, no por senda, sino montes a través. “Así de paso, gozo mejor el campo y al mismo tiempo a ver si doy con la era”. Se decía.

Pensaba en un trozo de tierra en forma de era pequeña que en otros tiempos, los viejos serranos habían tallado, en las tierras de esta ladera. Ahí a él le habían dicho que estaba el tesoro escondido.
- ¿Pero qué tesoro?
Preguntó.
- Un tesoro que unos serranos, hace ya mucho tiempo, enterraron en la era.
- ¿Y qué más cosas se sabe?

- Nos dijeron a nosotros que está en el mismo borde de la era, por el lado que da al arroyo y cerca de un pino grande.
- Pero ahora, después de tanto tiempo, el pino a lo mejor lo han cortado y la era se puede haber roto de las lluvias y las nieves.
- Eso puede haber pasado pero por buscarlo no se pierde nada.
- ¡Claro! Se puede buscar y si se encuentra el tesoro, pues eso que se gana.
Decía el joven.

Así que por eso esta mañana mientras subía a la cumbre, venía monte a través por las tierras de la ladera a ver si se tropezaba con la era. "Como me la encuentre voy a ponerme a excavar un rato a ver si tengo suerte. ¿Qué tesoro habrá ahí escondido?" Se decía. Pero no encontró la era. Recorrió toda la ladera y se encajó en las mismas rocas de la cumbre y como por aquí ahora ya lo que buscaba era la vivienda de su amigo, se olvidó del tesoro. "Otra vez será". Seguía diciéndose mientras se colaba por entre las rajas de las rocas buscando la casa. "¡Este

amigo mío, dónde ha venido a construirse su vivienda!” Se decía de nuevo.

Y en cuanto terminó de coronar unas grandes lastras, vio la vivienda. Justo arriba, en lo más elevado de la cumbre, al lado sur y donde las rocas forman primero como un rellano y luego como unas cuevas, allí estaba la casa de su amigo. Aprovechando las covachas de las grandes rocas de la cumbre. De piedras sueltas su amigo había levantado unas paratas y dentro había dejado encerrado la cavidad de la cueva. Había puesto unos palos y con unas maderas había trazado una puerta y en interior de aquella cavidad se había puesto a vivir. “Este amigo mío está loco. ¡Mira que la vivienda que tiene!” Se dijo el joven al ver lo que esta viendo.

Curioseó por aquí y por allí y a cada descubrimiento su asombro aumentaba. Lo más sencillo del mundo era lo que su amigo tenía allí pero al mismo tiempo lo más espectacular. El lugar donde aquel otro joven cabrero había decidido levantar su casa, resultaba todo un palacio digno de dioses. Las grandes rocas no sólo le ofrecían cobijo para dormir toda la noche bajo techo, sino que le

ofrecían muralla por un lado y otro, puesto que la cueva se encontraba en el centro de un circo. Murallas por los lados, suelo firme y bello por la entrada y sus alrededores y lo mejor de todo: un balcón en la misma puerta. El más bello de todos los balcones justo donde las águilas tienen sus nidos y las estrellas del cielo descansan.

“Este amigo mío está loco pero tengo que reconocer que es un privilegiado”. Seguía diciéndose el joven asomado ahora ya al impresionante balcón. Desde allí, si se situó frente al río Borosa la vista era de lo más grande. Todo el barranco por donde desciende el cauce, el otro barranco de Roblehondo de Guadahornillos y el Calarilla, toda la cuerda de la Cerrada de Elías, el arroyo de la Orodá y del Tejo, el Salto de los Órganos y más arriba, los barrancos de las lagunas, la Sierra de la Cabrilla y por encima, el Empanada. Todo este mundo se veía desde el balcón de las Aguilas. Y para el otro lado, toda la impresionante cuerda de las Banderillas con el Picón del Haza, el Tranco del Perro, el Fraile, el Cinto, la Escaleruela, Las Banderillas casi al alcance de la mano y a los pies naciendo el profundo barranco del arroyo de la Campana con los Pardales y el río Aguasmulas.

El Cinto y los Pardales en primer plano y luego el arroyo de la Campana, la Fresnedilla y el barranco por donde también se despeña el Aguasmulas. “Es un privilegiado por la gran suerte que tiene aunque pudiera parecer lo contrario”. Seguía diciéndose para sí el joven. Y en estos momentos, cuando estaba allí asomado sobre el bello balcón de su amigo gozando, se acordó de una escena bonita que en una ocasión había vivido con él.

En la ladera de enfrente se veía el huerto, el bosque algo más arriba y hasta la corriente del arroyo y el charco. En aquella ladera, allá en lo hondo del barranco, su amigo tenía unos “piazos” de tierra muy buenos que sembraba todos los años. De las rocas de más arriban brotaba un manantial y con aquel chorrillo él regaba su huerta. Un puñado de tierra de “na” pero muy bueno y más por el chorrillo de agua que la surcaba.

Sembró él allí unos melones y cuando ya estaba bien entrado el verano una tarde se encontraron los dos jóvenes. Iban por las tierras que se enfrenta a la ladera

del huerto y el joven, al mirar, vio algo que le llamó la atención.

- ¿No lo ves allí bajo los pinos?

Le decía a su amigo el cabrero.

- ¿Pero qué es lo que se ve allí?

- Son gordos y relucen bajo los rayos del sol. ¿Pero no los ves?

- Veo las matas verdes y un chorrillo saltando por la canal. Veo los pimientos y algunos tomates ya rojos pero los melones no los descubro.

- Ven conmigo, verás.

Dejaron la sendilla de animales que seguían, bajaron hasta lo hondo, saltaron la corriente, subieron por la ladera y por entre los pinos se fueron hacia los canteros. Al salir de unas carrascas, el cabrero le dice a su amigo:

- Ahí los tienes ¿Los ves ahora?

- Con toda claridad y me parecen asombrosos. Nunca tuve antes mis ojos melones tan grandes.

- Fíjate cómo relucen bañados por los rayos del sol y con ese color dorado que parece oro. Sólo verlos se te abre el apetito y te entran ganas de cogerlos y partirlos.

- Y tantas ganas que ahora mismo nos vamos a comer uno.

Sacó del bolsillo el cabrero su pequeña navaja y se agachó entre las verdes matas para cortarlo. Lo seccionó por el rabillo y cuando fue a cogerlo para levantarlo y partirlo, se le escapó de las manos, cayó en la tierra de la ladera y comenzó a dar tumbos por la torrentera. Entretenidos quedaron ellos mientras observaban apenados como la redonda fruta iba dando tumbos derecho al charco del arroyo.
- Se hará polvo.
Dijo el amigo.
- Seguro. Como al caer choque contra una piedra, se partirá en mil trozos y no podremos ni probarlo.

Pero no. El último escalón de la torrentera hacia el arroyo fue decisivo. Al llegar a él, el melón dio un salto y por unos instantes quedó bailando en el vacío. Giró sobre sí mismo varias veces y luego dio un porrazo. Cayó de lleno en el mismo centro del charco. El más grande, transparente y bonito de todos los charcos del arroyo. Se hundió en las aguas y al rato salió a flote. Comenzó a

moverse de un lado para otro por encimas de las aguas como si allí se hubiera quedado jugando y esperando que ellos bajaran para cogerlo y partirlo.

- Vamos ahora mismo antes de que la corriente lo arrastre y lo perdamos para siempre. Como caiga por la cascada, no va a servir ni para alimento de peces.
Le decía el cabrero a su amigo. Saltaron ellos por la torrentera y un unos instantes ya estaban frente a las aguas del charco. Lo rescataron de aquel líquido transparente y de aquella danza juguetona, sacaron de nuevo la navaja y enseguida lo rajaron. Crujió al partirse y al quedar su carne al descubierto vieron como su color se parecía al caramelo.
- ¡Qué belleza de fruta y qué jugo tiene!
Exclamó el amigo.
- Esto tiene que estar para chuparse los dedos.

Y estaba más que dulce. En cuanto se llevaron las primeras tajadas a la boca comprobaron que aquello no era melón, sino un sorbo de almíbar con sabor a azúcar tostada.

- ¡Qué delicia! No me lo creería si no lo estuviera saboreando ahora mismo.
- Pues es la primera vez que en mi huerta sale un melón tan dulce y con la carne de este color de oro.
- Como que yo diría que lo de este melón es algo excepcional. Algo prodigioso que es la primera vez que ocurre en los hortales de estas sierras.
- Lo averiguaremos luego. Ahora vamos a comérnoslo porque habiéndolo probado y teniéndolo partido en las manos, no hay quién lo resista.

Te encuentras todavía en los alrededores de la vieja fuente que se desangra por todos sitios menos por el caño de hierro. La lluvia te sigue cayendo y mientras decides la ruta a seguir, recuerdas: el camino que lleva a las cumbres del misterio donde comienza el mundo y se toca el cielo, sale de por aquí. Desde tu situación ojeas un poco la ladera y la duda comienza a nublar tu alma. ¿Por dónde continuar trazando tu ruta de hoy?

Seguir por la pista del río es bonito y la emoción te anima a ello. Desviarse luego en el Puente de Los Caracolillos e irse por la otra pista que atraviesa el

barranco de Roblehondo de Guadahornillos, también sería bonito. La emoción te crece pensando en esta ruta en un día como el de hoy. Pero apartarse de esta pista y subir por el camino que lleva a las cumbres del misterio, donde al otro lado se encuentra el mundo, también sería emocionante y bello en un día como el de hoy. ¿Qué haces? ¿Por dónde continuas tu ruta?

Se te ha ocurrido una idea y mientras la maduras para decidir al final, te dices que lo primero de todo es clarificar. Crees que el camino que sube a las grandes cumbres debe ser el principal y por eso necesitas un nombre que lo signifique en tu mundo interior. Piensas y crees que le puede caer bien el de "La Senda que lleva a las Cumbres del Misterio". Al segundo trozo, la pista y el barranco paralelo a esta senda, la que surca Roblehondo de Guadahornillos, se le debe llamar con el nombre de: "Camino al Corazón de la Reserva". Y la que te queda, la gran pista que recorre el Borosa, por lógica es como "La Vena que lleva al Corazón".

Pero sintiéndolo mucho, a la pista que sube por el Borosa, aún siendo la arteria principal de toda la sierra

que por aquí existe, tú la tienes que llamar de otra manera. Al paseo que por aquí han trazado, te obliga a ello. Así te dices que aunque sea “La Vena que lleva al Corazón”, también es “El Paseo de los turistas”. Porque ellos vienen del que para ti hoy es “El Valle de los turistas” y siguen por su paseo, robado cruelmente al río.

Así que con esta clarificación ya en tu mente, la idea que maduras, te llega a la siguiente reflexión: se pueden recorrer las tres rutas al mismo tiempo. Algo difícil pero no para ti que tantísimas veces lo has deseado. Cada vez que remontas algunos de los caminos que surcan estas sierras, al contemplar a lo lejos las otras laderas y barrancos, siempre has sentido la necesidad de meterte por aquellas otras sendas, además de la que recorrías en ese momento. Es decir: recorrer la ruta que en ese momento llevabas y según ibas descubriendo sierra, irte por todas aquellas otros lugares. Siempre te decías que luego. Que otro día volverías. Pero claro, cuando luego volvías otro día, aunque resultaba emocionante, no era lo mismo.

Hoy por fin vas a poner en práctica este emocionante plan, materialmente imposible de concretar pero sí realizable desde el espíritu, el deseo y el amor por estas sierras. El camino principal a seguir hoy será la senda que lleva a las montañas del misterio, que por otra parte es la que el joven te indicó cuando hace un rato comenzabas. Los otros dos caminos secundarios, aunque importantes como el primero, a recorrer, desde el deseo y el amor, el paseo de los turistas y la pista de Roblehondo. Así a lo grande, como un gigante que se te abre, penetrarás tú hoy en el gran mundo del río y las tierras que le dan vida. Esta es la idea que ahora mismo te empuja y una vez más te lanzas por los caminos de la sierra.

Desde la fuente, de frente, no se puede subir. Te frena el muro de piedra que por este lado le hicieron para sujetar la tierra que de la ladera arrastra el agua cuando las lluvias caen. Pero a dos paso te queda el arroyo. Muy rota sube por él la senda y enseguida te lanzas por ella. Sube pegada al cauce. Intuyes que es senda de turistas y no de serranos. Por eso, en cuanto remontas unos metros, la dejas y te vienes más para la derecha. “Por el

cortafuegos para arriba sube la senda", es lo que te ha dicho el joven que vive cercan del bar. Te vienes para este lado y la encuentras enseguida.

Un rodal de pinos de repoblación, muchas tierras rojas, una pequeña explanada que tiene pinta de haber sido tierras de cultivo en otros tiempos. Te mueves ahora para la izquierda buscando el arroyo y la ves. La verdadera, la buena, la que es serrana y fue pisada por los grandes y nobles serranos de las cumbres. Ya la estás subiendo, remontado por encima de la fuente y dejándote el río Borosa al fondo. Exactamente por el centro de cortafuegos sube la senda. Y tal como te lo advirtió el joven, está muy rota. Pero se distingue con la suficiente claridad. Fue una gran senda llena de personalidad y con raíces y eso se huele.

Por eso, ya por aquí, sientes que vas por el buen camino de Los Villares. La senda sube pegándose al repecho y como esperabas, las curvas empiezan a aparecer. El desnivel es muy grande e intencionadamente quiere alejarse del río para ir a donde debe. Por eso no puede subir recta sino de un lado a otro de la ladera a la

vez que gana altura poco a poco. Y su presencia es magnífica. Una gran senda a pesar del tiempo y lo olvidada. Tallada en la pura roca, oculta en el espeso bosque.

La lluvia sigue su danza. La tierra, la poca tierra que por la senda vas pisando, es toda barro. En él se ven marcadas las pisadas de los animales silvestres. Se pierden en el fondo de los charcos y vuelven a verse por las sendillas que van por la espesura del bosque. Las cascadas, pequeños torrentes que saltan por las rocas de la ladera, aparecen a cada metro. Casi doscientos litros han caído en veinticuatro horas.

Por la pista del río, camino que en este momento has dejado pero recorres a la vez que la senda de la cumbre, la lluvia cae. Al trazar tus pasos chapoteas en el agua que extendida por el carril, alegre busca derramarse en la corriente del Borosa.

Antes de que fueran declarados Parque Natural los montes de estas sierras, una vez pasaste tú por aquí. Esta pista era ya carril de tierra por donde se podía entrar

con los coches pero estaba rota y era más estrecha. Justo aquí mismo, unos metros por encima de la fuente rota, la ensancharon mucho. Por el lado que da al río, le pusieron un muro de piedras y en el trozo llano de tierra que quedó entre el trazado de la pista y el cauce del río, sembraron plantas. Para que con el correr del tiempo se cerrara la herida y todo quedara más similar a los bosques de los otros paisajes. Sembraron zarzas, rosales silvestres, mimbres, escaramujos, romeros y caña común. Tuvieron que rellenar con mucha tierra y por eso la vistieron después. El carril ahora tiene casi la anchura de una autopista para que bajen y suban sobre la comodidad aunque sea andando.

Pisando la tierra, que es puro barro, muchos charcos y corrientes, avanzas. Sigue lloviendo. Arriba, todo es oscuro. No se ve ni una sola cumbre y eso que son grandes y destacan potente cuando se camino por este río. Te gustaría, por lo menos, eso es lo que piensas, llegar hasta los cortijos de Roblehondo de Los Villares donde sabes viven los padres de Manuela, Mary y Roque. Hoy es un día bonito para ir a su cortijo y estarse allí un buen rato con ellos. Viven tan solos en estos

montes que hoy ellos pueden agradecer mucho tu presencia. Son dos familias en dos cortijos distintos donde se han refugiado resistiendo como símbolo de aquellos otros serranos de aquellos tiempos. Los últimos serranos por estas cumbres que en nada se parecen ni se confunden con los turistas diarios ni con aquellos que ya no son serranos aunque si lo fueran. En el cortijo de arriba viven los abuelos. En el del abajo, una de las hijas con tres jóvenes fruto del matrimonio.

Hoy te gustaría llegar hasta su cortijo, llevarle algunas cosas y quedarte allí con ellos todo el tiempo que puedas. Pero precisamente hoy, ya ves como bajan los arroyos. Repletos a más no poder. Para llegar a los cortijos, desde la pista del río, no existe ninguna senda. Sólo dos caminejos muy rotos que fueron tallando ellos de ir y venir. El primero de los dos caminos es muy malo y hay que cogerlo justo en la misma casa de máquina de la central. Es la senda más larga y la más complicada. Hoy todavía mucho más. Va colgada en la misma torrentera y atraviesa varios arroyos que hoy tienen que bajar repletos.

La segunda senda, cruza el río por Huelga Nidillo, metida por el agua porque no hay puente y asciende pendiente arriba. Es la que usan ellos cuando bajan con el mulo. Hoy está toda llena de barro, convertida en torrente y por muchos trozos, en grandes charcos. Luego hay otra sendilla, que ni siquiera debería llegar a esta categoría. Es pura ladera, bosque y rocas empinada, recta desde el río al cortijo. Toda una odisea recorrerla y hoy más porque para subirla hay que irse agarrando a las ramas del monte y a las puras rocas.

Así que aunque sea muy interesante ir hoy a esos cortijos, la lluvia pone las cosas casi al borde de lo imposible. También en tu interior hoy precisamente te apetece recorrer la pista que atraviesa Roblehondo. Se aparta a la derecha de esta que sube, en el primer puente que tiene el río Borosa. El que llama Puente de Los Caracolillos. Será por las placas rocosas que afloran en la ladera de la izquierda o puede que sea por los fósiles. Puede que por el lugar haya muchos resto de estos antiguos caracoles aunque tú nunca los viste por este lugar y sí, en abundancia, por otras muchas partes de la sierra.

¿Qué es lo que hoy buscas por aquí? Las dos míticas casas forestales y una tercera: la casa forestal del Pecho de las Instancias. Así que en realidad son tres: la del Barranco de las Iglesias, la del Pecho de las Instancias y la pequeñita de los científicos, la de Roblehondo de Guadahornillos.

Por el lado izquierdo de la pista que subes pegada al río, de la torrentera se ha caído desprendido un bloque de rocas. Es tanta la lluvia que la tierra se encuentra empapada. Barro casi por completo es en lo que se ha convertido estas tierras sueltas que el trazado de la pista ha dejado al descubierto. Muchas de las rocas y pinos se encuentran clavados al borde mismo del precipicio. Los ves y te dices que pueden caerse de un momento a otro y ese momento, para muchas de estas rocas, pinos y romeros, es hoy. Subiendo unos metros más, ha caído otra gran avalancha de tierra y piedras, monte bajo y todo un pino con su gran raíz. El desprendimiento ha dejado inservible media pista.

Hasta que no la limpie, por aquí no pueden pasar los coches que traen a los turistas de excursión. Y al mirar, unos metros más adelante, otra acumulación de barro y piedras se amontona en la calzada del camino. Los chorros de agua le caen desde lo alto y como la tierra es roja y está suelta, la corriente se la lleva. Pero la corriente cae por la ladera, cristalina y al mezclarse con la tierra, se torna anaranjada. Sigue bajando buscando un portillo para caer al río y justo ahí, donde se funde con la caudalosa corriente del Borosa, se forma una macha oscura. Es lo de antes: el agua que baja por el río no viene turbia sino mas bien entre cristalina y color roca y por eso se hace una amplia mancha donde el chorrillo se una a las grandes aguas.

Son estas cosas sencillas, casi sin aparente interés pero que tienen su encanto y que sólo un día como el de hoy es posible observar. Al otro lado del río, repleto se ve el bosque de pinos y madroñeras. Como está tan chorreando y tantos días lleva ya hartito de agua, su color es hoy de un verde nuevo. Verde oscuro pero nuevo por su brillo limpio. Una fuerza que resalta por su verde intenso y el resplandor de vida que de cada hoja mana.

Hasta resulta extraño si se le compara a la palidez fría que tenía hace unos meses. En tan sólo unas semanas, las intensas lluvia han devuelto la vida a los bosques. De la sequía total a la lluvia plena en un espacio de tiempo de sólo unas cuantas semanas. Nadie esperaba que este otoño y ahora el invierno, fuera de tanta lluvia. El color del bosque es de lo más hermoso y el cauce del Borosa, impresionante. ¡Qué belleza!

Recuerdas ahora, mientras ya andas cerca a donde el cauce del arroyo de las Truchas, se entrega al río, que cuando ellos se iban aquella tarde, bajaban por aquí. Se arrancaban de la tierra para siempre y descendían hacia el valle con sus cuatro cosillas cargadas sobre los burros. Dos de los hombres iban delante y las mujeres con los niños, detrás, siguiendo a los burros. Uno de los niños traía consigo un pequeño pajarito que desde hacía mucho tiempo tenía en su cortijo.

- Déjalo en su jaula.

Le decía la madre.

- Mamá, es que lo quiero llevar conmigo. Si lo dejo en la jaula verá que nos vamos de estos barrancos y eso le puede entristecer.

- ¿Dónde lo vas a meter, entonces?
- En mi pecho. Bajo las ropas de mi camisa, cerca de mis carnes, para que no tenga frío y así ni se dé cuenta de lo que está pasando.
- Pero ahí se te va a morir.
- ¿Por qué se me va a morir, mamá?
- Eso es como una prisión para él.
- Ya verás como no, porque tú sabes que está acostumbrado.

Pero fue que sí. Cuando las familias llegaban más o menos por donde ahora mismo te mueves tú, al niño se le ocurrió sacar su pajarito de entre la camisa y el calor del cuerpo donde lo tenía guardado. Lo cogió con sus manos y enseguida se dio cuenta que estaba sin vida.
- Mamá, se me ha muerto.
Gritó preocupado enseñando en sus manos la pequeña ave ya sin vida.
- Te lo estaba diciendo.
- Pero yo lo traía con mucho cuidado.
- Los animales necesitan luz y aire.
- Es que no quería que sufriera. Tampoco quería que se muriera.

- Pues ya ves que se ha muerto y eso a pesar de ser tu amigo y estar acostumbrado a las cosas de nosotros. Te dije que tenías que haberlo dejado en la libertad de su bosque.
- Mamá, es que yo estaba muy contento con él.
- Pues mira lo que ha pasado. Ahora ni gozo para ti ni vida para él. Las cosas, hijo mío, muchas veces no pueden ser como a nosotros nos guste. No se puede jugar a capricho con la vida de los seres. Los animales, las plantas y las personas, somos como somos y la libertad de cada uno es lo primero que hay que respetar.

Mientras ellos aquella mañana recorrían la vieja senda del Borosa en una despedida solemne desde su tierra, en al aire, además, latía algo muy especial. A cortijos serranos y a caminos que van a sitios concretos. A caminos que se perdían en las laderas por entre el bosque y las rocas e iba cada uno a donde tenían que ir. No así como le pasa ahora a esta pulida y artificial pista del Borosa. No va a ningún sitio. Recorre el río e impersonalmente pasa por los paisajes sin ir a ningún sitio. Rasgo característico de la sociedad moderna por

culpa de los modernos vicios que pululan en estos tiempos.

A pesar de la lluvia que rebota sobre los charcos del camino y las rocas de la ladera, hasta ti llega el característico olor que surge de los cortijos serranos. Como si aquellos que aquel día bajaban, lo hubieran dejado todo impregnado. Como si el último día, ellos se hubieran reunido frente a la lumbre de su vieja casa a tostar la última salten de migas. Y una vez volteada por el aire, tostadas en las brasas y puestas en las trébedes frente al fuego, los del cortijo se reunieron. Alrededor de la salten y frente al fuego cada uno ocupó su puesto y en silencio y poco a poco, cada uno fue dando cuenta de su ración. Las últimas migas tostadas en el cortijo y la última ración frente a la danza del fuego y el olor de la chimenea.

Después, salieron. Buscaron el camino que expresamente iba hasta el rincón para llevarlos y traerlos a ellos y comenzaron a descender de la sierra. Según bajaban, tras ellos se iban quedando las tierras y los años y el aire se iba cargando de su especial olor. Ahora, esta mañana, por aquí se puede respirar aún ese añejo

perfume como por aquí se siente todavía las curvas que trazaban los caminos.

Tus ojos juegan la danza de la lluvia y mientras pisas los charcos estancados en el firme de la pista, miras hacia los lados. Ahora miras al río y ves que por encima de la gran corriente resalta una chapa pintada de verde. Es un aviso que el AMA puso en este punto. “Toma de agua de la piscifactoría, no bañarse”. ¿A quién va dirigido este mensaje? Los que por aquí venimos sólo somos turistas. Los que en los charcos de este río se bañan no son otros sino ellos. Por lo tanto, el letrero está pensado para ellos.

Cierto que hoy nadie se baña en el río. Pero en cuanto llegue el verano, muchos por aquí querrán bañarse. Tú los has visto mil veces y tú sabes que más arriba de la toma del agua, se baña la gente. ¿No lo saben los del AMA? Un ciego los verías. Pero entonces ¿por qué dejan que se bañen? Y si los dejan aun queriendo no dejarlos ¿para qué este letrero? Más les frena a los turistas la temperatura fría del agua que la prohibición del letrero. Otra cosa es que la chapa del letrero ya no va a resistir mucho tiempo. Se le ve bollada de tantas pedradas. Se le

ve torcida y con ganas de caerse en cualquier momento. Son las ventajas y los inconvenientes de este paseo ordenado.

En cuanto se pasa el ensanche que le construyeron a la pista para que el río no se la coma, se ve la desembocadura del arroyo de Las Truchas. Precisamente en este bello charco tú has visto a miles bañándose en pleno día y ante los ojos de los que por el camino suben y bajan. En ese charco, ahora mismo, sólo se ven remolinos de aguas y espumas blancas. La cascada que siempre cae desde el arroyo al río, esta mañana no es cascada. Tanta agua baja por el arroyo y tanta también por el río, que hasta sube por encima de la cascada. Es decir: no hay cascada porque la riada es tan grande que además de llenar el charco plenamente, hasta se adentra por el cauce del arroyo. Cumbre por completo las rocas que hacen de canalón para que caiga la cascada.

Y como, además, las aguas del arroyo son tantas, al juntarse unas y otras, originan un gran remolino casi un metro por encima de las rocas que hacen de canal para que caiga la cascada. Ni se ve el charco ni se ven las

rocas ni se ve la cascada. Hoy es tanta el agua que baja por aquí que no cabe ni en el surco del río ni en la zanja del arroyo.

Y hoy, justo cuando más emoción tiene tanto el río como el arroyo, su charco y la cascada, no hay por el lugar ni un sólo turista. Raro pero así es y das testimonio de ellos porque lo estás viendo. Nadie más que tú frente al río y bajo la lluvia que cae, el crujir monótono de las aguas que se quiebran por los charcos del río y luego la soledad. La plena ausencia de todos ellos justo en el día y el momento en que el río viste sus mejores galas. “Mejor para mí y belleza que se pierden ellos”, te dices. Porque sabes bien que mañana e incluso dentro de unas horas, ya el río, el arroyo, el charco y la cascada, no serán lo que ahora mismo es. ¡Qué alegría y qué bien!

Otro letrero con letras blancas y clavado en el tronco de un pino que se vuelca hacia el arroyo de Las Truchas. “Toma de agua de la piscifactoría, no bañarse”. Entiendes que este y el otro, no son para el momento actual. Por supuesto que hoy no hay quien se bañe en estas aguas. Pero claro, no van a coger los letreros y quitarlos cuando

el río baje lleno, en invierno, y luego ponerlos en verano que es cuando vienen los turistas con sus ganas de meterse donde sea. ¿A quién se le iba a ocurrir tan extraordinaria idea de poner los letreros en los días que hagan falta y quitarlos cuando no sea necesario? Ni que este río fuera un museo que hubiera que estar limpiándolo, vigilándolo y cuidando su entorno cada hora del día.

Pero sigues pensando y sigues suspirando por lo mismo: esta mañana, todo este río es pura belleza. Y más lo es aún por lo despejado que se encuentra de turistas. ¡Una maravilla repleta de profunda satisfacción! Merece una foto. Tu alma y tú estáis gozando a lo grande. Sin que nadie os estorbe ni os vea. Gozando de este río como él merece que se goce.

Y otra sensación más te domina con fuerza ahora mismo: algo que saboreas cada vez que pones los pies por los caminos que surcan estas sierras. Pero que en este momento es más real que otras veces. Y la imagen ya la tienes concebida dentro de ti: la sierra entera es un libro. Un gran libro. El más voluminoso, bello, complejo,

rico y a la vez sencillo de todos los libros. Es más: crees que la sierra es el libro de los libros. El resumen de cuantos libros a lo largo de los tiempos se escribió.

Esto es lo que tú sientes ahora mismo y lo sientes con tanta fuerza que hasta lo ves. Con la claridad y la contundencia de la imagen real antes tus ojos. Aunque no lo desees, para cada lado que miras, descubres páginas de este libro. Puñados de páginas que revolotean, cuelgan, se mecen, ruedan y se aplastan en cada uno de los metros de tierra que forman estas sierras. Miras, aunque no quieras y encima de las rocas, detrás de ellas, por debajo, por los lados y por los ángulos, revolotean mil páginas de este libro.

Mil páginas más revolotean entre las ramas de los pinos, los chorrillos de agua que caen, las nubes que cubren los bosques, las cumbres que se alzan potentes, las cascadas, los arroyos y por los caminos en silencio y sus curvas. Miras y aunque no quieras ves las páginas de este libro, que nunca nadie escribió y que gana en belleza a todos los ya publicados. Una exageración que a muchos puede resultar hasta cómico pero tú lo sientes así. Desde

este silencio bello donde parece dormir, grita con todos los tonos y todas las voces y lo que más te pide es que te pongas y lo recojas. No es tan difícil cuando hay tanta abundancia y con tanta perfección se muestra. Como si sólo necesitaras agacharte, recoger páginas y ponerlas unas detrás de otra. Todo ya está escrito y todo ya está limpio con la claridad más limpia.

Te mueves hacia el borde del río y al mirar al suelo, tan lavado ahora mismo por la lluvia, ves relucir una moneda. Son cinco duros. Te agachas y los coges. Miras de nuevo y más pegado al río, en la misma cuestecilla que desciende desde la pista, reluce otra moneda. Es más grande y reluce con otro tono. Son quinientas pesetas. Como tanta gente pasa por aquí a lo largo del día y del año, vete a saber a quien se le ha caído. Pero la suerte, esta mañana, va contigo. Con esta vez, ya son dos las ocasiones en que te encuentras monedas tiradas por este camino. Ellos las pierden, la lluvia las lava y tú te las encuentras.

Por una roca aquí, junto al pequeño puente de tabla, cae un gran chorro de agua. No te dice nada porque son

miles los que ya has visto y sigue viendo pero la verdad es que como cada uno es distinto, aunque sean tantos, no dejan de asombrarte.

El puente, podría ser el primero que tiene este río según se sube, aunque algunos dicen que el primero es el otro: el de los caracolillos. Quizá porque aquel es de cemento y sirve para que la pista cruce el río. Este es muy simple. Es de tablas y sólo sirve para que cruce una pequeña sendilla. Va trabado de roca en roca. Mejor dicho: de una roca en el centro del río hasta el pequeño pontón que le hicieron por el lado de la pista para apoyarlo. Lo construyeron con dos troncos de pinos y para darle fuerza, dos raíles de tren y luego tablas cubriendo el pasillo.

Este puente no sirve para que pase ningún camino ni para dar paso a ningún rincón importante. No sabes en qué fecha fue construido pero intuyes que pudo ser por la etapa de Icona. Y por lo que también intuyes, su construcción fue un puro capricho como otros tantos a lo largo del río. Como si aquellos hombres, durante un tiempo, hubieran estado compitiendo con el río. El hecho

de que el puente no sirva para que pase ningún camino es lo que te lleva a pensar que su construcción fue puro capricho. Para que ellos, no se sabe si pensaban en los turistas, en los mismos que mandaron construirlo o para los amigos de ellos, pasaran por aquí a los charcos y cascadas del arroyo de Las Truchas. Se pueden pensar que para que pasaran a pescar. Este río siempre fue cauce de pesca.

Ahora, un poco para eso sirve en los días en que por este río organizan concursos de pesca. Y otro poco para que los turistas olisqueen y pasen a bañarse a los charcos del arroyo. Porque ya lo has dicho: una vez cruzado el puente, ya nada va a ningún sitio y sí todo va a todos los sitios. En el tiempo actual, alguno se aventura por el arroyo de Las Truchas arriba. No sube por ninguna senda y tú lo sabes bien de aquellas dos ocasiones primeras.

La primera vez ocurrió el día de la niña rubia. Fue, además, la primera vez que ella salió de su pueblo. El pequeño de sus primos hacía la primera comunión y vosotros fuisteis a por ella. El primo mayor y tú os la llevasteis por las carreteras del parque para que

conociera, de paso, algunas de las cosas de su tierra. También fue la primera vez que ella surcó los caminos de estas sierras.

Y las surcasteis valle del río Trujala arriba hasta cortijos Nuevos y luego por el Embalse del Tranco y valle del río Grande arriba hasta la Torre del Vinagre.
- Hoy vas a conocer, por primera vez, el río Borosa.
Le decía el primo mayor.
- ¿Y qué es el río Borosa?
Le preguntaba la niña rubia que por entonces no tenía más de nueve años.
- Pues eso: un río. Pero tan bonito que no se parece a ningún otro río. Tiene muchas corrientes limpias que saltan por las cascadas y se remansan en los charcos. Tiene muchos pinos verdes donde en verano cantan las cigarras y las ardillas saltan por las ramas. Tiene muchos bosques oscuros donde los madroños cuelgan y las madreselvas florecen. Tiene muchos charcos donde las truchas nadan y para tener hasta tiene muchas cumbres altas que te miran majestuosas. En fin, ya verás tú qué río.
Le decía el primo mayor.

Y en cuanto ella pisó el camino que recorre el río, lo primero que dijo fue que sí.

- Me gusta este río. Como soy pequeña todavía, no sé ni hablar. No puedo decirte por qué me gusta tanto pero lo estoy viendo y como el agua es tan alegre y limpia, me gusta.

- Pues lo vamos a recorrer hasta el final. Como tú eres pequeña, a lo mejor te cansas pero eso luego se olvida cuando acabas de ver lo que tiene este río.

- Como voy con vosotros, si me canso, ya me salvaréis.

Esto fue lo que dijo la pequeña niña rubia y luego os pusisteis a subir por el río. En aquella ocasión tampoco había turistas por aquí y por eso os encontrasteis muy agusto. Jugando subisteis por la pista que estaba mucho más rota que hoy y cuando llegasteis a este puente de las tablas, os parasteis. Era ya la hora de la comida y al ver el rincón, el puente y el arroyo de Las Truchas con su cascada, dijisteis que este era un buen lugar y os parasteis. Dejasteis la pista, cruzasteis el puente, buscasteis una senda que desde el puente os llevara al

arroyo y como no visteis ninguna, entre aquellas rocas, a la sombra de los pinos, os sentasteis a comer.

La primera comida de la niña rubia junta a las aguas limpias de este río y en la soledad de las rocas y las sombras. Y se la merecía más que nadie porque ella sí es de la sierra. Ha nacido de raíces serranas y la verdad está en eso: en que los serranos son los primeros, dueños y con derecho sobre estas sierras.

- Yo no estoy cansada. Así que vosotros tranquilos que llegaremos hasta donde habéis pensado.

Os cedía ella.

- Ya tú lo sabes y como, además, ahora nos hemos parado aquí y el arroyo este que tenemos cerca parece tan bonito, te lo íbamos a decir: ¿avanzamos unos metros por él y lo curioseamos?

- Precisamente yo iba a pediros eso. En cuanto he visto su cascada y ese charco tan azul oscuro, me ha entrado la curiosidad. Vamos a recorrerlo aunque sea sólo un poco.

- Curiosear nada más, unos metros por aquí porque la ruta que nos queda es larga.

Le decía el primo.

Dejasteis la sombra y las rocas que cubrían la sombra de los pinos y os fuisteis para las cascadas y el charco azul oscuro. Saltasteis la corriente, os asomasteis a las pozas, os bañasteis en el charco, anduvisteis arroyo arriba, volvisteis a saltar por la corriente y todo aquello os fascinó. Descubristeis que el arroyo era bonito. Tanto que hasta de juguete os parecieron sus cascadas por el agua tan limpia y la espuma tan blanca.

Pero en el fondo, el arroyo os decepción un poco. Subiendo por el cauce vosotros esperabais encontrar nuevas cascadas grandes y más charcos azules. Y aunque visteis algunos, no eran tantos como en un principio esperabais. Aquello sólo era un arroyo tranquilo que corría casi suave, por un cauce muy normal, entre muchas piedras y espeso monte.

- No es que sea feo. Me gusta pero como la cascada que cae al río es tan bonita, te crees que más arriba vas a encontrarte con otras lo mismo o más grandes.

- Claro, y, además, con tantas rocas y sin camino, fíjate lo difícil que es andar por aquí.

- De todos modos me ha gustado. Cuando luego oiga hablar de este arroyo, como ya sé lo que es, siempre pensaré que yo lo conocí la primera. Antes que ningún turista.

No más de un kilómetro fue lo que subisteis por el cauce y os volvisteis. Era un poco lo que al principio habías pensado, porque la ruta del río os esperaba. Quizá sí, sin saberlo, vosotros aquel día fuisteis los primeros en descubrir ese trozo de corriente de los últimos metros del arroyo de las Truchas. El mismo trozo, más o menos que hoy recorren la mayoría de los turistas que se pasean por este río. Casi lo mismo que vosotros el primer día. Les llama la atención primero el puente, la cascada el charco azul oscuro y luego se les despierta la curiosidad y quieren ver qué esconde el arroyo. Como vosotros, ellos se quedan en sus primeros metros y algunos se decepcionan.

- Pero por lo menos ya lo conocemos

Se dicen repitiendo ellos lo que vosotros ya dijisteis.

Y así fue como aquel primer día de mayo de hace ya bastante años, conocisteis por primera vez, este último trozo del arroyo de las Truchas.

La segunda de las dos veces fue la noche que acampasteis en este arroyo. Ocurrió bastante antes de que estas sierras fueran declaradas Parque Natural. Entrasteis aquel día por la pista que desde Vadillo de Castril, lleva hasta el arroyo de Linarejos. Por aquellas fechas, ya empezaban a poner cadenas en muchas de estas pistas. Pero en aquella ocasión, el camino por aquel lugar, todavía no estaba cortado. Por eso vosotros dejasteis el arroyo con su zona de acampada y seguisteis por la pista.

Nadie venía entonces por estas sierras a no ser los serranos y algún que otro entusiasmado como vosotros. Por eso aquel día ni encontrasteis a nadie por la zona del arroyo de Linarejos ni al entrar en la pista y a lo largo de ella, sólo a los concretos. Y como el recorrido era por completo nuevo para vosotros, desde el primer momento os empezó a llenar de asombro.

La primera, larga e interminable subida desde el arroyo de Linarejos hasta los pinos prado de arroyo Frío. Llegando a los prados, aquel precioso bosque de pinos

laricios, de troncos tan rectos y blancos. Aquellos prados deliciosos, en llanura casi total y repleta de hierba. El cauce de arroyo frío cruzando los prados con su chorrillo de agua limpia. La segunda gran subida, desde los prados, todo el arroyo arriba, más dura que la primera y más bonita a cada instante. Las sombras alargadas de los barrancos, las curvas y más curvas y por fin, casi en el fin del mundo: el Puerto Calvario.

Aquel horizonte azul, en todas las direcciones, desde las alturas del puerto. Las Banderillas al frente, el valle del río Grande y la cuerda del Blanquillo a la izquierda. Las sierras del Calarilla y los Cabezones de Guadahornillos, a la derecha. El fabuloso barranco de Roblehonodo, naciendo allí mismo y luego su profundidad y su espesura de bosques. La misma pradera sobre el mismo puerto con sus espigones de rocas blancas. Los centenarios robles clavados en las pequeñas pendientes de aquellas tierras altas. De nuevo los horizontes hacia el Puerto de Las Palomas y más cerca, todo el barranco de arroyo frío. La sensación de lejanía en la profundidad de la sierra. El silencio, el vientecillo fresco, el verde de las praderas, el trino de los pajarillos y la soledad.

Aquel Puerto Calvario tan humilde y tan impresionante para nosotros. Aquellas sensaciones tan limpias, perdidos en un mundo nuevo que nos rebosaba desde todos los extremos. Por todo esto y por más aún que no puedes concentrar ahora, os fascinó aquella altura. Os dejasteis llevar de cuanto por aquellas cumbres se siente y como todo era extraño, bellamente extraño y nuevo para vosotros, os empezasteis a preguntar:

- Dicen que aquí mismo nace el arroyo de Las Truchas.

- Que no nace aquí. Este punto del Puerto Calvario, sí es un comienzo de la cuenca de ese arroyo y al mismo tiempo cuenca del río Borosa.

- ¿Entonces dónde nace?

- Pues dicen que nace en el mismo puente de Guadahornillos. Este barranco que nos queda a la derecha y tiene su cumbre por los Cabezones y el Calarilla.

- Y entonces, lo de Roblehondo ¿qué es?

- Dicen que una casa forestal la cual recoge el nombre de estos profundos barrancos que también son conocidos

por Roblehondo junto con la parcela de ese monte ordenado.

- Creo que tiene todos esos nombre y cuando luego más abajo ese otro ramal que baja del la Calarilla, el gran torrente se llama arroyo de la Agracea. Y ya el cauce, con todos los arroyos sumados, es del de las Truchas.

- De todos modos, después los iremos viendo, porque, además, nos quedan las casas forestales, los barrancos, las cuerdas, lo del pastor y quien sabe cuantas cosas más porque, lo del pastor ¿cómo fue?

Mientras seguisteis bajando lastra adelante, derecho al roble centenario que abrazasteis unos, y desde la pista otros fotografiasteis, recordasteis lo del pastor.

- Yo exactamente no lo sé pero dicen que ocurrió en aquellos tiempos remotos cuando la sierra estaba llena de pastores y cortijos con mucha gente.

- ¿Por dónde tenía él aquel día sus ovejas?

- Seguro que fue por esta loma o por aquella de más abajo. Al caso es que llevaba ya dos días sin saber por dónde andaban los animales.

- Me voy a buscarlas y volveré a caer la tarde.

Le dijo a su familia al salir el sol aquel bonito día de primavera.

- Pero que no se te haga de noche por el monte.
Le dijo la mujer.
- Procuraré estar de vuelta precisamente para cuando se ponga el sol.

Y el hombre se fue por los barrancos en busca de sus ovejas. Subió por los arroyos, remontó las praderas y traspuso por las cumbres. Se le fue el día entero y ya comenzaba a caer la tarde sin que volviera por donde le estaba esperando la mujer. “Puede que en cualquier momento asome con las ovejas por lo alto del cerro”. Se decía ella para darse ánimos pero la tarde avanzó más y ni se oía a las ovejas ni a él se le veía por ningún sitio. “¿Qué le habrá pasado a este hombre mío?”. Seguía preguntándose ella.

Se ocultó el sol por detrás de la cumbre y en este momento ella oyó las voces de su marido.
- ¿Qué pasa?
Preguntó.
- Sube y me ayudas. Tengo por aquí a los animales pero no quieren volver. Se me echará la noche encima y no habré conseguido bajarlas de este cerro.

- Y a mí ¿para qué me quieres?
- Tú empuja unas pocas y yo otras a ver si logramos sacarlas de este monte. Sube por favor.

Y dicen que la mujer cogió senda arriba y enseguida estuvo junto al rebaño que su marido quería sacar de la morra de la cumbre. Dicen que entre los dos comenzaron a empujar a las ovejas y la noche se les echó encima cuando ya bajaban por la mitad de la ladera camino de la tinada. Que a empujones, por fin lograron que los animales bajaran de aquellos montes y que tanto aquella noche como al día siguiente, el hombre y la mujer no hacían nada más que preguntarse por qué los animales se comportaron aquel día así.
- ¿Y por qué fue?
- Pues según pasó el tiempo, parece que ellos descubrieron las causas que luego en otro momento os contaré, porque ahora, mirad lo que estoy viendo.
- ¿Qué estas viendo?

Ya habíais bajado de la cumbre del Puerto Calvario y os acercabais a la casa de Roblehondo. Sobre unas

praderas, veis a un hombre sentado en una silla junto a una mesa.
- ¿Quién será y qué hará aquí?
- Dicen que esta casa la van a emplear ahora para los científicos. Seguro que será uno de ellos.
- ¿Y qué hará ahí?
- Vamos a acercarnos y lo vemos.

En el rellano de un pequeño arroyo paráis el coche y enseguida os acercáis al que creéis puede ser un científico. Lo saludáis y como vais despistados, enseguida le preguntáis.
- Ahora os explico un poco por dónde tenéis que seguir y qué tenéis que hacer pero en estos momentos fijaros en la maravilla que tengo entre manos.
Os dice al tiempo que os muestra unos pocos aparatos esparcidos por la hierba.
- ¿Qué son estos aparatos y qué hacen?
Le preguntáis.
- Son prodigios de la ciencia y hacen maravillas. ¿Queréis verlo?
- Claro porque estamos ya en ascuas.
- Pues fijaros en esta máquina de aquí.

- La estamos viendo.

- Es casi un pequeño juguete pero con ella se pueden hacer cosas fantásticas. Cuando encuentro una flor que me gusta, primero la enfoco bien con este objetivo, luego aprieto en este botón y ya la tengo recogida. Enchufo después la máquina a esta otra que tengo aquí y en la pantalla veo la flor. La manejo a mi gusto todo lo que quiero y cuando ya creo que está perfecta, cojo y la guardo. ¿Veis esta otra máquina de este lado?
- Sí que la vemos.
- Pues cuando le doy órdenes a la segunda máquina esta se pone en marcha y me hace un dibujo perfecto de la flor que al principio me había gustado tanto. Así que fijaros qué maravilla es todo este conjunto de pequeñas máquinas. ¿Qué os parece?

A su pregunta no respondéis enseguida. Os miráis entre sí un poco y al rato le decís que:
- Nos parece algo raro.
- ¿Por qué?

- Según vemos, unas máquinas y otras no son nada más que un conjunto de pequeños ordenadores de estos que la ciencia está sacando ahora. ¿Nos equivocamos?
- Sí y no. Los ordenadores son otra cosa a lo que estas máquinas mías hacen. Pero aunque fuera así ¿Por qué lo veis raro?
- Es que no acabamos de encontrar plena seriedad en un trabajo científico y este tipo de feria juguete montado en las mesas y a la sombra de los pinos.

Al oír estas palabras, el que al menos en apariencias parece un científico, se planta ante vosotros, os mira enfadado y os dice:
- ¿Y quienes sois vosotros para enjuiciar lo que lo traemos entre manos?
- Sólo hemos dado una opinión del tinglado de las máquinas estas que estamos viendo.
- Pues tener mucho cuidado porque podéis equivocaros. Simplemente por lo que se ve no se puede hacer un juicio del trabajo que un equipo de científicos, seriamente puede realizar en este rincón de la sierra.
- ¿Es que esto es ahora una casa para la ciencia?

- Exactamente. Desde ahora en adelante, esta casa de Roblehondo, se convierte en una pequeña seda para estudios.
- ¿Y qué es los que buscan y descubren por aquí?

- Eso son cosas que luego, cuando pase mucho tiempo, iremos publicando en los distintos medios de comunicación y en libros que nos pagará la Administración. La ciencia nunca es tan sencilla como para estar explicándosela todos los días al cualquiera que se presente. La ciencia es más seria y necesita explicarse y exponer las conclusiones en los marcos adecuados.
- Pero si son cosas de estas sierras y por lo que sabemos nosotros, lo de estas sierras todo es sencillo al tiempo que eso sí, bello, ¿qué inconveniente hay de hablar de esas cosas en el mismo lenguaje sencillo que ellas tienen y para las personas que les gusta estas sierras?
- Bueno. Vamos a dejarlo porque no es plan que un científico como yo, se ponga a contestar y aclarar las preguntas del primero que pase por este camino.

En estos momentos, más cerca de la casa y también sobre el verde que cubre la sombra de los pinos, veis otro grupo de personas.

- ¿También son científicos?

- Algunos sí y otros amigos de ellos.

- ¿Hay una concentración por aquí hoy?

- Eso ya no os interesa a vosotros.

- Pero lo que vemos ¿qué es?

- Están preparando una celebración.

- Por lo que vemos lo que se prepara es una comida con manteles blancos y cubiertos de plata.

- ¡Claro hombre! Y puestos ya a saciar la curiosidad, os diré que en esas mesas se van a poner platos de lujo. Cada comensal va a sentarse en una preciosa silla de madera auténtica. Tendrá ante sí una servilleta de seda y un cubierto completo de tenedores, cuchillos, cucharas, tres platos, tazas, dos vasos copa y helado. La celebración es de lo más importante y por eso no puede faltar ni la sopa como primer plato ni el champan ni el buen vino. ¿Saciada vuestra curiosidad?

- Un poco.

- ¿ Y qué opinas?

- ¡Que jolines con la ciencia!

- Pues si no te gusta, lo que tienes que hacer es largarte de aquí, porque el rincón que ahora mismo pisáis, está prohibido para los turistas corrientes. Así que si no tenéis permiso ya sabéis que estáis infringiendo leyes. Os lo he dicho antes: a partir de ahora las tierras que comprenden todo el gran barranco de Roblehondo, con la vieja casa forestal incluida, será objeto y sede de un centro para científicos. No dentro de mucho, estas tierras serán núcleo de la reserva de la biosfera. Lo que quiere decir, lugar acotado a los curiosos de turno y reservado sólo para unos cuantos dignos de lo que esto es. Así que iros por vuestra ruta y no molestéis más.

Pues aquel día seguisteis vosotros la ruta y conforme ibais bajando se os quedaban los ojos y alma detrás por el paisaje y entre los pinos laricios. La pequeña fuente que corre en la curva antes de la casa, la casa misma levantada en el rellano justo en la curva, el barranco que de la casa cae hacia el arroyo, las tres curvas más por debajo de la casa y donde ya el camino es el mismo surco del arroyo, los viejos robles magníficamente clavados en

la torrentera rocosa y entre lazando con las encinas y madroñeras...

- Pues por lo que hemos notado en este buen hombre, hoy es la primera vez que pasamos por aquí pero también puede que sea la última.
Comenta uno de los que hoy formáis el grupo.
- ¿Y qué quieres decir con ello?
Preguntó otro.
- Se puede adivinar pero enseguida lo aclaro: urge gozar con detenimiento, con todas las potencias, lo que estamos atravesando, viendo y tocando. Ya se ve que no hay otros paisajes en toda la sierra como estas y como no lo volveremos a ver más, se nos presenta la necesidad de aprovechar hoy todo lo que a fondo sea posible.

Según os vais metiendo en el surco del arroyo vais cayendo en la cuenta de que era así. Y hasta el mismo silencio, la oscuridad y profundidad del arroyo, os lo gritaba. Al ver la corriente paráis y como el agua desprende tanta magia cayendo desde lo alto, el alma se os entusiasma.

- Fíjate el chorro que salta por el puente al charco de abajo.
- Pues mira por aquí arriba, por donde se le ve asomar como si surgiera de entre el espeso bosque de hojas verdes y las sombras oscuras de robles clavados a los lados del cauce.
- Es que parece fantasía y más aún por los castellones de rocas blancas que asoman por lo alto.
- Pero son dos arroyos y parecía sólo uno.
- Seguro que el primero, este de tanta agua y que surge de entre el bosque más espeso, es el principal.
- Claro; este primero será Guadahornillos y por lo que desde aquí se adivina, vendría justo del puente de piedra llamado también de Guadahornillos.
- Eso es lo que parece, porque la misma abundante corriente lo delata.
- Y fíjate como cuando construyeron la pista no regatearon ni medios ni pista a lo grande. El puente que le construyeron para cruzar el arroyo, es fabuloso. Grande, de piedra todo, sólido, acabado perfecto. En estas cosas fueron tremendos y en el caso este fue porque quisieron penetras hasta lo más profundo de estos barrancos. Les gustó el lugar y se volvieron locos trazando carretera con

la obsesión de meterse en el último rincón de estos paisajes. Era tremendo al mismo tiempo que hermoso.

- ¿Por qué lo dices?
- ¿No adviertes como arden nuestros corazones?
- Tienes razón. Es como si todo, cada destello, cada piedra, cada trozo de la espesura del bosque, cada brizna de hierba tapizando la sombra de los robles, cada tronco de madroñera, nos gritara con tanta fuerza que más que grito es pasión ardiente. A cada mirada sientes la necesidad de abrazarte y fundirte con lo que lo que se ve y al mismo tiempo, deseas quedarte con todo cuanto la mirada ve o llevarte contigo para siempre, lo que los ojos recorren y tanto duele dentro. Se puede entender que a ellos también les emborrachara tanto, la soledad de estos barrancos.

Por el primer arroyo, jugáis durante largo rato presos de la fascinación del descubrimiento a cada paso. Sacáis fotos para conservar el lugar y es lo que es posible, el momento. Bebéis en la corriente y no sin dolor, os vais, con la idea de parar algo más abajo. Es ya la hora de la

comida y como ignoráis cuanta pista queda aún, creéis que es un buen momento y lugar.

- En el segundo arroyo que se ve, nos paramos. Como desciende de esas altas cumbres que vemos, seguro que tiene también un buen caño de agua.

- ¿Sobre ese arroyo se encuentra al famoso Barranco de las Iglesias?

- Presencia de ser una exageración de barranco y de belleza, tiene. Quizá sea ese el barranco.

A la derecha, donde se alza el puente y existen señales de una pobre pista que quiere irse cauce arriba, paramos. Nos saluda la corriente y enseguida descubrimos que también aquí el arroyo se forma de la reunión de dos o tres que vienen desde las cumbres.

- Tenemos que caer en la cuenta que nos movemos por la cabecera del gran Guadahornillos. Por cualquier trozo de las pendientes de estos montes, se abre paso un arroyuelo que conforme se hunde en el barranco padre, se van juntando para configurar el cauce único.

Por el segundo arroyo se ve un muro de contención. Como si fuera el de un pequeño pantano pero que en aquellos tiempos lo levantaron para contener la erosión.

No embalsa agua pero sí corta el cauce y en su centro. En su centro, la fuerte pared de piedra, tiene varios agujeros. Por ellos debe salir el agua cuando la crecida es grande y no cabe por el surco del arroyo. Lo remontáis y os vais buscando un sitio bueno, lo más pegado posible al arroyo y en la sombra de los gigantes alerces, lo encontráis. Pero antes de llegar, sobre las mismas piedras del muro de contención, veis la lagartija.

Ella os ve antes a vosotros. Se mueve unos centímetros por encima de las piedras y luego se para. Como si quisiera ver quienes sois y qué hacéis por aquí. La reconocéis enseguida y como sabéis que es una joya, primero os paráis algo lejos todavía y luego os movéis con sigilo para no asustarla. No queréis desaprovechar una oportunidad tan preciosa como la que se os presenta en este momento.

- ¿Es la Valverde?
- Con toda seguridad.
- Tamo el sol sobre las piedras que es lo que le gusta a ellas y en este tiempo.
- ¿Quién nos lo había dicho?

- Lo sabemos porque lo hemos leído en varios sitios. La lagartija de Valverde parece ser que se da sólo por esta zona de las sierras.

Y el descubrimiento que precisamente vosotros hicisteis aquel día era el de esta pequeña lagartija. La que ya la ciencia conoce por lagartija de Valverde, por llamarse así el que la descubrió por primera vez. Dicen que su distribución conocida se limita sólo al macizo de las sierras del Parque Natural y las vecinas de Alcaraz. Vive en los estratos rocosos cerca de los cursos de agua.

Como la vuestra se ha parado en la misma entrada del pequeño agujero en una de las grietas de las piedras del muro, despacio intentáis acercaros. Sacáis la máquina, la preparáis y con el mayor cuidado, la fotografiáis. Tenéis suerte y no se mueve. Como si le gustara que le sacarais fotos. No son de buena calidad porque no podéis acercaros todo lo necesario pero para recuerdo o gozo propio, sirven.

En cuanto termináis, seguís la sendilla dejándola que tomo el sol sobre las piedras del muro y subís un poco

más. Justo hasta la sombra de dos espesos robles compañeros de cinco o seis arces. Aquí descubrís un manantial. Brota en el mismo centro del surco del arroyo, bajo unas rocas y por entre muchas piedrecillas. Y brota limpio, fresquito y en un chorro casi como el brazo de una persona. Pero el manantial no está preparado. Sale por entre las piedrecillas, la hierba y las raíces de las zarzas y aunque es tan abundante, ni se puede beber porque no tiene poza.

- Déjame a mí verás como lo arreglo.

Exclama Bernardo, el amigo del buen montañero.

Claro que lo dejáis y de inmediato se pone mano a la obra. Se agacha, retiras las piedras más gordas, retiras algunos trozos de raíces y comienza a trazar una bonita poceta justo mismo donde los borbotones del agua saltan. Y como fluye con tanta fuerza y en tal cantidad, conforme va configurando la poza, el agua se aclara. Termina dejando un pequeño charco algo redondo y profundo, lo suficiente para llenar las cantimploras cómodamente y esperáis dos minutos. Es para que la arenilla se apose y el agua se aclare bien y bebéis. ¡Una delicia de agua por lo fresca, su claridad y su pureza!

- Viene de la misma cumbre de la cuerda del Calarilla.
- De la nieve que este año cubrieron las rocas de los Cabezones de Guadahornillos y por eso no cabe en él mayor pureza.

Así que por la sombra del roble, junto al charco del caudaloso manantial, os sentáis. Sacáis las cosas y os ponéis a comer. Una comida silenciosa para no enturbiar la soledad del barranco y la realidad de asombro. Por arriba os coronan las paredes de rocas blancas. Se le ven asomar por entre los claros de las ramas del espeso bosque de arces. Por los lados, a derechas, os escoltan los retorcidos troncos de los viejos arces y a la izquierda, los negros y curvados pies de los robles. Por abajo se os abre el barranco en una profunda caída entre cortes de rocas y espeso bosque. Por los lados os arropa la intrincada trama de ramas verdes, tan tupidas que ni un trocito de cielo se ve.

Por un lado y otro y también barranco arriba os llega el viento cargado de olor a madroñera y fino como el agua que brota en la poza. Y eso: desde la el charquito del

manantial para abajo, el agua se va saltando alegre y dejando sembrado el espacio con su rumor de cristal.
- Delicioso el momento y delicioso el lugar que hemos escogido.
- Más que delicioso es de ensueño. Estamos en el mismo corazón de Roblehondo, justo donde nace el arroyo de Las Truchas.
- Como que a partir de ahora podemos decir que estas manos nuestras han ayudado a que ese arroyo brote de estas sierras. Que lo han sacado a la luz en el origen de su nacimiento. Lo hemos tocado justo en su primer venero y ahí le hemos modelado su primer charco.
- Y que es verdad: sin buscarlo ni saberlo hemos venido a caer justo donde Roblehondo brota.
- ¡Qué cosa tan tremenda por lo emocionante ¿Verdad?

Y estáis intentando descifran semejante sensaciones sin parar en vuestra comida, cuando os asombra otra belleza.
- ¡Un momento!
Os miráis sorprendido y movéis la cabeza hacia donde sus ojos se clavan.
- ¡Guardar silencio y no moveros!

- Ya las estamos viendo y son de asombro.
- ¿Pero estaban ahí o han llegado ahora?
- Las he visto justo cuando asomaban por entre las rocas.

Son monteses. Una pequeña manada de cabras, vosotros veis cinco o seis pero no toda la manda es visible, que se han situado sobre el pequeño cerrillo y os miran. Ellas os han visto antes a vosotros y se han parado a observaros desde lo alto. Venían comiendo por su campo y al asomar a la suave inclinación se han encontrado con vuestra presencia en lo hondo del cauce. Como le has cogido de sorpresa no han huido. Se han puesto sobre las piedras y llenas de interés os miran.

Como no os movéis los animales tampoco se espantan. Después de un rato observando, mientras a las primeras se van sumando otras que venían rezagadas y tapadas con el cerrillo, se van moviendo tranquilamente. Siguen en su tarea de buscar tallos tiernos de monte e hierba fresca y se mueven hacia arriba. En la misma dirección que traían pero remontándose más por las rocas de las paredes que pegan a la cumbre.

- Son preciosas y fíjate que no se asustan emprendiendo esas rápidas carreras que siempre, en estas ocasiones, ponen en práctica.
- Nos tienen dominados. Nos han observado bien y han visto que estamos sentados en lo hondo. Ellas se sienten seguras siempre que se encuentran por encima. Su medio seguro, son las rocas y en este caso, los voladeros y las cumbres. Saben que por ahí no vamos a meternos nosotros y por eso se muestran tranquilas. Si llegado el caso tuvieran que correr, en unos segundos se perderían por entre esas rocas poniéndose a salvo. Esa es la razón por la que no huyen.
- ¡Lo que son los animales!

Termináis la comida y con pena, porque lo habéis pasado bien en el rincón del manantial y los robles, os ponéis en marcha. Ya cae el día y como desconocéis el camino, no sabéis el tiempo que aún vais a tardar en salir de estos barrancos. Ni siquiera sabéis dónde iréis a salir ni por dónde. Aunque tenéis algo claro: la pista que recorréis se une con la del río Borosa y por el río sabéis que la pista sale.

Pero tanto en la unión como luego en la salida, otras veces tenía la cadena cerrada. ¿También tendrá el candado hoy? Si fuera así ¿tendrías que volver? Y si volvieras, al salir por Linarejos ¿habrán cerrado esta otra cadena? Caéis en la cuenta que todas estas posibilidades puedes materializarse y hasta pudiera surgir alguna nueva que desconocéis. Desconocimiento para vosotros es todo el recorrido. Ni siquiera sabéis ahora mismo cuántos kilómetros quedarán.

- Pero la aventura merece el riesgo.
- Y tanto que lo merece. ¿De qué otro modo hubiéramos pasado nosotros alguna vez por esta pista?
- Tan reservada como está y con lo reservada que dicen la van a poner, tú hazte una idea.

Desde el puente del arroyo de la lagartija, la pista desciende cortando la ladera. Un corte tremendo que le pegaron a la pendiente rocosa y justo por donde los pliegues de las rocas son más bonitos. De tal manera se han curvado y arqueado en este punto que no parecen sino un puro capricho. Con claridad se les ve adornando la pendiente con tanta originalidad y perfección que

parece que un buen artista, acaso hecho, los hubiera tallado. Quizá de haber sido así no habrían salido tan bellos.

Como salen a la superficie, los pliegues se han roto. La misma pendiente de la ladera ha motivado que los trozos se desprendan. Y como la ladera es pura caída en vertical hacia el arroyo, por donde surge el filón de los pliegues rocosos, no crece vegetación. Un buen rodal de ladera pelada para que así destaque más las curvas de las rocas. ¡Qué ladera más bonita y qué capricho de pliegues tan escaparate en este repecho! Es lo que más destaca llamando la atención según venís bajando.

- ¿Y el Barranco de las Iglesias?
- Pues fíjate, ahí lo tenemos.
Y es verdad: ahí lo tenéis. Avanzando unos metros desde la ladera de los pliegues, a la derecha se ve la otra ladera desmoronada. Un perfecto calar formado por mil piedras rotas que ruedan desde la cumbre. En mitad de esta escombrera rocosa, se ve una losa grande. En ella escribieron el nombre: “Barranco de las Iglesias”.

- Así que está claro. Este es el barranco y no otro. Y las iglesias, las rocas que parecen catedrales pero que se quedaron en iglesias y son monolitos tremendos, sobre la cumbre se apoyan.

- Según estamos viendo, esa es la realidad pero lo de las Iglesias, el camino o los caminos ¿quién lo explica?
- Del otro misterio y algo los caminos, yo puedo o más bien tengo una leve información.
- Pues somos todo oído.
- Es débil, ya lo he dicho y sólo se fundamente en un misterioso sueño mío que seguramente ni se concreta ni tiene nada que ver con la realidad fría que siempre fue por aquí. Pero como es, más que bonita, hermosa y se muevo por el mundo de lo sagrado, es lo concreto. Resulta que lo sagrado se encuentra arriba: en la misma cumbre y de ahí el nombre de iglesias que aunque se refiera a la molen de rocas que arriba claman, también remite a lo sagrado.

En mi sueño, yo los vi y no sé quienes eran. En peregrinación llegaron hasta este lugar. Algo así como una procesión, portando alguna imagen religiosa que iba

en la cabeza de la procesión. No eran muchos y parecen que correspondían al grupo de los elegidos. Unos elegidos que nada tienen que ver con los que los humanos eligen en las empresas de la tierra.

Primero bajaron por el camino, pues así: en procesión, alegres por lo que celebraban. Según ellos, un simple día de contacto con los campos y paisajes que desde hace tiempo habían pisado. Al llegar a este lugar dejaron el camino y por el viejo o los viejos caminos, sendas que ladera arriba siempre subieron, tomaron.

- Imposible subir por ahí.

Decía uno que no era de ellos y unido a ellos caminaba al final de la cola.

- Verás como no es imposible.

Le decía el principal entre ellos y todos eran principales.

- Pero yo conozco esa ladera y sé que es pura roca alzada en vertical. Tú fíjate la cantidad de personas mayores que desfilan en esta procesión. ¿Cómo van a tener agilidad para trepar por rocas tan complicadas?

- Ellos son de aquí y llevan dentro estas rocas. Si la saltaron en aquellos tiempos, ahora las saltarán mejor porque tienen otra fuerza.

- Además ¿dime tú a qué llevan la imagen en procesión por estas laderas y desde estas laderas, a la cumbre?
- Celebran una fiesta.
- ¿Pero no sería más fácil celebrarla en las praderas y allí donde se trazaron buenos caminos?
- Es que es otra fiesta.
- Y el camino que hay que escalar para ponerse luego a celebrarlo, también lo habéis pensado.
- Ya te he dicho que a ellos les gusta. Este es su gozo y como saben y pueden, pues lo celebran porque así lo sienten y quieren.
- De todos modos ya verás como no es fácil. Ni siquiera yo que soy joven y también me gustan estos lugares, me atrevo.
- Tú también subirás aunque por otras razones.
- ¿Qué razones?
- Mira al suelo que pisas.

Y aquel joven, que no era el joven serrano de siempre ni se parecía en nada, miró al suelo de la ladera que iba recorriendo.
- ¡Ostras lo que veo! Es una moneda de quinientas pesetas.

- Sí que lo es y sigue mirando verás.
- Ahí veo otra y más adelante otra. ¿Qué pasa? ¿Por qué no las ven los que van delante de mí? Porque yo soy el último y según estoy viendo, ellos van a lo suyo y parece como si pasaran por encima de estas monedas y no las vieran. O como si las vieran y no quisieran o no les interesara cogerlas. ¿Qué pasa?
- En algo de lo que has dicho tienes razón. Ellos pasan por encima de estas monedas y como van a otro asunto que no es la materia, aunque las ven, no las cogen.
- ¿Acaso me la dejan a mí?
- Simplemente las dejan y si tú y otros como tú pasáis por aquí y las veis, sois libres de cogerla o no. Porque cada uno se merece y es según la realidad del mundo que lleva dentro.
- ¿Pero yo puedo cogerlas?
- Ya te he dicho que tú eres libre.
- Pero si las monedas están ahí y ellos no las cogen, si yo las dejo, otros se las llevarán. Este dinero no tiene dueño así que si yo me las llevo, nadie me va a decir nada. Y claro, si no me las llevo, las cogerá otro y uno piensa como tantas veces en la vida: “para que se las lleve otro, las cojo yo”.

- Vuelvo a repetirte que eres libre.
- Ahora ya lo entiendo.
- ¿Qué es lo que entiendes?
- Aquello que me decía que también subiría. Como las monedas no dejan de verse una detrás de otra, me iré enganchando recogiéndolas y así llegaré hasta lo alto de la cumbre detrás de ellos. Pero ya lo estoy pensando: tengo el bolsillo casi lleno y como siga recogiendo de aquí a lo alto, juntaré tantas que no podré con ellas. Me costará tres veces más la subida de esta cuesta que a ellos y seguro que ni podré llegar al final. E incluso, si logro llegar a todo lo alto, cuando ellos allí se paren y se pongan a celebrar el gozo que van a celebrar, tampoco podré compartirlo con ellos.

Me sentiré cansado, sin fuerzas y preocupado por el dinero que llevo en mis bolsillos y lo que con él haré en el futuro. Es decir: tendré mi corazón en otro asunto y lleno de inquietud. Estaré entre ellos pero no seré de ellos ni compartiré sus cosas. Así que pensándolo bien, caigo en la cuenta que esta procesión por este lugar y con esta gente, es algo muy raro. No se ha dado nunca en este

suelo y menos rodeada de las circunstancias que estoy viendo. ¿Quiénes son estos y a dónde van?
- Te lo decía antes: suben a la cumbre y va a celebrar una fiesta de acción de gracias. Recorren los caminos que ya se borraron pero como ves, ellos casi no lo necesitan. Ya verás como suben a la cumbre y ya verás qué esplendor de fiesta gozosa cuando acaben de coronar y se repartan por entre las praderas, las rocas y los pinos de la sagrada cumbre.
- ¿Y acaso ellos son serranos?
- Claro que lo son.
- Pero si los serranos siempre fueron gente pobre y con mucha necesidad. ¿Por qué ahora pasan por encima de estas monedas relucientes y no las cogen?
- Porque aunque es verdad que los serranos siempre fueron pobres, nunca ellos llegaron a la categoría de carroñeros terrenales.
- Explícate para que lo comprenda.

- Es como si entre los humanos que poblamos el planeta, existieran dos especies: los que hacen de su vida, estén donde estén, una profesión de carroñeros y los otros. Por supuesto, los del bando de los carroñeros,

se pasan su existencia buscando carroña para transplantara de un lado a otro y llevarla antes los que tienen poder. Buscan con ello, no la verdad y la dignificación del mundo sino que les recompensen por esta carroña.

- Pero según tú, ahí son tan culpables los aduladores como aquellos que se dejan adular.

- En el mismo saco se pueden meter, porque los primeros, siempre son pobre gente, floja en inteligencia, vacía de valores elevados y con una visión del mundo y su propia dignidad, egoísta y cerrada en sí. Pero los otros, los engreídos, suelen tener otras pretensiones relacionadas con el con el poder sobre los demás y en beneficio propio. En el fondo son inteligentes pero también crueles porque su inteligencia siempre está en función de su yo propio.

- En fin, ya estoy viendo que los de la procesión han coronado la cumbre y se van sentando sobre la hierba fresca. Es como si fuera una procesión de romería. Y ahora que han llegado, se ponen a celebrarlo. Y lo que más me llama la atención, es la gran alegría de ellos.

- ¿Y tú?

- Tenías algo de razón. He subido detrás de ellos recogiendo monedas de quinientas pesetas y ahora ya no puedo con tantas. No sé qué voy a hacer con ellas en este mismo momento aunque ya le estoy dando utilidad en mi mente. Pero ahora, cuando los veo tan felices, a todos ellos compartiendo no sólo el día y sus cosas sino, hasta la hierba fresca de la pradera, ni me atrevo a mezclarme con ellos. Me da miedo porque temo que puedan acusarme. He recogido las monedas que les pertenecían y si ahora ellos me las piden, como las siento mías, tendremos problemas. Tengo miedo y por eso no me atrevo a mezclarme con ellos. Es como si fuera un extraño en esta montaña sagrada que tan dignamente les pertenece.

En vuestra ruta atravesando el gran espacio del barranco de Roblehondo, aquel día rebasasteis las laderas del Barranco de las Iglesias. Por la empinada pendiente, dejasteis los viejos caminos intuidos y sobre la cumbre se quedaron los de la alegría plena. Un sueño cargado de nostalgia que exhalaba su perfume y hasta vosotros llegaba fresco, noble y puro.

- Un día tendremos que subir a la cumbre del cerro de las Iglesias y perdernos por entre el recuerdo de aquellas presencias y las praderas verdes de esa montaña sagrada.
Expone Bernardo, uno de los que tú llamas buenos montañeros dentro del grupo. Le decís que sí, que un día será bueno para vosotros, subir a la gran cumbre para conocerla y comprobar si aquello aún rezuma lo que desde lejos parece que rezuma.

Rebasáis la puntanilla y volvéis a hundiros en el siguiente barranco.
- Por aquí cerca deberíamos encontrarnos con la casa forestal de la Fresnedilla. Al menos, eso es lo que indica el mapa.
- Ve despacio y vayamos atentos para que no se nos escape. ¿Cómo será esa casa y qué quedará de ella?
- Por eso necesitamos verla. Pero mientras tanto que aparece ¿no vais sintiendo ya la presencia de aquello?
- Empezamos a sentirlo en cuanto volcamos a este nuevo barranco. ¿Quién la capta con más fuerza?
- Creo que yo porque me rebosa desde la mente hasta el corazón. ¿Os la describo?

- Descríbela a ver si coincide con nuestro sentimiento.

Pues desde mi corazón me rebosa la ladera alargada y por ella el rebaño de ovejas. Veo al pastor y con él a dos de sus hijos y al joven ya algo mayor. Va detrás de las ovejas y como es la primera vez que los hijos suben por la ladera porque quieren ver lo que el padre llama “La Laguna de la Sal”, van algo asustados y a cada instante le preguntan al padre:
- Pero papá ¿tan interesante es esa laguna?
- Lo es. Aunque la laguna también parece la boca de un mar y la cueva por donde brota el más grande de los manantiales.
- ¿Tú la has visto de verdad?
- Claro que la he visto.

A la laguna de la Sal no se le puede llegar ni por abajo ni por los lados. Hay que entrarle por arriba. Desde arriba es el mejor punto para todo. Se le ve con todo su esplendor, se respira la niebla húmeda que de ella mana, se oyen surgir los borbotones y se le puede casi tocar. Lo mejor es entrarle desde este lado, por la sendilla que va derecha al agujero. Cuando ya estás encima, la sendilla

empieza a subir pegada a la corriente que baja y cuando acaba de remontar, comienza a rodear el amplio agujero por donde surge el agua y se embalsa la laguna. Pero lo mejor es pararse cuando uno se encuentra en todo lo alto. Te sitúas sobre unas piedras que por allí hay y te dedicas a gozarla.

Ya he dicho que desde allí la Laguna de la Sal, es como un gran hoyo en el mismo centro de la ladera, todo lleno de agua que despide vapor y abierto por el lado de abajo. De las entrañas de la ladera surgen los borbotones cristalinos que se esparcen por la superficie del charco. Durante un tiempo se queda en este hoyo embalsada y luego rebosa por el surco que ha ido abriendo por el lado que da al barranco. Enseguida cae con fuerza y se forma una auténtica corriente que se parece a una verdadera cascada.

- Y la cascada esa ¿a dónde va?

- En un surco grande que es como el arroyo principal, raja la ladera y al final cae al río.

- ¿Vamos a verla también?

- Hay que entrarle desde el mismo ojo de la laguna y luego bajar. Si te vas surcando la ladera, por ningún sitio

se puede cruzar y ya te he dicho por qué: es necesario meterse en el agua que por ahí baja y, además, en forma de torrente. Imposible poderla cruzar por ese punto.

- ¿Y las ovejas beben de esa agua?

- Cuando tú la ves por primera vez, toda manando vapor, con los bordes de la corriente y del charco, recubiertos de blanco que es la sal, aunque no lo es y brotando el agua con tanta fuerza para despedirse luego con la caída de la corriente, te dices que un agua como esa no se puede beber. Pero cuando luego te acercas y la pruebas, también te dices que un agua como esa no existe en ninguna parte del mundo.

- ¿Pues tú sabes lo que yo te digo, papá?

- ¿Qué me dices?

- Que estoy deseando ver la espectacular laguna de la sal.

Y desde mi corazón y con los ojos del espíritu, sigo viéndolos avanzar por la ladera. El atajo de oveja se viene por el lado de abajo de la laguna y entre el río y el último salto de la cascada, antes de que ésta se funda con el cauce grande, los animales buscan un paso. Saltan por las piedras buscando las piedras grandes y metiéndose

en el agua, logran abrirse paso. Es la primera vez que esto ocurre y por eso el pastor se asombra. Ellos remontan la corriente siguiendo la sendilla y al acercarse al charco redondo, por debajo del ojo, las aves se espantan.
- ¿Qué son, papá?
- Una bandada de patos y fíjate como vienen.

Al remontar su vuelo las aves se han ido hacia el río, trazan una curva ganando altura y se vuelven luego rectas a ellos. Les pasan rozando y luego siguen su trayectoria ladera abajo en la dirección que corre el río.
- Casi tropiezan con nosotros.
- Los animales se han desorientado por las ovejas que llenan el río.
- ¿Y esta laguna sabe la gente que brota aquí?
Pregunta de pronto otro de los hijos.
- La gente no lo sabe o mejor, sólo algunos lo saben y está bien que sea así. Gracia a esta ignorancia, hasta hoy, la laguna que se abre en el corazón de la ladera y que mana viento en lugar en lugar de agua, ha permanecido con la misma belleza que vestía hace cientos de años.

Y en esto el padre tiene razón. Vosotros al cruzar hoy el lugar y comenzar a bajar hacia el puntal donde debió alzarse la casa de la Fresnedilla, os parece oír y hasta ver a través de la transparencia del viento, tanto el gran manantial de la misteriosa laguna como a ellos. Ni ellos ni ella tienen presencia hoy ya por aquí pero en el aire, en la frágil sombra que mana del bosque y llena la umbría, se intuye y hasta se palpa un poco. Como si para siempre por aquí quedara latiendo aquel lejanísimo pero impresionante mundo bello, tendiendo un puente invisible sobre el presente para transponer y materializarse en el también lejano e impresionantemente bello, mundo futuro. Algo así es lo que se palpa.

- En el fondo, se parece un poco, sin que la podamos ver ni tocar, a la pequeña pero silenciosa Cueva de la Aljibe.

- Eso es lo que estaba a punto de aclarar.

La Cueva del la Aljibe, surge al tiempo que brota, entre las grietas de las peñas donde la montaña se quiebra y los árboles crecen y una de sus densas bellezas es precisamente eso: su misterioso silencio y la originalidad de su escondite.

Os la enseñó un día Teófilo por las laderas que rodean la aldea de Huelga Utrera y aquello fue fantástico. Sólo una imperceptible senda sube atravesando el monte y va a las huertas un poco más abajo. Pero como él conoce bien el terreno, sí sabe ir. Cuando aquel día llegasteis al lugar, pasmados os quedasteis. Ninguno esperabais lo que allí había. Y sucedió igual que con esta de Roblehondo que ya no está por el lado de Roblehondo. Aquella estaba virgen, reventaba de transparencia y permanecía oculta a los ojos de casi todo el mundo.

- Mas vale que nadie la conozca, porque si no, esto se quiebra en poco tiempo.

Os decía Teófilo. Y en cuanto vosotros visteis el rincón, pensasteis como él: "Que nadie la conozca para que siga con su transparencia hasta el fin de los siglos".

Vuestro coche, el día de Roblehondo, terminó de cruzar el primer, segundo y tercer barranco, todos largísimos. Profundos y cada vez más repletos de sensaciones. Al bajar a la hondonada, se ven las señales de la casa.

- Quizá fue ahí donde estuvo.

- Las señales parecen claras.
- ¿Y esta pista de la derecha?
- Puede que sea la que lleva a la otra casa forestal. La de la Fuente de la Umbría. ¡Qué bonito nombre y como sugiere misterio, soledad, lejanía y hasta asombro por lo inaccesible!
- Por ahí, dicen que a pecho descubierto se puede subir a la cima y luego caer a la otra laguna. La de Valdeazores.

Mas tarde os enteráis vosotros que la cima se llama por aquí Cresta de las Aguileras y Cuerda de la Fuente de la Umbría. La de más atrás, por donde ellos remontaron para celebrar la fiesta, se llama Voladeros del Campanario. Por allí se esconde la covacha del Aire donde dicen que el Tío Loberas vivió sus últimos días.

Lo primero que veis por donde se alzó la casa, en una gran noguera. Un poco más adelante, sobre el puntal a la izquierda, se ven un montón de piedras. Por entre ellas crecen ya los pinos y otros arbustos. Y conforme vais llegando al lugar de lo único que estáis seguros es que los restos, los escombros, son de una casa. ¿Qué casa o cortijo fue? Creéis que pudo ser la de la Fresnedilla según

los escasos datos que poseéis del rincón y lo que sobre el mapa se ve. Como no tenéis guía, igual que otras veces, para vosotros todo es puro descubrimiento e intuición.

Y por lo que estáis viendo esta casa fue grande. Junto a los escombros de las paredes caídas, siguen creciendo las nogueras. Dos son las que se ven. Más trozos de pared todavía con la altura de uno o dos metros. Por estos signos se adivina que la casa tuvo bastantes aposentos. Un trozo de teja y en camino que le llega. Es como un ajorro que baja por el lado izquierdo hacia el arroyo que a estas alturas todavía sigue siendo de Guadahornillos. Parece un camino y hasta creéis que puede ser el que luego cruza por el llamado puente de “La Pasa de la Agracea” y sube por los Hoyos de Muñoz.

Al final de este buen puntal se alza el castellón. Es decir: la casa la construyeron donde se retiene un puñado de tierra fértil, al final de un puntal que desciende de los Voladeros del Campanario pero no al final del todo. Un poco antes de donde el puntal tiene como un pequeño collado. Ahí levantaron la casa y el morro del puntal quedó hermoso castellón.

De este lugar escondido, además de lo que recoge algún artículo y lo que en el corazón y el alma de las personas que por aquí vivieron, vosotros tenéis noticias de algunos detalles. Entre ellos, el del último día según aquella historia, porque según otras versiones, el último día parecen muchos y a cada momento. Pero de aquel último día, a vosotros os dijeron que estuvo lleno de todas las emociones.

Era por la mañana y el rebaño de animales doméstico salió de su corral. Se desparramó por los montes de la ladera cercana y hoy no iba acompañado del pastor. Este se quedó por la casa intentado organizar algo que era muy duro para él. Por la casa, en la llanura y piedras que hay cerca del camino que desde la pista baja, el joven jugaba con la niña, el gozo de su vida y la sonrisa más bonita. Se le subió ésta en los hombros y como le pidió al joven que la paseara por todo aquel lugar, el juego comenzó a llenarse de la más interesante emoción.

Dentro de la casa, que todavía era casa, la madre trajinaba y no era gozo lo que precisamente corría por su alma. Doblaba alguna ropa, recogía los cacharros,

deshacía algún mueble y quemaba en la lumbre lo que ella creía ya no iba a servir. El padre iba y venía entrando en la casa y sacando fuera los bultos.
- Date prisa que el tejado se nos cae encima.
Le decía el padre a la mujer.
- Pero mientras estemos dentro no romperán nada.
Contestaba la mujer.
- Tú no te fíes.
Y estas últimas palabras del padre estaban cargadas de razón.

No habían terminado ellos de sacar los últimos bártulos a la puerta cuando al mirar, vieron como la casa se hundía con gran estruendo pero al mismo tiempo, casi en silencio. Primero se desmoronó una de las paredes que mira al barranco del Guadahornillo.
- ¡Mira lo que pasa allí!
Gritó la niña que jugaba con el joven. Ambos salieron corriendo en busca de los padres y al llegar, la niña le preguntó:
- ¿Se muere nuestra casa, mamá?
- No hija mía. Es un sueño que estamos viviendo esta mañana.

- Pero yo estoy viendo como se ha caído una pared y ahora se hunde el tejado.
- Espera un poco y ya verás como dentro de un rato entramos a la casa y todo está igual que antes.

Pasó un rato durante el cual, desde aquel rellano de la puerta contemplaba ha escena y entonces la niña cogió a su madre de la mano.
- Ven conmigo. Vamos a ver si es verdad lo que tú dices.
Le pidió a la madre tirando de ella hacia la casa.
- Si no es verdad es porque todavía no se ha acabado el sueño.
Le decía la madre.

Y claro, no era verdad. La niña, de la mano de su madre y acompañada por el joven, entró a la casa por donde nunca lo había hecho antes.
- Esto no es la puerta, mamá. Esto son las paredes y las tejas que se han caído. Porque fíjate, hasta estoy buscando mi habitación y no la encuentro. Ves mamá, las paredes se han caído y han tapado el suelo donde yo jugaba. Si ahora lloviera o hiciera sol las tejas de la casa

ya no me cubrirían ni tampoco tengo donde refugiarme si hiciera frío o nevara. ¿No decías que era un sueño?

La madre siguió andando con la niña de la mano mientras iba pisando los montones de piedras de las paredes desmoronadas, intentaba ordenar las cosas en su mente. No era sueño lo que estaba viendo porque ella estaba todavía allí y hasta sentía el gozo de pertenecer a las tierras de aquel rincón. Pero también era verdad que por el camino ya crecía la hierba y por el barranco sólo se oía el arroyo correr. Como si un gran silencio lo llenara todo.

- De todos modos ya verás como esto es un sueño. Mañana todavía estaremos por aquí y hasta incluso cuando tú seas mayor y luego te hagas vieja.

A partir del punto en que creéis estuvo la gran casa forestal de la Fresnedilla, aquel día vosotros, seguisteis bajando por la pista saltando de asombro en a sombro a cada barranco. Y como estos barrancos, en tu deseo de clarificar y ordenar la sierra dentro de tu mente y alma, unos años después, otro día los recorrerás en dirección

opuesta, ahora os venís directamente al arroyo de Las Truchas donde aquel día pusisteis la tienda.

Ya casi al final, os encontrasteis una pista de tierra que sale a la izquierda. Y como aquel día ya caía la tarde teníais pensado acampar por algún rincón cercano entre estos montes porque al día siguiente ibais a subir al Salto de los Órganos, os metisteis por aquel camino. Desconocido total era para vosotros aquel lugar pero teníais bien asumido que ibais a la aventura.

- Baja en picado buscando el arroyo. Seguro cerca del cauce encontramos alguna buena llanura par montar la tienda.

- Además, uno de nuestros deseos era precisamente ver por fin las aguas de este arroyo de Las Truchas.

- Y quizá tengamos suerte. Por lo que se ve, el sitio queda bastante recogido.

Así que metisteis el coche por la empinada pista y aquello fue tremendo. En dos minutos ya habías visto que lo que parecía un camino se quedaba sólo en un roto ajorro por donde sólo podía pasar los tractores y los troncos arrastrados por ellos. Pero como aquello bajaba, a

pesar de estar tan rota, el coche avanzó y lo que empezasteis a temer, luego ocurrió: al llegar el arroyo no encontrasteis dónde dar la vuelta.
- De todos modos, ya hemos llegado. Es cuestión ahora de montar la tienda y al amanecer, mañana, sacaremos el coche marcha atrás.
Tampoco para poner la tienda encontrasteis un buen sitio. Y aquello os confirmaba lo que ya tenía muy intuido: el arroyo de Las Truchas, desde que nace hasta que muere, es un puro torrente.
- Ni una pequeña llanura ni un remanso. Todo rocas, cascadas y monte.
- Pero una tienda como la nuestra se monta en cualquier sitio. Y eso es lo que haremos.

Descargasteis. Saltasteis la corriente, no pequeña ni tampoco grande porque aunque ya es este el último tramo, también era el final del verano. Por entre las innumerables piedras buscasteis un rodal y donde visteis un puñado de arena formando una playa diminuta, extendisteis la tienda. A pesar de todo, os quedo casi perfecta. Mirasteis despacio y os gustó hasta el exceso el rincón y más todavía el arroyo. La gran vena arterial y la

vida de este barranco. Y mirasteis más despacio. A través del tiempo, visteis la escena: el arroyo bajaba repleto y ellos tenían que cruzarlo para seguir por la senda.

La senda, en aquellos tiempos, iba justo por donde hoy han trazado el ajorro que vosotros habéis seguido para entrar al arroyo. Por aquí mismo, cruzaba el cauce y cimbreando a media ladera, paralela al río, bajaba a la vez que remontaba. Por donde el río corta la cuerda y es la entrada de la pista paseo de los turistas, la senda salía hacia el valle pero bastante elevada en la cumbre de la cuerda de la Carrasca. La senda iba por lo alto, dominando al río, atravesando bosque y luego volcaba hacia la vertiente del gran valle. Por esa ladera se dejaba caer y buscaba segura, las riberas del Río Grande.

Era esta la senda, la otra senda, que ellos usaban para salir y entrar a la sierra profunda del lado derecho del río Borosa. Una senda hermosa, como todos los caminos serranos, cuajada de silencios y escondida entre el bosque. No servía para excursiones de recreo, sino para acoger a serranos dorados por el sol que iban y venían con sus luchas y sudores siempre a cuestas.

Y la senda, como tantas otras en aquellos tiempos, no tenía un puente para cruzar el arroyo. Se aliaba con el cauce y aquí, donde el cauce tiene un pequeño vado, la senda lo aprovechaba para meterse por las aguas y las piedras de la corriente y cruzarlo. Saltando por las piedras cuando las crecidas no eran muy grandes, es como lo serranos salvaban este arroyo. Y cuando las aguas eran abundantes, no tenían más remedio que descalzarse y meterse si querían pasar al otro lado. Si las aguas eran más abundantes, además de quitarse el calzado, si no quería mojarse las ropas, tenían que casi desnudarse.

Al mirar esta tarde vosotros, veis el arroyo crecido. Más crecido que nunca. Las lluvias han sido muy grandes. Ellos, avanzan por la senda de regreso a sus cortijos.
- Pues hoy nos toca mojarnos hasta las orejas.
- Eso ya lo estaba yo pensando. Y lo malo es que venimos cargados. Nos llegará el agua hasta la cintura y ya verás tú si no tenemos problemas.
Vosotros miráis despacio, sentados ahora sobre las piedras, por el lado de abajo del vado que da paso a la senda. Desde lo hondo de vuestro ser os sale un deseo:

- Tranquilos, buena gente, que si es necesario echar una mano, aquí estamos nosotros para ello. No somos tan duros ni expertos pero estamos de vuestro lado y con vuestras luchas.

Llegan a la corriente. Junto a las aguas se paran y comienzan a quitarse el calzado.
Se quitan también las ropas y sobre sus cabezas, en las manos, las sujetan junto con la carga que traen para el cortijo.
- Yo iré delante y tú me sigues sin desviarte un metro de mi camino.
- Pero ten cuidado que fíjete como baja la corriente.
- Ya la veo y no creas que no le tengo miedo.
- Un mal paso nos haría perder el equilibrio y sin remedio el agua nos llevaría.
- Tú ten cuidado pero no te acobardes.
- Adelante que te sigo.

También vosotros le decís que adelante y ya estáis preparados por si llegado el caso caen y la corriente los arrastra. Saldréis en su ayuda y al pasar por aquí los rescatareis. Si se les caen las ropas o alguna otra cosa,

también la salvareis, cuando sobre la corriente pase por aquí junto a vosotros. Eso es el deseo que arde en vuestros corazones y esa es vuestra disposición. Pero la realidad no se concreta tan simplemente.

A ellos se les caen las ropas. Se les caen los encargos que llevan para sus cortijos y están a punto de caerse ellos mismos. El vado del arroyo tiene muchas piedras y la corriente es fuerte. Las aguas le llegan por encima de la cintura y aunque son valientes, hoy no son sencillas.
- Aunque pierdas las ropas, tú no las sigas. Agárrate a mí con fuerza.
Grita el que va delante.
- Pero es que también me quedo sin comida.
- Ya lo arreglaremos. Ahora hay que salir y después arreglaremos lo que sea.

Desde vuestra piedra, lo veis todo. Y desde vuestra tarde queréis ayudarle pero cuando vais a correr para el cauce con el deseo de coger las cosas que arrastra la corriente, una barrera invisible os impide llegar. Estáis al otro lado del tiempo y en planos distintos. No podéis tocar ni el agua ni tampoco rescatar sus cosas. Queréis pero no

podéis. Las espumas del arroyo y las olas de la cascada, hunden y sacan a flote sus sencillas pertenencias y aunque pasan cerca de donde estáis, no las podéis salvar. Los miráis a ellos, miráis la corriente, miráis sus cosas y aunque veis que todo es una realidad tangible, os encontráis fuera de ella y nada podéis hacer para cambiar lo que en ella ocurre.

Ahora, esta tarde, retirada ya en el tiempo de aquel otro día, caéis en la cuenta de que sí: por aquí pasaba el camino que venía desde el valle hacia la sierra profunda y por aquí cruzaban ellos el arroyo. Sólo tres o cuatro lo sabían. Este rincón siempre fue poca cosa aun siendo gran cosa y la senda también era una menudencia dentro del conjunto de la gran sierra. Miráis la tarde y aunque por lo alto de las cumbres el sol se tapa, se ve que a la tarde le queda un buen trozo.

- Pues ahora ¿sabéis lo que podemos hacer?
- ¿Qué se puede hacer?
- De aquí hasta que el sol se ponga, tenemos tiempos para recorrer el trozo de arroyo que aún nos queda. Es una ocasión buena y de conocer también el entorno que

nos rodea. Si todavía nos sobra algo de tarde, llegamos hasta los bares de la entra al río Borosa. Nos tomamos una cerveza, como haría cualquier turista, vemos si la cadena tiene el candado puesto y así, cuando mañana nos pongamos en marcha, sabremos a qué atenernos.

- Pues la idea es buena. Y, además, para completar la excursión, de regreso nos volvemos por la pista que viene Borosa arriba. Así también recorremos ese trozo de camino y ya se nos queda claro la distancia que hay desde este nuestro campamento hasta ese primer puente del Borosa. Mañana tendremos que recorrerla y como ya hemos dicho que será temprano, si la inspeccionamos esta tarde, eso que sabemos.

- Otra idea estupenda.

Sin pensarlo mucho, os ponéis en marcha y por el cauce que el arroyo abre, comenzáis a bajar. El surco del arroyo, bonito y lleno de sorpresas a cada metro, no resulta un camino fácil. Es todo lo contrario: escabroso y por eso, muy complicado de andar. Rocas a un lado y otro, monte, unas veces boj y otras lentiscos, carrascas y madroñeras. Ni un sólo rodal de tierra por donde pueda trazarse una senda aunque sólo fuera de animales

silvestres, ni un sólo rellanillo, ni un sólo espacio cómodo de andar. Todas las orillas repletas de más rocas, por el cauce mil cantos rodados y por entre el monte, los juncos y las piedras, la corriente.

- Complicado esto pero ya lo sabemos y también se nos queda claro qué es y lo que tiene el trozo de arroyo que desde nuestra tienda, baja al Borosa.

- Sólo esta noticia es razón suficiente para trazar esta ruta y existen otras. Cuando luego algún día alguien nos hable del arroyo de Las Truchas, entre nuestras experiencias nosotros sí lo tendremos recogido. Un trozo más de sierra que hemos desmenuzado y un metro menos que ignoramos.

Aquel día llegasteis hasta el bar que buscabais por la entrada al río. Os refrescasteis con algunas de esas bebidas que tanto gusta a tanta gente hoy. Volvisteis luego por la ruta que en vuestro plan ya teníais. Cuando visteis que tampoco había cadena que cortara la pista que sube por Roblehondo, al llegar al campamento de juguete que en el arroyo habíais montado, desarmasteis la tienda. Pusisteis en marcha el coche marcha atrás y volvisteis a la pista grande.

Seguisteis y aquella tarde ya casi noche, fuisteis a poner la tienda en la preciosa llanura que las riberas del Borosa tiene por Huelga del Nidillo. Rincón este pequeño pero misteriosamente bonito por donde el río se mece plácido como si descansara, no por mucho tiempo ni espacio, de las tremendas caídas que unos metros más arriba, las brechas de los Órganos le ha obligado saltar. En este vado humilde, el río recompone sus transparencias y por unos instantes se detiene silencioso para despedirse de sus cumbres. Como si fuera este el lugar exacto para descansar porque la mitad es lo que queda y la mitad es lo que ya ha sido. Por eso aquel día aquí descansasteis vosotros. Desde aquí ahora os despedís de aquella primera ruta por el barranco de Roblehondo. Al trozo que a partir de este punto queda y que al día siguiente recorristeis, ya volverás tú en su momento.

La senda que sube en busca de la cumbre donde al otro lado se encuentra el mundo, sigue trazando curvas. Pero no se va del río, sino que se remonta sobre él para dominarlo y verlo a lo grande. Avanza paralela al cauce pero sube hacia la cumbre. Otra nueva cueva hacia la

izquierda como si tampoco se quisiera ir del pequeño arroyo que le ha visto nacer. Como si tuviera miedo irse sola y necesitara del cauce para unido a él, penetrar en la sierra profunda.

Aquí ya se mete por el denso bosque como si las viejas madroñeras, durillos, romeros, lentiscos, carrascas y coscojas, hubieran bajado de la cumbre para arroparla y esconderla en su seno. Algún pino que otro la saluda y ya hermosa y más segura, se remonta sobre el río. Siguiéndola tú también te has remontado, no gran cosa si te fijas en la meta pero sí muchísimo si te sitúa en la salida. El río, por ahora, ni se le ve ni se le oye. El se ha perdido y tu emoción comienza a hervir. El alma se te llena de preguntas. “¿Dónde estarán Los Villares y qué será lo que ahí encontraré?”. También acude a tu mente la otra pregunta: “¿Dónde creció la vieja madroñera que fue el asombro de aquellos serranos?”.

Porque a ti te dijeron que fue por aquí, por donde aquel ejemplar de arbusto tenía clavadas sus raíces. Entre las rocas y la espesura de este bosque. Y te dijeron que la madroñera fue el mejor ejemplar que se podía ver

por estas sierras. Cinco troncos tenía y los cinco eran de gruesos como dos veces el cuerpo de un buen serrano. Clavados los cinco en una negra peana que a su vez se hincaba en las grietas de tres grandes rocas. Los cinco troncos negros surgían de la peana y retorcidos, se tumbaban en la dirección de la ladera. Como si desearan asomarse al barranco para ver el río. Las ramas se entrelazaban, llenas muchas veces de madroños y otras, de mil florecillas blancas.

Y dicen que cuando la madroñera estaba florecida, ella sola era toda una primavera plena. Manojos de graciosos ramilletes de florecillas acampanadas, se mecían al aire desde las cien ramas de la planta. Un mar de olas de perfume revoloteaba por el entorno, ciento de abejas acudían a libar por entre los estambres de tan delicadas florecillas y otras tantas mariposas surcaban el aire de un lado a otro por aquel universo en pequeño. También los pajarillos acudían a la sombra de su bosque de ramas y hasta los ciervos y los jabalíes iban y venían buscando los rojos madroños que en el otoño rodaban por la ladera. Un puro manto rojo parecía el suelo y un bosque casi completo que además de hermoso y lozano,

daba vida a un sin fin de hierbecillas, setas y otras mil variadas plantas.

Así de perfecta, grande y completa, era la vieja madroñera que desde hacia ciento de años, adornaba la ladera en todas las épocas. Cuando los nevazos cubrían de blanco los montes, la madroñera crujía bajo el peso de los copos apilados en sus ramas. Crujía por las noches cuando el frío era tanto que se cuajaban los chorrillos de agua. Crujía bajo el calor de los dorados rayos de sol en las largas tardes de verano. Y crujía cada vez que el viento soplaba desde el barranco del río y bajo los hirientes zarpazos de los granizos y las lluvias de las tormentas. La madroñera crujía pero siempre clavada en su ladera, corazón de su propia vida, seguía verde y desafiaba al tiempo año tras año y así a lo largo de los siglos.

Hasta que un día pasó por aquí el gran entendido de montes y al verla dijo:

- Es un magnífico ejemplar. Pieza de museo. Para que la vea y aprenda, aquí tengo que traer a mi hijo.

- ¿Qué va a hacer su hijo, señor?

Le preguntó el serrano más viejo y sabio de este rincón.
- Como está estudiando la misma carrera que yo, esta va a ser una buena oportunidad para ponerlo a prueba.
- ¿De qué modo lo va a poner a prueba?
- Lo traeré para que vea. Le diré que si lo hace bien tendrá su premio y que si las cosas salen mejor aún, lo nombraré jefe en estas sierras.
- ¿Pero qué va a hacer su hijo, señor?
Seguía preguntando el serrano.
- Ya lo verás.

Al día siguiente el hombre se presentó en estas sierras. En compañía de su hijo subió por la senda y lo llevó a la presencia de la vieja madroñera.
- Aquí la tienes. Es toda tuya. Puedes empezar cuando quieras.
El hijo tomó el hacha y su preparó para empezar a podar las ramas de la centenaria planta.
- Pero señor, que eso es un crimen.
Le decía el serrano sabio al ver lo que allí se iba a hacer.
- Tú tranquilo que este hijo mío ha estudiado en las mejores universidades del mundo. El sabe mejor que ninguno de nosotros cómo hay que tratar estos arbustos

tan delicados y con tantos años sobre sus ramas. ¡Ya verás qué resultado dará su trabajo! Y por ciento, mientras mi hijo se afana en la poda de este arbusto, ya puedes ir dando las órdenes oportunas para la captura del macho.

- ¿Qué macho, señor?

- He prometido a mi hijo, como premio, el regalo del mejor macho montes de estas sierras. Pero lo quiero vivo. El me ha dicho que se lo va a llevar a su finca privada para domesticarlo. Así que da las órdenes. El mejor macho y vivo. Sin que sufra ningún daño.

- Pero señor, que son muchas barbaridades.

- Tú a callar que el que mando soy yo. No puedes perturbar el gran trabajo que mi hijo está realizando ahora mismo y mucho menos dudar de su eficiencia. Además, de paso, ve buscando un buen sitio.

- ¿Un buen sitio, para qué?

- Otra promesa que le he hecho a mi hijo.

- ¿Qué promesa?

- Le voy a regalar la mejor cámara de fotos que existe en el mercado. Y se la voy a regalar ahora mismo, en cuanto termine su tarea con la poda de la madroñera. Y él

me ha dicho que aquí mismo la quiere estrenar. Así que vete buscando un buen sitio para que tome sus primeras fotos de estos barrancos, arroyos y cumbres.
- ¡Ay que ver qué cosas las de usted, señor!
- No se hable más y mano a la obra. Hoy es un día grande para mí, para mi hijo y para estas sierras. ¿Tú no crees que de un hombre como mi hijo puede surgir un día la persona que más bien haga a estos montes?
- Yo opino lo que opino, señor y me parecen que las cosas no debían hacerse así.
- Bueno, vamos a lo que hay que hacer. Tú a lo tuyo que ya lo sabes y yo a lo mío que es mi hijo. Nos vamos dentro de un rato y ya quiero ver el macho en sus manos.

El señor se fue para donde estaba su hijo y frente a la madroñera, en unas rocas, se sentó.
- Comienza tu obra, hijo mío, que yo estoy aquí vigilando para que tu trabajo salga bien.
- Mira papá, para que luego no me digas que no consulto las cosas, te digo que voy a comenzar mi obra cortando este tronco de aquí. Es el más gordo pero también el más viejo y el más dañado. Lo voy a cortar por la peana para que así la fuerza de la planta deje de correr por este

tronco y se vaya por aquellos otros que son más jóvenes. Luego voy a cortar aquellas otras dos ramas porque como ves, están muy retorcidas y son feas. Dejaré sólo un pie: este del centro que se le ve sano y recto. Así con el tiempo, la madroñera se convertirá en un ejemplar perfecto, llena de vida, recta y con todo su tronco, ramas y copa, bien modelado. ¿Qué te parece?

- Tú mano a la obra que eres el que tienes los estudios recientes y por lo tanto, el entendido en el asunto.
- Pues me pongo mano a la obra.
El joven bruto, porque así dicen que a partir de aquel día lo llamaron los serranos, se puso en acción. Alzó su hacha de acero flamante porque el padre se la había comprado por encargo ya que decía tenía que ser especial para tal obra de arte, y la dejó caer sobre el hermoso tronco de la vieja madroñera. El instrumento se clavó en la madera de la misma peana abriendo una gran herida. Luego abrió otra y otra y al poco cayó el primer pie.
- ¡Qué león está hecho mi hijo!
Exclamaba el padre cuando vio que el tronco se doblaba.

- Es que esto tiene que ser así, papá, con decisión y energía. ¿Tú ves lo que te digo? Ahora corto esta rama, atusada por la misma peana para que no quede la fealdad de esos “garranchos”, como dicen los serranos, al aire. Y luego aquella otra y ya verás qué resultado.

- Venga hijo que tú recuerdo va a quedar inmortalizado para siempre en estas sierras. Nadie nunca hizo lo que tú ahora mismo estás haciendo. Todos los otros se pasean por aquí a caballo pero ninguno coge un hacha y se pone a cortar las ramas de los árboles para modelarlos y dar forma al bosque. Son poco prácticos estos hombres.

- Pues papá, voy con el segundo tronco. Verás como lo corto en dos minutos y con la perfección del primero. ¡Obsérvame!

El joven volvió a levantar el hacha y certeramente golpeó en el segundo tronco de la madroñera. Como él dijo, en dos minutos seccionó otro de aquellos troncos y a continuación un tercero. Pero su obra, a pesar del entusiasmo, no salió tan perfecta como en un principio proclamaba. Tan atusado por la peana fue cortando los troncos, que cuando acordó, el pie que había decidido

dejar con vida, también quedaba casi cortado justo en la misma peana.

- ¿Y ahora qué pasa, hijo?
- Pues que es verdad: por poco me lo cargo también. Pero si te fijas despacio, todavía queda bien sujeto a la gran peana.
- Pero también veo que ha quedado todo descarnado, sin corteza ninguna y eso es grave. La sabia de las plantas corre por la corteza y si esta falta, no hay sabía y la planta se muere.
- No todo ha quedado descarnado, papá. Por este lado todavía tiene mucha cáscara.
- ¿Pero tú crees que cuando el viento sople y las nieves caiga, este tronco tendrá fuerza para seguir unido a su peana?
- La naturaleza, y tú lo sabes papá, se regenera enseguida.
- Pero el arbusto madroño, es muy especial.
- De todas maneras, papá, ten en cuenta que soy joven y es la primera vez.

Dicen que el padre se llevó al joven por el camino en busca de los hombres que había salido al monte para capturar el gran macho montés. Pasó por el punto estratégico donde él decía se podían hacer buenas fotos y al poco, con la emoción y la novedad de una cosa y otra, se olvidó de la madroñera. Al llegar el invierno siguiente, el único tronco que a la vieja madroñera le quedaba, se quebró. Subió un día una fuerte ráfaga de viento desde el río Borosa y al empujar sobre las copas de la vieja y ahora ya mutilada madroñera, la dobló tanto que saltó en astillas por la parte que aún estaba unida a la peana.

Tumbada en el barranco, entre las otras ramas ya secas, quedó el último tronco de la que había sido la madroñera más hermosa de toda la sierra. La más grande, la más fuerte. Los serranos que la conocían, lo sintieron mucho y en el silencio de sus almas, hasta lloraron un poco. Pero ellos, como en tantas otras cosas, no pudieron hacer sino aguantarse y guardar silencio en la espera de que algún día las cosas en estas sierras, fueran distintas. Que apareciera alguien diciendo lo que había que decir y algún otro más que se pusiera del lado de los bosques unido a los serranos de verdad.

Según avanzas por el camino, el horizonte se te abre y una panorámica amplísima, se extiende frente a ti. Todo el gran valle del río Grande desde las partes altas hasta Coto Ríos y la extensa cordillera del Blanquillo. Y según recorres el camino, remontando hacia la cumbre por donde te han dicho, existió la aldea, descubres que la cuerda que remonta es un trozo de la otra. La que arranca en las partes altas del Calvario y el arroyo de las Truchas, la corta dejándola a su izquierda. Cuerda de la Carrasca, por donde entra a los Hoyos de Muñoz y Peñón Quemado. Esa es la primera parte de la cuerda que ahora subes.

Desciende desde Puerto Calvario y al llegar a la altura del río Borosa, este la corta en dos. El trozo que queda entre el Borosa y el Aguasmulas, es el que tú subes ahora, aunque ya vez que en sus partes altas, corresponden a otras cuerdas que bajan desde la gran cordillera del Banderillas.

La senda traza otra curva y ahora parece que ya definitivamente se va hacia el arroyo Ruejo. Que se mete de verdad en el barranco y busca la aldea que a lo mejor

se encuentra por ahí. Al menos la senda es preciosa por aquí. Todo un verdadero paseo entre grandes pinos y espesas madroñeras que se doblan por el peso de la lluvia. De sus anchas hojas gotea el agua limpia y por sus negros troncos, cae chorrillos puros. La senda busca asomarse al barranco pero ya muy remontada. Te sientes feliz. Al menos este trozo que vas pisando, es precioso.

Si lo que te queda se va presentando con esta misma belleza, explotarás de gozo. Esto es lo que te vas diciendo mientras adivinas lo ausente desde la ignorancia. Pero aún así, de ellos, aquella mañana por aquí, sí tienes la tú constancia. Fue por los últimos tiempos y ellos eran niños de la aldea que aquella mañana se les ocurrió jugar un juego raro.

- ¿Pero por dónde dices tú que has visto esos palos?

Preguntaba uno.

- Mi padre me ha dicho que por aquella cuerda que recorre la senda.

Responde el que se había hecho cabecilla en el grupo.

- Pues ya está. Si tú sabes, te pones delante y nosotros te seguimos. Pongámonos en marcha y vayamos a por ellos.

- Eso está claro pero tenemos que prepararnos un poco.

- ¿Cómo nos vamos a preparar?
- En cuanto encontremos los palos, lo primero que hay que hacer es arreglarlos.
- Si los palos están como yo pienso, con sus ramas, hojas y cortezas, habrá que arreglarlos un poco. Lo que nos vamos a traer será sólo la madera de esos palos. Las ramas y las cortezas no nos interesan. Tendremos que limpiarlos y cortarlos y para eso necesitamos instrumentos.
- Pues eso es verdad. Ahora mismo nos ponemos a buscar todo lo necesario.

Ellos aquella mañana, por las humildes casas de la aldea, se pusieron a buscar unos cuantos instrumentos que necesitaban para cortar y limpiar los palos. Un par de navajas serranas que son grandes y sirven muy bien para cortar madera, un hocino y un hacha, también para cortar madera.
- A ver qué vais a inventar vosotros hoy.
Les decían algunas de las madres.
- Que no pasará nada, mamá. Es para una cosa importante.
Les contestaban ellos.

- Es que vosotros no sabéis lo que estamos viviendo ahora para que también, con vuestros juegos, nos traigáis más problemas a estas casas.
- Que sí, mamá, que sí lo sabemos. Estamos viviendo los tragos de los últimos días en este rincón y por eso nosotros hoy hemos decidido hacer algo.
- ¿Pero qué vais a hacer?
- Eso no te lo podemos decir ahora. Es un secreto que queremos guardar hasta el último momento. Pero no tengas preocupación que ya veréis todos como es una cosa buena.
- Viniendo de vosotros que no hacéis nada más que inventar trastadas, ya veremos.
- Tranquila mamá que ya somos responsables. Mira, para que lo sepas, te vamos a decir por qué monte iremos.
- Eso, porque luego os pasa algo y a ver por dónde os buscamos. Al monte se llega bajando por la senda. A veinte minutos de aquí, en el barranco grande de las madroñeras espesas, allí nos encontrarais.
- ¿Pero qué habéis inventado por aquel rincón?
- Cosas sin importancia pero muy importantes para nosotros y al mismo tiempo, buenas.

Y es que por aquel rincón, todo el mundo en la aldea, sabía lo que en una ocasión lejana, había sucedido. Uno de los vecinos, andaba un día por las partes altas. Crecían por allí unos majoletos muy grandes y al hombre se acercó a coger un puñado de aquella fruta roja, cuando al pasar por allí, un día vio que estaban maduras. Se agarró a sus ramas y como el majuelo crecía al borde mismo de una gran pendiente rocosa, las piedras que pisó, se desprendieron. El hombre se resbaló y junto con las piedras, salió rodando ladera abajo.

Gritó desesperado pidiendo auxilio pero como en estas profundidades de la sierra casi nunca hay nadie y aunque lo hubiese habido aquel día, nadie puede salvar al que rueda por una pendiente de estas, pues el hombre se precipitó al vacío sin remedio. Según bajaba por el calar, más piedras se iban desprendiendo y más ladera y monte caía detrás de él. El espectáculo, a demás de violento y brutal, era aterrador y cruel. Las piedras saltaban por los aires, la tierra se esparcía en nubes de polvo y los crujidos de las rocas al estallar, retumbaban en el barranco.

Por fin, al final de la caída, se amontonó todo quedando frenado entre los arbustos y las rocas del barranco. Poco a poco fue haciéndose el silencio y diez minutos después, ya no existía en aquella hondonada nada más que soledad, olor a piedras machacadas y gran silencio. Entre las piedras y el monte, el hombre había quedado todo roto, medio enterrado y sin hálito de vida.

Lo buscaron durante varios días y cuando al final lo encontraron, porque los buitres revoloteaban por el barranco, ya estaba mucho más que destrozado.

- Era amigo de la montaña y la montaña se lo ha tragado y al final se lo ha comido.

Dijeron algunos de los vecinos mientras otros lloraban desconsoladamente.

- Pero ya nada se puede hacer.

Decían los parientes intentando consolar y da ánimos.

Por esto, al recordar estas escenas, la madre de los niños aquel día se intranquilizó. ¿Quién le iba a decir a ella que no podía pasar algo parecido?

- Tú tranquila, mamá, que sabemos ser prudentes.

Le decían los niños.

Así que por la parte de arriba de la aldea se juntaron y en grupo se pusieron en marcha por la senda que baja pero que al principio sube. Como si vinieran al valle pero para quedarse por aquellas cumbres. Varias navajas habían cogido ellos, un hocino y un hacha y con todos estos instrumentos, venían dispuestos a enfrentarse con los palos que buscaban. Al salir de uno de aquellos barrancos dejaron la senda y se metieron por una de las laderas más complicadas de estos contornos. Y como ya avanzaban sin camino, al mayor se le ocurrió una idea.

- ¿Qué es?

Le preguntaban los otros.

- Como tenemos que regresar luego por aquí, para dar exactamente con el paso que ahora estamos recorriendo, vamos a dejar señales. Es decir: vamos a jugar un juego que nos servirá para que luego no nos perdamos. De las ramas secas que vayamos encontrando, cortamos pequeños trozos y los dejamos clavados a cierta distancia. Al volver, sólo tendremos que seguir estas señales para regresar por el mismo sitio.

- Pues yo lo veo bien. Vamos a ponernos mano a la obra.

Así que mientras avanzaban por la ladera atravesando el espeso monte, se iban entreteniendo en cortar trozos de ramas secas que dejaban clavados no en la tierra, sino en las grietas de las rocas. Aquí un trozo, en el agujero de aquella piedra, otro.

- Todo es como si fuera un tesoro que ahora escondemos y luego tendremos que buscar.
- Un juego bonito que me gusta pero yo quería decirte una cosa.
- ¿Qué es?
- Desde que cogimos esta senda, vengo pensando en lo que nos dijiste el otro día.
- ¿Lo del museo?
- Eso es. Decías que el collado de los robles Fuertes estaba por aquí.
- Y está por aquí. Dentro de un momento nos encontraremos con él.

- Si no me engaña mi intuición, por entre el monte, ya veo arriba trozos de cielo azul. Ese debe ser el collado.
- No te engaña tu intuición: ese es el collado. En cuanto terminemos de remontar la cuesta que recorremos, la senda, primero recorre un trozo de tierra fértil, por donde

los árboles son más claros y luego comienza a volcar. Justo ahí está el collado. Ya viereis que asombro. Pura tierra es todo el suelo que en primavera se convierte en una primavera mágica.

En cuanto se vuelca, allí mismo, crecen los robles. ¿Que cómo son esos robles? Pues yo que los tengo vistos, digo que no hay otros en toda la sierra y creo que hasta en el mundo entero. Tremendos por los años que tienen, el color negro de sus troncos, la dimensión asombrosa que esos troncos tienen, las curvas que trazan desde las raíces hasta las copas y el bosque de ramas tan espeso y oscuro. Ni un rayo de sol llega al suelo de tan apretadas como están las hojas de esas ramas. Y lo que más asombra, es el manantial que brota allí mismo. Como si acaso hecho lo hubieran plantado en la tierrecilla y bajo las rocas de la primera pendiente del collado, mirando ya al valle del museo. Porque el agua de ese venero ya corre para el lado de donde se alza el sol.

- ¿Y allí es donde veremos el museo que tú dices?
- Allí mismo. Un poco más abajo de donde brota el venero, los robles son más grandes y crecen más

espesos. La tierra se inclina y justo encima de la ondulación, hay unas rocas grandes. Unos castellones que tienen como una entrada, un sólo camino pequeño y escondido y por él se mete uno entre las rocas, pasa unas grietas estrechas y se asoma a la ventana. Un agujero abierto en las mismas rocas que no es obra de los hombres, sino del viento, la lluvia y el tiempo. Redondo, grande, como si fuera aquella la puerta a un mundo nuevo. Hasta da miedo asomarse al agujero. No porque tenga peligro, sino por lo que uno espera encontrarse al otro lado.

- ¿Y qué es lo que se encuentra al otro lado?
- Lo que yo siempre, y para mí sólo, he llamado el Museo. Un verdadero museo bello que al primer golpe te deja sin aliento.
- ¿Pero tú sabes lo que estás diciendo?
- Estoy hablando del museo que tiene su entrada por el collado de los robles Fuertes.
- Pues lo que a mí me han dicho, el verdadero museo lo van a poner en una casa grande que construirán en el valle, junto a las aguas del río Grande.

- Ves. Eres tú el que no sabe lo que se dice. Aquel museo, del que también yo tengo noticias, es otra cosa. Una simple casa de piedra hecha por los hombres, en un llano que le hicieron a la ladera y cuatro cosas dentro arrancadas a la fuerza y con dolor a estas sierras.

Cuatro cosas con letreros, puestas en marcos y entre cristales para que las personas que vienen de las ciudades, se imaginen un poco como son estas sierras. Aquello será un espacio ordenado para que la gente se ordene y entre en fila a ver los cuadros colgados, las piedras y los trozos de algunos pinos que han crecido por estos montes. A eso le llamarán ellos museo y ahí es a donde quieren que la gente acuda, como acuden las ovejas a la tiná cuando se les empuja.

- Pero entonces, tu museo ¿cómo es y qué es?
- Lo vais a ver en cuanto lleguemos al collado. Y ya os lo he dicho: de tan vivo como se te presenta todo, tan sencillo dentro de su desorden y tan amplio, os quedareis sin aliento.

Coronaron ellos el collado, siguiendo la inclinación del terreno y al pisar las tierras llanas, de nuevo se les despertó el recuerdo.
- Mi padre me decía el otro día que por aquí, justo por estas tierras tan delicadas del collado, meterán la senda. Un camino nuevo, ancho y bien tallado en las rocas y el monte que bajará desde las cumbres del Banderillas atravesando estas laderas y bosques hasta el valle. Aquí precisamente, en las tierras de curvas suaves de este collado, me decía mi padre que la senda se dividirá. La que sigue bajando en busca del gran valle y otro ramalejo más pequeño que se vendría por entre los Robles Fuertes para hundirse luego en el misterioso mundo del museo mágico.
- ¿Y hasta dónde llegará esa senda?
- Según me ha dicho a mí mi padre, debería llegar hasta los cortijos que duermen en el barranco pero que como ellos, los que mandan y dirigen, son así, a lo mejor la meten por las tierras bellas y la transponen hasta el último confín de los arroyos y los ríos. Será una pena, según dice mi padre, porque romperán la virginidad de los paisajes que tan en silencio duermen ahora. Y ya estamos

en la ventana de donde se ven las tierras del museo. Venid conmigo y veréis.

Por las llanas tierras del collado, los demás muchachos, se van siguiendo al mayor del grupo y ya en este momento se iban quedando asombrados.
- ¡Ostras qué robles!
Decían al encontrarse con los viejos robles que con sus raíces clavadas en las tierras suaves del collado, se inclinan hacia el barranco por donde duermen los cortijos.
- Vosotros decidme si yo no tenía razón. ¿Cuándo y dónde habéis visto árboles como estos?
- Tan retorcidos, tan gruesos, negros y de ramajes tan densos y verdes, en ningún sitio los hemos visto nunca.
- ¿De qué dan ganas?
- De todo. De abrazarlos, de tumbarse a sus sombras, de correr por entre ellos, de abrazarlos otra vez y sobre todo, dan ganas de venirse a vivir al fresco que bajo sus copas corre. Dan ganas de todo eso y además de quedarse aquí para siempre por lo sencillo, lo silencioso y lo mágico que resulta este collado y sus robles.
- Pues ahora seguimos un poco más u veréis.

Dejaron ellos la casi imperceptible senda de animales silvestres que venían siguiendo, se fueron por la pendiente que el collado configura en el lado que da a la gran montaña del Banderillas y volvieron a meterse por debajo de otro bosque de robles. Coronaron el puntal y saltando algunas rocas, se metieron por la raja del gran castellón.

- Esto parece un laberinto que por momentos se complica sin que se le vea el fin.

- Ya os lo he dicho: la ventana no es un lugar sin importancia. Tiene su personalidad y por eso no está en cualquier sitio.

- Pero es que parece que nos hemos metido en un mundo de sueños donde todo es lejanía y extrañas tierras desconocidas.

- Tranquilo que ya llegamos. Pasad por esta raja y luego saltad aquellas rocas. Vámonos ahora por aquí e ir preparando el cuerpo porque llega el momento de la gran emoción.

Al rodear una roca grande, la ventana se les presenta al frente y grandiosamente abierta al barranco.

- Aquí la tenéis.

Les dice el que ha ido guiando el grupo durante todo el tiempo.
- ¡Madre mía!
Exclaman asombrados casi todos al mismo tiempo.
- ¡Qué cosa más bonita!
- Yo, he visto asombros en mi vida cada vez que subí a las cumbres pero como este, ninguno.
- Pues, sentaros y a gozar.
- Tú vente para acá que tendrás que explicarnos.
- Ya os lo he dicho antes: lo que desde aquí se contempla, yo lo llamo el gran museo y vosotros que lo estáis viendo ahora me podéis decir si tengo o no razón.
- La tienes sin discusión ninguna.

- Fijaros, si empezamos desde allí abajo, lo que se ve allá al final que es por donde se pierde el río, observad qué paisajes más bonitos tiene todo aquello. Un paisaje perdido en la lejanía, envuelto un poco en la bruma, con reflejos verdes y azules y por donde, al final del barranco, se va el río. Decidme si ese rincón no es belleza todo lo que muestra.
- Vaya que si es belleza inmensa. Con sólo ese barranco brumoso por donde se pierde el río, ya sería suficiente

para decir que esto es el mejor de todos los museos. ¿Y sabes lo que siento ahora que lo veo?
- ¿Qué sientes?
- Que sería mejor no ir nunca por allí.
- A ver, explícate.

- Tan misterios, tan perdido en la lejanía y envuelto por la bruma, se ve desde aquí esa profundidad de barranco, que parece que si uno va y lo recorre trazando caminos para tocarlo y pisarlo todo, ya no quedaría lo mismo. Siento como si precisamente la gran belleza de ese barranco final, estuviera en eso: en su lejanía, misterio y soledad. Precisamente porque da la impresión que por esos lugares no ha pasado nadie desde que mundo es mundo, es por lo que resulta tan sugerente.
- En eso tienes también razón. En cuanto ese barranco se empiece a llenar de gente y de caminos surcados de turistas, dejará de ser lo que ahora es. Para siempre perderá su atractivo principal.
- Es que tú lo miras y no te cansas. ¿Te imaginas las cascadas, los charcos y las aguas limpias que por allí el río llevará? ¿Te imaginas la de rocas llenas de musgo y cuevas con helechos que allí habrá? ¿Te imaginas los

montes tan espesos y repletos de setas, flores y animales que por ese barranco puede haber?
- Me lo imagino todo, porque la visión que antes mis ojos tengo, me lo anuncia y mucho más.

En estos momentos ellos guardan silencio y sin palabras, a lo largo de un buen rato, recorren con sus miradas las profundidades de los barrancos y las cumbres. Oyen voces humanas y la mirar, lo ven. Por la pequeña senda que va desde el collado y luego cae hacia el barranco, descolgándose por el oeste del gran voladero, baja.
- ¿Quién es?
- Es uno de los vecinos que vive en los cortijos que se ve allí. Los pequeños cortijillos al comienzo de las grandes tierras que más que viviendas humanas, parecen lugares de descanso en una ruta de sueño que lleva por los reinos de las estrellas o más allá.
- Baja llevando su burro y fíjate: ha llegado a los poyos donde las rocas se abren en un gran tajo y se ha ido para el lado del collado ¿Por ahí va la senda?
- La senda bajo por ese lado. Dejando a la derecha los grandes voladeros, se mete en el barranco, cae

directamente en cauce del arroyo y por un vado pequeño que el arroyo tiene al final de la gran cascada, lo cruza. Desde ese punto, remonta un poco y cruzando otro buen bosque de robles refugiados en la umbría, sube buscando los cortijos. Pero por ahí, un poco antes de que la senda cruce el arroyo, el hombre se parará. Siempre se para a descansar. Se sienta a la sombra que las rocas derraman por la hondonada y mientras recupera fuerzas y se encuentra consigo mismo, deja que su borriquillo paste tranquilo en la pradera verde que junto al cauce ahí.

Como por ahí se ha retenido un puñado de tierra buena y como se encuentra en lo hondo, donde la humedad también se concentra, la pradera siempre está verde. Aun en pleno verano, cuando ya por todos sitios se han secadas las hierbas, junto al vado de ese arroyo, la pradera se extiende verde. Siempre que pasa por aquí, como el borriquillo ya lo sabe, se aparta del camino y se pone a comer hierba fresca. Hay tanta y toda tan buena, que en un rato corto, el animal se sacia. Feliz el hombre lo contempla mientras ya te he dicho, también descansa, y luego lo vuelve a coger de su cabestro. Lo acerca a la pierda que hay junto al camino, se sube en su lomo y se

meten por las aguas del arroyo cruzándolas por ese vado tan bonito.

Parece poca cosa pero es una escena que se repite siempre que pasa por aquí y como el hombre cree que no lo ve nadie, tranquilamente, una vez y otra, él repite la misma escena. Yo creo que también le debe gustar la profunda soledad de ese barranco, el agua que corre por la cascada y luego sigue bajando convertida primero en vado y después en torrente y el fresco que a la sombra de las rocas y los arrayanes, siempre se palpa.

- También algún día tendremos que venirnos por esa senda. Lo esperaremos y cuando se pare, lo saludaremos y luego le preguntaremos por los caminos que llevan a las profundidades de los misteriosos barrancos que estamos viendo. Porque también sería bonito irnos por esos barrancos a descubrir las cosas que ellos encierran.

- Primero tendremos que atravesar esta pequeña llanura que estáis viendo aquí más cerca de nosotros. Por ahí crecen las encinas y por ahí es donde las aves siempre se concentran para hacer sus nidos. Más al fondo ya veis los tejados de los cortijillos y luego más al fondo,

es donde ya se concentra la sierra profunda. ¿Vosotros creéis que seremos capaces de andar por entre esos montes?
- ¿Por qué lo dices?
- Porque yo creo que si un día nos vamos por esos barrancos, por ellos nos quedaremos para siempre. De ahí no saldremos nunca. Al menos eso es lo que yo creo.
- A lo mejor es verdad, porque ya se ve que son como un mundo virgen por donde nunca nadie ha pasado. ¿Pero a que se siente el deseo de meterse por ellos y ver lo que encierra?

Aquella mañana ellos dejaron las rocas del gran castellón desde donde se asomaron a la ventana que da al mundo de la sierra profunda. Volvieron por sus mismos pasos hasta que llegaron otra vez a los robles fuertes. Buscaron la fuentecilla que brota bajo la piedra al final de la pequeña llanura del collado. Bebieron de su agua limpia y estaba ya dispuestos a irse para el barranco en busca de los palos que necesitaban cuando al mirar hacia la senda, los volvieron a ver.
- ¿Quiénes serán?

- Estos no van montado en burros sino en magníficos caballos.
- ¿Esperamos a que lleguen?
- Mejor es dejar que pasen sin que nos vean porque si vienen por aquí con algún proyecto, ya sabes tú lo que son. Nos complicaran las vida.

Se apartaron al lado derecho del collado y por entre las madroñeras y los romeros se quedaron escondidos. Los nuevos caminantes pasaron por la senda de los robles montados en sus caballos, atravesaron por debajo de la gran sombra, se hundieron en el barranco y por una senda nueva, luego se perdieron por las laderas que conducen a la sierra profunda. No habían transpuesto las primeras cuerdas cuando de aquellos barrancos empezaron a salir explosiones.
- Ya sabes quienes eran y ya veis a qué vienen a estos rincones de las sierras: a estrenar sus buenos rifles matando todas las cabras y ciervos que por el monte pillen. Veis como ha sido mejor que no nos vieran.
- ¿Qué hubiera pasado?

- Si con ellos viene, el que me sé, seguro nos habrían echado de este monte. Les estorbamos para el proyecto que ellos hoy necesitan realizar por aquí.

- Pero es lo que decíamos antes: si por esos rincones de la sierra profunda que tú llamas museo, comienzan a entrar unos y otros y estos con sus rifles matando animales, lo estropearán todo.

- Eso será así pero dime ¿quién tendría que decirle a estos que no deben venir por aquí con sus rifles a pegar tiros contra los animales? Y si alguien se lo dice ¿no se arriesga incluso a que le compliquen la vida? ¿No tienen el poder absoluto y hacen lo que quieren porque por encima de ellos ya nadie manda?

Volvieron de nuevo a su ruta y siguieron bajando hacia el barranco. Se fueron por la ladera y al socaire de las grandes rocas que se clavan en el lado que cae al arroyo, buscaron el bosque de las madroñeras. Lo encontraron y entre ellas hallaron las ramas secas que buscaban. Eligieron dos ramas que fueran apropiadas para lo que ellos querían y cuando las encontraron, le dieron un corte con el hacha.

Eran dos ramas gruesas como el brazo de una persona y aproximadamente de dos metros de larga cada una. Con las navajas que habían llevado, le quitaron la corteza, atusaron las otras ramas finas y cuando ya las tenían preparadas hicieron la prueba a ver si servían para el fin que ellos pretendían. Clavaron uno de los palos, el más recio y largo, en el suelo y luego cruzaron el otro en la parte alta. Lo amarraron con unas briznas de hierba y vieron que aquello quedaba bien.

- No sólo bien, sino perfecto.

- Primera parte del proyecto conseguido. Volvamos a la aldea y terminemos la obra.

Cargaron con las dos ramas secas de madroño y se pusieron en ruta con la intención de regresar. Por fin tenían ya sus dos preciosos palos rectos, secos a la sombra del bosque y por eso la madera estaba acastañada y dura como el acero. - Ahora sólo nos queda remontar al collado y volver luego por los mismos pasos que hemos traído. Si no hay complicación en media hora estamos de vuelta en la aldea.

Y no tuvieron complicación. Una vez ya sobre las tierras del collado, volcaron hacia el barranco por donde corre el río, buscaron la ruta que habían recorrido horas entes, atravesaron el monte, salieron a la senda y por ella cuesta abajo, descendieron en busca del puntalete donde se alzaba la aldea. En media hora estuvieron sobre las rocas blancas que desde el puntal se asoman a las viviendas. En las mismas tierras llanas que rodean las casas, por donde los vecinos tenían construida la era.

- El punto exacto es por aquí.
- Justo encimas de estas piedras.
- Pues ya la obra la tenemos que terminar.
- Mientras nosotros fraguamos la cruz, encargaron vosotros de hacer el agujero.
- El agujero está hecho en un periquete.

Y fue verdad. En un abrir y cerrar de ojos, entre varios abrieron el agujero. También los que construían la cruz la terminaron pronto y enseguida se pusieron a clavarla. La alzaron sobre el cerrillo, la introdujeron en el agujero, le echaron tierras y piedras apisonándolas para que se quedara firme y cuando la mañana concluía ya tenían

levantada la cruz de madera sobre el cerro que domina el grueso de las casas de la aldea. Una preciosa cruz que abría sus brazos remontada en el puntal como queriendo abrazar a todo cuanto por debajo de ella quedaba.

- Así, frente a las casas para que todo quede a sus pies.

Decían ellos. Luego se fueron a la aldea y ya les dijeron a sus familias que la obra estaba terminada.

- ¿Y cual es vuestra obra?

- Venid y veréis.

Fueron y cuando vieron, unos y otros se quedaron algo extrañados.

- ¿Qué es lo que con esta cruz queréis decir?

Le preguntaron algunos mayores.

- ¿No lo sabes?

- Sabemos que nos vamos. Hoy estamos pero mañana ya no estaremos. Nos vamos de la aldea y aquí se quedará la tierra, las casas, los álamos y el manantial con sus aguas limpia.

- Pues eso: como todos nos vamos dejándonos aquí lo que más queremos, hemos puesto esta cruz para que se

sepa que la ida no ha sido fácil. Bajo sus brazos se quedan nuestras alegrías y penas. De esta tierra que fue tan bonita para nosotros, nos arrancan a la fuerza y por eso queremos que quede constancia de nuestra presencia y el último sufrimiento por aquí.

- Vuestra ocurrencia ha sido curiosa. Habrá gente que no la entenderá pero una cruz alzada sobre este monte, mirando a las casas donde vivimos, a más de uno le va a impresionar. Como si con ello quisiéramos decir que aquí se queda lo mejor de lo que cada uno tenemos. Y que como no hemos encontrado ni amparo ni consuelo entre las personas que han decidido sobre nosotros, hemos tenido que recurrir al cielo para refugiarnos en él. Esta cruz puede significa eso: que al cielo hemos recurrido y ahí derramamos nuestro dolor en este momento tan duro. Nos vamos porque nos empujan, nos echan pero nuestras raíces y corazón, se queda aquí para siempre.

Sigues avanzando por la senda que remonta. Ya te has dejado atrás el ramal que por la izquierda se aparta de esta senda principal que recorres y se va hacia el barranco del arroyo Ruejo. No lo sabes pero para ti, te vas diciendo que por lógica, la que fue aldea de Los Villares,

tuvo que estar junto a un buen manantial de agua. Donde nace algún arroyo o fuente bastante importante. Te dices que, además, habrá tierras buenas.

Remontas otra curva y mientras superas el desnivel comienzas a sentir la dificulta, la pesadez que supone subir hasta las terrazas de esta porción de tierra. Desde lo hondo del alma se te alarga para arriba y al notar el latido del sentimiento, a tu recuerdo acude la escena. Es por aquí por donde el joven recogía el hato de su ganado y se guarecía en alguna covacha para comerse su humilde puchero de garbanzos y un trozo de pan que siempre compartía con su perro.

De entre todos aquellos días, uno se te presenta con toda su fuerza, como emergiendo al primer plano. Como si no hubiera muerto a pesar del tiempo y estas cumbres. Y la realidad de este primer plano tiene muy pocas cosas importantes. Las cuatro escenas cargadas de monotonía, que cada día se repetían: el marco de los paisajes que siempre eran los mismos, la soledad envuelta en el profundo silencio, la sensación de altura sobre la cumbre, la compañía de sus animales y el pequeño perro. Un

perro de “agua” que ayuda en las tareas del ganado, que da compañía en cada momento porque es el mejor amigo, pero que ya el tiempo ha dejado sobre él la carga de los años. Con todas estas cosas menudas y tan pequeño el rincón, las vibraciones de su realidad, nada más remontar esta porción de tierra, a ti se te clavan en lo más hondo.

Quieres intuir que era un día espléndido. Un gran cielo azul, con algunas nubes blancas sueltas que se mecen sobre las cumbres del Calarejo y por las cimas del Banderillas. Un sol muy hermoso que viste de fuego las laderas de los montes. Y aunque la temperatura es fresquita, el día es espléndido.

Desde primeras horas de la mañana el joven ha dejado que su rebaño carea por las partes más altas. Por esos montes y praderas los animales han pastado durante todas estas primeras horas del día y ahora, cuando ya el sol se sitúa en lo más alto del cielo, como tantos otros días, los animales se vienen para las tierras medias donde siempre se recogen cuando el sol ya calienta. Por una covacha que el joven ya conoce, tiene él sus cuatro cosas. Una manta vieja, un montón de palos para hacer

fuego, unas piedras alrededor de la lumbre y un puchero de barro donde, de vez en cuando, cuece algo de comida.

Era media mañana y cuando llegó a la covacha lo primero que hizo fue avivar las brasas que todavía quedaban y echar unos palos secos sobre ellas. Brotó primero un poco de humo y al rato las llamas surgieron. En el chorrillo del manantial que cae por la roca llena, de agua el pequeño puchero de barro. Echa dentro un puñado de garbanzos y sobre las piedras que rodean el fuego, al calor de las brasas, lo pone. Mira a su perro, entrañable compañero en las soledades de estos montes.

- No te preocupes que en cuanto estos garbanzos estén cocidos, nos los vamos a repartir. Te pondrás fuerte como siempre lo has estado, ya verás.

Le decía al animal. Este se ha tumbado cerca del fuego y con la tristeza brotándole por los ojos, lo miraba. No responde a las palabras del dueño pero sí pare decir que a lo mejor ya no va a necesitar comerse los garbanzos.

Desde hace unos días, el pequeño perro que tanta compañía y tantas horas de soledades y días de lluvias ha

compartido con el joven, ya no tiene la misma alegría. Camina por las veredas siguiendo a su dueño pero lo hace con torpeza, como si no tuviera fuerzas, como si no deseara ir ya a ningún sitio ni tampoco quisiera acompañar más al joven. Cuando el muchacho le pide que recoja o vaya a por las ovejas o las cabras, el animal no obedeces. Triste mira al dueño, agacha la cabeza y como si dentro de sí tuviera un gran dolor, se tumba a los pies del joven y esconde el hocico entre las piernas.

- ¿Es que tienes hambre?

Le pregunta el joven. A cuyas palabras el animal no responde. O más bien responde acurrucándose junto al muchacho, con el rabo caído y las orejas lacias.

- Quizá te has enfadado conmigo porque te "renegué" el otro día. En fin, aquello no tenía importancia. No me gustó lo que hiciste pero ya lo olvidé. Yo sigo siendo amigo tuyo. Sé que tú también te olvidas de las cosas. Ven aquí que vamos a hacer las paces para seguir siendo amigos.

Le sigue el joven diciendo a su amigo de tantos años.

Pero el amigo en esta ocasión, no reacciona como otras veces. No salta juguetón mostrando la alegría al recibir las caricias. Es como si no tuviera ya gusto por las cosas menudas que cada día la vida, a través del joven, le ha regalado. Como si no pudiera obedecer las órdenes de su dueño o más bien, como si el dueño no comprendiera lo que ahora él está pasando. Por eso hoy, nada más llegar a la fría covacha abierta en la roca de la ladera, se tumba junto al dueño y pegado a las brasas de la lumbre. Sólo de vez en cuando mira, reaccionando a las palabras del muchacho pero luego sigue tumbado sin ganas de nada.

Cuando una hora más tarde el joven cree que los garbanzos del puchero están cocidos, los retira de la lumbre. Sobre la poza tallada en la roca, vuelca la mitad y llama a su amigo el perro para que venga a comerse la ración que le toca.
- Aquí tienes ya tu comida. Está calentita. Ven y verás como el ánimo vuelve a tu cuerpo. Venga, come.
Le sigue pidiendo al perro que medio dormita cerca de la lumbre. Abre los ojos, y sin moverse, los vuelve a cerrar. “No quiero comer. No puedo comer. Tengo hambre pero

no puedo comer porque ni fuerzas para eso tengo”. Parece que el animal dice desde sus miradas tristes.

- Entonces ¿qué quieres?

Le pregunta el dueño. “Morir. Ha llegado mi hora, como a todo le llega la hora en este mundo y en estos momentos sólo deseo eso: morir. Déjame en paz y perdona. No estoy enfadado contigo ni tampoco tengo ningún disgusto por otras cosas. Sólo tengo mucho cansancio en mi cuerpo y eso es porque los años ya me pesan. Deja que muera en paz, aquí en tu compañía, el calor de esta lumbre, al cobijo de nuestra covacha. Ya sabes que los perros también morimos. También los perros nos cansamos de las cosas de esta tierra y morimos para siempre aunque a vosotros, los humanos, algunas veces no os guste”.

- Pero ¿y me dejas solo?

“Tú mejor que nadie, deberías saber que las cosas son así. Yo me voy y ya nunca más podré seguirte por las sendas de estas montañas. Sólo no te quedarás pero mi compañía ya no la sentirás cuando vayas por los montes ni cuando bebas aguas en los chorrillos de las peñas. ¿Qué puedo hacer yo o qué puedes hacer tú para que las

cosas no sean así? Bien sabes que no se puede hacer nada y por eso es mejor que lo aceptes. Hemos sido buenos compañeros a lo largo de todos estos años pero a partir de ahora se acaba todo. Déjame morir en paz y si puedes, recuérdame alguna vez. Creo que fui tu fiel amigo y bien sabes cuántas y largas horas compartimos juntos”.

Estas y otras muchas palabras pareció el joven entender que le decía el animal. Y luego lo vio morirse. Allí mismo. Tal como estaba acostado frente a las brasas de la lumbre que ardía despacio, se fue muriendo. Dejó de mirarlo con aquellas miradas tristes que a la vez eran dulces y dejó de mover la cabeza para ver si su dueño se levantaban o se iban para donde estaba el hato de los animales. Allí mismo, junto al fuego dorado que ardía a la sombra de la covacha, dejó de respirar y de ser el compañero fiel de aquel joven.

Cuando el muchacho se dio cuenta de la verdad del momento, quieto se quedó allí junto al animal unos minutos. Luego se levantó, lo arrastró hacia el lado de abajo de la cueva, cavó un hoyo entre las rocas blancas que a los pies de la covacha se desmoronaba y allí puso a

su amigo. Lo cubrió primero con un poco de monte, le echó tierra encima y al final lo recubrió todo con los trozos de roca que de la pared, cada invierno se desprendían. Se volvió luego a su cueva y allí se quedó junto a fuego. Cuando pasó un rato se comió su puchero de garbanzos y mientras iba tragando sus bocados no dejaba de pensar que a partir de aquel momento, las cosas iban a ser distintas para él en las laderas de estas sierras.

Cuando al caer la tarde o al día siguiente se fuera por el monte con su ganado, algo le iba a faltar a su lado. Algo iba a ser nuevo al recorrer las sendas y sobre todo, en los momentos en que se sentaba sobre las rocas más altas de los picos y se ponía a contemplar la lejanía de los paisajes. Ya no compartiría más con su perro el trozo de pan de cada día ni su puchero de garbanzos.

Tu senda sigue subiendo y en una de las curvas que viene para el barranco en que corre el río Borosa, te quedas fijo en las laderas de enfrente. Las que quedan al otro lado del cauce y caen desde la Cuerda de la Carrasca. Te paras y miras despacio por que te llama la atención la senda que por ahí se ve cruzar. Con toda

claridad se ve arrancar desde el arroyo de las Truchas y subir hacia el morro de la cuerda.

No hay duda: esta es la senda que ellos recorrían cuando aquel día la corriente les arrebató las cosas que transportaba. Desde este lado se ven mejor que desde cualquier otro sito. Sube o baja hasta el cauce del arroyo, surca la ladera de la cuerda y luego se ve como se pierde por la espesura del monte cayendo hacia la vertiente del río grande. Por las vegas de esas llanuras era por donde buscaba cruzar el Río Grande y luego ya se iba hacia un lado y otro al encuentro de los cortijos.

Desde este lado del Borosa, se ve estupendamente y te dices que es una senda preciosa. También te felicita porque hasta hoy, este viejo camino serrano que como tantos otros se pierde en las profundidades de la gran sierra, no se lo han enseñado a los turistas. Hasta hoy nadie lo anuncia en las guías. Nadie lo incluye en sus ofertas de rutas para captar turistas. Parece extraño pero en estos momentos, así es.

Pasa igual que con esta otra senda que tu recorres ahora mismo. Tampoco nadie la tiene incluida en su paquete de ofertas, como ellos dicen. Ya has remontado mucho y después de ocho o diez curvas, vas ahora otra vez en la dirección del barranco del Borosa. Pero sin dejar de subir. Y lo que vas comprobando es que si no fuera por la senda, por esta ladera sería imposible andar. La vegetación es de lo más espesa. Esta zona, en los planos que los técnicos tienen con las parcelas y los nombres de los montes ordenados, lo tienen bautizado con el nombre de “Malezas de Santiago”. Y está claro: pisas tierras del término de Santiago de la Espada.

Vas remontando la senda. Aparece un gran filón de rocas y ello viene a confirmarte lo que ya al principio intuías: la senda fue talla en la pura roca. Y, además, con mucha perfección. Los serranos por si solos, nunca no hubieran podido hacer esta obra. Ni tenían medios ni se organizaban ellos para llevar a cabo un proyecto tan regular. Fue perfectamente planeada, organizada y tallada y por lo que puedes observar, la senda tiene como un metro o así de ancha.

Remontas el primer pequeño collado y junto al pino negral, te paras. Es un ejemplar grande, torcido un poco hacia el barranco del río como si quisiera asomarse para verlo correr. No lo ve porque desde este punto queda tapado por el monte y las repisas rocosas que surgen por aquí y allá, a lo largo de toda la ladera. Se le oye un poco pero cada vez más lejos. La senda que remonta, no lo abandona pero si sube alejándose cada vez más como en un juego de bosques. Como si quisiera explorar las cumbres desde donde las nieves y las aguas han ido cayendo, a los arroyos primero, después a los manantiales y luego al bello río.

Junto al tronco del pino te paras y mientras respiras el fresco aire que desde el barranco sube te refugia bajo el paraguas para que la lluvia que sigue cayendo, no te empape. Miras y ves que no termina aquí la senda. Parece detenerse, un breve instante, sobre la leve llanura del collado y luego sigue subiendo. Por el mismo filo de la cumbre que se alarga buscando al Calarejos, se va la senda. Miras y a través del leve y monótono crujido de las gotas de agua, te parece oír sus pasos.

Es el joven que camina, no subiendo ni bajando, sino detrás de su rebaño. Uno más de tantos días a lo largo del invierno, pisando la blanca y también fría capa de nieve y en algunos sitio, el hielo. A cada paso que da sus pies se hunden en la nieve y su calzado, que no son zapatos ni botas sino esparteñas, se llena de copos blancos. El pie lo trae casi al descubierto y por los lados, de las sandalias cuelgan trozos de hielo.

- Párate un rato junto a esta roca, coge una piedra de estas que por aquí ruedan sueltas y golpea esas esparteñas tuyas.

Le dices distraído, sin ni siquiera caer en la cuenta que no puede oírte ni verte porque os encontráis muy separados en el tiempo. No puedes tocarlo ni verlo, pero tú sabes que existe una dimensión donde sí es posible encontrarse y hablar aunque la distancia sea grande en el tiempo. Por eso oyes que te dice:

- ¿Y de qué me sirve quitarme con una piedra el hielo que se ha cuajado en estas viejas esparteñas mías?

- Tendrás menos frío en los pies.

- El frío es el mismo. Aunque me quite el hielo y me sacuda la nieve, mis pies seguirán helados.

- ¿Pero tú te has dado cuenta de la nieve que hay y cómo llevas los pies? ¿Sólo con unas simple sandalias de esparto, tejidas por ti mismo?

- Me he dado cuenta mejor que tú, porque lo estoy sufriendo.
- ¿Y hasta donde llega tu sufrimiento? Porque según estoy viendo, no debe ser pequeño ¿o es que estás ya acostumbrado?
- A estas cosas uno no se acostumbra nunca. Uno aguanta y aunque duela, aguanta porque no existe otra salida.
- Pero si al menos tuvieras calcetines, de algo te servirían.
- ¿Tú quieres ver cómo tengo los pies?
- Si es para que haga algo por ti, no quiero verlo. Sufro viendo lo que tienes que soportar y el sufrimiento que en silencio llevas dentro pero no puedo hacer nada por ti y aunque pudiera, no sé cómo.
- Tú tranquilo. No tienes obligación de hacer nada por mí. Pero para que lo sepas te voy a enseñar mis pies.

Junto a la roca del pino en que te has parado, el joven se sienta. Con una piedra se rompe el hielo que alrededor

de las esparteñas, lleva. Desata el cordón que sujeta las sandalias a los pies y se las quita. Se deslía unos trapos y comienza a aparecer la carne viva. Por los tobillos y la parte de arriba, unas grandes heridas rojas que sangran y por los dedos, más trapos liados.

- Estás viendo.

- Estoy viendo y no lo creo. ¿Cómo es posible que con esas heridas puedas andar por esta nieve y aguantar tanto dolor?

- Ya te lo he dicho. No tengo otro camino.

- ¿Y los dedos tan liados en trapos?

- Congelados los tengo y por eso ni los siento. No te los enseño porque si me quito las vendas que llevo, con ellas salen los trozos de carne pegados.

- Creo que un día tendrán que cortarte los pies. Tantas heridas y tanta congelación te los dejarán inservibles para siempre.

- Eso es lo que tú crees pero no será así. Cuando llego por la noche a mi casa en la aldea, siempre mi madre me tiene preparado una gran olla con agua caliente. Eso me alivia. Luego me siento frente al fuego y con el calorcito de la lumbre, todo vuelve a la normalidad aunque al día siguiente tenga que echarme otra vez al monte para darle

caro a los animales por estas laderas. Pero en fin, el invierno siempre se pasa y como ya estamos acostumbrados a luchar con la nieve, aunque sea duro, lo soportamos.

Sereno, si quejarse ni una chispa de las heridas que en los pies le sangran, se vuelve a poner sus esparteñas. Se las ata y se despide de ti.

- Tengo que seguir con mi ganado porque ya ves que se me pierden por el monte. Si en otro momento nos vemos, volveremos a charlar.
- Pero antes de irte quería preguntarte algo.
- ¿Qué quieres?
- ¿Por qué los pastores de estas sierras ahora, le tenéis miedo a la civilización, a los tiempos modernos?
- ¿Eso es lo que a ti te han dicho?
- Esto es lo que a mí me han dicho.
- Pues te han equivocado.
- Ponme un ejemplo para que lo vea.
- Es sencillo y está claro. Ven para acá.

Se muevo un poco hacia lo alto del puntal y tú lo sigues. Se para y mira al barranco del gran río Borosa.

- Observa, ahí frente a ti lo tienes.

Miras y como frente a ti sólo ves laderas pobladas de monte y por entre él y ellas, los arroyos corriendo, le dices:

- Tendrás que explicarme porque no veo lo que tú quieres que vea. ¿Qué hay ahí?

- Si esperas un poco y miras despacio, verás a muchas personas sentadas. Cientos de personas sentadas sobre esas laderas contemplando el espectáculo.

- Sigo sin ver y sin entender. ¿Qué espectáculo es ese?

- Dentro de poco, esa gran ladera que vuelca al río Borosa y que tan poblada de monte y surcada de arroyos ves ahora mismo, ya no será lo que es.

- ¿Y qué será?

- Como un gran asiento, como un enorme graderío que prepararán bien para que los grupos de personas se puedan sentar.

- ¿Y eso para qué será?

- Han visto que es bonito este río, han visto que tiene cascadas muy hermosas, han visto que está cuajado de silencios muy limpios. Han visto que estas cosas gustan a los turistas y se dan cuenta que a ello le sacan dinero.

Dentro de poco, ya muchos están soñando y haciendo planes, abrirán carreteras, construirán llanuras para que aparquen los coches, levantarán miradores y junto a ellos, asientos y gradas. Harán mucha propaganda y en masa, dejarán que los turistas llenen todas esas laderas. Los sentarán mirando hacia el Calarejo y hacia el río y los dejarán que se embelesen. Les dirán que por las cascadas y los charcos del río Borosa, en otros tiempos nadaban las nutrias, anidaban las lavanderas cascadeñas y los mirlos acuáticos.

Les dirán que por estos montes que ahora mismo pisamos tú y yo, vivían pastores que se pasaban el día siguiendo a sus rebaños y que en invierno, andaban por encima de las nieves con sólo unas esparteñas y los pies llenos de heridas y envuelto por los trozos de hielo. Les dirán que por aquí vivíamos nosotros refugiados en las covachas y comiendo requesón de cabra con pan duro y entonces ellos, la gran masa de turistas, les preguntarán:

"¿Y no habéis guardado en el museo algunos de esos antiguos pastores?" Les dirán que no y ellos responderán: "Pues es una pena, porque un pastor de

esos es todo una gran pieza de museo. Ya no hay en estas sierras serranos como aquellos y nos gustaría verlos, tocarlos, charlar con ellos”. “Pues no os preocupéis que a lo mejor se puede hacer algo”. Les responderán ellos. “Vosotros sois los que mandáis. Sois los que venís a estas sierras a dejar dinero y por eso os damos todo aquellos que pidáis. Si lo que ahora queréis ver son pastores de aquellos tiempos con sus antiparras y sus esparteñas pisando hielo y nieve por entre estos montes, no preocuparos que ya veréis como rescataremos alguno del pasado. Hablaremos con él. Le diremos que ganará mucho dinero y que será una vida mucho más cómoda y divertida que la de guardar cabras por las montañas y ya veréis como dice que sí.

Lo convertiremos en una pieza de museo para que todos vosotros, cómodamente sentados en los asientos y miradores que hemos puesto por estas laderas, podáis gozar de las bellezas raras de aquellos tiempos. Pero, además, lo vamos a hacer bien. Le diremos al pastor, pieza única y verdadera de museo, que se vista como en aquellos tiempos. Que se ponga sus esparteñas, que se

eche a andar por las verdaderas sendas de aquellos viejas y que cuide a sus ovejas tal como lo hacía antes.

Así todo será más real, más vivo, más emocionante. Un pastor en vivo que camino por los montes de siempre con sus cabras de siempre pero ahora como en una obra de teatro: representando una función para que vosotros os lo paséis bien. Para que veáis que en estas sierras de nuestro Parque Natural, pensamos en vosotros para que no os falte de nada. Vosotros sois los que mandáis porque pagáis y eso es lo que hay que cuidar. No preocuparos que ya veréis como arreglamos esto del pastor.

También vamos a procurar que cuando el pastor se mueva por este río, lo cruce andando por los vados que antes lo cruzaba, que se bañe en los charcos de agua limpia en que siempre se baño e incluso que pesque truchas y nutrias lo mismo que lo hacía en aquellos tiempos. Veréis vosotros qué cosas más bonitas y qué tradiciones más originales vamos a rescatar de estas sierras. Como el pastor siempre fue persona de poca cultura y no muy sabio, en cuanto le demos dinero, se

pondrá a nuestra disposición para todo lo que de él queramos. Manejar a un pastor, es lo más fácil del mundo. Así que tranquilos porque no pasará mucho tiempo sin que tengamos montado por aquí todos los espectáculos que vosotros estáis pidiendo”.

Estas y otras cosas les dirán ellos y no crees que será una broma. Se pondrán mano a la obra y en un abrir y cerrar de ojos, la sierra entera y este río con sus barrancos y laderas, más, será un puro espectáculo. Turistas por aquí, turistas por allí, hoteles que ofrecen y venden hasta jabalíes domesticados que bajan de las montañas a comer en presencia de los turistas. En fin, será para verlo y no para contarlo.

- Y si eso que me cuentas se hace real y a ti te piden que colabores en forma de actor representando esos teatros ¿qué harás tú?

- Claro lo tengo y rabia dentro de mí también llevo: no me venderé. No me doblegará a ninguno de esos montajes y menos por dinero.

- Pero un pastor nunca ha sido rebelde. Tú solo contra tantos y contra la corriente que tan fuerte arrastra ¿qué podrás hacer?
- No me importa lo que pueda hacer. Actuaré como siempre he actuado en mi vida: en armonía con mi conciencia y de acuerdo conmigo mismo. No me dejaré arrastrar ni comprar por ninguno de ellos y menos aún estaré de acuerdo con las cosas que no sean buenas para estas sierras por más que me digan que los turistas dejan dinero y crean puestos de trabajo.
- Pues ya verás como te quitarán las ovejas, te derribarán la casa o cueva donde vives y hasta te prohibirán que andes por este monte. Ya verás como te machacarán tanto que hasta te sentirás mal contigo mismo.
- No me importa. Lo que vaya contra mi conciencia, jamás nadie nunca podrá obligarme a que lo acepte.

Y, además, tengo pensado lo que voy a hacer para protestar contra las cosas que ellos quieren meter en estas sierras.
- ¿Y qué harás?
- Me iré a la carretera por donde pasan los turistas. Plantaré allí mismo una tienda para meterme por las

noches y me pondré en huelga de hambre. Escribiré un letrero que diga: “Estoy en contra del destrozo que en mis sierran están haciendo. Soy un rebelde que no se somete a lo que ellos han decidido y por eso me he puesto en huelga de hambre. Llevaré esta postura mía hasta sus últimas consecuencias. Si es necesario moriré para que así, alguien en estas sierras sea valiente de una vez, y con todas las consecuencias, se oponga a lo que interesadamente los otros se empeñan en implantar en estas sierras. Soy un rebelde en huelga de hambre que está dispuesto a morir antes que consentir”.

- Pero eso será una actitud trágica que te hará sufrir mucho y más aún porque seguramente te encontrarás solo. Quizá todo el mundo se ponga en contra tuya y fíjate tú lo que eso es: muerto de hambre, sin un amigo que te apoye y, además, en estos lugares. Te lo aseguro, vivirás un calvario.

- Eso ya lo sé y todavía habrá otras cosas que agravarán más esta actitud mía: nunca por aquí un pastor se puso a defender las tierras donde nació con la valentía en que yo lo pienso hacer.

- Bueno, en esto no te doy la razón. Las noticias que tengo, me dicen lo contrario: si alguien en alguna ocasión defendió estas sierras oponiéndose con fuerza, fueron los pastores de estas montañas. La historia está plagada de luchas de pastores en defensa de estos montes. Tú sabes que algunos hasta han muerto en la cárcel y otros han muerto de tristeza recluidos en las casas de esos pueblos de colonización que le dieron. Los más valiente en estos montes, siempre habéis sido los pastores. ¡Ay que ver qué cosa!

- Pero lo mío será distinto. Mi enfado contra ellos no será sólo porque me quiten las ovejas y me derriben la cueva donde vivo. Será porque en principio no estoy de acuerdo en cómo están haciendo las cosas en el conjunto de estas sierras. Aunque como dices, me encuentre solo en esta lucha, tú imagínate qué profundo placer tendré dentro de mí cuando en mi conciencia sienta que no soy el borrego que son ellos. Que tengo la verdad en mis manos y que muero por ella antes que bajarme los pantalones y convertirme en pelele como tantos ahora por aquí. Ni siquiera esclavo del dinero aunque creo que más de uno vendrá a escondidas a ver si me pueden comprar.

- Eso es lo que te iba a decir: que te prepares porque la lucha será tremenda. Primero te ignorarán, te dirán que un pastor tiene poca importancia y cuando luego empieces a salir en los periódicos, más de uno vendrá a ti para convencerte con los más extraños artilugios y argumentos.

- En fin, ya me tengo que ir. Me has pedido que me pare contigo para que respondiera a algunas de estas cosas que a ti te interesa, y lo he hecho. No sé si bien o mal o como tú querías o no. Te he dicho lo que ahora mismo siento y a mi manera y si no te convence ni estás de acuerdo, lo siento. No sé si los otros pastores de estas sierras piensan y son como yo. Tampoco me interesa mucho. Soy lo que soy y pienso y siento lo que ya sabes. Si nos vemos en otro momento seguramente tendremos la oportunidad de hablar de otras cosas. Ahora me voy porque, además, como los animales se empiezan a recoger bajo las paredes rocosas de las partes altas, en la covacha que allí tengo, me voy a refugiar y lo primero que haré, es encender una lumbre. Me sentaré junto a ella a ver si me caliento un poco estos pies y estas manos mías porque sino cualquier día de estos me moriré de frío.

Hasta otro momento y que tengas un feliz recorrido por estos lugares. Aunque me encuentre al otro lado del tiempo, te felicito porque un poco estoy de parte tuya.

Le dices que lo comprendes y lo ves alejarse. Sube delante de ti recorriendo la misma senda y mientras lo ves irse, te sigue extrañando lo de siempre. Su alegría. A pesar de tanta dureza y tanta privación, a pesar de esos pobres zapatos de esparto que no quitan ni el frío y esos tan raros pantalones anchos, remendados y descoloridos, él lleva dentro de sí mucha alegría. Es feliz y se comporta como si entre estos montes tan llenos de nieve e hielos, tuviera su tesoro. Su gran tesoro que hoy por hoy, todavía ni sabes dónde se esconde ni cómo es.

A la llegada del collado, en tu ruta hoy por esta senda que se pierde en las profundidades de la sierra, te agarra las otras sierras. La sierra pero es la otra. La que a lo lejos se observa desde aquí. Se abre una gran vista que es preciosa. Al frente, las amplia Sierra de Las Villas con Peña Corva, Blanquillo, los Hermanillos, Almagreros con los cientos de laderas, barrancos y picos que hacia este lado del río Grande, vierte esa larga cordillera. Sobre la

loma, en las zonas bajas del valle, se ve el hotel, los olivares que le rodean y toda la ladera hacia Coto Ríos. Una vista grande y bonita la que desde este collado se abre.

En este collado, la senda se asoma al arroyo y ves, por la ladera de enfrente, otra senda que sube. Es este el cauce que se funde con el río por donde la fuente rota, mana. Seguro que esa senda sube a los cortijos del barranco. Puede que también sea la que recorrió el joven cuando buscaba la cascada del pastor. Desde aquí se ve bien lo grande que es este barranco. Muy hondo, lleno de espeso monte verde y largo.

Sientes ruidos y miras. Por la senda que remontas y del lado en que hace un rato ha desaparecido el joven pisando nieve, baja. Bueno, no trae ningún letrero diciendo que es pero a ese grupo tú lo unes enseguida por la presentación: baja montado en una de esas bicicletas que por el valle alquilan y viene destrozado. Los colores de sus vestimentas son llamativos y por todos sitios le cuelgan cantimploras y botes de bebidas energéticas. Las señales no pueden ser más claras.

Atropelladamente se te acerca y ya que lo tienes delante, para su bicicleta, se baja y te pregunta:

- ¿Usted sabe arreglar una bicicleta?
- ¿Qué le pasa a tu bicicleta?
- Se me ha pinchado la rueda.
- Pues eso se desmonta, se cogen parches para los pinchazos, que debes llevar de repuesto, se infla la rueda, se busca el pinchado en la recamara y se le pega un parche.
- Es que ese es el caso: que no llevo parches de repuesto.
- Pero en estos montes ¿a quién se le ocurre?
- Yo que sabía.
- ¿Y bombín para inflarla?
- Tampoco llevo.
- Entonces, no sé cómo vas a solucionar lo de tu pinchazo.
- A mi se me ocurre una cosa.

- Ya sé lo que se te ocurre.
- ¿Qué es?
- Que tendrás que cargar con la bicicleta a cuestas hasta tu destino.

- Lo que a mi se me ocurre no es eso. Yo he pensado que si desmonto la rueda, le quito la cubierta y también la recámara y en su lugar, es decir de recámara, le pongo trapos y luego encima la cubierta, podré seguir rodando por este camino. Luego cuando llegue al mi destino, que la arregle el dueño que para eso es suya. ¿Qué te parece?

- Una barbaridad.

- ¿Por qué te parece una barbaridad?

- ¿Cómo vas a arreglar la rueda de una bicicleta con trapos en la recámara?

- ¿Y por qué no?

- Mira, si luego te subes y como dices sigues bajando por este camino, con tantas piedras y tanto monte como por aquí hay, harás polvo también la cubierta y la llanta de esa rueda. Los trapos que tú dices le vas a poner, se machacarán contra las piedras y todas las gomas. ¿Quién ha visto nunca arreglar un pinchazo de una bicicleta liando trapos en la recámara?

- Para salir de apuros, puede servir. Tú ven para acá y me ayudas a desmontarla. Luego yo me encargaré de sacar la cubierta, la recámara y de liar los trapos ahí por dentro.

Le vas a decir que no participas en un proyecto tan tonto como ese, cuando en estos momentos, del lado del barranco del arroyo, comienzan a llegar al camino, ovejas y cabras. Enseguida adivinas que no vienen de careo sino de camino. Es un hato grande que llevan por estas tierras hacia algún lugar de la sierra. Estás observando viendo como remontan hasta la senda y observas también al turista con su bicicleta cuando hasta el camino llega una niña pequeña. Os saluda y se te queda mirando.

- ¿Qué, vienes con las cabras?

Le preguntas.

- Voy con mi familia que llevan las cabras a otro lugar de la sierra. ¿Qué le ha pasado a este hombre? Pregunta la pequeña mirando al de la bicicleta.

- Una tragedia, muchacha, y no sé cómo salir de ella.

- ¿Se le ha roto la bicicleta?

- No me hables, porque iba a ponerme a arreglarla pero ahora con tanto animal por aquí llenando el camino, me van esturrear tanto las piezas de esta bicicleta como las herramientas que saque.

Desde el lado del barranco suben dos muchachos más y detrás de ellos el padre. Traen del cabestro un mulo con las aguaderas puestas y éstas llenas de bultos.

- Muy buenas, señores.

Os dice al llegar. Le respondes y el de la bicicleta también y estás mirando a la otra muchacha que aparece por el fondo cuando el hombre, dirigiéndose al de la bicicleta, pregunta:

- ¿Usted ha cruzado hace un rato por el vado del arroyo?

- ¿Se refiera a ese arroyo donde el camino se mete en el agua y hay mucha hierba a los lados?

- Sí, a ese lugar y arroyo me refiero.

- Pues sí. Por ahí he cruzado hace un rato ¿Por qué?

- Porque me ha espantao a todos los animales. ¿No se dio cuenta que estaban por allí careando?

- Yo he visto muchas cabras y ovejas pero tenía que seguir por el camino para recorrer la ruta que llevaba ¿Y qué iba a hacer?

- En fin, no ha pasado nada pero lo animales estaban tranquilos aprovechando esa hierba fresca que junto a la corriente crece y como se han espantado al verlo a usted ya se me han ido por el monte. Vamos de verea y claro:

hay que aprovechar que el ganao coma un poco en aquellos sitios en que hay algún alimento.

- Eso le iba a preguntar ¿a dónde van por aquí en estas épocas del año?
Le preguntas tú.
- Ya lo he dicho antes: de verea. Bajamos a las tierras del valle donde el invierno es más suave hasta que pasen las nevadas de estas cumbres y luego en la primavera volvamos a las tierras altas.
- ¡Qué curioso! ¿verdad?
Exclamas tú.
- ¿Por qué es curioso?
Te pregunta el pastor.
- No si lo decía por lo raro que es ahora ya ver rebaños de ovejas por estos lugares y más raro aún, verlas de verea y con la familia entera acompañando. Porque el mulo cargado y estos jóvenes, pienso que es el hato y la familia que también se muda.
- Exactamente. Como estaremos todo el invierno fuera de nuestras tierras, la familia entera también se muda con migo y los animales. Estos son mis hijos que se han

venido conmigo. La mujer y las otras pequeñas, luego vendrán por la carretera.

Una de las niñas, la pequeña del grupo que también es la primera que ha llegado hasta vuestra presencia, sigue interesada en lo de la bicicleta y el hombre. Pero ahora te mira y te pregunta:

- ¿Y tú a dónde vas?

- Si tu padre me orienta, ahora le voy a preguntar por aquel camino que habéis recorrido vosotros. Quizá vaya a ese lugar.

Al oírte el padre, te dice:

- Pues ese camino va a las cumbres misteriosas. Al lugar más bello del mundo que se encuentra perdido detrás de aquel gran pico de rocas.

- ¿Y se puede andar por ahí?

- Se puede ir pero andando en un sólo día, es mucho terreno.

Por el lado izquierdo, los animales se mueven hacia el barranco. Por el lado derecho, el que da al río, el de la bicicleta mira y dice:

- Ya sé lo que voy a hacer.

- ¿Qué vas a hacer?
Le pregunta la niña.
- Me echaré esta máquina a cuestas y me iré por esta ladera derecho al río. Sé que por ahí va una pista. En cuanto legue a ella, me montaré en la bicicleta y ya estaré salvado. Por la pista iré más cómodo y si la rueda esta que acaba de romper, que se fastidie. Ya la arreglará el que tenga que arreglarla. Así que esto es lo que voy a hacer ahora mismo.
El pastor se le queda mirando y le pregunta:
- ¿Pero tú conoces esta ladera cayendo de aquí hacia el río?
- Sé que si me tiro por ella, llegó al río y como todo es cuesta abajo, por mucho monte que me encuentre, lo cruzaré. Soy joven y estoy fuerte.
- A ti lo que te pasa es que estás loco.
- ¿Por qué dice eso?

- Sin conocer el monte y los peligros que el monte tiene, te vas a ir por él a la buena de Dios. ¿Tú sabes el infierno que es esta ladera? Ni los animales la pueden recorrer por muchos sitios de tantas paredes rocosas y tantas lanchas como tiene. Es verdad que en lo hondo

está el río y que por allí ahora va una pista pero ni aunque fueras pájaro cruzarías sin problemas gordos esta ladera en línea recta hasta el barranco. ¡Si yo te contara lo que una vez me ocurrió a mí en esta ladera, ya te pensarías un poco lo que acabas de decir.

- ¿Y qué le ocurrió?

- Es muy largo y no tengo tanto tiempo porque los animales necesitan que se les atienda pero muy resumido te diré que aquel día nos metimos en el peligro más grande que en mi vida me he metido. Nos encontramos acorralados al borde mismo de las aguas del río y nos salvamos gracias a que nos caímos rodando a los grandes charcos del río. Por pocas nos matamos antes de llegar al final y por pocas nos ahogamos luego en los charcos y en la corriente. Aquello fue pa contarlo y no vivirlo

Menos mal que apareció por allí un amigo mío, viejo serrano y nos echó una mano para salir que si no, ahora mismo no lo estaría contando. Los dos que nos habíamos caído a los charcos, salimos río abajo dando tumbos por la corriente y chocando con las rocas del río y cuando por fin nos pudimos agarrar y pegarnos a la orilla, estábamos

más muertos que vivos. Todo el cuerpo roto de tantísimos golpes y helados por el agua fría de la corriente. Ya te digo: aquello fue un milagro. Los otros, se salvaron saliendo monte arriba hasta encontrar la senda y remontar por encima de los volaeros. Así que se te metes por esta ladera, tú verás lo que haces pero avisa primero a quién sea para que venga a rescatarte. Te matarás por ahí antes de llegar al río.

La niña pequeña, ya se ha ido por la senda que baja y detrás le siguen los hermanos. Ella dice que va a ver si recoger algunos madroños para llevárselo luego a su madre y como el hermano mayor sí sabe por donde crecen las buenas madroñeras, la ha cogido de la mano y se la lleva. El pastor también se va porque su ganado avanza rumbo hacia el valle. Tú despides al de la bicicleta y le deseas suerte en su aventura por estos montes. Miras por última vez a las ovejas que ya han cruzado por delante de ti y descienden puntal abajo y te pones en marcha. La senda sigue subiendo y aunque ahora el día se ha abierto un poco, por lo alto las nubes se amontonan.

Por encima del Picón del Haza se ve la Sierra de la Cabrilla, con nieve. Las cumbres del Banderillas aún no se descubren desde este punto pero crees que también en esa cima la nieve puede haber caído en abundancia. Son montes muy altos y aunque hoy no es un día de mucho frío, la época de las nevadas por estos rincones es precisamente en estas fechas.

Te dices que tuvieron que bregar aquellas personas para instalarse en estos rincones. Primero para encontrarlos, roturarlos luego y poco a poco, levantar sus casas, huertos, tinadas y canales para los riegos. Lo segundo para trazar sendas que les permitieran salir y comunicarse con el resto del mundo tanto hacia el valle como hacia el río y la cumbre. Y en aquella época, la primera que fue la de ellos y la buena, no había administración que les echara una mano.

Un trozo de herradura, te encuentras entre las piedras del camino que pisas y subes. Sin duda que es de cuando ellos surcaban este monte con sus mulos cargados de todo. No acabas de hacerte una idea a donde conduce esta senda. Ni te hace una idea qué te encontrarás

cuando llegues si es que el camino va a lugares concretos. Porque también puede suceder que pase por muchos sitios, rozándolos todos, y siga sabe Dios hasta dónde. Pero aún así crees que te encontrarás con rincones y lugares muy bellos. Quizá este sea uno de tus grandes gozos en un día como el de hoy y por este trozo de sierra. Quizá te asombres como no te has asombrado nunca al encontrarte con lo que en silencio duerme, como si esperara.

La senda por este trozo, bastante más arriba del collado donde has visto el de la bicicleta, está empedrada. Perfectamente amurallada por el lado de abajo. Pequeños muros de contención hechos de piedra para sujetarla sobre las rocas que afloran por la ladera. Hay aquí un voladero, un gran bloque de rocas que tajan una pared casi vertical y claro: el paso es imposible. Sólo podría conseguirse haciendo lo que hicieron: Levantar paredes y sujetar la senda contra las mismas rocas. Una obra muy delicada pero bien conseguida al final. Ni siquiera aquí la senda pierde su metro largo de anchura ni tampoco su firme seguro. Lo cual demuestra que estaban muy

decididos a que la obra saliera adelante se presentaran los obstáculos que se presentaran.

No se ve el cauce pero según calculas, crees que te encuentras a la altura del puente de los Caracolillos. El primer puente que le hicieron al río para que la pista lo cruce. Al frente, desde esta senda que tú llevas hoy, ya se ve la figura de un gran pico rocoso. Te dices que puede ser el monte que a sus faldas acoge el asentamiento de aquella aldea. Es lo que intuyes reuniendo la poca información que posees. Barranco arriba del gran Borosa, en todo lo alto, sigue asomando el pico del las Empanadas. Sobre la cumbre brilla la nieve. Y esto te indica que ya te encuentras muy remontado. Sobre las partes altas de estas cordilleras las nubes se han abierto y el sol aparece. Ahora mismo cae sobre la capa blanca que cubre la redondez de las Empanadas y por eso la nieve brilla. Y no es poco la que hay sino una buena capa.

Te pregunta, recordando y volviendo al de la bicicleta, por el teléfono móvil que no llevaba. Y te dices que es raro. Con la fiebre que en estos tiempos hay con estos aparatos, que precisamente aquí, que es donde más

utilidad podría tener, un montañero escapado de las urbes, no traiga uno de estos chismes. Le hubiera venido muy bien y, además, hubiera presumido delante de ti y del pastor que baja. Eso de sacar el teléfono en lo alto de estas cumbres, marcar y ponerse a hablar con quien sea, para muchos, luce que es una barbaridad. ¿Cómo se le ha escapado a este hombre ese asunto?

Te preguntas también por aquella mujer, ya anciana, sentada en la puerta de algunas de las casas en los Villares. No la viste ni sabes quién es ni cómo se llama pero como si la estuvieras viendo. Está sentada en su pequeña silla de aneas, tomando el fresco o el sol situada frente al barranco del gran salto de los Órganos por donde se pierden sus miradas. También se le van por allí sus pensamientos y como sus recuerdos son muchos, a pesar de que su mundo esté contenido en este pequeño puñado de tierra, se siente algo triste. La fuente que junto a la roca de la cañada, brota y tiene el agua tan fresquita y limpia, ya no volverá a verla más. Ya no irá ella más por allí con su azada acuestas para volcar el agua del manantial en la reguera.

Y recuerdas tú ahora que ese charco azul del río, lo conoces bien. Más de una vez te has sentado en su borde a contemplar el juego del agua que ahí se embalsa y hasta has visto lo que nunca creías iba a ocurrir por aquí. Lo viste aquel día y desde entonces, siempre que te hablan o vienes por el Borosa, a tu mente acude la imagen.

Ocurrió en un día tranquilo, de sol limpio y de barrancos llenos de esencias de primavera. Subiste por la pista y cuando llegaste al rincón, te sentaste en las rocas que el monte cubren y ahí te quedaste gozando de la placidez y transparencia en el charco embalsada. Al poco, sentiste murmullo de gente. Enseguida los vistes. Era un grupo de turistas que subían por la pista y según les oíste, iban a Las Lagunas de Valdeazores. Pero al llegar al charco, frente a él se pararon. Tres dijeron que iban a bañarse.

- Un baño en aguas tan limpias como estas es puro gozo.

Decía uno.

- Hasta seguro que será sano y relajante.

Decía otro.

Pero otros dos no dijeron de bañarse. En la pequeña playa de arena dejaron a los tres primeros y se fueron por la ladera del lado del izquierdo del charco. Comenzaron a subir por la pendiente y mientras la escalaban, el primero decía:
- Si habíamos dicho que veníamos a estas sierras a practicar resistencia, no sé por qué ahora se ponen a bañarse.
- Eso es lo que yo estaba pensando pero no me atrevía a comentarlo. Cuando me invitasteis me decíais que iba a ser así.
- Y así es ¿o es que no ves el gran petate que traigo sobre mis espaldas?
- Lo estoy viendo y también hace un rato que me ando preguntando que para qué sirve tanta mochila, tantos sacos de dormir, tantas cantimploras, botas y demás cosas que debes llevar dentro de esa enorme mochila que transportas sobre tus espaldas.

- Pues está claro: ¿no hemos dicho que veníamos a practicar resistencia recorriendo los caminos de estas sierras?

- Eso es lo que hemos dicho. Es un entrenamiento en toda regla y duro de verdad.
- Sin una mochila como la mía y cargada a tope, no se pueden hacer buenos músculos ni el entrenamiento sería completo. Hay que subir los caminos que surcan las laderas de estos montes cargados como si realmente fuera esto una supervivencia. Pero, además, hay que subirlos con elegancia y mostrando resistencia. Sólo de este modo nos convertiremos en montañeros de primer orden y no como tantos otros merengues que andan por ahí. Mochila bien repleta, camino y cuesta bien empinada, músculos fuertes y el ánimo preparado para atacar con energía y por supuesto, nada de quedarse en la mitad del camino ni tampoco en el primer charco que te encuentres. Hay que echarle valor y en un abrir y cerrar de ojos plantarse en lo alto de la cumbre.

Mientras esto decían los dos que se iban por la ladera con la gran mochila a punto de reventar cargada sobre las espaldas y arrollando el monte que a su paso se encontraban, los tres primeros, tú los vistes, se quitaron sus ropas y se zambulleron en las profundas aguas del

charco azul. Lo surcaron con elegancia y al llegar a la roca blanca, se volvieron para atrás.
- Es un sueño un charco como este con agua tan fresquita y tan llena de claridad.
Comentaba uno mientras con sus manos levantaba espumas y con sus pies chapoteaba ágil.
- Más que sueño, es el baño más limpio y gozoso que nunca en mi vida he tenido. Tú fíjate: aquí en este río, donde no hay nada más que monte, cielo azul y viento limpio y un charco como este. Es más que fantasía.
- Por eso hay que aprovecharlo hoy que lo tenemos.

Desde tu lugar oculto, en silencio lo estás viendo todo y una vez más, te dices que es así: es un puñado de viento este charco, las rocas que lo rodean, otro puñado de joyas y el aire que lo acaricia, el más delicado manojo de esencias serranas. Aunque ellos ahora mismo estén surcando las aguas, el baile de las piedras que en el fondo brillan, sigue siendo bello. Esto sientes tú en lo hondo de tu ser, saboreando el gozo de la belleza que desprende el río y la armonía que derraman los montes y cumbres que lo rodean.

Y como andas ocupado en ellos enredados en las azules agua del charco y la ladera que descuelga de la montaña, de pronto te sorprenden los dos que suben. El de la mochila repleta se para agotado, se sienta sobre la gran roca retenida en un puñado de tierra, y dice:
- No puedo más. Creía yo que esto iba a ser más suave. Si quieres nos volvemos y nos unimos a ellos y al baño que están disfrutando.
- Vamos a volvernos pero ¿sabes lo que se me ocurre?
- A ver qué es.
- Darle un empujón a esta roca para que ruede por la ladera. ¡Te imaginas cuando caiga al charco, la explosión de agua que del charco va a surgir!
- Me lo imagino. Dale una voz y avísales que piedra va.

Oyes como le dan la voz y le piden se salgan del charco.
- Apartaros un poco y esperad, veréis qué espectáculo.
Los de la ladera empujan a la roca y como ésta se ha sujetado contra la rama de una madroñera, la quitan de en medio rompiéndola y la piedra rueda. En segundos salta por los aires, se estrella unos metros más abajo y desde ahí salta otra vez y cae de lleno en el centro del

charco. Suena un ruido seco semejante a la explosión que ellos anunciaban y las aguas limpias del charco se abren en cascada llenando primero todo el aire de chorreones blancos y después todas las sombras y rocas del río, de espumas rotas. Se hunde la roca produciendo un gran cráter en la superficie azulada y al cerrarse el agujero saltan las olas rompiéndose en los bordes y derramándose a los otros charcos.

- ¡Ya!

Exclaman ellos al tiempo que comienzan a descender por la ladera.

- Si en este charco se refugiaba alguna trucha, algún pajarillo de estos que viven en los ríos o alguna nutria, le hemos fastidiado el día.

Comenta uno de los que se bañan y ahora observan asombrado.

- Da igual. Ya se las arreglaran estos animales. Ellos no son tan delicados como nosotros. ¿Porque no me diga que el espectáculo ha sido malo?

- Lo que pasa es que ahora el agua se ha quedado turbia. Tendremos que esperar a que se apose para seguir con nuestro baño.

- Pues esperamos. No tenemos prisa porque hoy hemos venido a este río para eso: para perder el tiempo y a pasárnoslo bien.

Desde tu rincón privilegiado, oculto y frente al río que corre y a los que por él suben y bajan, durante un rato más los sigues viendo. Por un momento quisieras salir y decirles unas palabras con respecto a lo que has visto de ellos. Pero al final te dices que no. No eres nada en estas sierras y nadie te ha dado a ti ningún papel en el conjunto de esta gran naturaleza. Exclusivamente tú te has atribuido lo que te has atribuido e incluso a margen de muchos. Ni un sólo trozo de lo que por aquí existe te pertenece ni tienes ningún encargo por parte de nadie para que mires por ello.

Hoy, el día de tu encuentro profundo con los rincones del Calarejo y el lugar Los Villares, sigues remontando la senda que por el lado izquierdo del río penetra en los paisajes de las sierras más elevadas. A pesar de las cosas, te siente rey, puesto que ahora te mueves por donde te apetece y buscas lo que tú quieres sin tener que dar cuentas a ninguno de esos que tanto te limitan a todas

horas por aquí y por allí. Así, que según tu propio gozo interno, estás recorriendo los paisajes que en tu alma florecen y por eso, un poco, sí te sientes que caminas hacia esa meta final, que en suerte, te ha tocado recorrer.

Y de pronto: “¡Qué raro! Es como si la senda muriera. Como si al llegar a lo alto de este puntal, se perdiera y ya no siguiera más”. Es lo que te dices. Te paras, miras intentando reconocer el lugar y en tu mente, la escena se reconstruye. Los signos que ahora mismo se ven aquí son los de aquel corrimiento de tierra. Y ocurrió el invierno que llovió tanto. La tierra que sobre esta loma se acumula, no tenía ni mucha vegetación ni apenas rocas. Pura tierra algo arcillosa y con un espesor bastante grueso. Como la lluvia fue tanta, el suelo se caló hasta lo más profundo y comenzó a escupir el agua por las zonas bajas de las rocas.

Cuando ellos pasaron por aquí uno de aquellos días de lluvia, comentaron:

- Ya verás como este año se nos corta el camino.
- ¿Por qué se nos va a cortar?

- Ya verás como si no este cerrete, sí otra ladera, cualquier día de estos se desmorona y cae sobre el camino dejándolo cortado o incluso se cae el mismo camino.

- ¿Eso por qué lo dices?

- Porque cada vez que pasó por aquí y veo esta tierra tan empapada y la lluvia sin dejar de caer, me parece ver que de un momento a otro se desploma.

- Pero este puntal de tierra lleva aquí ya muchos años y siempre salió victorioso tanto de las lluvias de los inviernos como de las tormentas otoñales y de las copiosas nevadas.

- Precisamente por eso: algún año se tiene que caer porque la pendiente es cada vez más grande y las aguas lo van minando un poco cada día.

- Pues ya veremos qué pasa.

Y lo que pasó es que uno de aquellos inviernos, lo vieron ellos mismos con sus propios ojos. Venían camino abajo en busca del valle y caía la lluvia. A lo largo de toda la noche había estado cayendo y también los días anteriores. Pero aquella mañana, cuando ellos se acercaban a este puñado de tierra, la lluvia arreció aún

mucho más. Unos metros antes de llegar al cerrete se pararon y buscaron un refugio para guarecerse a ver si el gran aguacero pasaba.
- Esperaremos un rato y luego continuamos porque si no ya verás cómo nos vamos a poner.
- Será lo mejor, aunque perdamos media ahora.

Y se metieron debajo de unas rocas que formaba como una covacha con la puerta mirando al río y también a la senda que bajaba. Cerca de ellos, muy cerca de ellos quedaba este cerrete por donde ya el agua se veía correr trazando mil canalillos pequeños y también manando por el lado de abajo de las rocas.
- Ya verás tú hoy como vamos a tener problemas con los corrimientos de tierra y el camino.
- Hoy es verdad que la tierra ya no puede con más agua.
Y Justo en este momento sintieron ellos el crujido.

Miraron al puñado de tierra que sobre el cerrete se amontonaba y primero vieron rodar una gran piedra.
- ¿No te lo decía?
- ¿Qué pasa?
- El cerro se hunde.

Y era verdad: detrás de la primera piedra rodaron otras más gordas y algunas pequeñas y a continuación, toda la ladera terrosa, se vino abajo. Como cuando un puñado de humo se desvanece, así se hundió en las dos direcciones: hacia el centro del cerro y hacia la pendiente de la ladera. Hacia el centro se abrieron varios hoyos grandes y se empezaron a comunicar con profundas grietas que en cuanto se abrían se rellenaban de piedras, tierra y monte. Hacia la ladera, la tierra casi barro, se corría por la pendiente y con los chorros de agua se despeñaba por las cascadas y los arroyuelos.

- ¿No te lo había dicho?

- Y ya lo estoy viendo: por el momento nos hemos quedado sin camino. Hasta que las lluvias se vayan y la tierra se seque, no hay quien pueda cruzar por ese trozo de senda. Y mira que casualidad: es justo en el punto donde ni por arriba ni por abajo se puede andar. ¿Qué haremos ahora?

- No nos queda más remedio que seguir.

- Pero cruzar por ahí con tanto barro y agua, va a ser imposible.

- Tú sígueme.

Y en tu mente sigues reconstruyendo la escena. Salieron ellos de la cueva refugio donde se había guarecido y continuaron por la senda. Cuando llegaron a este trozo de camino, se metieron por el barro y aunque el agua y el barro les llegó casi hasta las rodillas, cruzaron a este lado, por el que tú te acercas ahora. Empapados se pusieron y el barro los dejó teñidos del color de la tierra. Luego siguieron bajando y como la lluvia, a lo largo de todo el día siguió cayendo, se lavaron del barro y olvidaron el trozo de camino hundido.

Pero el trozo de camino hundido aún sigue aquí. Tú al verlo ahora te has quedado parado frente a los barrancos y las grietas que todavía tienen la forma de aquel día y lo primero que has creído es que la senda muere. La hierba y el monte han crecido y como los bordes de las grietas se han redondeado, el camino ha quedado borrado por completo. Durante un buen trozo no se ve por ningún sitio y como tú no conoces la senda que vas remontando, lo primero que piensas es que muere por aquí. Que se pierde, que ya no sigue más porque no se ve ni se sabe por dónde sigue.

Pero la senda avanza. En cuanto remontas este trozo hundido, siguiendo las sendillas de los animales silvestres, aparece al frente un segundo collado. Descubre que este se queda metido entre dos picos de rocas blancas y afiladas. Tiene su nombre este collado y tú lo sabes porque te lo han dicho pero ahora no lo recuerdas. Y a simple vista se adivina que este punto es importante. Es más collado que el primero que te encontraste y, además, se encuentra bien centrado entre el comienzo y el final de la senda. Remonta el camino y vuelca hacia el barranco de los cortijos que vienes dejándote por la izquierda. Al frente, una vista preciosa. Se oye la corriente del arroyo de la izquierda y se ven las tierras que fueron huertas en aquel lado de la ladera.

Por la senda que se ve bajando como si viniera del corazón mismo del Calarejos, resuena todavía la alegría de la pequeña rubia. A ti te han dicho que aquella mañana se vino ella desde la aldea y para entretenerse, para jugar el juego de la belleza, se trajo con ella el chivo negro. Era el hijo de una de las cabras más mansa de toda la manada. Había nacido hacía sólo unos días y como a la niña le gustó tanto, desde el primer momento se lo llevó

con ella para hacerlo juguete entre sus juegos. Cuando la madre se iba con la manada, la pequeña se quedaba con el choto y por la era del cortijo, el rellano de las casas, la torrentera de la fuente y la senda que tú ahora llevas, jugaba con su pequeño chivo negro.

Porque te dijeron que el animal era todo negro como el azabache con un lunar blanco en el centro de la frente. Y esto era lo que precisamente a la niña más le gustaba. Pero le gustaba también correr por la senda y ver como el frágil animal se iba jubiloso detrás de ella. Cuanto más corría ella, más alegre le seguía el chivo y cuando más lo llamaba mientras iba corriendo, más el animal balaba como si de aquella manera contestara a las inocentes palabras de la niña. De vez en cuando se paraba, aplastada detrás de alguna roca y como el choto venía corriendo, saltando y balando como si no quisiera perder a su amiga la niña, al pasar por su lado, ésta abría los brazos y de un sólo golpe lo cogía.

- Ya eres mío.

Le decía jubilosa apretando al tierno animal contra su pecho y pegando su cara a la cara de él como si fuera a comérselo.

- Ahora te voy a llevar a la pradera para que corras por aquella hierba y mientras tanto esperamos a que tu madre baje de la montaña. ¿A que tiene hambre?
Le seguía diciendo la pequeña de la montaña.

Estos y otros juegos limpios ella organizaba con su chotillo negro mientras recorría las sendas y los arroyos de estas tierras altas de los montes. Y uno de aquellos días, cuando todavía el chivo era tan pequeño que parecía un juguete hecho a la media para aquella niña tan puro juego, ésta se metió por la senda que tú ahora recorres. Venía delante corriendo y el gracioso animal la seguía dando salto detrás y lanzando sus balidos.
- ¡Venga y sígueme que cuando lleguemos al collado te voy a presentar a tu madre!
El animal brincaba intentando alcanzar a la niña pero lo conseguía sólo a medias. Era tan pequeño todavía que cuando se tropezaba con las piedras del camino o con los surcos de algún arroyo, al saltar, más de una vez se caía y rodaba. Siempre se levantaba y casi siempre sin la ayuda de su pequeña compañera.

Antes de llegar al collado, la niña corrió más de lo habitual, porque el camino se ensanchaba y la dirección era para abajo.

- Al final te espero.

Y se lanzó en carrera con los brazos abiertos hasta que llegó a las piedras de este pequeño pico que tú tienes ahora al lado izquierdo. Cuando llegó, se recostó sobre una de estas blancas rocas y se puso a mirar a ver si su amigo asomaba por la senda. Sabía ella que se había quedado atrás pero esperaba que de un momento a otro asomara corriendo camino adelante y como siempre, balando buscándola a ella. Pero pasó un rato y el chivo no asomó.

- ¿Dónde te has parado? Date prisa que te estoy esperando.

Le decía ella confiando en que el animal la estaba oyendo. Pero el chivo negro ni asomaba ni tampoco se oían sus validos de costumbre.

- Seguro que lo que quieres ahora es que vaya a buscarte porque ya no tienes más ganas de andar. ¡Te conozco yo a ti!

Seguía diciendo la pequeña sin dejar de mirar a la curva que la senda trazaba al comenzar la bajada.
- Esperaré un poco más hasta que llegues y te prometo que al volver te llevaré cogido en brazos para que no te canses.
Comentaba ella en voz alta esperando que así su compañero se animara por fin a aparecer por la curva de la senda. Pero en chivo no aparecía.

- Bueno, pues voy a buscarte. Ya has ganado otra vez pero claro, es que eres tan pequeño que sin mi ayuda no puedes pasar.
La niña se puso a recorrer el trozo de senda que unos momentos antes había pisado en dirección contraria. Se puso a buscar al pequeño animalito y como no lo encontraba por ningún lado ni lo oía, todo era llamarlo y asomarse a ver si estaba aplastado en algún rinconcillo del monte. Miró detrás de cada piedra, por entre cada mata de romero y los troncos de las madroñeras. Rodeó cada uno de los pinos que por allí crecía, se asomó a las pequeñas covachas de las paredes rocosas, recorrió los barrancos de todos los arroyuelos de la curva y más

arriba y cuando ya estaba cansada, se puso a dar voces llamando a su padre.

Un poco en lo alto, por la ladera, le contestó éste.

- ¿Qué te pasa a ti, hija mía?

Le preguntaba cuando ya venía bajando por el puntal en busca de la curva del camino.

- El chivo negro venía corriendo detrás de mí, porque estábamos jugando, y al llegar por este trozo de senda, se me ha perdido y ni lo encuentro ni lo oigo.

- Aparecerá en cualquier momento. En cuanto oiga a la madre, verá como sale.

- Pero es que resulta raro, papá.

- ¿Por qué resulta raro?

- Venía él tan contento detrás de mí y sin más ha desaparecido. No me lo explico. Parece como si se hubiera esfumado por el aire porque no ha dejado ni la más pequeña señal.

- Vamos a mirar los dos a ver si eso es así.

Y cuanto más padre e hija miraron, llamaron, subieron y bajaron, más se convencían de que aquello sí era verdad. El chivo negro no sólo no aparecía por ningún

sitio sino que ni siquiera se veían una pequeña señal de él.
- Se lo habrá tragado la tierra, papá
- Se lo habrá tragado.
Le contestaba el padre sabiendo que aquello tampoco era verdad.
- Pues tú me dices qué hacemos.
- Ya nada más podemos hacer. Vamos a esperar otro rato y si cuando la madre venga por aquí, no aparece, lo damos por perdido. En algún momento, cualquier día de estos, tendré señales de él y así sabremos por fin qué ha sido lo que ahora mismo ha pasado.

Pero cuando bajó la madre por allí, tampoco apareció el chivo. Por eso, algo triste y muy cansada, la niña regresó con su padre a la aldea y allí contó a todo el mundo lo que había ocurrido. Al día siguiente tampoco se vio ningún rastro del animal ni al otro ni al otro. Nunca más se supo de aquel pequeño chivo negro y como aquello fue tan misterioso y se presentó tan de repente, aunque pasaban los días, la niña no olvidaba lo ocurrido. En la aldea algunos comentaban también el incidente tan

de poca importancia y sin apenas ruidos y por esto, precisamente, el suceso resultaba más extraño.

Tú esta mañana, al llegar al collado y ver la curva y la senda que ladera arriba se pierde, a tu mente ha acudido el recuerdo de aquella niña y su amigo de juego. Te dices también que a veces, hay cosas sencillas que resultan raras pero que deben tener su explicación en algún lugar o apartado. Desde las rocas del collado miras y al fondo, la gran visión de la Sierra de las Villas pero en la vertiente que se derrama hacia Coto Ríos. El Blanquillo, el Almagreros, la profunda cuerda que los sostiene, el gran barranco de la Hoya de Miguel Barba, por encima queda Peña Corva y desde esas magnificas cumbres hacia el valle del río Grande, los bosques, los barrancos y arroyos que descienden. Es potente lo que desde este collado se domina y como precisamente el punto queda ya muy alzado sobre esta ladera, la superioridad de los paisajes resulta casi total. Elevado por encima de los valles y laderas y casi al mismo nivel con el resto de las cumbres.

Y se te viene a la mente la reflexión de tantas otras veces: de no haber seguido por la senda que recorres,

hubiera sido por completo imposible subir hasta donde ahora te encuentras. Los barrancos, a un lado y otro, ahora van quedado al descubierto y son profundos, cuajados de bosque y con muchos corte de rocas. Grandes paredes rocosas que hacen imposible subir o bajar de estas cumbres si no es siguiendo la senda que traes. Casi tallada en la pura roca, asciende por este punto la senda y en el borde mismo del espigón. El camino se aplasta ya casi por la misma cumbre y la dirección que lleva es recto al aguilón del Calarejos que se encuentra enfrente total. Esperas que en cualquier momento se desvía a un lado u otro. De frente no puede seguir porque el castellón rocoso del Calarejos, según ya se ve, es impenetrable. Son las doce de la mañana y esto te indica que llevas una hora subiendo. Al mirar a la derecha, barranco por donde te queda el Borosa, te parece oír las voces del cabrero, los disparos del rifle y los validos de las cabras.

Sucedió unos días después de la desaparición del chivo negro. El cabrero era el mismo padre de la niña y las cabras, la madre del chivo y el resto de la manada. El padre de la niña se trajo aquel día su hato de cabras por

esta ladera y dejó que bajaran hasta lo hondo del río. Por aquellos días ya habían construido la pista forestal que por estos días sube pisando el borde de las aguas del río. Se bajó el padre hasta esa pista y mientras la manada de cabras subían, cubriendo la ladera, hacia el puntal de la aldea, él se movía por el carril de tierra que recorre el bello cauce. Pero como las cabras se despegaban del río porque tenían que remontar para situarse sobre el cerro de la aldea, él también dejó la pista y comenzó a elevarse por la ladera.

En uno de aquellos descansos que iba haciendo mientras cortaba la ladera remontándose, algo detrás del rebaño, se paró sobre el saliente de un voladero. Respiraba mientras se recreaba en la vista que por debajo iba quedando, con el río en el centro, los charcos azules, las pequeñas cascadas y la pista de tierra ceñida a la misma corriente. Se recreaba él con esta visión acariciado por el aire puro que desde el barranco subía y gozando del aquel mirador tan bonito escondido entre las madroñeras, los romeros y los pinos. Y estaba precisamente, con sus ojos puestos en uno de los trozos

de pista, que en la curva del río, se veía allá abajo, cuando vio asomar el coche.

Un enorme coche negro, escoltado por varias motos y un par de coches, menos espectaculares, detrás. "¡Qué coche más tremendo!" Se dijo al verlo y esto fue por la extrañeza, no ya del coche en sí, sino por la clase de coche. Parecía un avión de grande, todo negro brillante, cinco o seis antenas largas que sobresalían por delante y por detrás, dos o tres espejos y con los cristales oscuros. "¿De quién será este bicho y qué buscará por aquí?" Seguía el hombre preguntándose.

Unos días más tarde se encontró con su amigo del valle. Salió la conversación y hablaron de aquel coche negro y las personas que en él vinieron a estas sierras. Hablaron luego de lo llenas de gente que estas sierras se estaban poniendo en los últimos tiempos y por fin hablaron de lo que en aquellos momentos su amigo del valle traía dentro de su alma.

- Pues cuéntame haber cómo fue aquello.

Le decía el amigo de la aldea de la cumbre al amigo del valle.

- En dos palabras más o menos fue así: en un gran autobús llegaron ellos. Allí junto a las aguas del río Grande, se pararon. Bajaron y en fila empezaron a caminar detrás del guía.

- ¿Adónde vamos ahora?

Preguntaban.

- Daremos una vuelta por aquí y luego nos encaminaremos a la cerrada.

Les decía el guía.

- ¿Y está muy lejos?

Preguntaban.

- Tendremos que andar un buen trecho.

- ¿Es que no hay pista ni carretera?

- Sí que la hay pero está prohibida a los coches.

- ¡Valiente fastidio!

- Pero lo compensará le belleza de los paisajes.

- ¿Y por que no paramos por aquí? Si el objetivo es ir a la cerrada, pongámonos en camino y vayamos cuando antes.

Seguía preguntando.

- Eso, ¿por qué perdemos el tiempo?

El guía, en su deseo de querer pintar las cosas de tal manera para que se asombraran, explicaba lo siguiente:

- Es que estamos esperando al serrano.
- ¿Quién es el serrano?

Preguntaban.

- Un joven amigo nuestro que ha vivido toda la vida en la sierra. Le hemos pedido que vaya hasta la cerrada para ver cómo se encuentra el camino. Las últimas lluvias y algunos arreglos que están haciendo por ahí, lo tienen muy estropeado.
- ¡Pues vaya fastidio! ¿No podíamos ir nosotros y así vemos lo que tenemos que ver?
- Sólo será un momento.

Les seguía diciendo el guía. Y no fue un momento.

El joven serrano, nuestro amigo porque tú bien sabes quién es, subió por el camino. Cuando llegó al sendero que se mete por el río y va derecho a la cerrada y a ese puente de tablas que por ahí pusieron para que pasaran, se vino por el lado de la ladera que pega a Los Villares. No se podía pasar por el sendero. Y no se podía pasar por dos razones claras: las grandes lluvias habían

desbordado el río y el sendero estaba roto y, además, aquella mañana estaban por allí cortando el monte.
- ¿Y qué monte era el que cortaban por allí aquella mañana?
- Como tenían pensado trazar una pista a lo largo de todo el río, contrataron a unos pocos serranos viejos, les dieron cuatro pesetas y le dijeron que tenían que cortar el monte.
- ¿Pero las viejas encinas y los gruesos robles también?

Preguntaron los serranos.
- Todo lo que nos estorbe para trazar la pista tiene que desaparecer.
- Preguntó otra ve: ¿los viejos robles también?
- Los viejos robles y las grandes madroñeras. ¿No decís vosotros que con eso se puede hacer carbón vegetal?
- Lo decimos porque es verdad.
- Pues ahora tenéis la oportunidad.
- Pero es que esto del bosque que crece por esta cerrada y a lo largo del río es otra cosa.
- Vosotros no tengáis miedo que ya volverá a crecer.

Así que se fue el joven por la parte alta y asomándose a los voladeros de rocas que vuelcan al río, vio lo que vio.
- ¿Y qué fue lo que vio?
- El río corriendo por entre aquellas peñas, la gran cerrada llena de profundidad y miedo y a los serranos por allí cortando el monte. Unos con hachas y otros con sierras arremetían contra el monte y los viejos robles. Los ecos de los golpes del hacha retumbaban en lo hondo del cauce y los ramas viejas de los robles caían rodando por las laderas hasta los charcos del río.
- Ahora vamos con aquel que tiene las ramas secas.
- Ten cuidado que esa madera es tan dura como el hierro.
- Tú no te preocupes que yo tengo músculos.
- Pero hay que ver cómo eres.
- ¿Por qué dices eso?
- El monte que siempre hemos considerado nuestro ahora lo tratas como si fuera tu enemigo.
- Si ellos me piden que lo corte y, además, hasta me pagan y son felices, pues yo adelante.

Y dicen que cuando bajó el joven al valle donde esperaban los turistas, lo primero que les contó fue lo que en la cerrada y a lo largo del río había visto.

- ¿Bueno y qué? ¿No se puede cortar un árbol para trazar una pista por el río a fin de que por ahí suban los turistas?
- Pero es que aquello da pena. ¡Un árbol como aquel y destrozado en media hora y de esa manera!
- Con el tiempo, lo de la cerrada será mucho más importante y dejará más dinero. Ya verás tú la cantidad de personas que por esa pista subirán buscando las cerradas y luego las lagunas de la parte alta.
Decía el guía poniéndose del lado de los que llegaban.

La mañana sigue avanzando y tú recorriendo el camino que hoy te has propuesto en el deseo de llegar al rincón donde estuvo la aldea. Has remontado ya el tercer collado y como además de ir gozando los barrancos de las laderas lejanas, miras hacia la tierra que por el camino pisas, de pronto, te encuentras un trozo de roca. No es uno más entre los millones que por estas cumbres ruedan porque este trozo de roca tuya está plagada de fósiles. Unos son nerineas y otros, almejas. ¡Qué cosa más bonita!

En el tercer collado, de nuevo la senda se vuelve hacia la ladera de la derecha para seguir paralela al río

Borosa. Quizá rodee otro monte que estás viendo algo más arriba y vuelque otra vez hacia el barranco que sería este el cuarto collado. Al frente aparece un espesísimo bosque de carrasca. El árbol siempre unido a ellos. Toda majestuosa la senda se interna por entre la sombra de sus ramas sin dejar de subir. Busca la cumbre como en un deseo oculto de encontrar la libertad que en el fondo proclama. ¡Qué cosa más bonita desde todos los puntos que se le mire! Es lo que te vas repitiendo.

Un pequeño vado de tierra buena por donde ya no hay carrascas sino pinos negrales, sale a tu paso. Son los que repoblaron ellos y la misma comprobación de siempre: en la mejor tierra es donde plantaron los pinos. Salta a la vista que esta tierra buena que tienes ahora mismo ante ti, fue labrada por los serranos. Aquí tenían ellos sus hortales y en los surcos de la tierra, sus tomates, pimientos, calabazas y trigo. Por este puñado de tierra y otros parecidos a lo largo de la gran sierra, fue la lucha. Era más importante sembrar pinos en las tierras nobles que siempre habían dado tomates y luego, en el resto del monte, soltar animales silvestres para que llenaran el bosque. Por estas cosas fue la lucha.

Miras al suelo del camino que pisas y una vez más sientes los pasos de aquella última mañana. Los del joven que se retiraba vencido, con el alma rota y triste. Otro más que se arrancaban de la tierra amada. Pero tú sabes que en el último momento, el joven fue valiente. Eso es lo que te dijeron y, además, también te dijeron que él era uno más de tantos. Nació en las casas de la aldea que ya no existe y mientras crecía, recorrió los campos del rincón. Trabajó las tierras, llevó el ganado a pastar por las praderas y cuando ya fue mayor, se bañó en las aguas limpias del río Borosa. Se refugió en las cuevas cuando las tormentas se derramaban por las cumbres y en las noches frías, se calentó junto a los suyos en el fuego de la chimenea. Amó tanto al campo que pisaba que éste se le metió dentro y se le convirtió en vida propia.

Este era el joven y ni siquiera sus mejores amigos sabían del cariño hondo que en su alma latía por las tierras que labraba y el aire puro que respiraba. Nadie lo sabía pero allí lo tenía él clavado, sin haberlo pretendido, hasta que un día lo supo porque se le convirtió en dolor.

Llegaron los de fuera y anunciaron que los de la aldea tenían que irse.
- Y tú el primero.
Le dijeron crudamente.
- ¿Por qué el primero?
- Eres joven, nos plantarás cara y lo que puede ser fácil con los otros, contigo será duro.
- El muchacho no ha hecho nada.
Dijeron los de la aldea, saliendo en su defensa.
- Sabemos lo que sabemos.
- ¿Y qué sabéis?
- Que en su corazón lleva mucho amor por estas tierras.
- ¿Y eso es malo?
- Para nosotros sí. A más cariño por la tierra, más trabajo nos costará echaros.

Aquello al joven le dolió hondamente y por ello se rebeló diciendo claramente que amaba a la tierra porque era su casa y allí tenía sus raíces. Y entonces el que mandaba se puso en lucha con él. Una lucha callada pero firmemente meditada y sin prisa.
- Te ganaré.

Se decía para sí hasta que amaneció el día en que la batalla estaba inclinada. Lo supo el joven y aunque se llenó de miedo y toda el alma le tembló, no le quedó otra salida que recoger para marcharse. Cuando ya se iba, cuando ya tenía recogidas sus míseras y escasa pertenencias y le quedaban solo unos minutos, se acercó al que le había empujado y le dijo:

- ¡Me has vencido! Me has echado un pulso y en tu lucha conmigo por apartarme del rodal que crees tuyo, has ganado. Ya estás viendo que me marcho porque estoy derrotado. Pero para que lo sepas, lo tuyo es pura cobardía. No has ganado, aunque me has vencido.

Dicen que fueron tremendas las palabras del joven aquella mañana porque dejó a descubierto la mala acción del que se decía grande. Y dicen que el otro, se sintió avergonzado pero en el fondo siguió queriendo lo que ya había ocurrido y no podía volver atrás. El que desde hacía tiempo le había empujado y ahora por fin lograba su propósito, lo miró desorientado y como no tenía argumentos para responder, guardó silencio y se fue hacia un lado. Sin apoyo en la verdad, luego habló y le dijo:

- En el fondo las cosas no son como crees.
- Lo que te pasa es que ni siquiera ahora eres valiente. ¿Por qué no das la cara y me lo dices bien? Desde que pisaste este rodal de tierra, quisiste hacerlo tuyo y doblegarme al mismo tiempo. Como me resistí porque me di cuenta de tu poca bondad, me perseguiste. No podías admitir que un insignificante como yo te hiciera cara y pusiera en duda la intencionalidad de tus acciones. Por eso ahora te digo que has luchado y has vencido pero no con la verdad. Tienes el poder y las leyes porque tú mismo eres la ley y yo no tengo nada más que mi rebeldía y el amor profundo a lo que creo legítimo. Por eso te digo que me has vencido pero no en igualdad de condiciones.

Después de estas palabras, que no fueron ni las que exactamente el joven quería decir ni expresaban con rotundidad lo que él necesitaba, se retiró. Se acercó a las casas de la aldea y como allí en la puerta estaban sus amigos, se dispuso a despedirlos.
- Comprendemos tu dolor.
Les decían unos.
- Estamos contigo y no te olvidaremos.
Les decían otros.

- ¿Pero es que no volverás más?
Preguntaban otros.
- Aunque vuelva, como esto es una derrota, ya no seré yo. Me sentiré extranjero en mi propia tierra.
- Te queremos y comprendemos la nobleza de tu alma y el cariño al rincón.
- Eso lo sé pero no me sirve de nada porque ya veis que me arranco.
- ¿Pero tanto es lo que llevas dentro?

A esta pregunta el joven quiso responder despacio y con un discurso largo y claro para exponer bien su amor al rincón. Quiso hablar rotundamente para que comprendieran y supieran la realidad de su tragedia. Deseó esto y con todas las fuerzas de su ser pero no fue capaz. Cargó con sus cuatro cosas, y por la senda que tú ahora pisas, se empezó a marchar. Callado y triste iba él, derrotado y desconsolado y a cada paso que daba hollando la tierra que perdía, en su interior se iba diciendo: "¿Cuándo volveré yo a pisar otra vez este camino?"

Has remontado el cuarto gran cerro. Te queda frente, el corte de rocas donde abajo, crees se encuentra la

aldea. Divisas toda la cuerda de las Banderillas, el Picón del Haza y las Empanadas con perfecta claridad. Frente, a la derecha y cerca, cae como una loma donde se ven tierras que en otros tiempos fueron cultivadas.

Coronas otra loma menor. La tierra sigue mostrando su cara con señales nítida de haber sido labrada en otros tiempos. La senda se allana y nace aquí mismo una fuente. Sigue impresionándote el espigón de rocas que presenta el Calarejo. Es este un arroyo chico pero lleva su hilo de agua clara. Este sería el cuarto collado desde el comienzo junto a la Fuente de los Astilleros. Pero no remonta, sino que se viene por la ladera.

Te aproximas a la muralla de rocas y la senda se torna llana. Parece que se vuelca para el lado del río Borosa. De aquí arranca como otra vaguada con muchas carrascas y de entre ellas, sale un manantial de agua muy agradable. Creías tú que la senda se iba a ir para el barranco del lado de la Campana y no es así. Se viene para el lado del río. Ya no te encuentras lejos de la gran muralla rocosa. Aquí la senda incluso baja un poco. Al

frente se te abre un barranco, una loma larga al otro lado y sobre el puntal, descubres más tierras labradas.

Por la izquierda te va quedando ahora la impresionante muralla de rocas. Tremenda y preciosa. Los pinares que vas atravesando, ardieron hace unos años y por eso todavía se ven los troncos negros. Ya vas por la ladera que precede al puntal de la aldea y lo que ahora te sorprende es el cataclismo que, al romperse las rocas, por aquí ha quedado. La senda busca la parte alta de la loma de enfrente.

Descubres excrementos de vacas no muy recientes. Sabes que tu amigo Pío, el de Coto Ríos, tiene sus cuatro vacas y media, por estas tierras. Discurre ahora la senda llana como buscando el descanso en la loma que se le presenta al frente. Chorrea al agua por este otro barranco y el muro de rocas, ya queda atrás. Este barranco y la loma a la que vas a salir dentro de unos minutos, se encuentran totalmente frente al Castellón del Moro o de Guindas.

Remontas los últimos metros de la senda que esta mañana recorres en busca de la aldea y al salir de la espesura del bosque, se te presenta el puntal que cae desde el Calarejo. Todo es pura tierra y está tapizada de su hierbecilla de siempre. Todo es duro silencio y se le oye como clavado en la llanura de la era y durmiendo entre las piedras de las ruinas. Te encuentras con ovejas y te dices que ojalá estuviera por aquí el pastor. Varias higueras secas, tierras con las repisas de los hortales.

Al ver y pisar con tus pies los surcos sagrados que trazaron ellos para sembrar sus tomates y por eso, eternamente les pertenecerán, hasta el alma se te para un poco y aunque, como tantas veces y en tantos otros rincones de estas sierras, sientes el deseo de rozar, tocar y probar, hoy no lo haces. Te sientas en la primer piedra blanca y gruesa donde todavía sigue clavada la cruz de aquella madera vieja y miras despacio. No buscas nadas ni esperas nada pero sí lo buscas todo y lo esperas todo.

Dos ovejas, el picón de los Villares, una cruz de madera clavada en el mismo corazón de la roca, muchas piedras sueltas y desmoronadas desde las paredes de

aquellas casas ahora hundidas y vuelcas hacia el barranco. ¡Qué bonito es esto, qué bonito! Un cortijo roto, más ovejas, algunas nogueras, en lo más alto del puntal, otro cortijo roto y al fondo, la silueta de las Banderillas bañada de nieve. Pegadas e estas ruinas, hay más ovejas.

Ya lo tienes claro: la dulce aldea de los Villares, estuvo en todo lo alto de la loma que es donde se recoge un buen puñado de tierra fértil. Por el barranco que pega al Banderillas, corre el arroyo de los Villares que es el que desemboca en el río Borosa, justo al lado de arriba de la Cerrada de Elías. Por este barranco brota el manantial que daba agua a todos los que vivían en la aldea y a las tierras, para regarlas. Ocho o diez álamos muy hermosos, varias nogueras, higueras y algunas parras secas.

Un trozo de lo que fue la losa para lavar, la reguera por donde venía el agua y un viejo tornajo de madera medio podrido y medio enterrado. Aquí tienes la era, totalmente redonda y preciosa. Por debajo, un buen álamo, unos cuantos robles, varias ovejas más y el

montón de ruinas de lo que fue el corazón de la aldea. Sólo quedan dos trozos de pared en el centro y por los lados, otras muchas paredes tronchadas por los mismos cimientos y sobre ellos, multitud de rocas blancas y la mezcla de cal y tierra que las unía. Muchas tejas rojas algunas todavía enteras y el olor intenso de oveja que se da la mano con el de ellos y sus corrales aun vivos en el tiempo.

Los trozos de madera que fueron vigas sujetando los tejados y las cámaras, por entre las piedras y los trozos de tejas, sobresaliendo y como gritando a la misma muralla del calarejo y al azul del cielo que corona. Un roble y ya te vas hacia el barranco por donde brota el manantial. Todo el cerro esto fue una pura huerta y de ello dan testimonio los bancales que todavía permanecen claramente tallados. La tierra es muy buena. Los corrales y otros edificios, los construyeron ellos por la tierra del barranco. El tronco de una parra apoyada y todavía alzada de la tierra, por un palo que le pusieron para que la sujetara pero está por completo seca.

Por el barranco, baja extendido un amplio, manto de agua y como ahora ya la tierra nadie la cultiva, las junqueras la tienen invadida. Y lo que de pronto ves, es fenomenal: un caño de agua que más parece río de tan abundante y clara como la misma nieve recién derretida. ¡Qué maravilla!

Brota aquí, junto al tronco de tres grandes álamos y varias higueras. El caño es casi como el cuerpo de una persona. Y claro que ahora lo comprendes: este es el real nacimiento que alimentaba y daba vida verdadera a la humilde y reina aldea de los Villares. Lo gozas durante unos segundos, bebes y ahora, aunque quieres seguir, también deseas pararte y ya no irte más.

¡Qué triste y vacío se ha quedado el cerro y monte que lo puebla! Y sobre el puntal, las piedras amontonadas y algo más abajo, los bancales de los huertos, la vieja noguera, la senda todavía cruzando la tierra, la reguera y la sencillas praderas donde jugaron los niños y pastaban los burros en aquellos días de primavera. Más al fondo, el gran surco del río con su corriente clara y su canción

eterna. Al fondo, las otras cumbres y el sol brillando tras ellas.

Y aunque el camino sigue porque la sierra profunda y el infinito, aquí sólo tiene su primer centro, tú la dejas que se vaya y te quedas. Sentado sobre la piedra que domina la aldea e intentando rastrear por tu alma la presencia de Dios en la añoranza que ahora se siente, el vientecillo que roza tu cara y las soledad que mana de la era. Seguro que está aquí, porque todo sigue con su misma vida y fuerza y seguro que ellos, aquellos sencillos serranos que sufrieron y fueron nobles, Él los abraza y besa pero en este momento que se une con aquel de aquella primavera, ¡Dios mío, qué amarga es la esencia que mana del rincón y qué angustiosa la soledad entre tan gran mar de muerte y dulce belleza!

El último pastor

Como casi en todos los rincones de estas sierras, barrancos, cañadas, praderas, manantiales de aguas limpias y cumbres solitarias, en este de los Villares, también hubo un último pastor. Se hizo fuerte contra el tiempo y los que les arrancaron las tierras y en la soledad

de este paraíso, se refugió en sí y con sus ovejas y en la casa desconchada que ahora ya también se cae frente a las otras de la aldea y aquí resistió los embates del tiempo, nevadas tremendas y largas noches de hielo y tormentas negras que descargaban agua a mares y truenos escandalosos que partían las piedras del Calarejo y rajaba troncos de robles, pinos y nogales.

Y en esta lejanía y en la compañía siempre de su perro, sus corderos, el blanco de las rocas durmiendo sobre las cumbres, el azul del cielo en las tardes de primavera y el perfume de la mejorana en las mañanas del rocío tierno, el pastor del rincón que fue el paraíso de tantos hermanos suyos que sí se fueron y otros murieron, se pasó los últimos días como esperando a un compañero que subiera y le diera una mano, algo de compañía y quizá un rato de conversación para hacer un poco más agradable el destierro. Pero este hermano no llegó o si lo hizo, fue para curiosear y decir: “Ay que ver qué héroe, aquí tan solo y tan lejos”.

Y lo digo porque no hace muchas tardes, en el pueblo estuvo yo con el último pastor del rincón de los Villares,

en el hogar de ancianos donde ahora se recoge al caer las tardes y ya cansado aunque bien entero, agota sus días, lejos del rincón que fue y será, para siempre, su centro.

- Por fin te vencieron.

Le dije. Y él, desde su entereza, su inocencia de niño grande y su transparencia de manantial bello:

- No me vencieron, lo que pasa es que uno ya es muy viejo y allí tan solo y lejos, con las cuatro ovejas todos los días recorriendo el monte y las laderas del Calarejo, allí en aquel paraje donde las nubes blancas son las únicas compañeras y por no tener ni siquiera tenía ya senda para bajar al Valle ¿cómo no dejaba de resistir y me venía al pueblo?

- ¿A descansar?

- Y a morir aunque ya hace mucho que he muerto.

Esto y algunas cosas más fueron las que él me dijo aquella tarde que estuve a su lado mientras recorríamos las frías calles del asfalto negro del pueblo que le acoge ahora. Y como a pesar de todo, descubrí que tenía razón porque el hermano también tiene derecho a vivir sus días finales un poco entre la comodidad de la sociedad de

estos tiempos, pensé y le dije que su rincón, el de los Villares al resguardo del Calarejo, le sigue perteneciendo porque se lo ha ganado con la más noble honradez del mundo. Y le dije luego:

- Y te lo digo porque la otra tarde estuve allí y aunque ahora tú ya no estás, tus huellas siguen clavadas en la gris tierra y hasta en la corteza rancia de las piedras y me llegó el perfume de tus ovejas y el ladrar de tu perro y por el aire también me llegó el aroma de tu sudor subiendo las cuestas y el cariño que en tu corazón siempre llevaste al ir detrás de tus corderos. Y lo que quiero decirte es que el lugar, como a tantos otros por la ancha sierra, te pertenece y para siempre yo así lo medito y escrito lo dejo eterno.

Y luego me estuvo diciendo los años que tiene, lo cansado que ya se siente y lo mucho que echa de menos al rincón de la sierra, al que ya no puede ir porque le faltan las fuerza. Y después me digo que:

- Aunque estoy en este pueblo, tú ven por aquí cuando quieras y hablamos de aquello nuestro, que estas cosas a mí me gustan porque por encima de todo, las quiero.

Y le dije que sí y hoy, cuando recorro la tierra y mudo se me clava su silencio en lo más fino del corazón, hasta se me saltan las lágrimas y me sangro un poco más porque la soledad me grita y me quema, respirando la ausencia de él, manteniendo por aquí vivo la memoria de los hermanos bellos y ahora, Dios mío, la profundidad del barranco y el azul del cielo, palpitando ausencia en cada tallo de romero ¿cómo me voy del rincón para morir yo también y que ya, ni siquiera sean recuerdo?

Nota del 27-6-98.

La muchacha que en el bar de los Monteros, a la entrada de este río Borosa, me dio información aquella mañana, tampoco hoy está.

- ¿Qué ha pasado?

Le pregunto al joven que es primo suyo.

- Creo que se fue a Valencia.

- ¿Y eso?

- Por estas tierras no tenía mucho futuro.

Y también me retiro y continúo hoy por las rutas de estas sierras, caminando con otra herida más en el alma sangrando. Ella es hija de otro pastor que vivió en la

Aldea de los Villares y resistió con la fuerza de los enebros viejos pero ella, como tantos, también tuvo necesidad de nuevos horizontes y por eso se arrancó de la sierra y voló. Hoy ya tampoco está y de aquí que sienta cierto gozo o alegría y al mismo tiempo, amargura por tanta soledad como por estos montes están dejando los que han nacido en ellos y son de ellos y desde aquellos días, se están marchando.

3- GRANDES RUTAS
POR LA SIERRA PROFUNDA. Río Borosa

Collado Bermejo, Alto del Calarilla, Salto de los Órganos, Aguas Negras, Lagunas de Valdeazores. 8- 5- 98.
Vieja senda y carril. Solo andando. Zona restringida.

La distancia

Incluyendo todos los fragmentos recorridos fuera de las sendas, las subidas a varios picos elevados, paradas en algunas cuevas y observación de ejemplares de pinos y robles excepcionales, el recorrido total son de quince kilómetros. Si se hace sólo la ruta, son unos trece kilómetros. El comienzo de esta ruta se sitúa sobre los mil quinientos metros y alcanza los setecientos cincuenta, poco más o menos.

El tiempo

Sumando cuarenta y cinco minutos para comer, algunas paradas de diez o quince minutos para fotos o exploración de dolinas o cuevas, el trayecto de los túneles, veinte minutos en al nacimiento de Aguas Negra y media hora en la Laguna de Valdeazores para gozar el paisaje y refrescar el cuerpo, el tiempo empleado en la ruta es de ocho horas. Desde las doce menos diez de la mañana hasta las ocho menos diez de la tarde.

El Camino

No está muy usado pero sí es visible y discurre perfectamente tallado por las laderas y hondonadas más bellas de toda esta zona de la sierra. Desde el Collado Bermejo, arranca la senda que baja a la laguna y unos quinientos metros, a la izquierda, se desvía la antigua senda que se ve subiendo el repecho por entre los viejos pinos laricios. Traza varios zigzags mientras remonta la Cuerda de los Alcañetes y corona por un precioso collado que da vista al nacimiento del único arroyo que desde esta ladera, le entra al arroyo de Valdeazores a la altura de la Fuente de la Reina.

Sigue su avance cortando dos o tres hondonadas menores, todas repletas de preciosas praderas verdes y sus esbeltos pinos laricios hasta que corona a la vertiente del Barranco de la Tabarrera. Por estas alturas, casi altiplanicie repleta de pequeñas navas, dolinas, laderas suaves siempre tapizadas de cambrones, pinos laricios y majuelos, discurre hasta alcanzar los picos más elevados de Lancha de Pilatos. Dos enormes crestas que se

enfrentan al Picón del Haza y toda la gran cuerda de las Banderillas.

Buscando el cauce del arroyo principal que va cayendo hacia el Salto de Los Órganos, baja la senda, bastante desdibujada a tramos y cae en picado por entre el arroyo, a la izquierda y el Poyo de Los Cerezos, espigón gemelo al Picón del Haza separados ambos por el surco del río que se estrella por el Salto de los Órganos. Por aquí se adapta a la ladera y al cortado y casi sin problemas, sale al mismo muro del Embalse de la Feda o presa de Los Órganos. El regreso viene justo por la pista que sube desde las Lagunas hasta Collado Bermejo.

El paisaje

Ya en el mismo Collado Bermejo, nos sorprende las grandiosas figuras de los blancos pinos laricios y al frente, en una mirada hacia atrás, las imponentes figuras de la Sierra de la Cabrilla. Entre nosotros y esta plateada ondulación de los Poyos de la Carilarga, el grandioso barranco de Los Arenales y Fuente de Los Chorros por

donde van tomando cuerpo los arroyuelos que alimentarán al río Guadalentín.

En cuanto volcamos el callado, siguiendo la pista que desciende a las lagunas, los espesos bosques de laricios nos arropan con sus sombras al tiempo que se alfombran las praderas con la hierba verde, las zamarrillas y las mil piñas menudas que han caído de estos pinos.

Y en cuanto la senda se eleva sobre la ladera que comienza a recorrer, la visión se abre sobre el barranco por donde va naciendo el río Valdeazores y por encima de la Loma de En medio, se asoma el pico Empanada, Cuerda Lastonera, y los paisajes hacia los Campos de Hernán Pelea. Por donde la senda va subiendo, los pinos se relevan en un desfile silencioso para mostrar la gran belleza de sus troncos blancos y restos, siempre acompañados de robles, majuelos, algunas encinas, muchas matas de retamas florecidas y las rocas que afloran por doquier como si quisieran prestarles apoyo.

Volcando a las hondonadas que vierten sus aguas al río Borosa por el Salto de los Órganos, la sorpresa y en

asombro agradable, crece como la espumas en las cascadas. Una interminable galería de pequeñas cañadas, surgiendo de aquí y de allí, todas con sus chorrillos de agua fina, cubiertas por la mejor capa de hierba fresca y repletas de majuelos recién brotados por donde saltan los pajarillos y se clavan, esbeltos y majestuosos, los cada vez más grandiosos pinos laricios, mostrando la belleza plata de la concha de sus troncos a la luz de la mañana y derramando su serenidad al rumoroso viento que sin parar los besa.

Atravesadas estas primeras hondonadas, que más parecen pertenecer a un paisaje soñado, con sus rocosas laderas inundadas de cambrones, tomillo, ajedrea y retama, aparecen las llanuras que no lo son en cuanto que van fundiéndose con las cañadas menores, las casi redondas dolinas y las húmedas vaguadas por donde siguen espesos los majuelos, las retamas, los pinos laricios con sus raíces colgando por las torrenteras y la verde hierba adornada con sus florecillas amarillas o blancas. Un espectáculo impresionante que aumenta en belleza y en placer sobre el alma según vamos adentrándonos en los paisajes aplastados, para

sorprendernos, tras cada lomilla del terreno y cada redondez de las partes elevadas.

Hacia el final, por donde parece perderse la senda buscando el grandioso barranco del Arroyo del Tejo, aparecen las barreras de varias de las cuerdas más elevadas. Son las puntas de la grandiosa Lancha de Pilatos que resaltan por encima de los mil quinientos metros y al mismo tiempo son las hermanas gemelas del Picón del Haza y toda la robusta cuerda de Las Banderillas. Desde sus cumbres, puras plataformas de rocas blancas lavadas por las lluvias y las nieves invernales, el mundo parece detenido en cuanto que el azul del cielo se toca con la mano y las lejanías profundas hacia el barranco del largo Borosa, con las laderas del Calarejo de los Villares, Collado de la Cierva, Calarejo de los Nevazos, Collado de Roblehondo y la misteriosa cuerda de las Banderillas, perdidas como en un infinito brumoso y por eso, inaccesible y misterioso.

Hacia el lado de Las Empanadas que es por donde el sol va trazando su camino, vierten varios arroyuelos que son los que nos guiaran hasta encontrarnos con el cauce

grande. Por hondonadas y orillas, va cayendo la borrosa senda derecha al mismo Salto de los Órgano pero siempre entre multitud de piedras calizas que ruedan por la ladera buscando su descanso en lo hondo y por entre un tapiz espeso de una hierba que de tan verde parece sangrar luz. Antes de tocar el borde del acantilado que circunda al Salto de lo Órganos, varios ejemplares de pinos laricios nos salen al paso para acabar con la última gota de asombro que nos corre por las venas. Troncos restos de árboles viejos que parece desafiar la gravedad de las laderas y la soledad del grandioso paisaje rocoso.

Ya en el borde de los acantilados, lo que ante nuestros ojos se muestra es el asombro total del surco del río abriéndose paso por lo hondo entre peñones gigantes, dulcísimas cascadas que al caer se hacen espuma y charcos que parecen pura luz teñida del verde de las praderas y remansadas brevemente mientras van preparando su fuga por entre estrechos y galerías pétreas. ¡Qué asombro de belleza toda tan concentrada en lo que es un puro cataclismo de bravía naturaleza que busca su lugar concreto mientras la besa el sol! ¡Qué montón de violencia transmitiendo vida y agarrada a la

vida más limpia mientras se quiebra y la arropa la sombra de los cortados y los pinos que al borde tiemblan!

Río arriba, nos va cogiendo con toda su fuerza, la corriente que chorrea desde el primer muro de cemento, Embalse de la Feda, para enseguida empaparnos con su frescura, los mágicos borbotones del Nacimiento de Aguas Negras. Las voluminosas rocas por el rincón amontonadas y los fríos recovecos llenos de algas y musgo, les prestan al lugar su pincelada amable al tiempo que los verdes bujes y las sombras de los fresnos, con el rumor de las cascadas y el vientecillo acariciando las hojas de los pinos, parecen gritar que estos espacios pertenecen a lo más íntimo y tierno de la sierra profunda.

Sigue la senda, ahora ya pista forestal, ascendiendo por el borde del río que baja de la Laguna de Valdeazores y por entre zarzas, fresnos, robles, pinos laricios y laderas rocosas a un lado y otro, corona hasta las verdinegras aguas del embalse semi natural de la laguna. Este rincón sí es bonito casi hasta la perfección pero justo cuando caen las tardes o se abren las mañanas que es cuando el silencio de los paisajes lo envuelven y la

presencia humana es casi cero. Y también revienta hermosura toda la pista que sigue subiendo por el borde del río que baja desde el mismo Collado Bermejo, con sus espesos bosque a los lados, los chorros de agua saltando, las rocas casi con todos los tonos y los majuelos florecidos, en las tardes silenciosas de primavera o en las mañanas húmedas del verano que es cuando la soledad es total por estos barrancos.

Y en definitiva, una impresionante ruta por donde tanto asombra y aplasta al alma, lo voluminoso por su hermosamente distorsionada realidad, lo diminuto, o las hojas de hierba y los florecillas de las violetas o majuelos, por su brillante frescura y el viento purísimo tan impregnado de perfume a tomillo y ajedrea.

Lo que hay ahora

Las doce menos diez de la mañana del ocho de mayo de mil novecientos noventa y ocho. Acabamos de parar en las tierras de Collado Bermejo. Desde el Barranco de Guadalentín sube un aire fuerte y algo frío. Las nubes cubren espesas la Sierra de la cabrilla y son tan negras que no cabe pensar sino que amenazan lluvia. Puede

empezar a llover de un momento a otro. Vamos a comenzar la ruta a las Lagunas de Valdeazores pero por la parte alta del Calarilla. Nos arde la emoción en el pecho porque el camino es casi desconocido y se presenta con mucho misterio por los paisajes que recorre y el rincón hacia donde penetra.

Aquí mismo, al lado de abajo del camino, un bosque de pinos laricios preciosos y en las tierras del collado, uno que tiene hasta la señal de haberle sacado resina. Conforme vamos a empezar la ruta, tres pinos a la izquierda. Canta un pajarillo y esto anuncia que la primavera ya se extiende por los paisajes de estas sierras, aunque hasta hace muy pocos días estuviera nevando y granizara intensamente. Miro al suelo y creo ver una manta parecida al esparto y no lo es. La zamarrilla sí está florecida y un poco los rosales silvestres.

Desde este Collado Bermejo arranca la ruta que lleva a la Laguna de Valdeazores. Unos cinco kilómetros. Las margaritas también están florecidas, blancas y amarillas y la hierba verde por completo. Esto y otros indicios,

indican que la sierra se muestra hoy con su máximo esplendor a pesar del día nublado y el fuerte viento que nos azota. Subo y ante de llegar a donde una viga de hierro corta la pista, un contenedor para la basura. Junto a las chapas hirientes de este cacharro, florecidos también los ranúnculos o botoncitos de oro, porque eso es lo que parecen en esta mañana tan vestida de lujo y el sol que, en algunos momentos, cae sobre la hierba.

Bajamos un trozo por la pista, como si fuéramos a la laguna al modo clásico y después nos metemos por la senda. Hoy está esto solo. Limpio total de presencia humana y también de coches. Es viernes y aunque sea uno de los días más grandiosos para recorrer y gozar estas sierras, la gente todavía no aparece por aquí tan en avalancha como en cuanto lleguen los meses del verano. Es mejor la soledad del día de hoy porque se gana en belleza y paz aunque el cielo siga amenazando lluvia en cualquier momento y por estas alturas, parece que con más facilidad.

Vamos descendiendo y, en entre las mil presencias frescas que de pronto empiezan a clavarse en el corazón,

están las florecillas amarillas de la zamarrilla esparcida entre las piedras blancas que sobresalen por entre la hierba de las praderas. Por la derecha, las raíces de los pinos temblando descubiertas y un chorrillo de agua que nace aquí mismo. Se ve la tierra tan empapada que parece como si ayer por la tarde hubiera estado lloviendo y en cantidad. Todo esto se ve por la primera curva que traza esta pista nada más arrancar.

Y por entre la hierba teñida de pura esmeralda, también destacan las mil piñas pequeñitas que a lo largo de los años han ido cayendo de los pinos. Esto y la espesura de los pinos por la izquierda y los chorrillos de agua, por la derecha, parece como si nos fueran saliendo, lentamente al paso, para irnos preparando. Será una abrumadora exposición lo que hoy nos mostrarán los paisajes que vamos a recorrer. Y de pronto, el trazado de la senda que perseguimos. Se ve por el lado izquierdo nada más tocar las tierras llanas de la primera hondonada.

Los majuelos todavía, por algunos sitios, no han brotado. Se van presentando todos apretados y llenos de

fuerza pero con sus tallos sólo empezando a reventar. Y las peonías, aquí mismo varias matas, sí se alzan ya algunos centímetros del suelo y se muestran con sus capullos tersos pero no más gordos que un huevo de codorniz. Abrirán sus flores en cuanto el sol empiece a calentar más fuerte y persistente. También aquí mismo un arbusto de madre selva a punto de abrir sus primeras hojas en los tallos nuevos y de dos centímetros que les están saliendo. Junto a ella, una buena mata de hiedra que se ha comido el tronco del árbol por donde se agarra para hacerse grande.

Y en la misma curva por donde la pista se dobla y empieza a irse con la corriente del arroyuelo que acaba de nacer, en el montoncito de tierra y tan delicadamente tapizada de hierba, un laricio gigante que se alza plateado en la amplitud de la llanura y la densa soledad de la mañana. ¿Que cuantos metros tiene? Puede llegar a los veinte y parece que su diámetro es de casi dos metros. Por la torrentera se les escapa un buen puñado de sus raíces y hacia las nubes que, negras nos coronan, se estiran sus ramas viejas. Es como si la naturaleza ya aquí mismo nos quisiera saciar con sus mejores joyas.

Se estrecha según empieza a caer el arroyo, se ve la antigua senda que comienza a elevarse por la ladera y aquí mismo ya hay mucha agua. De cualquier sitio sale agua. Nada más llegar al arroyo nos desviamos a la izquierda buscando la senda que nace aunque no sea esta la realidad. Tres pinos con una cajita colgando de unas ramas y parecen que son como trampas para coger insectos. Atravesamos el arroyuelo, a unos quinientos metros del collado, se presenta un gran arce, todavía con sus ramas peladas porque no le han salido las nuevas hojas.

En los primeros metros de senda ya se descubre que está muy abandonada, no la anda mucha gente pero se ve con su fila de piedras por el lado de abajo para que se sujete a la ladera. Según creo esta senda remonta por entre un collado que parte la Cuerda de los Alcañates y el Caballo de Valdeazores y vuelca a las altiplanicies del conjunto del Calarilla. Un espeso y precioso bosque de pinos laricios nos saludan nada más empezar a remontar y se nos van abriendo para dejar paso a la senda que cuela por en medio. Remonta como unos cincuenta

metros por entre los pinos y recta y todo su firme tapizada de piñas viejas, trozos de ramas secas y las retamas que caen por la ladera con sus flores amarillas, no abiertas del todo.

Una lagartija que corre por entre las piedras y algo más adelante, un lagarto verde. Como ha hecho unos días de sol, ya han recuperado su fuerza en los músculos y esto indica que no dentro de muchos días, también dejarán los agujeros donde han invernado, las víboras y otras culebras. Las mariposas, no a todas, se les ve revoloteando por entre las plantas florecidas. De entre los pinos salen varias palomas torcaces y al fondo, se le oye cantar al cuco. La primavera, sin lugar a duda, está presente en estas sierras pero no trae mucha prisa.

Un enorme roble que todavía está desnudo de hojas. Ni siquiera tiene tallos nuevos en sus ramas aunque es verdad que por las zonas más bajas de estas sierras, algunos están por completo vestidos con el traje de gala que les has traído la primavera. Sube la senda empinada y con un poco de esfuerzo, se le intuye que va buscando el collado para atravesar la cresta por esa ondulación.

Miramos y creemos que hemos remontado unos trescientos metros sobre la pista que empieza a vérsele estirada barranco abajo en compañía del arroyo. Es una ladera grande esta y si se mira para atrás, se ve el collado de donde hemos arrancando y surgiendo por detrás de él, la Sierra de la Cabrilla.

Las nubes son grises plomo y siguen con la misma amenaza. Aquí un pequeño collado con una roca a la derecha y un majuelo clavado en un puñado de piedras. A la izquierda un pino laricio y una carrasca. Los pinos laricios que son los únicos que pueblas las alturas de esta parte de la sierra, siguen con su escolta mientras remonta la senda buscando el collado que ahora apetecemos. Los pajarillos nos saludan con sus cantos y como se reparten por entre los pinos y el amplio bosque, nos acompañan de trayecto en trayecto como si, al igual que los pinos, fueran tomando su relevo.

Aparecen las hozaduras de jabalíes buscando bajo la tierra los rizomas de las plantas y sobre todo, las raíces de los pinos que son alimento exquisito para ellos en los días de nevadas grandes. Una curva a la izquierda,

varios robles todavía sin brotar, una pequeña pradera repleta de hierba, un espigón de rocas que casi la cubre y los gamonitos brotados y llenando la tierra por entre las piedras y las mil piñas secas. Preciosa la curva esta que la senda traza por aquí intentando tomar altura para entrarle al collado por el mejor punto.

Por entre las rocas revienta la hierba achuchándose con el musgo, otro roble más desnudo y los pajarillos sin parar su canto en esta deliciosa mañana ya bastante crecida. Desde la delicada pradera arranca una leve cañada que sube recta y por un momento dudamos si la senda se va por ahí pero no, sigue por el lado de la derecha, tomando altura sobre la ladera al tiempo que la corta para entrarle al collado bien remontada. Sé ahora que si desde este punto siguiéramos rectos pecho arriba, saldríamos a lo más alto de la Cuerda de Los Alcañetes, al barrando del arroyo de Valdetrillos, por la junta de los tres primeros ramales y justo a la Peña de los Alcañetes y pino de la Mala Mujer.

Ahora remonta por un lapiaz donde a un lado y otro sólo rocas calizas y por esto, mostrando su color blanco y

muchos pinos laricios que no dejan de brotar a lo ancho de toda la grandiosa ladera. Porque esta ladera que vamos recorriendo guiados por la senda, es magnífica en cuanto a su pendiente, larga y ancha. Hace honor a lo que son estas sierras. Varios de estos pinos me llaman más la atención porque los veo clavados en las mismas rocas. Como si la dureza de estas piedras fuera su propio sustento y por eso su tronco se funde con las peñas y el musgo que también reviste a las caras de estas desgarradas pero hermosas, rocas.

El paisaje de calizas se hace más denso y conforme voy mirando descubro que las que no están clavadas con su grieta abierta por la nieve y el hielo, es porque ya se ha roto y busca su lugar de descanso en un rodar lento e interminable por esta ladera. Parecen manadas de borregos recién nacidos mezclados entre vellones de algodón que se han detenido junto a las tiernas matas de hierba para comérsela y dentro de un rato, seguir rodando en busca de las praderas que se extienden por el valle.

Y como voy embelesado mientras ya el sudor me baña la frente y respiro aprisa el aire de la mañana para no quedarme en el repecho de la empinada ladera, miro al suelo y de pronto, entre una pequeña mata de tomillo, ya sí brotada, algo que me llama la atención. Hurgo con la bota y al romperse, rueda por la hierba y es justo cuando ahora descubro lo que es: una seta de primavera. Las que no son muy abundantes en estas sierras pero sí exquisitas de comer y tienen en nombre de Cagarria o Colmenilla. Nacen estas setas en la primavera y casi siempre en aquellos lugares frescos y al mismo tiempo soleados, siempre entre rodales de hierba húmeda e incluso próximo a las corrientes de agua limpias. Y como para mí es un gozo verlas, exclamo:

- ¡Qué suerte hemos tenido! Venir un día cualquiera a la sierra y sin buscarla, en el mismo camino que pisamos, nos la hemos encontrado.

Mientras me agacho y la cojo ya estoy mirando de reojo y enseguida descubro tres más. Crecen pegado a las piedras blancas de las calizas y entre un rodal de hierba alta. Las cortamos y entre exclamaciones de gozo, las recogemos con la intención de llevárnosla. El rincón

es realmente delicado por lo resguardado de sol de la mañana por las ancha copas de los pinos laricios, la tierra fértil que se acumula entre las piedras y las muchas matas de tomillo que también clavan sus raíces en la frescura.

Desde la hondonada de las setas, remonta la senda, llena de hierba, muchas piñas y mil piedras menudas y como vamos mirando al sol de la mañana, aunque esta mañana no se le vea sino a ratos, la pista que surca el valle hacia la laguna, se ve brillante de tierra roja y blanca. Por ahí se les oye graznar a los cuervos. Vamos cortando las curvas de nieve y por eso de vez en cuando aparecen lanchas alargadas de piedras siempre blancas y con sus recovecos llenos de musgo. Desde la hondonada de las cagarrias hay un tramo largo que sube muy empinado y por eso en un momento, cortamos cuatro o cinco curvas de nivel para buscar el acomodo por el collado.

Si se mira para atrás, lo que más destaca desde esta altura es a lo lejos, la imponente Sierra de la Cabrilla. Un laricio sobresaliendo en primer plano y el trazado de la senda que ha subido casi recto cortando la ladera,

tapizada por completo de piedras blancas y si miro para arriba todavía se ve llana, porque es una senda ancha pero con un montón de piedras cubriéndola, todas sueltas y blancas como si se les hubiera contagiado el mismo color de la nieve que tanto las ha cubierto este invierno y los anteriores. Caen de la máxima altura de la Cuerda de los Alcañetes que por aquí alcanza más de mil setecientos metros.

Ahora se allana un poco al tiempo que una racha de aire fresco acaricia el rostro, cosa que se agradece por el sudor que del cuerpo está manando. Es una subida fuerte aunque sin problema alguno. La caria de este vientecillo tan impregnado de olor a pino y ajedrea, reconforta mientras la visión es cada vez más placentera por la amplitud hacia todos los horizontes. Se domina todo el valle casi hasta la laguna que no se ve por la espesura del bosque y las tierras que rodean a la cuerda del Banderillas.

Sigue siendo llana con muchas hozaduras recientes de jabalíes y siguen con su canto sutil y dulce, los pajarillos. Las piedras calizas no desaparecen en ningún

momento y contrastan con las mil retamas verdes y florecidas, algunas y los troncos gruesos de los pinos laricios. Y aquí ya bastante en lo alto, donde pareciera que la senda podrías borrarse algo, se descubre que está perfectamente reconocible aunque muy estropeada por el poco uso. Mientras llanea se le ve empedrada a conciencia y con mucha perfección y en una anchura, que también claramente se distingue, de casi dos metros.

Muchos de los laricios que ahora aparecen tienen sus ramas cubiertas de ese musgo blancuzco y largo que los serranos llaman pelusas. Remonta algo más y se intuye que el final de la ladera, hacia el collado, no está lejos. A la derecha un peral silvestre algo brotado y al mirar, una piedra que rueda. Debajo, un montón de hormigas que tienen sus huevecillos blancos depositados en la tierra negra que ha quedado al descubierto y enseguida se ponen en acción. Cada una coge su huevo y se introduce por los agujeros de las galerías subterráneas. Es la actividad de la primavera y la belleza, al mismo tiempo que la fuerza de la vida, renovándose por doquier.

Remontamos un collado menor con dos perales silvestres a la derecha y como por instinto miro otra vez para atrás. Las Sierra de la Cabrilla que sigue asombrando con su figura gigante y la luz divina y plateada que desprende sus rocas desnudas. Un mojón pequeño a la derecha y la senda que baja levemente. ¡Qué visión más bonita desde este punto y en todas las direcciones y hasta casi el infinito! Cómo se llena el alma de sincero gozo y desde lo más íntimo da gracias por regalo tan inmenso.

Otra madreselva arbustiva medio brotada y descendemos un poco por lo que se venía intuyendo: el camino busca el collado para más cómodamente cruzar por él y seguir penetrando hacia la profundidad. ¡Y qué bonito esto, Dios mío, con su silencio de pinos gigantes, su perfume de tomillo, sus cantos de pajarillos y tanta primavera reventando por cualquier y tan a puñado, en la tierra que los ojos besan!

La senda se parece mucho a la que atraviesa el Tranco del Perro por aquel lado del río Borosa y los lugares llamados Los Villares y Roblehondo de los

Villares. Sujetada con su muralla de piedra por el lado que da al barranco y empedrada a todo lo largo y ancho. Por aquí van apareciendo trozos donde se conserva casi como en aquellos tiempos. Sólo retamas, majoletos y pinos laricios, muchas piedras calizas y la hierba cubriendo.

Ya remontamos hacia el collado y una pequeña dolina. A la izquierda, un paisaje de rocas que nos coronan formando como un castellón robusto que clavado en todo lo alto parecen vigilar todo el valle de la laguna, la ladera que hemos acabado de recorrer y las tierras que sobre las partes altas, vamos a pisar enseguida. Las torres pétreas sobresalen hacia el barranco y los laricios clavados hasta en las más estrechas grietas. Miramos absortos al tiempo que ni palabra tenemos para expresar lo que por los ojos entra. Un pajarillo, quizá como nosotros también extrañado, revolotea y se eleva por el inaccesible mundo de esa escultura que chorrea belleza.

Un gran pino laricio que se ha secado, tumbado por el viento y las nevadas y caído sobre las esqueléticas rocas de un agreste lapiaz. La desnudez de su tronco blanco y

la podredumbre que se lo está comiendo al tiempo que lo rompe en pedazos, inspira compasión mientras pasma su belleza muda y fría sobre tanto dureza agria. La matas de tomillo ponen una pincelada de consuelo al tiempo que impregnan el viento de otra aroma nueva. El perfume, lo mismo que el paisaje y la mañana, se va turnando según aparece la ajedrea, el tomillo, los pinos laricios o las diminutas florecillas de algún majuelo o retama. ¡Qué colección de joyas naturales y salvajes para mí solo y en este paraje de ensueño!

Otro pino laricio tronchado a una altura de siete u ocho metros de la raíz pero todavía sin terminar de romperse y por eso, con las ramas de sus copas verdes. La nieve y el aire, al pasar por estas cumbres, lo ha combatido duramente hasta quebrarlo y dejarlo arrinconado. Sólo los fuertes sobreviven por estos rincones aunque esto no quita que mueran con dignidad porque si se le mira despacio, su figura es como el acorde único en el momento y lugar apropiado. Así son las cosas y esto no está desconectado de la vida que respira mi alma y llevo acuestas mientras recorro el suelo.

Coronamos el collado y el suspense al mismo tiempo que la desorientación y el asombro. El arroyo que por aquí abre surco, visto desde abajo, no parece de tanta entidad como ahora se descubre y por eso dudo si es el que vierte por la ladera que hemos remontado o es el que se va hacia el Salto de los Órganos. Aquí mismo, las primeras matas del enebro rastrero. ¡Qué bonito también por lo verde que se presenta y lo recogido en sí mismo al tiempo que arropa la roca que le da compañía!

Según ahora vamos atravesando el collado menor, un lapiaz a un lado y otro que también se presenta con toda su majestad y dándose la mano con el corazón mismo de la primavera. Nos paramos unos minutos para acabar de respirar el aire que necesitamos y para llenarnos un poco más de lo que ante los ojos se abre y mientras, miramos la hora. Hemos tardado en remontar cuarenta minutos y la distancia recorrida no llega a los dos kilómetros. Aunque hemos subido aprisa, la cuesta es fuerte al tiempo que también merece la pena saborear con calma la visión que poco a poco se abre.

Volcamos el collado, que es una perla tallada y puesta en el lugar que le pertenece por derecho y según se mira al frente, la pared de rocas que se alza recto hacia el cielo, a la derecha, el surco del pequeño arroyo que tiene su nacimiento por aquí mismo y al otro lado, la otra pared rocosa gemela a la que estamos tocando. Un portillo mágico, mostrando tanta belleza que ni advertimos son los puntos más elevados que presenta toda esta cuerda.

Sopla el viento aunque no tanto como cuando arrancábamos y si se mira al cielo, parece como que algo se han abierto las nubes. Hace algo de frío pero se intuye que si el sol sale, va a calentar sobre estas alturas. Bajamos y a la izquierda nos va quedando una pared de rocas lisa llena de pequeños pinos que se agarran a la vida con la energía del hierro. Por entre ellos y clavados en las rocas, surgen algunas matas de esparto. Según caemos, la tierra se suaviza y la belleza del paisaje se amontona o chorrea sin poderse adivinar desde dónde y hasta dónde, porque lo que más parece es que la suma de todo, concentra una hermosura que no tiene igual en ninguna parte de este plante tierra.

Los pequeños arroyuelos con sus cañadas repletas de hierba y sus pinos laricios grandes y pequeños, están puestos en su lugar exacto y así las matas de enebros rastreros, las de la ajedrea, los tomillos, las laderas blancas caramelo, las ondulaciones de los cerrillos y las llanuras de las vaguadas con su tapiz espeso de hierba verde y hasta el aire frío que corre y la luz mortecina que las nubes negras dejan paso desde el sol. Un paisaje que invita a morir para así hacerse esencia con él y no aspirar ni tocar nada más.

Intuyo que estas tierras ya forman parte del gran conjunto que rodea al pico Calarilla. Baja la senda casi mecida en la suavidad de la menuda ladera, cruza el arroyuelo, ramal inicial del grande que ha cortado esta cuerda y ahora remonta por la otra leve cuesta. Toda ella tapizada de matas de ajedrea que no hacen nada más que desprender perfume y por eso a cada bocanada de aire respirada, se aspira un río de esencia. Y mientras ahora ya vamos remontando para caer en breve al otro ramal también inicial, un poco más el alma palpita asombro y da gracias en silencio. No es comprensible

tanto gozo y mamando de belleza tan sutil sino se ve con los ojos y se palpa con el corazón al modo en que ahora mismo lo hacemos.

A un lado y otro, la escolta casi continua de los pinos laricios, ahora menos espesos y la soledad, en su concentración máxima o al menos, esto parece ahora. Muchos pinos casi enanos nacidos sobre la misma senda y a los lados y lo que se adivina es que la nieve y el frío no los ha dejado desarrollarse y por eso se les puede llamar enanos. Y por entre estos pinos y los redondeles de las matas de enebro, aparecen las otras plantas de alta montaña: el cambrón. Y es que esto, se puede decir que es tierra de alta montaña. Sólo los troncos blancos de los laricios, los cien majoletos apiñados en las vaguadas y estos si que no han brotado por aquí, los cambrones y la ajedrea, conforman un paisaje que en nada se parece a los de otras partes de estas sierras.

Un segundo arroyuelo y este con su hebra de agua limpia y junto a la corriente y los charcos, casi de juguete, las primaveras florecidas. Sobre sus flores amarillas y las hojas anchas de la planta, caen las ramas densas de los

enebros rastreros que se presentan lozanos porque estos sí han echado las nuevas hojas que les presta la presente primavera. Todo así: casi como un juego de hermandad donde cada planta, árbol, manantial, roca, cañada, pajarillo, lagartija, hormiga o mariposa, tiene su papel dentro del vasto mundo de tierras vírgenes y cada uno representa un trozo inmaculado del gran total que es el Creador Universal.

Nada más cruzar el arroyuelo, la senda se curva por el otro repecho y se agarra para coronarlo por entre el que de verdad sería el collado, al comienzo del Caballo de Valdeazores y la molen del Calarilla. ¿Qué nos encontramos a ese lado? Y enseguida pienso que será asombroso pero que no puede superar a lo que hasta ahora llevamos visto, pisado y gozado.

Cambrones, tomillo aceitunero y mucha zamarrilla se agarran por las tierras arenosas y casi pura roca de esta ladera. Y pasando el arroyo, un poco ya remontados sobre la leve ladera que busca el collado de la realidad, se mira hacia atrás y ¡qué espigones de rocas remontados sobre la cumbre que a la izquierda ha dejado

el primer collado! Rectos hacia arriba, negruzco por la humedad que desde las navas de su cumbre chorrea y, cubiertos por la esplendorosa hiedra que se agarra a la pura piedra. Sé que en la parte alta de estos paredones, se abren las hermosas llanuras de Navillas de Capazul. Sería glorioso visitar esta mañana ese rincón pero hoy, ni el tiempo va a dar para más de la ruta ya prevista ni en el corazón cabría tanto mundo redondo de belleza.

Vuelve, la senda, a caer a otra cañada mucho más amplia y hermosa que las primeras porque los majoletos se amontonan como si queriendo los hubieran sembrando sobre la llanura de la tierra que va dando paso al tercer arroyuelo que desde este recodo nace. Este sí podría ser el comienzo y propiamente el cuerpo principal del arroyo que caen por la ladera hacia el cauce que baja a la laguna acompañado de la pista. La hierba se amontona como en haces y de aquí deduzco que los animales, ciervos, gamos y cabras monteses, por estos días sí tienen alimento a “todo pasto”. Por doquier pueden comer en abundancia y beber hasta en las partes más elevadas.

Y de una hondonada remonta a otra hondonada más y las dos con su surquito de agua, sus majoletos bien espesos y sus praderas repletas. Sube recta unos treinta metros, tapizada de hierba y un trozo de laricio esbelto. Es viejo porque se le ven las ramas caídas hacia abajo como si ya estuviera cansado de la vida. Y otro laricio que sobresale de dentro de una hondonada. Lo miro detenido como si fuera el primero que he visto en toda la mañana y me digo que alcanza los treinta metros de alto. A la derecha un bosque de pinos y a la izquierda el lomo del collado que sube.

Miro para atrás y ahora veo claramente la figura robusta de la gran cuerda que rompe el arroyo que va naciendo sobre estas vaguadas. A la izquierda me queda un bloque y a la derecha otro y bastante elevado y por en centro, el gran portillo por donde sale el arroyo. Y ahora veo, que el fragmento gemelo de la derecha, en todo lo alto, presenta como una mesa en pequeño. Algo así como la mesa del Arroyo de los Haberes o como el Castellón del Toro por el nacimiento del río Aguasmulas. Sigo mirando y veo la senda que hace un rato hemos andado

por el tramo que baja desde el collado grande, que ha sido el primero de todos.

Sigo remontando y en todo lo alto y al frente, otros pinos laricios casi achaparrados o en forma de paraguas y las ramas retorcidas. Por estas señales se puede intuir que la zona alcanza mayor altura. Estos pinos tienen algo de parecido con los banderas en las cumbres más elevadas de este parque como pudieran ser El Cabañas. Sobre las tierras del segundo collado, el de la máxima altura rozada por esta senda, sopla fuerte el viento y sigue siendo frío. La vertiente que desde este punto se toma es la que lleva sus aguas al barranco del arroyo de la Tabarrera, que es el que desemboca en el Borosa justo por el Salto de los Órganos.

Y ahora sí creo es el momento, desde este punto elevado por donde la senda ha dominado la cumbre del macizo, dar un vistazo a lo redondo del conjunto que pisamos. Casi en el centro estamos, aunque no lo sea y de por aquí arrancan al menos cuatro vertientes: la del arroyo este por el cual hemos venido coronando y que ya he dicho desagua en el arroyo de Valdeazores, la

vertiente que desagua en el arroyo de la Tabarrera y que muere en el río Borosa por el Salto de los Órganos, la vertiente del arroyo de la Gracea que se funde con el arroyo de Roblehondo de Guadahornillos y la que recoge aguas hacia el barranco de las Iglesias y comienzo del arroyo de Roblehondo.

Una curva maestra de nivel, traza un dibujo alargado siguiendo toda la corona de la Cuerda de los Alcañetes, se tuerce un poco hacia el poniente abriéndose y ensanchándose y por las partes más altas de donde nacen todos los arroyos atrás mencionados, se alarga hacia la Cerrada de Elías pero sólo por lo alto de esta cumbre y después vuelve para atrás para, al llegar a este collado, formar como un cuello de botella y abrirse luego en forma de riñón por lo más alto de la cabecera del Caballo de Valdeazores. Dentro de la figura que ha trazando esta curva, queda un color marrón oscuro que indica la máxima altura en todo este conjunto: de mil setecientos metros en adelante. El Calarilla que queda recogido dentro de la figura que ha trazado esta curva, alcanza los mil setecientos treinta y seis.

Seguimos nuestro avance un poco empujado por el viento que sopla desde el lado en que hemos subido y picados por el deseo de encontrar rincones nuevos que nos sigan sorprendiendo. Cruje el viento al romperse por entre las ramas de los pinos y como es tan fuerte y son tantos los pinos, el rumor que atruena el espacio es casi misterioso y algo lúgubre. La tierra que pisamos es como arenilla blanca, resultado de la trituración a que, los hielos y las lluvias, someten a las rocas calizas.

La senda se divide en dos. Por el lado derecho se ve un jorro o pista forestal no muy usada y sé que si nos vamos por este ramal caeremos justo al comienzo del arroyo que necesitamos coger para realizar el proyecto de la ruta que hoy pretendemos. Pero la senda que sube, que es la verdadera y desde aquellos tiempos, sigue recta y por ella nos vamos. Intuyo que atravesará paisajes únicos y como los desconozco, la curiosidad me empuja.

El trazado baja entre suaves curvas y preciosas praderas de verde hierba mientras que los pinos siguen apareciendo de continuo, gruesos, amplios y blancos. Mucha tierra, las piedrecillas hechas añicos de la nieve y

los hielos, muchos majoletos y las llanuras que se alternan con pequeñas lomas y dolinas casi convertidas en praderas. Una hondonada llena de enebros rastreros, majoletos y espinos ovilleros. Cantan los pajarillos y otra ladera tapizada de piedras blancas.

Remonta otro poco adaptándose al terreno que es llano sobre una altura considerable y ahora caigo en la cuenta que vamos pisando la ladera del Calarilla por el lado que mira al sol de la mañana. La hondonada que nos va quedando a la izquierda es por donde tenemos que coger para comenzar la bajada arroyo adelante. Remontamos un poco más y al frente ya divisamos las cumbres del Banderillas y por donde vamos pisando y inmenso paisaje calizo pero hoy muy verde por tanta hierba y los árboles y arbustos brotados.

Perfectamente tallada sigue la senda ahora adornada con muchos cambrones. A la derecha una dolina, muy recogida en sí bajo el vuelo de un gran pino laricio con su tronco grueso y recto. Al otro lado de la dolina y como formando borde, los pliegues rocosos que se han quedado desmantelados en forma de sinclinal y sujetan

tanto las aguas como las nieves en la figura alargada de lo que parece una cuna. Por este paisaje de alta montaña y en esta zona concreta, las dolinas y los calares, son abundantes. Mucho esparto saliendo de esta dolina que es alargada, con una entrada por el lado que llegamos siguiendo la vereda y una salida también por donde se despide la senda.

El paseo que recorre la senda por entre la soledad de los pinares, los majuelos y los enebros junto con los paisajes rocosos, es delicioso por la suavidad del terreno y lo variado en cuanto a vaguadas repletas de hierba y sus arroyuelos corriendo por el centro. El cielo se empieza a despejar. Ahora se ve azul y sólo manchado con algunas nubes blancuzcas que más bien parece brumas. Y de pronto, a la izquierda, otro viejo pino blanco, y la redonda dolina abierta en forma de embudo casi al pie de su tronco. La protege por el lado del Calarilla, un bosque de pinos menores y la hierba espesa y larga. Nos paramos y durante unos minutos, intentamos gozar la transparencia que del rincón mana.

La tierra que pisa la senda es fértil y por eso se le ve por completo tapizada de hierba. Remonta un poco girando a la derecha que es por el lado en que al final, tendremos que irnos. Ya no es tan fuerte el viento y esta señal parece indicar que el día se abrirá dejando paso al sol primaveral para que los paisajes se vistan con su mejor gala. La senda tapizada ahora de ajedrea y por eso el aire nos llega saturado de perfume. La tierra por completo chorreando y al remontar a un collado menor, la panorámica se abre y al fondo y totalmente al frente, la grandiosa cuerda del Banderillas.

Lo gozamos unos minutos y siguiendo el trazado bajamos levemente mientras en estos momentos un espesos bosque de pinos laricios, rectos y altos, casi de cuarenta metros, nos salen al paso. Por el suelo se amontonan los enebros compitiendo con la espesura de la hierba fresca. ¡Es impresionante la belleza que se palpa por aquí! La ajedrea atusada por los animales y ahora ya sin senda, porque la hemos dejado hacia la izquierda, atravesamos las praderas buscando las hondonadas del arroyo que tendremos que seguir. Al pisar, los pies se

hunden mullidos por la cantidad de hierba que cubre el suelo y lo espesa que está.

Otras dos dolinas, casi ocultas entre los enebros y la hierba y en unos metros, llegamos a la pista que dejamos atrás sobre el collado mayor. La cogemos y al pisar la vaguada del arroyo, agua por todos sitios. Da ahora la impresión que esta pista sí desciende todo el arroyo adelante presentándonos así la ruta que deseamos recorrer. Se ven rodadas de vehículos y ello indica que esta pisa tiene entrada para los coches. Arranca justo en el arroyo de la Garganta, el que pasa por la Nava de San Pedro, y después de rozar el Puente de Guadahornillos y la Nava de las Correhuelas, se viene por esta altiplanicie.

La pista da una curva, remonta otra vez buscando el camino y nosotros, aunque la seguimos, venimos con la idea de coger el cauce del arroyo. Una pradera grande de hierba, el tocón de un viejo pino, el chorro de agua que baja por el arroyo y su charco transparente. Sólo oír el cascabeleo del cañico cayendo, anima y frena la marcha. Bebemos hasta saciarnos y todos coincidimos en que sabe a nieve. Miramos el reloj y marca la una y

veinticinco y lo que llevamos andando son cuatro kilómetros doscientos metros.

Seguimos y en unos metros entramos al arroyo principal y el camino empieza a ponerse llano, con mucha hierba, sombra abundante y agua clara que no deja de correr por cualquier sitio. Otra inmensa pradera de hierba y el arroyo se va cerrando. La pista cruza el arroyo por entre un espigón de rocas que tiene que cortar y al frente, y ya casi de continuo, las cumbres del Banderillas. Al pasar la trinchera, una covacha a la izquierda, la prímula florecida junto a las rocas y una escila, con su agradable color azul intenso.

Unos metros más, y la pista atraviesa otra vaguada donde se ha remansado una laguna redonda bordeada por el césped de la hierba y por entre ellas y a todo alrededor de las aguas, las florecillas de las escilas. Su azul morado brilla al sol que ahora sí bañada todo el campo. Por la pista sigue pareciendo mil matita de ajedrea y tomillo y como ahora el aire no corre tan fuerte, el perfume que mana de estas plantas se capta con toda su densidad y pureza. Remontamos un puntalete y, al

frente y por el lado izquierdo, sobre una llanura de tierra y rocas en forma de losa, muchas pisadas de animales silvestres. Esto son unas salegas: lugar donde les ponen bolas de sal a los animales para que la laman. Tres grandes trozos de sal han dejado aquí no hace mucho y al acercarnos, el olor de la ajedrea y tomillo, desaparece para dejar paso al de machos de ciervos, gamos y monteses.

La pista, después de las salegas, da una curva y al frente otra vez la cuerda de las Banderillas que nos asombra con su robusta figura. Un pino seco que sobre sale de entre el paisaje y es bonito a pesar de su muerte. Después de haber cortado casi todos los arroyuelos de esta cabecera, remontamos un poco y vamos casi recto a la cuerda del Banderillas. Y lo que ahora adivinamos, al coronar esta altura, es una gran vista sobre el barranco del río Borosa. Realidad que se nos presenta en cuanto terminamos de remontar.

Al frente, el Calarejo de los Villares, Calarejo de los Nevazos, el Banderillas y más próximo a nosotros y por donde se va la pista, que ahora se ha quedado en senda,

dos elevados picachos rocosos que los vamos a remontar. Parece que la pista sólo llega hasta las salegas y de aquí para delante, sigue un poco ya en senda muy rota, hasta una casa o cortijo que se ve en la ladera casi al comienzo del arroyo del Tejo, justo el que cae al Borosa por Huelga Nidillo.

Muérdago en los pinos y dos viejos robles clavados en las tierras verdes de la cumbre que tenemos al frente y que es la que vamos a coronar. Dejamos la senda, descendemos al barranco y en unos minutos coronamos el espigón de la cuerda que nos queda al frente. Tocamos los troncos de los robles que ciertamente son viejos, curioseamos los agujeros por donde se les pudre el corazón y después de hacer unas fotos, coronamos hacia la derecha que es donde un pico rocoso se eleva grandioso y casi sujetando un enorme pino. Al ver el cuadro me acuerdo del que se da a la entrada del Torcal de Linares por las cumbres sur del Cabañas. Casi la misma belleza y figura presenta este pino y roca, sólo que el árbol es de mucho más porte y es espigón rocoso se recorta sobre la grandiosa cuerda del Banderillas.

Desde este puntal se ve todo el collado de Roblehondo de los Villares, todo este gran barranco hacia el río Borosa y la cumbre de las Banderillas coronando y como si nos quisiera dar la mando desde aquel lado. Surcamos la raspa de rocas puntiagudas y blancas por encima de esta loma que roza los mil seiscientos metros y buscamos el segundo pico, más pegado al río Borosa y más elevado. La panorámica es grandiosa y por eso, el asombro es total. Cae el sol, sopla el viento no con tanta fuerza como al comienzo de esta ruta. Muchas sabinas, muchos escaramujos, hierba a puñados y muy verde, ramas secas de los pinos que por aquí se pudren rotos de las lluvias y las nevadas, más troncos secos de viejas sabinas y las raspa que sube hacia el segundo picón rocoso.

Ya en lo alto del elevadísimo y puntiagudo picón, el gemelo total del Picón del Haza al otro lado del Borosa, la panorámica es como sigue: Los puntales de los Villares, El Calarejo, el Collado de la Cierva, Calarejo de los Nevazos, Collado de Roblehondo, Tranco del Perro, Las Banderillas, toda la hondonada de Roblehondo hacia el Borosa y Salto de los Órganos, el Picón del Haza y

siguiendo para arriba, todos los Campos de Hernán Pelea, Cuerda de la Nieve, las cumbres del Empanadas por donde se ven todavía algunos jirones de nieve y luego ya en primer plano, la hondonada del Calarilla que hemos recorrido y el surco del arroyo que baja hacia el Salto de los Órganos. La vista es de lo más impresionante y precisamente la amplifica y llena de esplendor la primavera tan espectacular que este año brota por estas sierras y el día que ahora mismo estamos gozando. Es de lujo el balcón que el Creador ha querido regalarnos hoy y en su momento justo.

Satisfechos y algo cansados, aquí mismo nos ponemos a comer, aprovechando una hondonada menor que se configura entre las rocas y que está bien tapizada de hierba frente al sol que dulce cae. Son las dos y veinte de la tarde. Dos horas treinta minutos es lo que hemos tardado en llegar hasta este grandioso mirador.

A las tres y cinco arrancamos desde la cumbre del picacho, con la intención de recorrer el último tramo hasta el Salto de los Órganos. Nos metemos por el surco de un arroyo que desde lo alto de esta cumbre, cae en picado

hacia el cauce mayor que es el que necesitamos encontrar. Es esto una ladera de rocas por completo lavadas por la nieve y la lluvia y la tierra húmeda, se retiene en las suaves repisas, dando vida a multitud de plantas: hierba fina, gamonitos, zamarrilla, enebros, peonías, sabinas y gruesos pinos laricios. Ha llovido no hace muchos días y por esto la tierra se ve empapada.

Es este un surco que las corrientes de agua han abierto totalmente en picado y por el centro de la pura roca buscando el cauce mayor. Al llegar al arroyo que necesitamos, un espeso bosque de bujes nos salen al paso. Por entre sus troncos nos metemos y cortando la densa sombra y oscuridad que se derrama sobre el surco mayor, descendemos. Una cagarria justo en un rodal de musgo y al borde mismo del arroyo. No trae agua este cauce a pesar de lo que esperábamos por lo hundido que ha quedado ya sobre esta ladera. Todos los chorrillos de agua que hemos visto por las zonas altas, se han filtrado y aunque esto ya sí es un arroyo de entidad, ni siquiera un charco tiene. Las corrientes van subterráneas aprovechando las grietas de las calizas y la pronunciada caída de este monte.

Salimos al lado derecho del cauce y como ya estamos casi en la mitad de esta gran ladera, la senda se despega unos metros de arroyo. Entre el surco del cauce que nos va quedando por la izquierda y la pared rocosa que se nos alza por la derecha, una cañada de hierba espesa y verde como en una alfombra expresamente fabricada para que cubra la franja de tierra por la que descendemos. Muchos majuelos y unos cuantos pinos laricios que sobresalen esbeltos formando un ángulo cerrado con la inclinación de la ladera.

Y llegamos al ejemplar de pino laricio por excelencia en esta ruta. Se clava en el centro de esta fértil franja de tierra, ya no muy lejos del cañón que el Borosa ha abierto por el lugar Salto de los Órganos y por debajo del paredón rocoso, gemelo total con el Picón del Haza. La hierba que le rodea le presta un poco más de vistosidad y ya debajo de él, el azul del cielo coronando la voluminosa oquedad que se abre en este gigantesco barranco.

Unos metros más y aparece el corte rocoso que caen en vertical hacia los charcos del Borosa. El gran salto,

limpio como la luz de este día y espumeante como la nevada más copiosa, se le ve desde este punto a más de trescientos metros desde donde nosotros estamos hasta lo hondo. Sólo asomarse deja sin aliento y la contemplación, pasma. Entre otros detalles, se ven los charcos remansados por entre las gigantescas y negras rocas que se amontonan por el río, la corriente saltando por las cascadas y la senda que desde la central eléctrica, sube hacia los túneles. Y aunque bien sé que todo es grandioso, visto desde donde le hemos entrado, hasta parece un puzzle que se abre para que juguemos, por lo pequeño y caprichoso que se muestra.

Por debajo de la gran cascada, la de los Órganos, se ve el redondo charco azul y a pesar de la altura y la distancia, hasta se distinguen sus transparencias y las mágicas olas de espuma que flotan y se rompen. Más que de lujo la entrada al rincón desde este ángulo y esta tarde cuando ni siquiera a un ser humano se ve y ello hace que aun resulte más hermoso.

La senda, ya acabada de caer, como no puede seguir en la compañía del arroyo que le ha venido prestando

apoyo porque el voladero de gran escalón se lo impide, se viene para la derecha y busca el surco del río por la parte de arriba del gran salto. Aprovecha la pared de roca que surge por este lado y justo donde ésta se clava en la poca tierra de la última repisa, se abre paso. Se topa con una cerca de alambre y por su orilla sigue y va a salir al mismo puntalillo que caen hacia el río en la misma curva que éste traza entre el túnel mayor y el túnel menor, el último antes del muro del Embalse de la Feda.

Se pasa bien ya con el alma en calma y un poco remansada con la corriente del río que en este tramo se prepara para el grandioso salto que le tiene fabricado el escalón rocoso de la gran cuerda. Muchos majuelos, espesas zarzas, rosales silvestres, el rumor de la corriente que acompaña como dando un abrazo y la visión de los túneles que se ven frente y al otro lado, más zarzas que se tejen densas y, sobre y por entre la espesura, el frescor de la hierba que no dejar de dar compañía. También muchas primaveras y las moradas violetas saliendo por entre las grietas de las rocas. Frente, el Picón del Haza casi al alcance de la mano y su collado verde. Todo cae repleto de majuelos, mil bujes,

las raíces de un gran tronco laricio y la belleza que se clava hiriente.

Sobre la blanca tierra del puntal que cae hacia la curva del río, el lino azul florecido. Se ven varios charcos azules negros de tan clara como es esta agua y el río con una enorme corriente. Y desde este puntal, en una última mirada hacia atrás, la ladera que hemos descendido, es impresionante. Una empinada ladera de pura roca caliza y por donde sólo se ven cientos y cientos de encinas clavadas en las grietas y casi colgando al vacío. Y abajo, pues ya el gran cañón por donde se desangra el río que nace en lo más profundo de estas salvajes tierras.

Por la estrecha senda, turistera porque es de los que por aquí vienen a visitar el rincón, terminamos de remontar y ya el muro del embalse de Los Órganos. Por lo alto rebosa el agua y cae en forma de abanico y casi convertida en espuma. Un rumor delicioso en estos momentos y después de tanto empacho de lo que es tan profundamente dulce. El azul verde del agua remansada y el leve viento que la acaricia trazando onda sobre su cara y jugando con la luz del sol.

Atravesamos el muro y son las cuatro y diez de la tarde. El otro aparato marca nueve kilómetros desde Collado Bermejo hasta este punto. Miro hacia arriba, por donde le entra el arroyo del Infierno y se ve un gran caño en forma de cascada. Ya esto indica que el nacimiento de Aguas Negras hoy tiene que brotar repleto como pocas veces por estas fechas. La soledad es grande, porque hoy y a estas horas, no hay por aquí ni un alma humana. Sólo el vientecillo que acaricia, los pinos que están quietos, el verde del bosque y las olas rizadas sobre la superficie del agua embalsada.

Quiero aclarar o comentar una cosa para mí bastante importante: Brevemente quiero comentar algo sobre este embalse artificial. Antes de la construcción de este embalse, obra de la Administración de turno, por el lugar existian unas bonitas tierras fértiles y llenas de vida. Se les conocían con el nombre de "Huelgas de Joaquín". Tierras buenas como tantas en aquellos tiempos de los serranos que ellos sembraban para sacarle el fruto que sostenían sus vidas. Cerca de estas tierras y cerca del ahora embalse artificial también existía un cortijo. No era gran cosa pero servía para cobijar a una familia. Sobre un

pequeño puntal a la derecha de este muro de cemento según miramos en la dirección contraria a como corren las aguas, estaba este cortijillo. Se le conocía con el nombre de “Cortijo de Aguas Negras”. Bonito nombre para un sencillo cortijo serrano que andando el tiempo se perdió para siempre. Nombre y cortijo desaparecieron del mapa para siempre aunque no del todo pero ya sin ubicación y sin sentido.

Digo sin ubicación porque el nombre de “Cortijo de Aguas Negras” las pocas veces que lo he oído en boca de personas no serranas, casi siempre ha sido sin sentido. Sitúan este cortijo en otro rincón e incluso se lo aplican a ruinas de cortijos, más o menos cerca de lugar, que nada tienen que ver con del de Aguas Negras. Poca información existe de este humilde cortijo que desapareció del mapa y del terreno para siempre y con desgracia. Ni siquiera los mapas más recientes y buenos lo recogen. ¿Para qué? Quizá se pregunten. Pero serviría para mucho. Según mi punto de vista y mi cariño por las cosas que traigo entre manos, serviría para mucho. Pero por más que me empeñe en mi soledad y con estas letras parece que no sirve para nada. Sin embargo yo sé que

este cortijo existió y hasta puedo confirmar que estuve donde sus ruinas y hasta le hice algunas fotos. Hace ya mucho que no piso el rincón, años que parecen siglos y quizá nunca más en mi vida lo vuelva a pisar. Pero lo recuerdo y lo mantengo entre las bonitas cosas que amo en estas sierras. Repito una vez más: sobre un pequeño puntal a la derecha según se sube contra corriente, estuvo construido el cortijo de Aguas Negras. El más humilde de todos los cortijo serranos pero el que llevaba el más bellos de todos los nombres.

Por eso quiero decir también que cuando construyeron este embalse lo deberían haber bautizado con el nombre de “Embalse de Aguas Negras”. En honor al cortijo desaparecido para siempre y en honor al mágico manantial que brota entre las peñas. Ningún otro nombre le cuadra mejor. Pero los que construyeron este embalse eran de otros rincones y por eso dejaron que se perdieran los nombres y mil cosas más. El nombre de “La Feda” ni sé de dónde viene ni qué significa. Embalse de Salto de los Órganos tampoco está mal pero no hace honor a la dignidad serrana. No respeta demasido a lo que el embalse se llevó por delante y por eso no me gusta del

todo. Pero ya lo han escrito en muchos mapas, libros, páginas Web y más sitios. ¿Quién y de qué modo se lo prodría restituir al lugar la dignida e identidad que le es propia? Por si en el futuro sirve para algo vuelvo a repetir que este recogido embalse de aguas azules y verdes se debe llamar de **Aguas Negras**. Lo mismo que se llamó el cortijo perdido y todo el rincón antes de la llegada de las Administraciones, de los turistas y demás.

Y ahora ya sigo con la descripción de la ruta. Por el lado izquierdo del pantano, remonta la estrecha senda y busca el nacimiento de Aguas Negras. Según ahora vamos subiendo por ella se oye el rumor de la corriente cayendo por entre las piedras que le saludan nada más nacer. Muy trillada se ve este trozo de senda y esto indica que serán muchas las personas que la pisan a lo largo del año. La retama florecida y a la izquierda toda la gran ladera que sube hacia Los Charcones, ya en la gigantesca altiplanicie de Los Campos.

Unos metros antes del nacimiento, una roca que se curva como trazando un puente, la espesura de los fresnos, el muro del pantano menor que se encuentra por

encima del nacimiento, la hierba con su verde vida y el rumor del agua con un caño grande saltando por entre las rocas. Antes de llegar, se allana un poco, un viejo fresno en un rodal de tierra algo llana y en su sombra, muchas piedras donde las personas se sientan a comer y a descansar de la ruta, Borosa arriba. Junto al manantial, el cataclismo rocoso amontonado en forma de grandísimas rocas en la misma corriente y a los lados y ya por aquí, pues brotando el gran caño, tan solitario en aquellos tiempos y ahora tan visitado. Antes de llegar, una avalancha de rocas calizas retenidas por la ladera de la izquierda, la senda que pasa por lo alto, el fresno que saluda y ya, el manantial surgiendo por debajo de su roca dormida y blanca.

¡Un auténtico río de agua es lo que brota por el agujero de la roca! Agua limpia que enseguida se mancha de negro, sin mancharse, con el color que les prestan las algas trabadas en el fondo y en la superficie de las rocas que va cubriendo. De aquí el nombre de Aguas Negras, por el color de las algas que esta corriente cría. La roca de donde surge, por la parte que mira al cielo, está lisa con algunas arrugas o pozas y por debajo,

como si hubiera una cueva hondísima y por ahí aflora este gigantesco borbotón que también es color diamante.

Por la parte de arriba de este punto, aunque el arroyo es largo y profundo, no trae agua, al menos en estos metros primeros, si desde el manantial subimos por el cauce. Sé bien que allá en lo alto, donde propiamente nace este arroyo llamado del Infierno, que son las laderas del pico Empanadas, sí tiene su cristalina corriente. Hasta conozco el primer manantial que al cauce le entra. Mana por debajo de la raíz de un gran pino laricio algo más arriba de la vieja casa forestal de la Cabrilla y frente a las hermosas laderas del Empanada. Desde aquel punto casi hasta el control de Rambla Seca, sí corre e incluso en verano pero luego, como tantos arroyos en estas sierras, se filtra y es a este agujero donde viene a salir que por supuesto, recoge aguas de otros muchos puntos de esta cuenca.

La miro brotar y sale en un inmenso borbotón, como si estuviera hirviendo y por eso hasta forma olas que enseguida se duermen en la abundancia del charco que la recoge y comienza su rodar por entre las piedras que la

reciben. Las primeras piedras del fondo tienen color rojo, las siguientes negras y luego, en cuanto empieza a correr, resalta la transparencia impregnada de espuma nieve que se mece como en un juego dulce y comienza su chocar contra las rocas y revolverse y saltar de una cascada a otra. No tiene mucho camino que recorrer porque enseguida se duerme en la masa que tiene retenida el pantano pero como no dejo de mirarla, lo que más de impresiona, es el gran río de agua que de este agujero brota. Casi tanta o más como el Guadalquivir lleva, algunos veranos, al pasar por el pueblo de Coto Ríos.

Avanzo un poco y me pongo de tal modo que el borbotón quede a la derecha y al mirar, descubro que de la roca surgen los borbotones como en hilera. Un borbotón detrás de otro formando ondulaciones que nerviosos tiemblan y al recibir la luz de la tarde, reflejan los colores del diamante y también los de la miel y los del viento y un poco los del oro limpio y el fuego en danza. ¡Qué grandiosidad en tan poca cosa!

Bebemos hasta saciarnos y además de estar frío casi como el hielo, sabe a nieve y un poco a esencia de hierba

verde mezclada con besos de roca blanca y silencios profundos. Miro a las rocas que rodean a este lujoso venero y sobre ellas veo muchos nombres escritos y todos son de personas y también fechas. Nos movemos y según ahora vamos regresando hacia el muro, miramos detenidamente y descubrimos que por el borde de esta corriente y por el lado en que va la senda, brotan un enjambre de veneros. Unos detrás de otros o casi todos dándose la mano y por entre las piedrecillas sueltas y los berros. Puedo pensar que como este año ha llovido tanto, el agua que tiene que salir por la grieta del manantial grande, es tanta que no cabe y al rebosar desde las galerías subterráneas, revienta y afloran luego por donde pueden.

Atravesamos el muro del pantano y ya nos vamos moviendo para subir por la senda que remonta buscando la laguna azul. A las cinco y diez salimos desde este muro hacia Collado Bermejo. Al pasar, miro al frente y veo las mil olas pequeñas que se rizan por la superficie de las aguas embalsadas y como ahora el sol de la tarde les da un poco en ángulo, los tonos que reflejan son verdes negros con perfiles viento y luego cristal líquido. El cielo

se ha quedado azul con borregos de nubes blancas y corre un viento fresco que se agradece.

Por el lado derecho del pantano remonta la senda. El tomillo que está florecido, muchos bujes y el agua del embalse, azul blanca negra y al mismo tiempo inmaculada como la pura nieve. El monte que se ve surgiendo como en el centro entre el manantial de Aguas Negras y el río que le entra al pantano desde la laguna, es el Castellón de los Ríos y hoy sí que se muestra hermoso, todo vestido de pinos laricios repletos de verde y las rocas blancas que salpican la ladera.

Otro gran pino laricio y poblando toda la ladera de la derecha hasta la cumbre, todo un batallón más. Muchos rosales silvestres, bujes y fresnos. Cada vez más se estrecha el pantano. Un arroyuelo que baja por la izquierda con un chorro de agua y una cascada menor y la senda que se interna por entre la vegetación que no estorba mucho por la cantidad de personas que por aquí pasan de continuo.

Una llanura algo más adelante del arroyo y es donde los coches de los guías que traen a visitantes, dan la vuelta. Desde aquí hasta la laguna el camino ya es pista de tierra que puede hacerse en coche. Se ven ruinas de algún cortijo y por entre lo que fueron sus paredes, las zarzas y el monte creciendo. Ya el pantano se va terminando y sólo sigue el río que baja desde la laguna. Cantan las ranas y también se oye la voz de un cuco. Los chorrillos de agua que surgen por entre los bujes.

Del final del pantano, arrancan vuelo unos patos y se remontan hacia las aguas de la laguna. Unos diez minutos y ya la pista le entra a la laguna con toda suavidad y al llegar lo primero que hago es mirar a ver si todavía crece por el rincón el pequeño pinsapo y sí, lo veo por entre los pinos y ya no es tan pequeño. Lo conocí en aquellas fechas en que dormíamos en el refugio que aquí mismo se alzaba y ya lo único que se ve son las piedras de las paredes desmoronadas. Lo derribaron y ahora siento un poco de tristeza. ¡Qué bonito era esto y por la noche con la luz de la luna reflejada en las limpias aguas!

La tarde cae y nosotros cruzamos el pequeño muro que sujeta las aguas de la laguna, subimos los pocos escalones de cemento y por el lado opuesto al de la pista, subimos bordeando las aguas. Las pisamos en muchos momentos porque la senda de esta orilla también se ha roto casi por completo y hasta las zarzas crecen espesas. El agua es azul, con el mismo tono del cielo de la tarde y el brillo verde de los bosques. Al fondo, por donde se ve un rodal de aneas, revolotean y nadan los patos.

Desde este lado de la laguna la vista es mucho más bella porque se le coge más cerca y, además, como desde el ángulo en que ella duerme. Un lagarto que se esconde en su agujero al vernos y como voy mirando con el deseo de encontrar la pequeña estatua de una virgen, se me queda atrás el curioso agujero que se abre en el espigón rocoso. No veo tal estatua y guardo silencio mientras de los pinos del fondo, alza vuelo una garza que revolotea y se para en el pino de enfrente. La observamos despacio durante unos minutos y seguimos.

Dos plumas de pato por entre la hierba que se ve ellos tienen andada buscando lombrices. En la última curva

antes de la corriente de un arroyuelo, dos pinos blancos y tres patos nadando al final cerca de la espesura de las aneas. Al vernos se esconden y sólo dos remontan vuelo hacia las aguas del pantano que abajo. La garza remonta su vuelo otra vez y se va por el curso del río que baja desde el Collado. Al cruzar los juncos, una culebra y peces que nadan surcando las aguas.

Donde en aquellos tiempos yo descansé en la playa de arena blanca, ahora sólo descubro muchos juncos entre zarzas y en el fondo de las aguas, algas negras. Llegamos a donde el arroyo de Valdeazorillos se duerme en la laguna. Un chorrillo de agua clara que surca una ancha llanura de arena blanca. Con las crecidas de esta corriente, la tierra y las piedras, ruedan y al llegar a la laguna se van estancando no dejando espacio para las aguas embalsadas y sí para muchas playas de arena por donde crecen los juncos, las zarzas y las aneas.

Por entre esta arena, la corriente limpia que ahora mismo baja por el arroyo, se abre paso trazando varios canales y antes de hacerse laguna, se torna roja hierro. Miramos y descubrimos que por aquí o hay algún filón de

mineral de hierro o se pudre alguna herramienta vieja porque las piedras que moja la corriente se ven oxidadas y también por las arenas más finas, mana algún hilillo con tono de hierro podrido. Nos paramos y durante un rato, además de beber, gozamos de la tarde y refrescamos un poco los cansados pies. Sentimos que ha sido como un triunfo y, además, a lo grande y hermosamente bello.

Por donde nos sentamos se ven las pisadas de los patos y la tierra removida de haber buscado lombrices. Cantan las ranas y se ven algunos pajarillos revoloteando por entre los majuelos. Al frente, grita un arrendajo. No se mueve el viento y sí se oye el rumor del arroyuelo durmiéndose en las limpias aguas de la laguna por aquí convertida en sembrado de juncos y anea.

Sigue cayendo la tarde y con la sombra del cerro que nos queda entre el sol y el barranco donde estamos, arrancamos y subimos. Cogemos por la pista que en otros tiempos cruzaba por el viejo puente de madera, ahora roto y camuflado entre la espesura, y ya comenzamos a remontar hacia el collado. Rozamos las pareces de aquella vieja alberca que crío truchas y por entre las

ramas de los fresnos y las húmedas arenas, vemos las plumas de una paloma torcaz. Se adivina con claridad que ha sido apresada por alguna alimaña o ave rapaz y aquí mismo se la ha comido.

Remontamos a la pista que en estos tiempos usan tanto y al mirar el reloj vemos que son la siete menos cuarto y calculamos que sobre una hora será lo que tardaremos en remontar. Comienza a subir con toda suavidad y el arroyo a la izquierda que trae mucha agua, varios pinos laricios grandes, los fresnos que empiezan a brotar y un roble comido por el musgo que también conozco de aquellos tiempos. Este paseo hacia arriba es de lo más hermoso si se hace con paz y sin prisa.

A la derecha, nos va quedando el sol que se pone pero que ya no vemos porque nos lo tapa la gran Cuerda del Caballo de Valdeazores. Un roble que se ha caído y ya el tiempo lo tiene casi podrido. Las florecillas de unos ranúnculos brillando a la última luz de la tarde y el rumor de la corriente acompañando según ascendemos. Es, más que bonita esta subida, grandiosa y honda esta subida como el mismo paseo que vamos terminando sin

terminar porque se siente como si, por entre los chorrillos que nos siguen acompañando y las florecillas que relucen a la última luz del día, se nos fuera quedando lo mejor de cada uno. Como si el más limpio hálito de vida, se nos quedara por aquí para la eternidad y por eso ahora se siente, además del gozo, por en encuentro con tanta belleza, la tristeza de una pérdida que tiene sus raíces en lo más hondo de cada uno de nosotros.

Se va presentando un repecho más fuerte y por la izquierda, otra cascada más que cae abierta. Trae mucha agua este arroyo. Un pino cubierto de hiedra desde arriba hasta las copas y los rayos de sol que se escapan por entre las rocas de la cumbre y de vez en cuando nos besa y luego se va dejándonos en compañía de la sombra que nos arropa un poco. Algo así como si quisiera acurrucarnos para no dejarnos tan solos frente al vacío que se siente.

A un cuarto de hora de haber salido de la laguna, pues por la izquierda, el arroyo que sigue bajando mientras nosotros ahora vamos en dirección contraria para que se note que nos alejamos y un gran fresno que se refleja en

el limpio charco y la cascada que salta por las rocas. Piedras con musgo y a la derecha, la ladera rocosa y un espigón en forma de fraile, como dicen los serranos. Los pinos con las raíces por el aire y agarrándose como pueden para no caer ni morir como ahora sí nos pasa a nosotros.

El agua que ha bajado corriendo por la pista, al llegar aquí se ha ido para el arroyo y se ha llevado por delante media torrentera de lado izquierdo. Un estrecho por el arroyo, donde queda encajonado y para seguir bajando tiene que violentar su corriente saltando en chorros y en cascadas blancas que retumban con el cansancio que gotea del cuerpo. Una subida más fuerte y la pista que se agarra totalmente empedrada con piedras gordas e irregulares y bien lavadas por la corriente que este año ha pasado por aquí. Las lluvias han sido tan abundantes que hasta esta pista ha hecho de arroyo para desaguar las laderas y barrancos que nos van quedando a los lados.

¡Qué hermoso es esto y más todavía si se lo sumo a lo otro y a lo de esta mañana! Otra cascada más y abierta por la superficie de la roca que intenta sujetarla   y

desgranando música con notas que saben a miel y a sangre. Antes de caer por encima del musgo verde que tapiza a la roca, el cauce se detiene y forma como un remanso de juguete. Algo así como si tuviera miedo despeñarse y se detuviera por unos segundos para meditar su caída. Mucha agua trae este arroyo.

La pista que cruza el arroyo, algo más arriba el muro de contención sobre el mismo surco del cauce, una llanura menor llena de hierba verde como tantas entre las que ya hoy hemos visto y pisado y al mirar el reloj vemos que desde la laguna hasta este punto sólo hemos gastado veinte minutos. Como al cruzar lo hace empedrada, el agua pasa abierta o desparramada y por eso no tiene problemas aunque sí tenemos que buscar las piedras que por aquí han puesto para saltar por ellas.

Remonta por la derecha del arroyo y ahora, durante un tiempo, lo vamos a ir despidiendo. Al caer la tarde cantan los mirlos con ese canto monótono y algo triste y aunque desgarran un poco más el alma, es bonito porque la sombra sigue arropando contra el rumor del agua que baja y el verde del bosque que sigue en su belleza eterna.

Arriba ya se ve la cumbre que vigila al Collado de la Nava de Paulo.

Un arroyuelo a la izquierda por donde cae el chorrillo de agua correspondiente y otro caño que desciende por el mismo centro de la pista. ¡Hay que ver la cantidad de agua que este año sale de los rincones de estas sierras! Por la derecha adivino el gran manantial de la Fuente de la Reina. No vamos a verlo esta tarde porque ya venimos cansado y en el espíritu no caben más emociones. Este otro arroyuelo que por el lado izquierdo le entra a la pista, también trae mucha agua.

Se ciñe en una curva por en medio de un bosque de pinos muy espesos y al mirar la tierra descubro que es fértil, de la buena. Ya el arroyo se nos ha quedado bastante hondo y por el lado derecho. Otro borbotón de agua brotando de la misma torrentera. Lo adornan varios margaritas, dos retamas florecillas, mucha hierba fresca y un buen puñado de violetas mezcladas con las primaveras amarillas. ¡Qué respingo de alegría transmiten esta florecillas al alma cada vez que se les encuentran tan limpias y humildes ellas!

Un bosque espeso de pinos rectos como emergiendo desde la hondonada y dando compañía por el lado del arroyo grande. Más arriba y por la otra ladera, la otra pista que también se despega del arroyo y va tallada en la pura roca. Avanza hacia el corazón del Caballo de Valdeazores y también puedo decir que la conozco porque la tengo recorrido por aquellos tiempos. Como una gran caída que el arroyo grande tiene que saltar y por ahí se esconde los viejos tejos. Un espigón rocoso a la derecha por donde se extiende un pedazo de roca como tendiendo un puente hacia no se sabe qué otra orilla.

La pista corta por completo el espigón rocoso para poder pasar y lo hace en forma de trinchera, quedándole a los lados dos paredes verticales. Al frente y por en centro de luz que deja la trinchera, un castellón rocoso lleno de musgo y en todo lo alto, clavados varios pinos. Es otro juego más y este como temblando al vacío para demostrar que la vida puede surgir hasta de lo más agreste. Y ahora caigo en la cuente que quizá, entre tanto como hoy hemos visto, palpado y gozado, esta sea la gran verdad: que desde Dios y su fuerza creadora hacia

la perfección e inmortalidad de la creación, la vida surge a chorros aun hasta en lo más árido y salvaje. Y la vida no puede ser otra cosa sino la manifestación de un universo que sólo contiene amor.

Nos hemos acercado al arroyo que nos corre por la derecha y por aquí ya se le ve como mucha más suavidad. La carretera también se suaviza y como en un abrazo con la luz de la tarde que se duerme, se enreda para ir muriendo poco a poco en el collado donde tenemos nuestro final, de la ruta y de algo más. Por la izquierda todavía el brillo de los últimos rayos de sol de la tarde prendiendo una aurora sobre las copas del bosque de pinos. ¡Qué bonito! También por la izquierda, otro arroyuelo más con su buen chorro de agua y tan clara como cuando cae de las nubes.

Ya todo más llano como preparándose para remontar la corta cuestecilla que descansa sobre el collado y entre tantas y tantas verdades rotundas, sigo mirando y me asombra la cantidad de agua que el arroyo de la derecha y a estas alturas, lleva por aquí. Un chorro tan grueso como el cuerpo de una persona y transparente como la

luz del día. La tierra se va presentando en forma de praderas y esto indica también que por aquí cerca fue donde estuvo aquel cortijo que un día murió. Se llamaba y, parece que por el lugar se sigue conservando su nombre para que no muera del todo, cortijo de Fuente Bermejo.

Todavía un poco antes de remontar al collado, la pista sube llana, rozándose con el cañito de agua que salta por el surco del arroyo recién nacido y la cantidad de agua ni siquiera disminuye. Por aquí la tranquilidad, la paz de la tarde sumada al final de la ruta, con el canto de los mismos pajarillos de esta mañana y el revoletear de alguna mariposa, es lo que va rematando armoniosamente. Las praderas de hierba que por momentos van siendo más anchas y ahora presenta una belleza distinta a la de esta mañana y el verde hermano que tanto nos ha dado compañía a lo largo de las horas trotando por los rincones de ensueño.

Por la izquierda se nos despega un ramal del arroyuelo y lo hace en forma de canal casi perfecto por las rocas lisas y bordadas con macetas de hierba. Los

majuelos lo arropan suavemente como si ahora que ya lo vamos a perder para siempre, nos lo quisieran ocultar para que la despedida no sea tan áspera. El gran pino laricio que nos saludó esta mañana al arrancar y el otro ramal del arroyo que baja desde el mismo collado que también viene repleto. Ahora, hasta parece que con más líquido cristal que esta mañana.

Y ya el último tramo de cuestecilla y por la derecha se ve la senda que remontamos al salir. De ahí mismo, que es por donde se amontona un gran puñados de laricios, surge una vez más el canto del cuco. Es la primera vez que este año lo oigo y ahora sí que da cierta alegría porque esto indica que la primavera abre sus puertas grandes para entrar de lleno a estas sierras. El cielo se ha quedado azul, no se mueve el viento y sí revolotean unas nubes blancas por encima de las cumbres de la Cabrilla.

Las montañas y laderas, con sus praderas y arroyuelos, que acabamos de recorrer, desde aquí, ¿quién puede adivinar lo que son y lo que esconden? Sobre la loma que esta mañana remontamos, todavía

relucen unos dorados rayos de sol. Tres pajarillos siguen con sus cantos y al llegar a lo alto total, la explosión silenciosa del alma que grita llena de satisfacción. La ruta ha sido terminada. Los últimos metros por donde la pista se deposita suavemente sobre el collado, a la izquierda una pequeña torrentera que rezuma las primeras gotas de agua de los arroyos que acabamos de recorrer, las florecillas amarillas de las primaveras como el botón final o el preludio del comienzo, una hilera de pinos laricios también como cerrando fila alrededor de todos los que hoy nos han acompañado y el final.

Son las ocho menos diez y el aparato de medir los pasos marca quince kilómetros doscientos metros. Esta es la ruta, si es que así se le puede llamar por no decir, encuentro con lo intangible en medio del más exquisito de todos los paraísos. Porque también se le podría llamar el lugar donde el alma se ha dado un baño de Dios y después del más dulce de todos los besos, todo queda como florecido y en espera, entre el edén más grandioso y la más rotunda eternidad. Quizá por esto, la última palabra no puede ser sino de agradecimiento y perdón, de

tanto como hoy he recibido y no merezco. Porque "mi alma salta de gozo y se regocija en Dios mi Salvador".

La fragancia eterna.

Ellos, que están acostumbrados a sacarle partido a todo, porque la necesidad y carencia de las cosas, les obliga, una senda tallada por la ladera y surcando el monte y una noche de tormenta y a la noche en sí, cerrada en lluvia ¿para qué les puede servir y ya bien entrada la primavera?

Porque ellos regresaban con sus burros y venían contentos cuando, al atravesar la llanura y antes de caer por donde el camino sólo es piedra, el sol se les oculta y de oscuridad la noche se les llena y al instante se cubre el cielo de nubes y al poco, la lluvia empieza y aunque tienen necesidad de llegar a su hogar, buscan y se acurrucan en la cueva y al poco cruje la tormenta y empieza a llover y ya no para en toda la noche, de oírse los chorros saltando por las piedras y como no pueden dormir porque el frío y la lluvia y el miedo no les deja, uno dice:

- ¡Y mañana íbamos a ir a recoger, del "piazo", las cerezas!

Y brillan los relámpagos y la lluvia sin parar tamborilea en los charcos que se estancan por un lado y otro de la cueva y los dos acurrucados entre sí y con sus pensamientos puesto en los suyos, dentro del cortijo y en los animales y las tierras y ya amanece y con la luz del nuevo día, como si fuera un sueño, se abre la tormenta y al poco sale el sol y al bajar ellos por la ladera, en las tierras que conocen y están repletas de hierba, ven a sus cabras pastando y aunque no quieren, por los ojos se les cuela el día nuevo tan repleto de primavera y por esto, de otra vez, uno dice:

- Tendremos que ir hasta el piazo y en un abrir y cerrar de ojos, recogemos las cerezas.

Y el que le da compañía responde:

- Los caminos y las tormentas, claro que para nosotros también son útiles pero cada cosa a su tiempo y no invierno cuando debe ser ya la primavera.

4- GRANDES RUTAS

POR LA SIERRA PROFUNDA. Río Borosa.

Barranco de la Tabarrera, laguna de Arroyo de Valdetrillo, Valdeazores, Estrecho de Perales.
Carril y Vieja vereda. Solo andando. Zona restringida.

NOTA: es esta ruta una variante de la anterior gran ruta pero con el aliciente de tener, al principio y final, dos trozos distintos a la primera y por ello, resulta, además de mucho más emocionante, bastante más larga. Se necesita una buena preparación y un día con bastantes horas de luz, para hacerla con éxito y no acabar agotado y cogido por la noche.

El camino

En la curva del Estrecho de Perales, dejamos el coche y desde este punto la ruta asciende arroyo arriba hasta lo más alto de la cordillera. Justo en la pequeña llanura de los majoletos que es donde nace este arroyo. Algo más arriba está el pico Calarilla y a la derecha, entre montículos, dolinas y rocas, discurren varias sendas y pistas forestales. Desde este punto podemos bajar hasta el Barranco de Roblehondo, podemos volver y salir al Collado de Bermejo, podemos avanzar e ir a desembocar

a la Laguna de Valdeazores y también podemos bajar por el Arroyo de Los Órganos hasta llegar al Salto de Los Órganos. Por Aquí hay senda pero hemos de ir muy atentos para encontrarla y no perderla. Desde el Embalse de la Feda o de Aguas Negras, el regreso se hace siguiendo la pista que va hasta la laguna de Valdeazores, sube al Collado Bermejo y regresa a la Nava de S. Pedro.

El paisaje

Un gran barranco que se va abriendo hacia la cumbre sube por el arroyo entre espesos bosques de pinos; por la derecha queda la escarpada y difícil cuerda de Los Alcañetes. Ya en la cumbre, una gran altiplanicie bastante extensa, nos saluda con sus hermosos pinos laricios y sus grandes bosques de majoletos. Este es un hermoso rincón pero aún lo es más todo el Arroyo de Los Órganos con la gran cordillera de Las Banderillas al fondo y los escarpados paredones que caen hacia el barranco. Los pinos laricios, robles, encinas y majoletos nos irán acompañando mientras caemos hacia lo hondo donde a nuestra derecha se irán perfilando cada vez más gigantes paredones rocosos que son cortados por el Río Borosa dando lugar al barranco hacia el que descendemos.

De interés

Agua corre por todo el cauce del arroyo en las épocas de invierno y primavera; en verano la cosa es distinta. Nada más comenzar la ruta, de las paredes rocosas de una montaña, veremos brotar un copioso manantial. Es prudente que nos aprovisionemos aquí. Por las cumbres del Calarrilla hemos de tener cuidado para no desorientarnos. Las inmensas llanuras que existen por aquí nos invitarán con fuerza casi irresistible a permanecer en ellas largo rato tumbados a la sombra y respirando tanto el aire limpio de estas cumbres como el silencio y la paz que por ellas corre. Son abundantes por aquí las cabras monteses, los jabalíes, los gamos y los muflones.

5- GRANDES RUTAS
POR LA SIERRA PROFUNDA. Río Borosa

Central del río Borosa, Roblehondo de los Villares 1-1-96.
Vieja vereda. Solo andando. Zona restringida.

La distancia

Desde la misma casa de la central hasta el segundo cortijo de Roblehondo, que es donde vive Manuel, son unos dos kilómetros. Y el desnivel a salvar oscila entre los cien a ciento cincuenta metros de altura.

El tiempo

Arrancando justo en el tubo que le entra a la central y siguiendo por la estrecha sendilla que recorre la ladera del Cenajo de los Toros, hasta el cortijo, puede tardarse entre hora y cuarto a hora y media.

El Camino

En el primer tramo, desde la central hasta cerca del barranco del primer arroyo, apenas es una leve senda en muy mal estado y difícil de andar por lo inclinada de la ladera. El trozo que sigue hasta el cortijo, se nota algo más y aunque sube muy empinada, se puede recorrer bien. Es esta una senda que los habitantes de este cortijo

están dejando de usar por lo que, en cuanto pase unos años más, estará muy rota y por completo abandonada.

El Paisaje

Toda una pronunciadísima ladera desde el momento que arranca, quedando a la derecha, la enorme pared de roca que presenta la cuerda de las Banderillas y a la izquierda, el profundo surco por donde corre el río Borosa. En cuanto se cruza el primer arroyo, un abrupto saliente de rocas presenta la ondulación de un puntal formado por multitud de placas rocosas y creciendo por ahí, un espeso pinar.

Al frente, mientras se remonta la dura cuesta, las bellas laderas al otro lado del río y más en lo hondo, las llanuras de Huelga Nidillo y las cerradas de Puente Piedra. Ya frente a los cortijos, la impresionante quebrada del barranco de este Roblehondo coronado por el Calarejo de los Nevazos, los picones del Tranco del Perro y el profundo collado de Roblehondo.

Lo que hay ahora

La una menos cinco minutos. Dos horas y diez minutos he tardado desde la entrada a la pista que recorre el río Borosa hasta esta casa de máquinas. Hoy en esta central eléctrica, no hay nadie. Esta todo cerrado y aunque se sienten las turbinas funcionando, parece ser que las casas están deshabitadas. Como durante tres días casi sin parar, ha llovido tanto, cae mucha agua por todos sitios.

Subo un poco siguiendo la senda que va al Salto de los Órganos. Una pequeña construcción con un puñado de tierra de cultivo y en ellas varios árboles frutales. Cinco cascada tengo ahora mismo aquí y manando de ellas un ruido que me deja sordo. Voy a dejar esta senda que sube hacia el barranco del gran Salto y me vuelvo para atrás. Por detrás de la central y remontado, estoy viendo una sendita que atraviesa la ladera. Más al fondo y lejos, veo los cortijos que vengo buscando. Puede que esta senda me lleva hasta ellos. Voy a intentarlo.

No me he encontrado ni siquiera a una persona en todo este recorrido. Sí vuelvo a ver otra cabras montes

que se refugia por debajo de la tubería que cae. Por la parte de arriba de la alambrada de la central, viene un camino. Atraviesa el tubo por un pequeño puente de madera. Por aquí creo que podré ir hasta los cortijos que busco.

Ya he remontado los primeros metros y me tropiezo con una construcción que se refugia en la misma curva que la pared rocosa tiene cuando ya termina de caer y se clava en la tierra de la ladera. Este es el Cenajo de los Toros, según luego me dirá Manuel. Tiene todavía sus tejas, está blanqueada por dentro, una puerta hecha de piedras tobáceas de por aquí e incluso están labradas y a los lados, con sus dinteles de madera de pino. A los que hicieran esta medio casa, el trabajo que les costaría subir las piedras y las maderas hasta este complicadísimo rincón.

Miro y sigo viendo la ridícula senda y por momentos me digo que voy a continuar y enseguida me contesto que como hace tanto viento, andar por esta ladera y por tan pobre senda, es peligroso. Si me coge una de estas rachas de viento y me tumba, voy al río sin remedio pero

rodando por la agreste ladera de más de cien metros que me queda por la izquierda. Pero voy a intentarlo porque mi deseo de llegar hasta el cortijo en un día como el de hoy, me empuja a ello.

Por mucho que llueva y muchas piedras que caigan, estando refugiado en esta covacha, no hay peligro. Desde aquí hacia el barranco hay una vista que pasma el aliento. Me pongo en marcha y mientras me voy curvando con la inclinación de la tierra y la senda, me acompaña una bandada de pajarillos que hasta parecen jugar conmigo.

Ya he atravesado quizá el peor trozo. Esto parece que empieza a mejorar. Veo el cortijo y mi ánimo se levanta. Pero si soy capaz de superar esta pendiente ¿quién me dice a mí que podré cruzar los arroyos que por esta ladera bajan antes de llegar al cortijo?

Por la pista sube un coche todo terreno. Voy comprobando que aunque tiene muchas piedras y se encuentra muy rota esta senda por aquí, se puede pasar bien. No hace mucho alguien ha recorrido este camino porque acabo de ver una pisada de persona. Vengo

volcando a la cuenca del arroyo y lo veo y lo siento. No trae mucha agua. Creo que podré cruzarlo pero ¿tendrá algún puente o pasarela de piedras?

Ya estoy a cincuenta metros de la corriente. No veo ningún puente y sí trae bastante agua. Con mis ojos puestos en la figura del cortijo que se aplasta en la ladera sigo y en cuanto llego a la corriente descubro que tiene este arroyo, tres grandes caños de agua, crece una junquera en el centro y tengo que dar el salto desde una piedra a estas plantas y desde ellas a otra piedra grande que se clava retirada y desde ahí, sólo me queda un caño menor que sí podré pasar con más facilidad.

Me dispongo y lo cruzo. Sigo el camino y ahora me digo que como hoy le dé por caer una tromba grande, al volver no podré cruzarlo. Remonto la inclinada ladera cubierta de pinos y mostrando complicados salientes de rocas y en cuanto estoy arriba, veo el cortijo al frente. Por la chimenea sale un chorro de humo y esto me indica que dentro hay personas.

Ahora me animo mucho más y aunque voy viendo que todavía tengo por delante de mí otros dos arroyos, lo que me preocupa es que comience a llover en cualquier momento. Y el cielo está por completo cubierto. Veo dos cortijos. Este segundo arroyo es más fácil de cruzar. No me ha costado casi nada.

Ya voy cayendo hacia el tercer arroyo próximo al primer cortijo. Son dos ramales los que por este arroyo bajan y aunque parece más importante, tampoco tengo problemas. Voy asomándome a una llanura y lo que ahora quisiera es que al llegar me encontrara con personas. Esta ha sido la causa que hoy me ha movido subir esta lejísima y complicada ladera.

Veo una oveja negra pastando. Atravieso la llanura y aunque el camino se mete por el lado de abajo, me remonto para entrarle un poco por lo alto a los cortijos. Trae mucha agua este cuarto arroyo. Remonto y estoy en el cortijo. Lo primero que me encuentro es con una tinada de ovejas. Por delante de mí van ocho de estas ovejas y descubro que están muy delgadas. Descubro que en esta primera construcción no hay ninguna persona.

Me voy por la parte de abajo y busca la segunda construcción que es de donde sale un chorro de humo por la chimenea. Sopla el viento y hoy hace mucho frío. Hasta puede nevar porque ahora es la época de la nieve y más por estas alturas. La tierra rezuma agua por todos sus poros. Las tierras llanas que se recogen junto al cauce de este arroyo, están anegadas.

Una senda que viene desde la tinada hacia la construcción de más abajo. Sobre el barro se ven pisadas de personas. Dos y diez cuando he llegado a esta primera construcción. Al acercarme, ladran unos perros. Un hombre mayor sale a la puerta y al recibirme, después de saludarlo, dice:

- Yo lo he estado viendo a usted subir desde aquel barranco, lo que pasa es que usted no me ha visto a mí.

Y es cierto: Manuel estaba entre el monte vigilando o cuidando a su ganado y mientras yo me he acercado a este rincón, ni siquiera he notado que me estuviera siguiendo. Entramos dentro y frente al fuego que arde, nos sentamos. Como es tarde le digo, a Manuel, su hijo,

la mujer de este hijo y a la mujer de Manuel, que voy a comer porque creo que es la hora y tengo hambre. Me dicen que ellos también van a comer y entonces saco del zurrón los presentes que para ellos traigo. Unas botellas de vino, algunas latas de conserva, varios dulces de Navidad, pan y fruta. Se lo ofrezco porque para ellos las he traído hasta este rincón y bien que ahora me siento feliz y ellos me ofrecen unos níscalos asados en las brasas de la lumbre y que han cogido hace un rato.

Mientras empezamos a comer descubro que la mujer de Manuel es sorda muda. También me doy cuenta que ya tiene bastante años y por eso se acurruca en el mejor sitio frente a la lumbre. Dejamos que pase el tiempo mientras les doy compañía y al rato, le pido a Manuel que desde la puerta me diga los nombres de la sierra que nos rodea. Salimos y aunque el día sigue nublado, no hay niebla sobre las cumbres. Sopla el viento y hace frío y sigo temiendo que en cualquier momento comience a llover.

Mirando hacia el gran barranco por donde baja el río Borosa me dice:

- Aquel es el Castellón del Haza y por debajo está el cortijo con el mismo nombre. Esta ladera de aquí más abajo, donde están los pinicos chicos que se ven unos claros, donde yo he visto ahí unos pedazos de labor, se llama el Robliar. Ahí había unas viviendas que le decían el cortijo del Robliar. Lo que remonta se llama el Collado de la Gamellica y este puntal que se viene hacia nosotros, también el Puntal de la Gamellica. Más para arriba, y por aquel lado, Poyo Serbal, El Talayón, otro puntal que hay en aquel lado. Por aquí, la Lancha de los Pinos, porque es usted, sino no se lo decía y esta hondonada, el Barranco de los Tejos, el monte que queda en el centro es el Puntal de la Hacica. Por ahí queda un lugar que se llama La Cuatreña. ¿Verdad que es un nombre bonito?
- Sí que lo es.

- Aquello que se ve es la Cueva Capedrea, allí dormía ganado en otros tiempos.
- ¿Y la cueva de las Higueras?
- Eso está muy junto a la caseta de Roblehondo, que era donde vivía uno que le decían el Tío Lobera.
- ¿Y este puntal que más levanta?

- La vaga que hace se llama el Collado del Hombrezuelo y Vaga de la Lancha esta que hay aquí.
- ¿Y la Cueva Bermeja?
- Esa queda por debajo de la Fuente de la Umbría. Si ha estado usted alguna vez en la caseta, donde remata la pista de la caseta de la Fuente de la Umbría.

- Entonces, toda la tierra por aquel lado del río ¿ya está nombrada?
- Nos queda aquello que se ve que le dicen Las Rozas, luego el Canalón de la Oradá y lo que usted me dice se llama La Lancha de las víboras. Esa es la cosa más bendita para criar cabras monteses. Un camino viejo que iba por ahí como podía. Lo que se ve por encima donde dice que bajó, Poyo Cerezo, lo que queda detrás, el Caballo de la Cueva y desde allí para arriba, el Caballo del Pocico.

- Y si nos venimos hasta la puerta de tu cortijo, este arroyo que lo roza ¿qué nombre tiene?
- Este se llama el Royo el Corral y si le sigo diciendo, porque es usted, aquello que se ve donde están los pinos replantados, es la Molata el Pañuelo, donde hay una raya

muy buena, la Pretina Bocacola, el Cinto de los Frailes, para que no se le olvide a usted, por debajo del Castellón del Haza, la peña aquella que levanta, el Collado de las Chozas, aquí a este lado que hay una cuesta de marca, la Cuesta del Picachal, el Portillo de la Almoteja, Puntal de la Ventana, que mire usted como se ve la ventana, este que hay enfrente Caracierzo, Bajas de Caracierzo y aquel es El Fraile que desde los balcones de Orcera, se ve.

Cae la tarde y aunque me estaría con ellos mucho más tiempo, temo que las lluvias se presenten y me coja la noche antes de llegar al coche. Los despido y me vuelvo por la misma senda. Son las cinco y cuarto. Una hora he tardado en bajar desde el cortijo a la central. Si tardo dos hora en llegar al coche, a las siente y cuarto ya estoy al final de esta ruta. Y cuando llego al coche, son las siete menos diez minutos. Así que desde la casa de máquinas de la central del río Borosa hasta la cadena de entrada, he tardado dos horas y cinco minutos. He pasado un día de año nuevo delicioso. Gracia al cielo, doy yo, por esta experiencia tan bonita y compartida con personas tan buenas.

La historia

Tengo que dejar escrito que los cortijos de Roblehondo de los Villares, existen clavados en la tierra de la ladera que mira al río Borosa y que dentro, vive esta pareja de dos hermanos serranos. Dos más de los muchos que se hicieron fuertes en los rincones de estas sierras y pertenecen al grupo de los últimos pastores valiente. Los dos ya son mayores y ella es sordomuda. El dedica el día a cuidar a sus ovejas por las intrincadas laderas de esta tremenda cumbre del Banderillas que le acoge.

Un poco más abajo, hay otro cortijo donde todavía vive una de las hijas del matrimonio mayor que hoy ha compartido lumbre y casa conmigo. Y claro que lo he pensado: "¿Qué hacen estas personas, en estos tiempos modernos, y viviendo en un cortijo tan pobre que este y hasta alumbrándose con candil de aceite? ¿Por qué no se arrancan ya de esta tierra que tan dentro llevan y se bajan al valle o se marchan a otros pueblos como lo hicieron tantos? ¿Qué es lo que esperan en esta aparente soledad y lejanía donde por no tener no tienen ni un puente para cruzar el río y desde la pista poder subir al su

cortijo y ni tampoco tienen un camino en condiciones por donde bajar o subir cada vez que necesitan acercarse al valle?

Al menos tres horas se tarde en subir y hay que recorrer casi diez kilómetros y salvar un nivel aproximado de quinientos metros a parte de los tremendos cortes de rocas y los romerales que hay que atravesar. En los días de grandes nevadas, que son muchos a lo largo del invierno porque, estos cortijos se encuentran en las partes más altas de la sierra, se quedan bloqueados y lo único que pueden hacer es sentarse junto al fuego y calentar sus manos con las llamas que desprenden los troncos. Si alguno de los dos un día de estos cae enfermo, para sacarlo de aquí ¿cómo se podrá hacer?

Y como tantas otras veces, ante la realidad de estos cortijos de Roblehondo y los sinceros serranos que todavía los siguen habitando, me digo que ellos son iguales a otros muchos: tienen la tierra metida tan dentro, que si un día las pierden, se quedan sin sostén bajo las estrellas. Prefieren morir en la privación de las comodidades de la sociedad moderna a irse del rincón

que les pertenece. Y claro que si lo medito sinceramente me digo que hasta tienen mucha razón. ¿Por qué deben irse y perder su libertad y el calor que da aquello que es propio y se lleva dentro?

Pero sí pienso que los otros, los que no son ellos y desde fuera y lejos les miran como reliquias del pasado y héroes que resisten en solitario ¿no podrían echarles una mano y, dejándolos en su mundo, construirles un puente en el río, trazarle un buen camino hasta sus cortijos, ponerles luz eléctricas y hasta incluso facilitarles algún medio de transporte para que puedan subir y bajar al Valle donde tienen ellos su primer núcleo de civilización? ¿No sería bueno ayudarles algo para que mueran en su rincón, porque este es su deseo como lo fue el de tantos otros, no tan desamparados por los que nos llamamos civilizados?

La historia

Una llanura, la corriente clara del río que la rodea y cuando ya la tarde va cayendo, las ovejas esturreadas y pastando en la fina hierba mientras, con la monotonía del agua que pasa, el tiempo que golpea y ellos subiendo

desde las tres matas de carrascas que, junto al peñasco, cubre la tierra y la niña que, al coger su palo largo de fresno, dice:
- Pues si no nos damos prisa, cuando lleguemos a la asperilla de las adelfas, la noche se nos habrá echado encima y con tanta oscuridad y sin teas, ¿cómo pasamos?

Y algo más arriba, por donde enredada sube la senda, cantan las perdices y como ya está avanzada la primavera, el hermano expone:
- Quizá entre esas piedras encontremos el nido lleno de huevos y me gustaría para que vieras.

Y como el padre lleva al burro del cabestro, camina delante, lento y mira pero no habla aunque sí, la madre que acompaña, abre su boca y como quien contesta:
- Esta cruz que sobre los hombros traigo a cuestas, tendré que soltarla junto a las encinas porque pesa.

Y en el momento mágico que hasta parece que de silencio llena el barranco, de sus corazones mana la

ilusión y con el rumor de la corriente, otra vez la palabra de la madre que consuela:

- En tus manos, Señor, están nuestras vidas. Gracias por tu amor y dígnate darnos hoy, un poco más de fuerzas.

6- GRANDES RUTAS
POR LA SIERRA PROFUNDA. Río Borosa

Puente de los Caracolillos, río Borosa, casa forestal de la Fresnedilla, Barranco de Roblehondo. 30-12-59. Carril. Andando o en bicicleta. Zona restringida.

La distancia

Desde el Puente de los Caracolillos hasta las ruinas de la casa forestal de la Fresnedilla, son unos seis kilómetros y medio. En ida y vuelta, serían unos trece kilómetros que sumados a los dos que hay desde el puente hasta la cadena, en la ida y vuelta, cuatro, dan diecisiete kilómetros.

El comienzo de esta ruta se sitúa sobre unos setecientos cincuenta metros y va discurriendo entre los novecientos a mil para alcanzar los mil ciento cincuenta metros, poco más o menos.

El tiempo

Si contamos desde el puente hasta la Fresnedilla, subiendo despacio, se puede tardar unas dos horas y algo y en bajar, algo más de una hora. Ida y vuelta desde la cadena, entre unas cinco a seis horas.

El Camino

Todo es pista de tierra en muy buen estado para andarla. Desde el puente de los Caracolillos hasta la casa forestal, una prolongada subida que remonta suave a tramos y bastante inclinada, otros. Es un buen camino para hacerlo sin prisa en forma de paseo y a lo largo de un día entero.

El Paisaje

Desde los primeros metros se nos presentan espesos matorrales de durillo, madroñeras, robles, pinos y encinas. El primer remonte para salvar el puntal que baja desde el Castellón del Moro también llamado de Guindas, nos va situando en un precioso balcón hacia el tramo final del río Borosa y siempre encajado entre la espesura del bosque.

Al dar la primera gran curva y enfilar arroyo de las Truchas arriba, la panorámica se nos recoge sobre el Puntal de la Carrasca que es el que nos irá acompañando todo el recorrido por el lado derecho del arroyo que viene cortando la sierra. Es un magnífico paisaje el que por esas laderas se ve y más todavía por pertenecer al bosque más puro de estas sierras.

Hacia el Castellón del Moro y el grandioso Pecho de las Instancias, nos sobrecogen las interminable laderas surcadas por sus arroyos cristalinos y emergiendo de entre la espesura de su negro bosque, algunos pinos laricios de porte excepcional. Sobre las cumbres que nos coronan por la izquierda, las crestas escarpadas, continuamente nos miran amenazantes. Los robles y las madroñeras, mezcladas con algunas matas de brezo, pertenecen a los mejores ejemplares que han dado las tierras de este Parque Natural.

Lo que hay ahora.

Son ahora mismo las once y media de la mañana y el día se presenta no sólo encapotado sino lluvioso y casi cerrado en nieblas. Lleva varios días de parar de llover.

Ya me voy con la pista que desde este Puente de los Caracolillos se divide y comienza a subir en busca del Barranco de Roblehondo de Guadahornillos.

Conforme voy subiendo la cuesta siento ruidos de coches y miro. Por la pista que recorre el Borosa hasta la central, sube un todoterreno cargado de personas. Remonta repentinamente esta pista y mientras busca la parte del puntal que cae, atraviesa un gran bosque de encinas y madroñeras. No llueve ahora pero es porque ha parado justo en este momento. Según me voy alejando del río se me va apagando el rumor de su corriente. El silencio del bosque con las gotas de lluvia que caen o gotean desde las hojas, es lo que va destacando por el corazón de esta mañana.

La pista esta por aquí, arranca desde el Arroyo de Linarejos, atraviesa todo el Barranco de Roblehondo, se mete por el centro de lo que es el núcleo de la reserva y viene a morir a la que por el Borosa sube. Desde una curva de estas veo con claridad el manantial que me he encontrado hace un rato cuando subía por el río. Y el arroyuelo queda a un lado y otro bajando por entre los

pinos y como es todo una pura cascada, se ve blanco y es precioso.

No viene de ningún sitio este manantial sino que nace bajo las rocas de un cerrete que hay, se ve aflorar desde aquí y más para arriba ya sólo rocas y pinos. Y desde ese punto hasta el río es todo un puro chorro lleno de espumas y curvas blancas que caen. El Borosa hoy baja a tope. Nunca lo he visto con tanta agua.

Remontado unos metros más, se me empieza a presentar el profundo cañón del río en el trozo que lleva hasta la cadena y por la pista veo subir un grupo de tres o cuatro personas. En la lancha que cae desde lo alto, una cueva en forma de triángulo. No la había visto yo hasta hoy. Desde la curva, frente me queda el Hotel de las Hortezuelas. Se ve perfectamente.

Remonto el puntal de esta ampulosa curva y aquí me tropiezo con una pista muy rota que por la derecha, se deja caer hacia el arroyo. Por este camino bajamos nosotros aquella noche, mucho antes de que estas sierras fueran Parque Natural y decidimos dormir junto a las aguas de este arroyo de las Truchas. Este trozo de pista

fue el camino que sacaba a las personas desde esta profunda sierra hasta el río Guadalquivir por el Coto Moreno. Al remontar la cuerda que me va quedando por la derecha, se divide y un ramal se va por la cumbre mientras que el otro bajaba a las llanuras del río Grande. Seguía luego por donde ahora recorro la pista y un poco más adelante, remontaba por mi izquierda hacia el cortijo de Guindas y desde ahí, para la Lancha de Los Pinos.

Por la pista ha corrido el agua. De vez en cuando, tanto a derecha como a izquierda, me voy encontrando con madroñeras todavía con muchos frutos rojos colgando de sus ramas. Y una realidad que me satisface: ya estoy totalmente seguro que en este recorrido hoy no voy a encontrarme con turistas. Sigue sin llover y hasta se han abierto algo las nubes dándole al día un poco más de luz. Suave sopla el viento y al mover el bosque se produce un ruido agradable. Y como el bosque está tan verde, los paisajes parecen de ensueño. El rumor que ahora siento es el de la corriente del arroyo de las Truchas que baja paralelo a la pista que remonto. Y por la ladera de enfrente, veo salpicados, algunos chorreones de agua que son arroyuelos menores.

Tres pinos por completo secos, totalmente naranja porque se han secado este año. Tanto por aquella ladera como por esta, de entre el bosque, a trayectos, resaltan pinos secos y también robles. Por la derecha de esta pista, le tuvieron que poner un trozo de muro de piedras para sujetarla porque la ladera es muy inclinada. Desde este punto ya se ve el arroyo. Desde aquí descubro un trozo de la senda que va por la ladera de aquel lado del arroyo. Me digo que si hoy pudiera cruzar yo este Arroyo de las Truchas, me iría por esa senda hasta el valle del Guadalquivir.

Ya aquí al dar una curva, me encuentro en el centro, realzado sobre el trozo de ladera que cae desde el Castellón del Moro. Desde el arroyo se levanta un chorro de niebla. Descubro ya toda la enorme cuenca de este largísimo arroyo y al final, otro bloque de niebla que intuyo cae por el antiguo y hoy desaparecido Puente de la Gracea. Un gran roble sobresaliendo por entre el bosque y todavía con sus hojas amarillas enganchadas en las ramas. Por aquí empiezan las espesuras de las malezas de este Roblehondo. Madroños, durillos, encinas, robles,

lentiscos, cornicabras y romero. Es tremendo el bosque que por rincón se concentra.

Me doy cuanta ahora por qué la pista que vengo siguiendo trazaba una cerrada curva. Es porque baja un espigón rocoso, final del Puntal de Guindas entre el Arroyo de las Truchas y el Borosa, en forma de muralla que sobresale del bosque y por eso el camino busca pasar por el mejor punto.

Son ahora las doce de la mañana y empieza a llover. Por aquí voy recorriendo un trozo de pista que es pura recta y muy larga. No hace viento pero si me llegan pequeñas oleadas de perfume manado de las flores de los madroños. Precisamente es esta la época en que florecen a la vez que también dan su cosecha del año anterior. Los romeros que me voy encontrando pegados a la pista, algunos están ya florecidos. Veo que por la otra ladera gemela a la que voy recorriendo y que me acompaña por la derecha, baja otro arroyuelo repleto de agua.

Un arroyuelo o pequeña hondonada que me sale al paso. Junto a la misma pista y por la derecha que es el lado de abajo, una gran noguera. Miro y en el mismo cerrete veo restos de una antigua casa. Por aquí estuvo la casa forestal del Pecho de las Instancias. Recuerdo yo ahora que cuando aquella vez pasamos por aquí, estuvimos descansando bajo la sombra de esta vieja noguera.

Un poco más adelante, veo un montículo de piedras sobre las cuales han nacido ya algunos pinos. Junto a los trozos de paredes que todavía quedan en pie, dos nogueras más. Por la izquierda entra como un jorro y es el trozo de camino que venía y sigue viniendo desde los cortijos de Guindas. Como a unos cien metros más adelante y a la derecha, un gran pino seco. Se ven otros por el barranco y más al frente.

Se curva a la izquierda como ciñéndose al castellón para salvarlo. La pista discurre llana y al frente me sobrepasan otros grandes picos. Son la prolongación del Calarilla hacia este barranco que por aquí se convierte en el Castellón del Moro o quizá mejor llamado, de Guindas.

Estas son las figuras de las crestas que coronan el Pecho de las Instancias. Se ve la niebla remontando por las hondonadas.

Miro mi derecha y descubro que por lo hondo, el gran arroyo de las Truchas se divide en dos. El que viene desde aquel lado de los Hoyos de Muñoz que es el arroyo de Guadahornillos y el que se me viene hacia donde voy remontando que es el cauce de la Gracea. En el centro queda como otro gran puntal. Justo por ahí avanza la senda que saca desde estos barrancos hacia el Tranco de la Carrascas y en ese puntal que se recoge entre los dos grandes cauces, se encuentra el casi ignorado y famoso Robledo del Toril. Según me han dicho, justo en este punto creció el grandioso pino que llamaban “El Abuelo” y que dejó de vivir aquella tarde de agosto cuando fue alcanzado por un rayo.

Otra tercera hondonada y esta baja por el centro de dos grandes espigones. Por lo alto observo un buitre volando. Se oye caer una cascada por entre las rocas que me quedan por la izquierda pero por el arroyuelo que atraviesa la pista no encuentro agua. Sube la pista y por

el centro corre un caño de agua limpia como el viento. Por el lado izquierdo y algo más adelante, descubro como un pequeño canal tallado en la tierra y el agua viene del tercer gran castellón.

Sé que por entre estos castellones se abren varias cuevas y muchas de ellas hasta tienen su bonita historia. Ya remontada la curva de la pista, desde otra algo más adelante, veo la pared de un viejo edificio que no pude ver al pasar por su lado. Me quedaba tapado con el monte y escondido en la ladera. Son estas Las Cabrerizas, otro también antiguo cortijo del que sé algo. Al volver me pararé para disfrutarlo despacio.

A la altura del tercer gran castellón me cruzo con la línea eléctrica que viene desde la central del río Borosa. Asoma justo por el Collado de este Castellón de Guindas. Tres cables que caen hacia el barranco cortando el puntal que queda entre los dos grandes arroyos, sube por los Hoyos de Muñoz y vuelca hacia el Cantalar. Si desde aquí me fuera ahora siguiendo los cortafuegos que se alargan por donde va el tendido de esta línea, en tres kilómetros un poco más, llegaría a la central eléctrica.

Llevo ya andando hora y media y me voy acercando al cauce de este arroyo llamado de la Gracea. Comienzo a sentir el rumor de su corriente que por lo que intuyo, debe ser muy torrencial. Segunda hondonada rebasado ya el tercer castellón y por aquí también se siente agua correr. Y ahora que ya voy llegando a la cabecera de estos cauces caigo en la cuenta que es la primera vez que no me puedo echar a andar por en medio del monte. Y lo digo porque con tanto como ha llovido me encontraría arroyos por todos sitios y sería casi imposible cruzar las riadas que los cauces hoy traen. Y quiere esto decir que nunca he visto yo tanta agua, en el tiempo que piso estas sierras, como estoy viendo estos días.

Remonto un nuevo barranco y en lo hondo diviso un gigantesco pino laricio. Estoy descubriendo que los pinos que por estos lugares crecen son tremendos. Un poco más adelante, en un puntal menor, la pista corta un gran bloque de rocas quedando atrincherada. Voy entrando en el gran barranco del arroyo de la Gracea. Al frente y antes de cruzar este cauce, veo subiendo la pista que llevo.

Desde aquí para arriba todavía hay mucho barranco de Roblehondo.

Justo donde la carretera vuelve a quedar atrincherada, a la derecha y del barranco, surge otro impresionante pino laricio. Blanco y este sí esta cuidado porque veo que lo han talado. Hay aquí un puente perfectamente construido y es un arroyuelo que baja del lado izquierdo. Me voy acercando al arroyo y aunque este es un cauce principal, sé que el otro es mayor.

Otro arroyuelo con su puente. La distancia hasta la caseta de Roblehondo, aunque llevo casi dos horas andando, es mucha más. Aquí me encuentro con otro puente que a simple vista quiero creer es donde aquel día estuvimos comiendo. Pero no. Se encuentra bastante retirado de este barranco. Lo cruzo viendo que este cauce baja repleto y la pista ahora, traza una curva y comienza a subir para remontar el puntal que se ha quedado entre los dos grandes cauces. Traza una curva muy parecida a otra que conozco cerca ya de la casa de Roblehondo.

Pero creía que era sólo un arroyo y son dos porque la pista los va cortando ya muy remontada sobre el gran barranco. Viene casi siguiendo la curva de nivel que limita los mil cien a mil cuatrocientos metros de altura. A este cauce le llaman también Arroyo de las Grajas.

La pista que ahora remonto hacia la parte alta del puntal que se recoge entre los dos grandes cauce, baja toda convertida en río. Por las orillas me saludan las madroñeras y algunos de sus madroños, bien gordos y maduros, ruedan por la pista y empujados por el chorro de agua que clara. Y de pronto, dos madroñeras centenarias que están por completo cargadas de madroños rojos. Hasta cuelgan de ellos frágiles gotas de agua limpia. La vista, desde esta ladera, domina perfectamente a la que he recorrido hasta cruzar estos dos cauces.

Voy a remontar, dentro de un rato, a los mil cien metros y el Castellón del Moro alcanza sólo los mil doscientos veintisiete. Ahora observo que los paisajes que me parecían grandiosos, vistos desde aquí, son una minucia si los comparo con los que me sujetan y los que me coronan. Observo el gran castellón en el centro y el

barranco que va configurando el arroyo de Las Truchas hacia el Borosa y al fondo destacan las casas de la Loma de María Angela.

El cerro este de enfrente, hay que ver la cantidad de agua que viene soltando por el lado izquierdo. Toda va corriendo por la pista hacia el arroyo que he rebasado. Casi coronando, en la misma pista, otro gran pino laricio. A la izquierda me tropiezo con un acebuche. Junto a él, una enorme mata de brezo. El único lugar en todo el parque donde se da esta especie.

Al coronar la curva descubro que este cerro está situado frente a los Hoyos de Muñoz que es por donde la línea eléctrica vuelca hacia el valle del Guadalquivir. Y observo que todavía me queda en el centro, desde donde estoy hasta la casa de Roblehondo, otro gran cerro. Al menos esto es lo que desde donde estoy, descubro.

Desde el puntal que tengo al frente, al otro lado de un arroyo que me separa del lugar donde estuvo la casa forestal de la Fresnedilla, cae una pronunciada ladera y fragua un profundo barranco por donde corre un arroyo

también muy considerable. Este es el segundo en categoría que le entra al arroyo de las Truchas según vengo subiendo y por este lado izquierdo.

Sigue remontando la pista ya metida en la zona de los mil cien metros y de pronto, cortando el camino, me tropiezo un grandísimo pino seco y caído. Uno metros más arriba me tropiezo con una fuente que no tiene agua. La pista traza una airosa curva buscando cortar, por la parte más alta, tres o cuatro arroyos que bajan por este barranco de la Fresnedilla y luego descansa sobre el puntal llamando del Enebrillo.

Leo aquí el kilómetro quince y sé que viene contando desde el arroyo de Linarejos, cerca de Vadillo Castril. Por aquí hay una pista que se aparta a la derecha, sube un puntalillo y veo las ruinas de una vieja casa. Esta fue la grandiosa casa forestal de la Fresnedilla de Roblehondo, porque en estas sierras existen más fresnedillas. Una en las Sierras de las Villas y otra en el nacimiento del río Aguasmulas.

Sigo este trozo de pista y me voy hacia las ruinas que mudas descansa sobre la tierra empapada. A un lado y otro de esta abandonada pista, crecen espesos los robles como si los hubieran sembrado queriendo. Frente queda, bajando hasta lo hondo del arroyo, el paso de la Gracea y la senda que sube hasta los Hoyos de Muñoz.

La casa está por completo toda derribada, varios olmos por donde se enredan algunas parras y por los lados, como unos barrancos de haber sacado tierra. Remonto el cerro y tengo aquí como una alberca. Tiene muy poquita profundidad y como está hecha de mampostería pienso que hasta pudo ser lugar donde secaban las piñas para sacar las semillas. También pudo ser una era pero no me convence. Es totalmente redonda y se encuentra en lo más alto del cerrillo. Grandes nogueras. Por encima me remonta la gigantesca cuerda del Calarilla.

Vuelvo otra vez a la pista y decido seguir un poco más por si veo la casa forestal que por ahora, siguen en pie por estos barrancos. Ya llevo casi tres horas andando. Unas higueras que están secas por completo, hacia el

barranco de la derecha y otra noguera grandísima. Muchas nueces por el suelo pero todas con el agujero de habérselas comido o los pájaros carpinteros o las ardillas. Por aquí los pinos que me voy encontrando son Laricios y esto me indica que me muevo por zonas mucho más altas.

Unos metros más adelante de las ruinas de esta entrañable casa, un arroyuelo con su puente y justo al cruzarlo, a la izquierda, se desvía una pista que remonta y se le ve en muy buenas condiciones. Si ahora mismo me fuera por este nuevo camino llegaría hasta un rincón que se llama Fuente de la Umbría, otra vieja y derruida casa forestal. Desde ahí no estaría muy lejos de la cueva del Aire, donde dicen vivió el Tío Lobera. Y si todavía siquiera remontando atravesaría unos impresionantes voladeros e iría a salir a otro camino que por lo alto de la altiplanicie del Calarilla, recorre esa zona y lleva al Puente de Guadahornillos y desde allí a la pista forestal de Nava de San Pedro.

Pero no me voy por este ramal de pista sino que sigo con la intención de andar unos metros más hacia el

profundísimo barranco de Roblehondo. Son exactamente las dos de la tarde, lo que me indica que llevo ya tres horas andando. Cae una lluvia menuda de vez en cuando pero creo que en cualquier momento puede empezar a llover con fuerza porque está muy oscuro y el ambiente como en un suspense.

Y como mi ruta de hoy no pretendía sino recorrer hasta la mitad, este bellísimo y solitario barranco, en este punto, voy a detener mis pasos. Me voy a sentar bajo una roca que me encuentro cerca y voy a comer. Después daré la vuelta y desciendo pausadamente por el mismo camino para que no me coja la noche antes de alcanzar el coche. No podría haber conseguido más en tan breve tiempo y corto camino. Hoy ya estoy plenamente satisfecho y por ello, como tantas veces, doy gracias a mi Dios.

La fragancia eterna

Toda la mañana ha estado él presente en la tierra de la llanura y mientras las ovejas pastan comiendo la hierba fina que han regado las lluvias del otoño, se va por las encinas y de las que crecen por la orilla, derriba las

bellotas y se llena los bolsillos y está sentando en la piedra grande, frente al llano y a los animales y comiéndose algunas, cuando llegan a su lado y hablan:
- Ayer te multamos y esta mañana venimos a por ti para prenderte y encerrarte a ver si así escarmientas.

Y el que es pobre y no tiene en sus bolsillos y manos nada más que un puñado de bellotas y en su corazón, el amor por la tierra y el dolor por sus ovejas, guarda silencio y al poco ya lo escoltan por la senda que cruza el río de aguas claras y en cuanto al cortijo viejo llegan, lo empujan a la cámara y lo encierran advirtiéndole:
- Ahí te quedas y sin comida ni luz, vas a estar tres días y luego ya veremos.
Y él, todo humilde, quiere preguntar:
- ¿Y mientras tanto mis ovejas?

Pero guarda silencio y abrazado a su propia miseria, se acurruca y llora y al mirar y ver la luz del día por las rendijas de la desvencijada puerta, para sí solo se dice:
- Privado de libertad en mi propia tierra y humillado como si un maleante fuera ¿cuándo se ha visto y cómo aceptarlo en mi alma vieja?

Y en la mañana sencilla que es pura luz y lluvias de otoño mezcladas con el olor de las ovejas, en su rincón escondido, llora e inocente sueña que algún día será libre y al modo en que lo son las mariposas y las esencias que brotan de las madroñeras para que así, aquellos y estos, comprenda y vean.

7- GRANDES RUTAS POR LA SIERRA PROFUNDA. Río Borosa

Tranco del Perro Cerrada de Elías, Los Villares, Roblehondo, Collado de Roblehondo, Tranco del Perro 20-4-96.
Carril y vieja senda. Solo andando. Zona restringida.

La distancia

Tengo que marcha la distancia desde la misma cadena que corta la pista que sube por el río Borosa. Y desde este punto hasta el mismo Tranco del Perro y luego a los puntales que ya dan vista a los Charcones y Campos de Hernán Pelea, aproximadamente son trece kilómetros y medio que sumados a otros tantos de vuelta, dan veintisiete kilómetros.

El tiempo

Sin ninguna duda que para recorrer esta ruta, se necesita una jornada completa y bien apurada tanto por la mañana como por la tarde. Puede emplearse entre diez a doce horas, sumando los descansos que son necesarios para completar con éxito tan bello recorrido.

El Camino

Va esta ruta, por uno de los caminos más bellos y fantásticos que existen a lo ancho del gran Parque Natural. De ello da buen testimonio el primer tramo remontando por el arroyo de los Villares, en todo momento saltando y encajado por entre preciosos cortes rocosos y blancas cascadas, los bosques de espesos pinares que lo van arropando y la majestuosa figura de las cumbres coronando desde lo más elevado.

El tramo de senda que va desde la misma aldea de los Villares hasta el collado de Roblehondo, discurre por una delicada ladera que se asoma al gran barranco del Borosa y en todo momento muestra la belleza del paisaje más completo, rocas, encinares, pinares, romerales y panorámicas hacia las cumbres al frente y a los lados, y ofreciendo a cada paso, la emoción de los barrancos, los arroyos, mágicas praderas y las sombras que arropan sin interrupción.

Desde el collado de Roblehondo, el tramo de senda que remonta hasta el impresionante Tranco del Perro, viene a ser como la perla que remata a la corona. Por la

inclinada ladera se ciñe la senda y al llegar a las rocas del paredón que presenta la cuerda del Banderillas hacia el Borosa, lo corta con la elegancia más fina y en cuanto se encaja en la trinchera de las dos murallas pétreas, deja sin latidos al corazón y sin respiro al alma por la acumulación de tanta belleza, en la soledad más tremenda de la cumbre pero al mismo tiempo, la presencia en el fluir misterioso, de tantos ríos mudos que son y están y no tienen nombre.

Desde este punto hasta lo más alto del puntal donde remata la ruta, que no la senda, todo sigue manando desde su tremendo silencio y al coronar la vereda, parece como si hasta la misma tierra de la loma se extendiera para que descanse y observe hacia el infinito de tantos horizontes cuajados de mundos que se anuncian tenebrosos y son trozos de la humana alma. El camino por el que discurre esta ruta, ni en sueños ni en fantasía, le cabe más emoción ni belleza real por el verde de sus bosques y la luz que chorrea desde sus cumbres.

El Paisaje

Discurre esta ruta por una inclinada ladera que no parece nunca tener fin y a lo largo y ancho de toda ella, se suceden los arroyos menores con sus chorros de aguas limpias, los cortes de rocas blancas como si de las mismas nieves ya hubieran tomado el color y la vida, en forma de árboles, plantas enanas, flores, hierba y animales silvestres, hierve y pulula a cada paso.

El arroyo de los Villares y al final, las tierras donde estuvo la aldea, los collados de la Cierva y Roblehondo y los picos de los dos calarejos, Villares y el de los Nevazos, son como las columnas centrales que sostienen al escenario más bonito de la sierra entera. Y por no falta ni falta cielo azul, siempre coronando pero a dos pasos y los manantiales limpios que se esconden como las violetas y en cuanto se saben donde están y se les pide un sorbo, se abren preñados de transparencia.

Los pinos laricios, son de los ejemplares más serios y también los robles, algunas nogueras y luego los bujes y los madroñales y por donde se amontonan las encinas, sujetando a los calares que chorrean, crecen las plantas

más sutiles a la sombra de las cuevas y por entre las grietas de las rocas. Y para que no falte, no faltan ni las ovejas ni las cabras ni lo viejos cortijos que todavía retienen a la vida entre sus paredes y el sonar de algún cencerro y hasta el canto de los gallos hechos reyes con la tierra.

Lo que hay ahora

El sueño más esperado de mi vida, lo he realizado hoy, día veinte de abril de mil novecientos noventa y seis. He subido todo el río Borosa hasta la altura de la Cerrada por excelencia pero no he penetrado por ella, sino que me he venido por la pista que, por la izquierda, la corona y al llegar al arroyo que baja y se llama de los Villares, he buscando una senda para remontar hacia este rincón y no la he encontrado.

Entonces me he vuelto para atrás y donde la pista traza una curva grande y sube y baja, según vengamos, hay un gran espigón de rocas. Por ahí mismo me he salido de la pista por el lado de arriba y enseguida he tenido la suerte de encontrar, por entre y encima de las rocas, una senda. Se ve que fue utilizada en otros

tiempos aunque ahora no está trillada. He subido por ella, saltando y sorteando las rocas y asomándome de vez en cuando al arroyo que desde los Villares baja, sintiendo y gozando las cascadas y cuando ya he terminado de remontar a las tierras donde estuvo la aldea, me he venido para la izquierda buscando un jorro que baja.

Es este un jorro que abrieron cuando sacaron las maderas, troncos de gruesos pinos y robles, restos de aquel gran incendio que hubo hace unos años por la parte de arriba de las tierras de la aldea. Fundamentalmente fue por la ladera sur del pico Calarejo de los Villares. He subido todo el jorro e ido a parar a las tierras que fueron las huertas de aquella aldea llamada los Villares. Baja por aquí mucha agua que brota de aquellos manantiales que siguieron en su fluir después que se fueran ellos.

Es este el momento en que recuerdo la experiencia del otro día, justo desde esta hondonada hasta el collado de la Cierva, Calarejo de los Nevazos y cortijos de Roblehondo y por eso la quiero recrear. “ Por esta hondonada, desde el puntal de la aldea hasta el cauce del arroyo, Castillico y casa forestal de los Villares, me

encuentro varios olivos. Sigo los hortales hacia el edificio de la casa forestal. También algunas nogueras más y hasta me encuentro con algunas matas de pitas. Otros árboles que se han secado, cerezos, manzanos, granados y más bancales de hortales.

Crecen espesos los juncos y el agua empapa toda la tierra. Tres nogueras que son tres bosques completos y el segundo manantial. Por la parte de arriba sembraron los pinos. Del tronco de un olivo con tres pies sale el caño de agua pero el caño mayor, viene de más arriba. Como del paredón de rocas que por este lado presenta el Calarejo. Se siente el rumor de chorrillos por todos sitios. ¡Qué abundancia por tan ricas tierras y tan alto! Justo me encuentro en la franja de los mil doscientos metros.

En la ladera de este segundo manantial, se encuentra la alberca. Sigo viendo muchos excrementos de vacas y ya estoy llegando a la única casa que todavía permanece en pie. Descubro que no la tiraron al modo en que fueron las de la aldea pero sí está bastante derrumbada. Se alza en la pequeña ladera que levemente se enfrenta al puntal

de la aldea y se esconde entre los pinares, por completo en su soledad y todavía como celebrando un triunfo.

Ya rozando sus paredes, me detengo y cuento cinco escalones en la entrada. Una puerta con su arco, una ventana grande, en el centro, una segunda puerta también con arco, pintada de azul y en el centro quedaba la estancia principal con la chimenea. Por su apariencia, fue bonita esta casa. Su tejado es a dos aguas con tres ventanas hacia el barranco.

Desde la casa para delante, la senda sigue buscando el otro barranco que es el mayor pero a mí me gustaría seguir remontando hasta el mirador del Castillico que tengo por encima de la casa y si me fuera posible, continuaría elevándome hacia el collado del Calarejo. Me vengo por el monte y me tropiezo con una cueva en las rocas. Desde la altura del Castillico, ya veo el segundo gran barranco que es el que viene desde el collado de la Cierva, la ladera norte del Calarejo de los Nevazos y la ladera sur del Calarejo de los Villares. Muy largo es este barranco y se presenta con varios arroyos todos repletos de agua.

Miro y veo que el jorro muere como a mitad del barranco y por la otra ladera, descubro la senda perdiéndose hacia Roblehondo. Esta ladera sur del Calarejo, ardió por completo y ya le han cortado los troncos de los pinos que también quedaron carbonizados. Parecen esqueletos las sabinas y más lo son las carrascas. Los pinos que valían para madera, se los llevaron y lo que por la tierra ha crecido, sólo son un puñado de carrascas, algunos romeros y cuatro sabinas rebrotadas.

Llego hasta el primer arroyo menor que, al grande, le entra desde el lado del Calarejo. Trae mucha agua y por eso hasta me asombra un poco su ruido. Salto las rocas y busca una senda que ni siquiera sé si existe porque ahora lo que pretendo es remontar hasta el mismo collado que tampoco conozco ni puedo adivinar lo que al otro lado me encontraré.

Me doy de bruces con una, no muy marcada, senda y me voy por ella porque me sirve para avanzar en la dirección que llevo. Estoy ya bastante cansado y ahora

que me encuentro como perdido en la hondura de este barranco que a su vez se encaja en la profundidad de una sierra salvaje y lejana, me paro a comer. Es un respiro más y porque también necesito fuerzas para terminar de remontar.

Tardo diez minutos y ya sigo por esta vereda que parece senda y no tengo la seguridad de que lo sea. Unos metros, y por entre los romeros y las rocas, se me pierde. Avanzo algo más y aprovechando una repisa, remonto con el entusiasmo de coronar el gran collado de la Cierva. Atravieso una ladera muy tupida de romeros y mirtos y ya me voy encajando en la estrechura del arroyo porque su nacimiento no me queda lejos.

Otro pequeño gran arroyuelo. Es precioso tanto la caída del agua por la superficie de unas rocas macizas como por la vegetación y el punto sobre esta extraña, por su belleza, ladera. Los últimos metros para coronar y ahora me guío sólo por el surco del incipiente arroyo que viene naciendo. Dentro de unos momentos voy a roza la curve de nivel que va por los mil cuatrocientos metros.

Paisajes de alta montaña que son los que particularmente me gustan. Rocas alisadas de las nieves y los hielos, blancas ceniza para ser más hermanas de las nubes, piornos espinosos, mirtos muy verdes y robustos como las mismas rocas, algunas matas de tomillo, ajedrea, enebros arbustivos y los extraordinarios pinos laricios con sus troncos color plata. Cubre la tierra las almohadillas de algunos cambrones y luego el musgo adherido a las piedras que chorrean agua y como esto ya sí es casi la cumbre, el hilo de agua que se hace arroyo, por aquí son hebras cristalinas que se forman de lo que la tierra rezuma por doquier.

¡Qué paisaje más bonito y qué sensación de estar vivo por el agua que lo empapa y la hierbecilla que brota! Los hilos de agua parecen jugar con las piedrecitas y la misma hierba mientras bajan suaves como si dudaran irse de este collado que tanto la quiere. Y cuando ya es la cumbre casi total, entre los mil quinientos metros, sólo se ven rocas desnudas de calizas blancas y las gotas, casi de rocío inmaculado, deslizándose imperceptiblemente. ¡Cuánta belleza se amontona en los paisajes de las altísimas cumbres de estas sierras! ¡Cuánto silencio

bombeando presencia real de Dios en la sustancia misma de lo que es corazón de la eternidad!

¿Qué espero ver cuando llegue a la cumbre de este collado? Me vengo preguntando y en unos minutos más, ya descanso sobre ella. Y lo primero que me asombra es que justo donde el collado tiene su curva, no hay rocas sino tierra virgen con sus matitas de hierba fina y la humedad rezumando. Como si aquí mismo, la quietud del terreno, estuviera fabricando en su vientre, a la propia agua que suda. Algunos charcos redonditos con la transparencia del viento retenida en ellos y el rumor es tan leve que hay que detenerse y aplastar el oído contra el suelo para percibirlo.

Sé que ahora mismo me encuentro sobre la tierra del collado de la Cierva y también contiene el mismo nacimiento del arroyo de los Villares. El caudaloso cauce que se despeña al Borosa por la parte de arriba de la Cerrada de Elías. Varios pinos laricios enanos que al verlos, pienso en lo mucho que les gustaría a las personas que tanto coleccionan plantas reducidas en macetas casi de juguete. Y unas joyas color oro,

adornando la hermosura de tierra tan virgen: los narcisos enanos que apenas sobresalen de la tierra unos centímetros.

Lo primero que se me presenta por el lado de la derecha, es el lomo de las Banderillas con su tono ceniza plata y alzándose imponente. ¡Qué majestad tan bien tallada! A continuación toda la elevadísima cuerda alargándose hacia el nacimiento del río Segura. ¡Qué espectáculo tan sobrecogedor! Todo el gran barranco que desde las Banderillas cae hacia el alto de la Campana y las Malezas con este mismo nombre.

Respiro profundo y mientras dejo que se me clave dentro la inmensa panorámica agradezco a mi Dios este tan hondo consuelo en rincón tan singular de su edén. Por debajo de la mole de las Banderillas, veo el solitario cortijo, que es casa forestal de los Pardales. Es espectáculo es grandioso. Los barrancos por donde van naciendo los mil arroyuelos que al juntarse forman el arroyo de la Campana y luego el río Aguasmulas y las tremendas quebradas siempre presididas por la pared recia que cae desde la cumbre del Banderillas.

Desde este punto, me muevo para la cumbre que va dando forma al Calarejo de los Nevazos. En silencio y casi muerto de asombro, lo recorro, caigo por el lado que viene dando a Roblehondo, atravieso los calares y las mil encinas que los pueblan y dos horas más tarde, me encuentro con uno de los cortijos de Roblehondo, saludando a los que para siempre serán mis amigos serranos y charlando con ellos, de sus luchas y de mis sueños”.

Desde este punto, aquel día de mi ruta por las cumbres de esta parte de la sierra, me vine hacia el río Borosa y regresé con mi alma, una vez más, anonadada y sin fuerzas o más bien sin ganas, de apetecer nuevos manjares. Cerré la ruta y desde aquella experiencia no me olvido ni de los paisajes desparramados por estas tierras ni de las sensaciones tan dulces que experimenté.

Por la hondonada donde estuvieron las huertas de aquella aldea de los Villares, me muevo atravesando los juncos que ahora las cubren. Busco la senda que traje el otro día y dejé por aquí para irme hacia el collado de la

Cierva. Avanzo un poco por el jorro y no dejo de mirar para la ladera de enfrente, derecha y arroyo, buscando la continuación de la vereda por entre el monte.

Parece que la he descubierto a lo lejos pero algo me dice que no es así y entonces, como creo que he remontado más de lo debido, prescindo del jorro y me dejo caer para el surco del arroyo. Lo sigo un poco saltando por la corriente y por unas rocas, cruzo y brinco por encima de las lastras, en mi interior diciéndome que esta no es la senda. Aunque sí existen muchas veredas de los animales que recorren la tierra. Son las ovejas que vi el otro día y vienen desde los cortijos de Roblehondo.

Sigo por estas veredas y enseguida, a unos cien metros, descubro la senda verdadera. Me paro, miro para atrás y la veo: viene por la otra ladera bajando desde las tierras del barranco que baña el agua y cubren los juncos y se mete en el surco de este arroyo. No la encontraba porque yo me he ido buscándola mucho más arriba. Por la ladera donde ahora estoy, remonta trazando zigzags y parece que por aquí ya sí muestra un buen rumbo. Cimbrea por la ladera para los cortijos de Roblehondo.

Antes de asomar a esa loma, me tropiezo con una manada de borregos de unos cuatro o cinco meses que vienen senda adelanta en busca de los pastos por las tierras de los Villares. Al descubrirme, miran sorprendidos y enseguida se vuelven y por la senda, regresan corriendo ahora por delante de mí. He querido tranquilizarlos para no echarlos del rincón que les pertenece pero como por aquí el monte está muy espeso, se han asustado, han dado media vuelta y en lugar de salirse de la senda e irse por las tierras, la siguen delante mía. Lo siento porque no es mi intención desplazarlos del rincón que les pertenece.

Avanzo un poco y me los encuentro antes de llegar a los cortijos, en un ranchal, tierras desprovista de vegetación, y donde se ven también las ruinas de un cortijo. Por aquí se han parado ellos a pastar con otra manada de ovejas. Los dejo atrás y esto me consuela, sigo y a la derecha, me sale una senda menor, que se aparta de la que llevo. Intuyo que ella va para el primer cortijo de los dos que por este Roblehondo están habitados.

Sigo mi rumbo y al llegar a la altura del primer cortijo, por donde mi senda va, atraviesa otro rodal despoblado de vegetación. Lo cruzo con la prudencia de no perder la senda y de inmediato me sale al paso la espesura de un robusto bosque de encinas no muy grandes. Por aquí me cruzo con la goma de plástico que recoge agua de los tornajos en esta ladera sur del Calarejos de los Nevazos y la lleva a los cortijos de más abajo. El otro día me sirvió de guía para orientarme por esta complicada ladera por la cantidad de rocas sueltas que la cubren y el espeso matorral.

Rebasados los cortijos habitados, a la derecha y cerca de la senda, me sale al paso las ruinas de otro cortijo. La senda casi lo rozaba y ahora recuerdo que por este Roblehondo, en otros tiempos, hubo siete u ocho cortijos de los que hoy sólo quedan dos. El que ahora me encuentro se ve por completo destruido, con sólo algunos trozos de paredes a punto de desplomarse pero sin techo ninguno. Y me digo que es curioso porque se sitúa en lo alto de un puntal, mucho más arriba que los dos que todavía están habitados. Mira para el gran barranco de

Roblehondo y me asombra por lo bonito que este rincón es.

Y por aquí me voy encontrando, todo este monte lleno de ovejas y cabras. Por la ladera que queda al otro lado del arroyo y baja desde la pared del Tranco del Perro, también pastan muchas ovejas. Sigo mi senda y atravesando la ladera ya buscando el collado, me la voy encontrando muy rota. Es una gran pendiente esta y como por estas alturas descargan con fuerza las nubes, las aguas arrastran tierra y rocas y por donde hay senda, se forman los surcos de arroyos.

Remonto la última curva y ya salgo al collado de Roblehondo. ¡Preciso este punto de la sierra! Justo aquí nacen dos arroyos: el de la campana que vierte al río Aguasmulas y el de Roblehondo que vierte al río Borosa. Y es al mismo tiempo, como la antesala, mirador y descanso frente al Tranco del Perro que lo mira señorial desde el lado del levante y remontado en su pedestal de rey.

Miro para atrás y por donde he visto un cortijo roto, por la izquierda según venía subiendo, veo que hay tierras roturadas y por ellas, todavía crecen árboles frutales. Se muestran a la luz de la mañana ya bastante avanzada que les llega desde la cumbre del Banderillas y están floridos. Serán cerezos o membrillos o ciruelos o quizá almendros. Me gustan por los señoriales que se muestran clavado en su rodal de tierra y remontados casi en la misma cumbre del Calarejo de los Nevazos.

Avanzo cruzando la tierra llana de este collado y justo en la parte más bonita porque parece un campo de fútbol en miniatura, la senda se divide. Miro y todo lo veo con bastante claridad. Hacia el barranco de la Campana, izquierda mía, el trozo de senda que se viene para este lado, va justo a buscar la casa forestal de los Pardales. La estoy viendo sobre el puñado de tierra que se retiene justo por debajo del gran pico del Banderillas. ¡Qué dulcemente bonito es el rincón y al mismo tiempo que impresionante!

Desde este cortijo, creo que esta senda sigue cruzando la tierra quebrada de estos barrancos y se va

hacia el nacimiento del río Aguasmulas y los cortijos de la Campana y casa de las Tablas, mucho más abajo. Por ese rincón también se encuentra el cortijo del Mulón y sé que desde este cortijo, las personas que lo habitaban en aquellos tiempos, subían a estas tierras a cultivar trozos de hortales.

Yo sigo por mi senda que se va al frente y empieza a remontar por la empinada ladera en busca de la falla rocosa para embestir contra ella y atravesarla hacia los Campos de Hernán Pelea. Traza varias curvas mostrando trozos muy rotos y aunque los pulmones y el corazón se encuentran a tope, la vista que se me abre, es de lo más grandioso. Veo los cortijos recogidos en su rincón, todo el gran surco del Borosa y la profundidad de las sierras recortadas en el horizonte. Ya voy acercándome al precioso paso de la cuerda de las Banderillas por este punto de la sierra.

Tres o cuatro curvas y de pronto se viene para la derecha, Salto de los Órganos y central del río y busca un corte de pared que hay volcando al barranco de Roblehondo. Por aquí la senda se atreve y echa para

delante cruzando la primera muralla pétrea que el Banderillas le ha presentado. En el mismo camino, con estacas de madera y ramas secas, como un baldo, cortando el paso. Sin que me lo diga nadie intuyo que esto es para que las ovejas no se metan por esta senda, atraviesen el paso del Tranco y se vayan para las tierras de los Campos de Hernán Pelea.

Lo salto yo y enseguida, el agua chorreando por las rocas. Me paro para gustar despacio el cuadro y veo que para tajar esta senda, por aquí tuvieron que abrir agujeros a base de martillo y cincel para poner barrenos y romper las rocas. Se ven todavía las señales de aquellos agujeros y de los barrenos. Colgado en el vació, amarrado con una cuerda y ésta atada al tronco de algún pino, tuvieron que hacer ellos, los mismos serranos de la aldea de los Villares, estos agujeros y luego arrancar las rocas.

Por el lado del barranco, a la senda, para sujetarla y darle la anchura que le correspondía, le hicieron una pared de piedra con mezcla de cal. Permanece intacta todavía. Un buen corte de rocas tanto en profundidad como en altura, y en cuanto se deja atrás, aparece como

una hondonada o surco que es por donde baja el cauce del arroyo que algo más arriba nace y la corriente ha ido dejando toneladas de piedras y barro. Y claro: la senda ha sido por completo destrozada por las avalanchas y para andarla ahora, es de lo más complicado. Sólo quedan algunos trozos del muro que la iba sujetando y por ellos descubro que por aquí subía trazando curvas.

Me agarro como puedo, no es fácil y tampoco difícil, y cuando más agotado me encuentro y el miedo me hace temblar, se me abre al frente el gran tajo de lo que propiamente es el Tranco del Perro. Los miro con los ojos desorbitados y no me lo creo. Ya rozo los mil cuatrocientos metros y cuando arranqué esta mañana lo hacía sobre la curva de nivel de los setecientos. El tajo por donde penetra la senda para atravesar el escalón que presenta la muralla de la cuerda, tendrá una altura de treinta a cuarenta metros por completo en vertical. La anchura de la trinchera por donde pasa la senda, no llega a los cinco o seis metros.

Lo voy mirando mientras me acerco y cuando ya estoy en su corazón, me paro y para mí me digo que esto

sería exactamente el conocido tranco. En cuanto se rebasa, la senda sigue subiendo, mucho más llana y siempre protegida por grandes matas de bujes, muchos majuelos y la pradera de hierba. Enseguida sale a una hondonada en forma de embudo que es lo que por estas sierras, llaman hoya. La preciosa hoya del Tranco del Perro podría ser esta porque de verdad se lo merece y así lo proclama. Es impresionante y toda tallada en pura tierra fértil y verde. Los pinos laricios la llenan de más solemnidad y las encinas la recrean.

La hierba se presenta espesa, alta y verde y esto me indica que por aquí, es poco el ganado que llega. Por el lado de la izquierda según subo, me quedan unas grandiosas agujas que sobresalen de la cresta de la cumbre y conforme los voy remontando, descubro que caen hacia el barranco de la Campana. Estos picos y otro más grande que me ha quedado por la derecha, son los famosos Frailes de las Banderillas. El chico y el grande.

Cerca de las agujas de la izquierda, se ve como una torrentera descarnada de pura tierra blanca y roja. Las lluvias y las nieves, empapan este suelo y los corrimientos

hacen lo demás. Subo por la ladera como si fuera a rodear las paredes de esta hoya y descubro que aún todavía queda mucho terreno hasta remontar a la cumbre total. Por donde ahora se ciñe la senda, es una ladera toda puro cascajal, rocas en forma de losas y castellones, muchos pinos laricios y cambrones.

Después de tres o cuatro curvas y veinte minutos subiendo, la senda se viene hacia la derecha que es por donde queda el Picón del Haza aunque bastante lejos. Salta por encima de unas grandes rocas, se abre otro barranco algo menor por cuya pared de enfrente se ve la senda avanzar entre un precioso bosque de pinos laricios, baja algo y luego sube buscando el collado que le espera como para darle la bienvenida.

Creo que en cuanto remonte este collado, voy a divisar ya los Campos de Hernán Pelea. Pero salgo de la duda enseguida. En cuanto lo corono, lo primero que me queda al frente es el volumen del macizo de las Empanadas. Esto me lleva a creer que me encuentro casi a la altura de este monte y lo más que he alcanzado son los mil seiscientos metros.

Vuelca otra vez la senda a otro gran barranco, se ciñe a sus laderas y ya, a lo lejos y al frente, descubro como el puntal de la máxima altura por este punto de la cuerda. Seguro que ese punto es ya la parte más elevada de esta cuerda y por donde la senda corona para dejarse caer a las altiplanicies de los Campos. Por la curva de nivel que recorre los mil ochocientos metros, me muevo.

Sigo por la senda, remonto el segundo collado después del gran tranco y exactamente: en cuanto llego aquí se me abren hermosos y gigantes, los Campos de Hernán Pelea. Un gran barranco y la amplia llanura que lo recorre por el centro convertida en una alfombra verde. Esta es la tremenda y bella cañada de Pinar Negro que se da la mano con los Charcones. Por el centro lo cruza una pista de tierra. Al frente y más lejos, se alza una cuerda de rocas que es la que corresponde a la Cuerda de la Nieve. Más hacia el nacimiento del río Segura quedan los picos de los Chiclanos con mil setecientos y mil ochocientos metros y al otro lado, se abren las profundas llanuras de los Campos de Hernán Pelea.

Siguiendo la pista que atraviesa el primer barranco, hacia la izquierda y el Banderilla que me queda más elevado, veo al fondo la casa de Pinar Negro. Un espeso bosque de pinos lo rodea y más a la izquierda, me saluda la cumbre del Banderillas. Es esto un macizo alargado por donde los picos, un buen puñado, rozan los mil novecientos y algo.

Dirección levante y al fondo, distingo las cumbres del Calar del Cañá Rincón, los de los Campos del Espino, Majal de la Carrasca y los del Calar de Camarillas y ya más casi perdido en el horizonte, el Calar de las Palomas y la cumbre coronando. Más lejos adivino el Galayo, Monte de Mariasnal y al final del todo, sin ser el final, las robustas cumbres del Almorchón.

Por lo alto de esta ristra de montañas que dividen y dan forma a los Campos, entre Pinar negro y la Rambla de los Cuartos, veo al fondo la Sagra. Se le ve nieve chorreando aunque no mucha. Desde ahí me vengo para la derecha y me tropiezo con las alturas de Sierra Seca con las Empanadas y el profundo barranco por donde

empieza a tomar vida el arroyo del Infierno que luego será el blanco río Borosa.

¡Es precioso todo la amplitud que estos horizontes presentan a mis ojos! Aquí me voy a sentar y mientras me acaricia el leve viento fresco que viene desde las llanuras de la altiplanicie, voy a comer algo para reponer fuerzas. Porque aunque no estoy cansado, mi cuerpo ya no está para estos trotes y me espera una larga caminata hasta el punto del comienzo.

En estos paisajes, lo que más impresiona es precisamente la soledad. Una soledad preñada de vida y la gran música del silencio. Desde la lejanía de las praderas que me quedan al fondo, me llegan los balidos de alguna oveja y hasta el son de su cencerrilla. Desde aquí me voy a volver y ciertamente satisfecho. Ha merecido la pena.

Hago la cuenta y recuerdo que a las once de la mañana salía del coche en la cadena que corta la pista del río Borosa y ahora mismo son las cinco de la tarde. Sólo me he parado unos diez minutos para comer cuando

subía por el barranco de los Villares. Seis horas es lo que se ha comido la ruta que acabo de recorrer hasta la cumbre de esta Banderilla. Sobre este profundo mirador me voy a para unos diez o quince minutos. Luego regresaré y tendré que darme prisa para que no me coja la noche antes de llegar al coche. Estoy cansado y lejos pero merece la pena y por ello doy gracias a mi Dios amigo y Padre bueno. ¡Qué maravilla me ha regalado hoy!

Como resumen voy a decir que los cuatro más emocionantes puntos de esta ruta, son: al remontar el collado de Roblehondo, al cruzar por la trinchera del Tranco del Perro, al remontar el segundo collado antes de este mirador y el cuarto, al coronar el último puntal que es donde ahora me encuentro. ¡Qué emoción se siente!

La historia

Ya he dejando dicho atrás que por la zona de Roblehondo de los Villares, existen todavía dos viejos cortijos serranos que siguen habitados. En el de arriba vive el matrimonio mayor que se caliente junto al fuego de la chimenea en los días de frío y tienen la compañía de la

cumbre del Banderilla que al frente les corona y las de los perros que ladran a lo largo de las noches de ventisca.

En el segundo cortijo de Roblehondo, algo más abajo y sobre un puntal cubierto de carrasca, es donde vive una de las hijas de este matrimonio. Tiene esta mujer tres hijos, dos niñas y un muchacho y, como los abuelos, en este sencillo cortijo que parece desafiar la tremenda soledad y la furia de las tempestades, resisten al tiempo que para ellos es eterno.

Al final de mi ruta, aquel día del Collado de la Cierva y el Calarejo de los Nevazos, viene a parar a este segundo cortijo siguiendo la manguera de plástico negra que les trae agua desde el manantial de los tornajos bastante más arriba y entre los calares de bloques rocosos rodados del Calarejo de los nevazos. Cuando encontré la senda que viene desde el cortijo de arriba al de abajo, seguí por ella y antes de llegar, ya me ladraban los perros. Sentí luego el cacarear de las gallinas, el canto de los gallos, los graznidos de los pavos y el balar de los borregos.

Pero me acerqué al cortijo y después de saludar, en la misma puerta me recibió el hermano mayor que es el padre y marido y luego saludé a la hermana madre y a los hijos entre la que se encuentra la niña o hermana pequeña. Junto a la chimenea de su cortijo estuve calentándome y después de charlar de las cosas que a ellos les interesan, me dijeron:
- Pues estos tres hijos míos, desde este cortijo han estado yendo a la escuela del Poblado de Coto Ríos hasta que han terminado los estudios primarios.
- ¿Y cómo ha podido ser? Y lo pregunto porque desde aquí hasta la Torre del Vinagre son casi diez kilómetros y a la escuela se entra a las nueve de la mañana.
Y el padre, apoyado por la madre y la niña:
- A las cinco de la mañana se han levantado todos los días y con linternas han recorrido el trozo de tierra que nos separa del río Borosa y luego pista adelante hasta la Torre del Vinagre donde les recoge el autobús.

Y como casi no me lo creo, le sigo preguntando:
- ¿Y por la tarde?
- Al salir del colegio, ellos volvían a este cortijo y como llegaban de noche, el poco tiempo que les quedaba, era

para dormir algo y al día siguiente volver al colegio madrugando y alumbrando con linternas el camino

- ¿Y en los días de nieve?

- Si podían se quedaban en alguna casa de familiares que tenemos en el valle y sino, a perder colegio.

Mientras me están contando un trozo de las cosas de su vida, siento ladrar los perros, graznar los pavos y balar las ovejas. Luego miro a la hermana pequeña y como le digo que me gustan los fósiles, coge uno que tiene guardado, de calamar, y me lo regala. La hermana mayor me dice que algún día tendrá que irse de aquí, realidad que considero normal y el hermano, se entretiene con sus perdigones.

Pasado un rato, salgo fuera, los despido diciendo que volveré y luego me vengo por la vereda que casi en picado cae para el río Borosa y sale justo al primer puente que el cauce tiene por encima de la Cerrada de Elías. Y mientras camino en la compañía de su recuerdo, la soledad de los barrancos y el perfume de la gran ladera de romeros, me digo que ay que ver cómo resisten los últimos pastores por estas sierras.

Esta aldea de los Villares, la minaron y de sus casas, echaron fuera a las personas que las habitaban. Por el otro barranco hermano del Borosa, río Aguasmulas y exactamente en el lugar llamado Casas de las Tablas, también destrozaron la dulce aldea y desterraron a sus habitantes. Pero por los barrancos del río Borosa y del río Aguasmulas, los últimos pastores resistieron y aunque muchos de sus cortijos ya se han caído o se están cayendo, los pastores y reyes de la tierra, siguen en pie y luchando aunque sea contra tanto y todos ellos.

Y también siento ahora, que el día que ya desaparezcan por completo sus huellas de estos rincones, algo esencial les faltarán a los paisajes y, a la historia, la pieza más importante. Porque aunque los paisajes siguen siendo los mismos y hasta puede que con más esplendor crezcan los bosques, sin la presencia de estos serranos de corazón limpio, ¿cómo no palpitará por aquí la melancolía y la soledad recordándolos?

Nota de 27-6-98

Esta mañana me he enterado que la hermana mayor se casó el invierno pasado, con un muchacho que es de un pueblo al otro lado de este Parque Natural, distante de este río Borosa, por carretera asfaltada, ochenta o noventa kilómetros. Se encuentra este pueblo al sur y linda con Granada y yo sé que aquellos también son paisajes de montaña y hasta tan altas como las que coronan a su cortijo. Por allí se encuentra el macizo del Cabañas.

- Y tu tía ¿qué opina?

Me refiero a la madre de la hermana mayor y como respuesta, el sobrino me dice:

- Mi tía dice que cualquier día de estos va a ir donde ahora vive su hija, prima mía, y que a lo mejor, si le gusta aquello porque también él tiene ovejas y cabras y los paisajes son de montañas, se lo van a pensar.

- ¿Y qué es lo que van a pensar?

- Seguro que se vienen del cortijo de Roblehondo y se mudan al pueblo del marido de su hija.

- ¿Y tú qué dices a esto?

- Que es bueno que se bajen de esos riscales pero que al mismo tiempo será una pena. Si se van, aquí se dejan ellos a los abuelos y a los otros familiares que como sabes viven por este valle y a su lugar de siempre. ¿Cómo podrán ser felices allí del todo?

Y cuando lo despido, también siento algo de pena. Por un lado, me alegro que se muevan hacia lugares más civilizados pero lo nuestro, se quedará un poco más solo y eso será causa, una vez más, de tristeza y sufrimiento. Un pastor más de los muchos grandes y hermanos míos, que tiene que arrancarse de estas sierras para irse a morir al rincón que ni quiere ni le pertenece.

Ahora, esta mañana, noto como si algo grande y bello, faltara ya para siempre de estas sierras y de aquí que no pueda evitar sentirme triste. ¿Qué o quién va a llenar el vacío que ellos dejan? Y es necesario que se vayan, eso lo sé, porque tanto desamparo en estas montañas, quizá tampoco ellos puedan vivirlo por más tiempo, ¿pero por qué experimento como si me faltara otra bocanada más

de aliento? ¿Por qué la melancolía me llena el corazón y los paisajes ya no me consuelan tanto como ayer?

La fragancia eterna

La presencia del pastor reluce llenando la llanura que precede al pantano y por entre y encina de las ruinas de las casas que, hermosas y en otros tiempos, llenaron la tierra.

Y va por donde tanto fueron las praderas repletas de perfume fresco, llevando casi de la mano a sus ovejas y al final de la cañada, donde se amontonan las coscojas espesas, tres de ellas se enredan y al verlas, el joven se acerca y va a sacarlas y como no puede porque por entre las ramas, las retiene como una extraña fuerza, pide ayuda al padre y cuando al poco éste logra liberarlas, el hijo le pregunta:

- ¿Señal de qué misterio es el símbolo de este mañana?

Y de inmediato, el padre no responde a sus palabras pero cuando pasa un rato dice:

- La fuerza y la transformación real vendrá del corazón.
- Y eso, padre ¿cómo se amasa?

Y el padre sigue caminando mientras sus ovejas llenan la pradera y la fresca hierba de la cañada y siente y siente, sin que acierte a explicarse, que en el escenario de la gran sierra, será donde se desarrolle y genere la última de las batallas y por eso palpa que por entre las ruinas y más allá del profundo tiempo, la belleza limpia y verdad sincera, reluce clara.